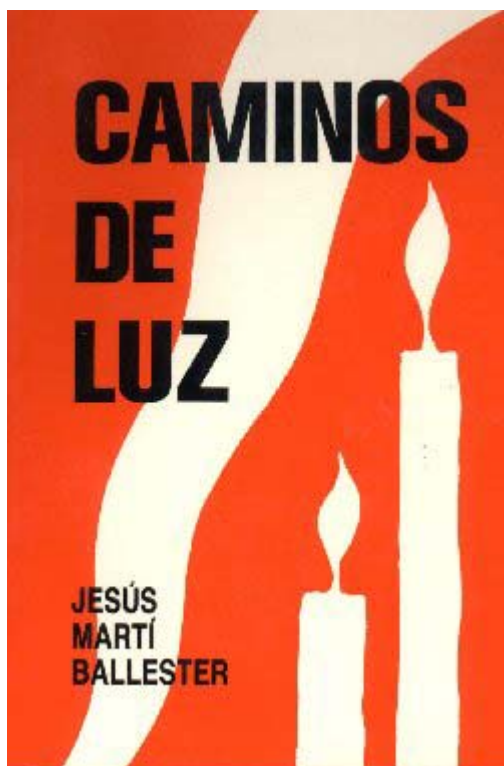


Presentación



El libro que tiene en sus manos es un «*Camino de luz*», abierto a toda persona que quiera avanzar en la vida espiritual desde las oscuridades de una vida ramplona a las claridades de una vida en el amor generoso y total.

«Es un itinerario seguro, veraz, bajo la guía de un experimentado conductor y maestro. Lo que dice, reprueba o aconseja todo está constatado por la experiencia de quienes han recorrido los caminos de Dios con éxito. El autor no habla de teorías, no elucubra suposiciones, habla desde una profunda experiencia personal espiritual y recoge la de los grandes caminantes que hicieron la ruta del Señor hasta la cumbre.

Cada capítulo es la decantación de muchas horas de estudio espiritual, de mucha reflexión y oración. No se hacen afirmaciones a humo de paja. Se aceptan, por su vigencia actual, los experimentados medios de perfección, como excelente viático para el camino, para el viaje, sin perder de vista que, en realidad, el camino, la verdad y la vida es Cristo.

En una ojeada superficial podría dar la impresión de hallamos ante una selección de textos, afirmaciones, temas, diversos y aislados; pero no es verdad; hay una unidad en todo el libro; hay un «iter» que se recorre con lógica; es todo un caminar, un camino cada vez más luminoso, que lleva a la caridad, esencia de la vida cristiana, plenitud de la ley, que gobierna todos los medios de santificación, los informa y los conduce a su fin, como nos recuerda el Concilio Vaticano II.

Toma el libro y verás qué eficaz es para realizar el ideal de la santidad: «*A fin de que la caridad crezca en el alma como una buena semilla y fructifique, debe cada uno de los fieles...*» (LG 42). Lee y medita y hallarás un «camino de luz».

Damián Iguacén Borau
Obispo de Teruel

PREAMBULO

Este libro no se ha escrito de un tirón. Su sedimentación ha sido lenta como la del crecimiento de los naranjos de mi tierra. Ha sido labor de años, sin plan previo y a golpe de oportunidad. Por eso su refundición ha sido muy costosa. y) aunque es una sinfonía incompleta, aquí está parte de mi pensamiento, que se cinculó así: hojas manuscritas, homilias con el magnetófono abierto y transcritas, folios

mecanografiados, libro ciclostylado, artículos en «Alehuya» y en «Boletines» y conferencias. Incluso también varios discursos y entrevistas en la prensa y en la radio. Éstas tienen por objeto dar noticia de la Institución Amor y Cruz para que sea conocida; aquéllos, dar unas notas históricas ya la vez esbozos de planes y deseos, sufrimientos y realidades.

Con ser numerosos los temas del libro, discurre por dentro un hilo conductor que permanece en ellos y los unifica y que unas veces es la fe, otras la oración y siempre el amor que mueve a todas las virtudes. Indudablemente palpita en ellos -así me lo parece- una urgencia estimulante pastoral.

Al menos, eso me propuse. Mi doctrina no es mía (Jn 7, 16). Subyace en ella un manantial abundoso de Palabra revelada que, o da origen a la reflexión personal, o la corrobora y confirma.

Éstos son los cimientos bíblicos del libro que confío mantengan verdes los cedros multiplicados

Ésos son los cimientos bíblicos del libro que confío mantengan verdes los cedros multiplicados y florecidas las palmeras.

Paralelamente a la corriente de la Escritura, discurren los principios de los grandes maestros espirituales, que con agudeza carismática penetraron el misterio de Cristo «y con su ejemplo aprendemos el camino» (LG. 50).

Y el Magisterio de la Iglesia ejercido sobre todo por los últimos Pontífices y principalmente por el Concilio Vaticano II, que da color de palpitación actual a la modesta aportación de este libro.

¡Ojalá sea él un grano de mostaza –lo es por su pequeñez – que llegue a la robustez en virtud de su germen vivo, por la palabra de Dios de su entraña, que entrego con amor maternal a todos los lectores! (LG. VIII, 65).

El autor

Barcelona, 30 de Abril 1983

I El desorden

1. Una imprudencia inconcebible

El enano, colgado en la rama de una higuera joven crecida allá arriba en lo más empinado de una montaña de altura descomunal, gime desesperadamente, como aullaría de dolor un perro apaleado.

Alguien lo ha colgado: Ese hombre que está allí de pie contemplando al enano. Me habías ofendido vilipendiando mi nombre. Ha llegado mi hora y la de tu castigo. Con el cuchillo en su mano se dispone a cortar la cuerda de la que pende el enano. Cuando esto suceda la catástrofe será rápida, atroz, irremediable. Bajo los pies del

pequeño hombre colgante, lejos, muy lejos a miles de metros de profundidad le espera una sima escarpada y de peñas cortantes como cuchillos.

Un último grito del hombre amenazado de muerte. Promesas de reparación de la ofensa, de servicio personal si su ofendido le salva la vida.

¿Quién no se compadece ante tanto llanto y tales promesas?

Corazón bueno que perdona y aproxima su mano para desatar al delincuente. Al pasar su rostro la mano salvadora, el enano siente recrudecerse en sus entrañas la llama de su odio y ¡oh funesta imprudencia! ¡Oh insolencia sin nombre, con saña de feroz león, muerde la mano que lo salva.

Comprende veloz el ofendido que no es digno de perdón aquel ser vil y abyecto, y deja que se hunda irremisiblemente en la sima de su perdición.

El pecador que rechaza la amorosa oportunidad de caer arrepentido en los brazos de Dios Padre se porta así con el Señor. Con una insolencia infernal y una imprudencia, que le despeñará en el abismo de la desesperación irreparable.

Pero el desorden no siempre se da en tal alto grado. Hay niveles. Es frecuente no hacer de la vida un don total a Dios. Se puede ser tacaño con Dios y no darse con generosidad y entonces se cumplirá la frase del Apóstol:

«El que siembra tacañamente, tacañamente cosechará, y el que siembra generosamente, generosamente cosechará» (2Co 9, 5).

A Juan Pablo II le preocupa poco llegar tarde a los actos programados si se interfiere la atención a las personas. Él se prodiga, habla, estrecha manos, reparte abrazos, sin mirar el reloj. El tiempo no cuenta para él, lo que cuenta son las personas.

Es evidente que siembra con generosidad. La generosidad se opone diametralmente a la tacañería y la tacañería tiene otro nombre en el orden natural: pereza. Y en el espiritual: acidia.

2. Pereza

En el orden humano la pereza nos hace seres inútiles en la vida porque engendra una tendencia a no hacer nada, a seguir la ley del mínimo esfuerzo.

Es la depresión del ánimo para no hacer el bien o no cumplir nuestros deberes religiosos, domésticos, laborales.

La pereza, que es una gran enfermedad de la voluntad y es la necedad de un corazón cobarde, engendra al hombre indolente que va arrastrándose por la vida con lentitud y calma de tortuga y con revoloteo de zángano que se agita mucho y no hace nada.

También el vago es producto de la pereza, pues éste aunque no rehuye del todo el trabajo, procura escabullirse todo lo que puede... que lo hagan otros... yo a conservar energías y a echar kilos.

Existen personas a quienes no les va ningún trabajo. Empiezan muchos, pero no terminan ninguno. A éstas no se les puede encargar nada. ..Porque no hacen nada.

El perezoso auténtico ni hace nada ni quiere hacer nada. Arrastra los pies suspirando en cada movimiento que hace.

Por último, tenemos el hombre que descansa. Éste no es perezoso por descansar, pero fácilmente la pereza se entrometerá para que descanse más de lo necesario.

Y es ahí, creo, donde debemos apuntar y donde nos debemos vigilar.

3. Acidia

En el orden espiritual la pereza se llama acidia, que es una tristeza de los ejercicios espirituales y de la oración, superior a las propias fuerzas. Nunca encuentra tiempo para hacer la oración, se le acumulan los ejercicios religiosos a que viene obligado.

No tiene tiempo para nada.

Conocí a un señor que se pasaba el día con las manos en los bolsillos paseando por el jardín, o por la calle: le preguntaba: ¿Ha leído Ud. tal libro? ¡Pero si no tengo tiempo! -¿Conoce tal revista? ¡Pero si no tengo tiempo!

Y ¿cómo lo iba a tener si lo gastaba paseando arriba y abajo?

Santo Tomás dice que *la acidia o pereza espiritual es una tristeza desordenada y tedio fastidioso de los ejercicios virtuosos.*

¡Cómo son temidos los trabajos y esfuerzos que exige la práctica y ejercicio de actos de piedad y virtudes! Se rebela tantas veces el hombre viejo de tener que someterse a la ley de Dios y a las propias leyes y deberes, aún a los minúsculos!...

Por otra parte se ven almas inclinadas a no decidirse, por pusilanimidad y cobardía, a emprender o perseverar en actos grandes de gloria de Dios. ¡De cuántas gracias y luces se privan!

También es una forma de pereza el hacer lo que se tiene que hacer con flojedad y poco espíritu; con dilación y dejándolo para más tarde o para mañana...

«por la calle de mañana se llega a la plaza de nunca».

«¡Cuántas veces el ángel me decía:

*Alma, asómate ahora a la ventana;
verás con cuanto amor llamar porfía!
¡Y cuántas, Hermosura soberana,
mañana le abriremos, respondía,
para lo mismo responder mañana!»*
(Lope de Vega)

¿Y qué diremos de quienes, después de haber intentado en vano la consecución de tal o cual virtud, desmayan, desconfían y se creen condenados a su vida lánguida y tibia?

Los veréis inconstantes, sin grandes esfuerzos en los actos espirituales, dejándose dominar por la somnolencia y desaprovechando el tiempo y los talentos de Dios.

Dejarán correr la imaginación sin refrenarla en los actos espirituales; soltarán sus lenguas desmedidamente en tiempo de recreo o indebidamente en tiempo de silencio, encontrando siempre razones y pretextos para dejar de cumplir con delicadeza lo prescrito.

La acidia hace pesadísima la oración... y, como se aburren, la omiten... y después son arrastrados a las caídas...

«Por un clavo se perdió una herradura, por una herradura un caballo, por un caballo un caballero, y por un caballero una batalla.»

Esta acidia o pereza espiritual suele ir aliada con una febril actividad humana. Para compensar la actividad espiritual que se omite, llega el torbellino de la acción, que hace mucho ruido, pero muy poco bien.

¡Cuántos se pierden en charlas deslavazadas, en discursos estériles, en reuniones inútiles que lo dejan todo igual que estaba, por faltar la vida interior de unión con Dios y la eficacia de la oración!

Otro matiz de la pereza consiste en comenzar por las actividades más fáciles. Se van demorando las más difíciles e importantes que comportan un esfuerzo y concentración mayores y con facilidad y frecuencia, al no quedar tiempo, se omiten.

Guerra a la pereza, que es guerra a la debilidad, a la inconstancia y al *dolce far niente* que tanta gloria resta a Dios y tanta paz a nuestros corazones.

Empezar, por tanto, por lo más necesario, y por lo más difícil. Es lógico, pues cuando se empieza se está más lúcido y descansado... y a medida que se va trabajando se va perdiendo energía... por eso es mejor dejar para entonces lo más sencillo, que no requiere tanto esfuerzo.

Démosle a Dios todo con generosidad que Él se nos dará en la misma medida.

Démosle trabajo, tiempo, dinero, sudor, esfuerzo, preocupaciones, dolor, sufrimiento, dedicación a su gloria, sabrá pagar con medida colmada, que buen pagador es «*y toda deuda paga*» (San Juan de la Cruz, «Llama de amor viva», c. II)

Y démosle con alegría, que se lo merece y es lo que a Él verdaderamente le agrada. (2Co 9, 7)

4. La avaricia

El hecho de que san Pablo nos diga que «*ningún avaro, que es como adorador de ídolos, tendrá parte en la heredad del reino de Cristo y de Dios*» (Ef 5, 5), nos pone en guardia contra la valoración falsa y antievangélica del dinero, cuyo desenfreno en el deseo y en la avidez desordenada de bienes temporales, constituye la avaricia.

Siendo las cosas de la tierra medios para conseguir un fin, no tienen otra razón de ser que su utilidad para vivir conforme a nuestra condición y estado.

Pero es claro que los medios han de ser proporcionados al fin, igual que la medicina ha de guardar relación con la salud que intenta procurar. A nadie receta el médico más antibióticos que los justos para cortar la infección y, conseguida la salud, no tienen ya objeto y son perjudiciales. Es de sentido común.

Pero lo que se ve claro en los medios para alcanzar la salud, no se ve tan claro en los medios temporales con los que hemos de conseguir solamente vivir decentemente según requieren nuestras necesidades físicas, morales, intelectuales. Y entonces, cuando se apetece adquirir y conservar las riquezas rebasando las normas y la medida de los medios para el fin, se incurre en el pecado que llamamos avaricia (Santo Tomás, «Suma Teologica» 2-2 q. 118 a. 1) bis.

De las anteriores palabras del Aquinate se deduce que el desorden en la avaricia lo motiva tanto la adquisición como la conservación indebida de las riquezas, lo que constituye un pecado directo contra el prójimo porque no puede nadie sobreabundar en riquezas sin que falte a los demás, puesto que los bienes materiales no pueden ser poseídos por muchos simultáneamente (Ibid).

Y a la vez que en el anterior desorden hay otro que dimana del amor excesivo que se tiene al dinero con lo cual el avaro peca contra sí mismo, pues que desordena sus afectos y peca también contra Dios, porque infravalora los bienes celestiales y eternos estimando más los terrenos y caducos.

Cuando el pueblo de Israel levantó en el desierto el becerro de oro, al que adoró como dios, estaba protagonizando una escena de vigencia permanente en la historia del mundo y de la Iglesia. «*Este es tu Dios, Israel, el que te ha sacado de la tierra de Egipto*» (Éx 32, 4): «el dinero fuente de toda felicidad», «hay que conseguirlo sea como sea y a costa de lo que sea y conservarlo sin ponerlo al servicio del bien común y sacrificándole la conciencia y la ley de Dios». Slogans son éstos de todos los tiempos y también de los nuestros en que nos encontramos con un desarrollo mastodóntico y con

una destrucción de productos por una parte, y por otra con un subdesarrollo infrahumano y humillante.

Los clásicos nos hablan del *auri sacra fames*: sagrada hambre de oro. Y Séneca decía: «El hombre posee las riquezas de la misma manera que nosotros decimos que tenemos fiebre, cuando en realidad es ella quien nos domina. Deberíamos rectificar y decir: las riquezas le tienen a él e incluso le atormentan de mil modos».

Pero el avaro seguirá ciego para no ver la miseria moral en que le sume su pecado. Plutón, dios de las riquezas en la mitología greco-romana, era ciego.

5. La tibieza

La tibieza puede ser comparada a varias enfermedades: a la tuberculosis, porque mina el organismo y lo debilita sin dolor, hasta llevarlo a la muerte. A una anemia cualquiera por la pérdida de fuerzas, que la tibieza causa en el alma. El alma tibia no avanza. Se ha debilitado en la mediocridad. Se encuentra sin fuerzas para adelantar. Sólo se preocupa de no caer en pecado mortal y para todo lo demás demuestra un constante abandono.

No es fácil definir al tibio. La tibieza se refiere a la perfección. Los extremos son el fervor y el pecado. El tibio se muestra en un estado intermedio, pero con tendencia a enfriarse. No se dice tibio el que se halla en una etapa de vida espiritual en la que son frecuentes las caídas e infidelidades. Quienes con una voluntad recia que se mortifica, se levantan cuantas veces caen y se corrigen diariamente, caminan hacia la perfección. No es tibio el que ha conocido a Dios pero su voluntad se estrella todavía con los obstáculos de la vida pasada, de hábitos depravados perniciosos, que se esfuerza por combatir, consiguiéndolo mediante pequeñas victorias.

El tibio es el que ha sido fervoroso pero, ha decaído en su fervor. La tibieza supone grandes esfuerzos anteriores; supone que el hombre ha llegado a cierta altura de la que ha bajado por cobardía, debilidad, respetos humanos o por cansancio. Tibio es el hombre sufrido, mientras que nada tiene que padecer y sufrir; manso y pacífico, mientras nada se le opone; humilde mientras que nadie le toque un pelo de la ropa; que de buena gana sería santo si pudiera serlo de balde; que quisiera tener virtudes, sin mortificarse: en resumen que está pronto a todo, menos *ganarse con violencia el Reino de los cielos* (Mateo 11, 12).

La tibieza es un estado que se caracteriza principalmente por no tomarse en serio el pecado venial. Es un estado sin celo por parte de la voluntad que se muestra apática, indolente y abandonada; que rehuye el esfuerzo y el sacrificio. Es como una negligencia duradera en el cumplimiento del propio deber, en el ejercicio de la caridad y de las virtudes; es una vida de piedad a medias que suele expresarla con cierta manera de hablar, "no hay que ser exagerado, que Dios no se fija en cosas tan pequeñas, que hay otros que son muy buenos y no son tan exagerados.

La característica más destacada del tibio es la debilidad de la voluntad, nunca dice un quiero valiente, sino un quisiera cobarde. En la tibieza hay veleidad, pero no voluntad. Todavía se impresiona cuando oye las verdades y propone, más después no se esfuerza por cumplirlo. Diariamente propone hacer oración pero nunca la hace. Le cuesta vencer su pereza... Siempre encuentra el pretexto, la excusa, para aplazarlo... Y queda como justificado... Poco a poco la voluntad se ha ido haciendo débil por haber cedido en pequeñas cosas: a la sensibilidad, a la comodidad, a los goces corporales, a la sensualidad. Pronto se llega a no ser exacto en cosas muy importantes y por fin se termina porque cualquier esfuerzo parece pesado, y se deja. La causa de esta debilidad hay que buscarla en el oscurecimiento del entendimiento. La causa de la tibieza está en el abandono de las buenas lecturas, de la meditación; en la influencia de los ejemplos de otros pocos fervorosos y en el ambiente que respiramos.

Primero se abandonó la oración. Después la Eucaristía. Y por fin se pasan temporadas sin tener contacto con el Señor. Al principio la conciencia grita, remuerde; poco a poco se va callando hasta que lo hace del todo. Es lo más terrible.

Las almas no dan el salto al pecado mortal de golpe. Por el abandono de la oración, se hace débil la voluntad, disminuye el fervor de la caridad, recibimos menos gracias de Dios. Aumentan las pasiones y fuerzas de la sensualidad, orgullo, pereza, comodidad.

«¡Ay de los tibios!» No eres frío o caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Mas, porque eres tibio y no frío o caliente, estoy para vomitarte de mi boca» (Ap 3, 15). «Tengo contra ti que has perdido el fervor de tu primera caridad. Recuerda pues de que altura has caído y arrepíentete y haz de nuevo tus primeras obras, porque si no vengo a ti y moveré de tu lugar tu candelero si no te arrepientes» (Ap 2, 4-5).

El remedio eficaz para la tibieza es la constancia en recibir el Sacramento de la reconciliación, que confiere gracia sanante, previene las caídas y aumenta el fervor. Juan Pablo II no cesa de repetirnos que lo recibamos. Y lo ve tan importante para la Iglesia y lo recomienda sin cesar.

6. El pecado y el desorden son una esclavitud

Recuerda el santuario de tu conciencia, tus rebeldías, tus orgullos, tus cóleras, tus soberbias, tu altanería, tu jactancia, tu falta de sumisión. Recuerda y siente que necesitas purificación, y que esa purificación te ha de venir de Yahvé, del Señor. Este Yahvé que quiso sacar a los israelitas de las naciones a que marcharon, desterrados. Porque cada vez que nos hemos apartado de Dios hemos salido hacia unas regiones extrañas, nos hemos dividido en dos reinos, en dos monarquías. Así se desmembraron los reinos de Israel y ya no hubo unidad para el pueblo de Dios y no la habrá para nuestro propio ser. Hay que conseguir la unidad para lo que quiere el espíritu y para lo que la carne tiene que hacer sometiéndose al espíritu, que es la voluntad de Dios.

"No volverán a profanarse con sus abominables idolatrías y con sus crímenes".
¡Cuánta miseria dentro del corazón humano! ¡Cuánta falta de generosidad dentro del egoísmo del hombre! ¡Cuánta falta de decisión en su voluntad desmedulada! ¡Cuánta

falta de empuje! ¡Cuánta falta de amor de Dios y de amor ordenado a sí mismo que tiene que estar supeditado al amor de Dios! Cuando amamos de verdad a Dios nos estamos amando de verdad a nosotros mismos. *Cuando nos amamos desordenadamente a nosotros mismos entonces no nos amamos sino que nos odiamos, estamos olvidándonos, nos desintegramos.*

El Señor nos trae la alianza de la paz, pero esa alianza de paz supone guerra interior, un choque de voluntades, un martilleo constante, un deseo sincero de ir contra nuestros instintos. No es la santidad, ni es el cumplimiento de la voluntad de Yahvé y de sus mandamientos, para almas amerengadas, pusilánimes; es para gente aguerrida y fuerte; para los que se hacen violencia, porque « **el reino de Dios padece violencia**» (Mt 2, 12); éstos son los que alcanzan la victoria. Los que más corren en el estadio, son los que logran ganar la primera marca y se cubren de gloria (1Co 9,24).

Pero no hay que desesperar «*porque el Señor nos guardará como pastor a su rebaño, el Señor morará con ellos y será su Dios*», es decir, Dios no es ajeno a nuestra propia historia, a esa historia que comenzó antes de nuestro nacimiento en la mente de Dios en el momento que quiso que nuestros padres en tal tiempo, en tal día engendraran esta criatura humana. Mucho antes de que nació ya estaba Dios pensando en nosotros y, ahora que ya hemos crecido, Dios sigue unido a nuestra suerte, sigue preocupándose de nuestra salvación, continúa morando con nosotros, caminando con nosotros, desea ser nuestro Dios y desea que nosotros seamos su pueblo y quiere que las naciones se den cuenta de que Él es nuestro Señor y que su santuario está en medio de nosotros, porque en nuestras acciones, en nuestras virtudes, caridad, paciencia, humildad, se trasluce que el Señor ha dejado en nosotros su huella, que se cuida de nosotros, y nos guarda como pastor a su rebaño para sacarnos del caos de nuestro desorden.

Entonces podrá alegrarse en la danza la doncella, y gozar los jóvenes y los viejos, y convertirá el Señor nuestra tristeza en gozo, nos alegrará y nos aliviará en nuestras penas, nos resucitará con una mano fuerte como **redimió a Jacob, e iremos a la altura de Sión con aclamaciones, hasta que afluyamos, como una gran riada, hacia los bienes del Señor (Jr 31, 10-14).**

7. La gran tragedia del pecado

Al decir Dios «*Si coméis moriréis*» (Gn 2º, 17) advertía a nuestros primeros padres del veneno que inculaban con la desobediencia. Importa tener bien claro que la voluntad de Dios siempre está en función de nuestro bien. Por tanto, apartarse de los caminos que Dios nos traza, es acercarse al mal. Por eso Él no quiere que vayamos por esas sendas; para eso nos las prohíbe. Empeñarse en caminar por ellas, a pesar de la prohibición, es quedar atrapados por el propio capricho.

Por esto, más que hablar de castigo que incluye una como represalia o enfado de Dios con el que vengue, a posteriori, la desobediencia a una voluntad arbitraria que manda sin sentido y por mandar, es mejor designar este mal, consecuencia de no haber circulado por el orden establecido. Quien se salta un semáforo rojo no es *castigado* con

el atropello, sino que el atropello será una consecuencia de su insubordinación al Código de la Circulación. Y cuando el Ministerio de Obras Públicas ha puesto en la carretera una señal de curva, o de cruce sin barreras, no lo ha hecho porque tiene ganas de molestar, sino porque quiere conseguir una circulación sin accidentes ni víctimas, que son las que sufren las consecuencias de su irresponsabilidad y no el Ministerio.

La visión infinita de Dios le lleva a prohibir lo que sabe que nos destruiría y a mandar lo que sabe que nos engrandecerá. Es una visión total, detallada, omnisciente de toda la creación, obra de sus Manos, pensada en el Verbo, amada en su Espíritu, que el hombre debe respetar, tratar de rastrear y rogar querer fiarse de ella, tan buena, tan santa, tan deseosa de toda suerte de bienes para él.

Es fruto de la reflexión pero, sobre todo, don de su gracia, comprender que al mandar o al prohibir está buscando nuestro bien.

El médico nos receta y nos somete a una serie de exigencias dolorosas, costosas, molestas... A nadie se le ocurre pensar que el médico está de mal humor y la ha tomado conmigo... Si haces lo que el médico te ha recetado, por exigente y doloroso que sea, salvas la vida. Si no lo haces, si desobedeces, morirás. y no como venganza del médico, sino como resultante del desenvolvimiento de las leyes de la naturaleza que, por conocerlas él por su estudio, quería librarte de sus consecuencias y por eso te previno con su diagnóstico.

A esta luz se ve más clara y en su verdadera dimensión la ley divina, que es ley de amor.

Las consecuencias del pecado son: la pérdida de la amistad y filiación de Dios, merecimiento de la eterna condenación, penas temporales. La consecuencia del pecado leve, el enfriamiento de la amistad.

Perder la amistad de Dios es romper con un amigo leal, poderoso, sabio, hermoso, digno de la mayor alabanza. ¡Lamentable situación la del que cayó en desgracia de tan buen amigo! Nadie ni nada podrá suplir ese vacío en el más íntimo seno del espíritu. Ya podéis rodear al desdichado hombre que ha perdido la amistad de Dios, de toda suerte de alegrías sensibles causadas por los bienes terrenos, que siempre le quedará allá en el fondo un no sé qué de angustia. Quizá no se lo sabrá explicar; pero sus dejos amargos se traslucirán en una desgana por el más pequeño sacrificio, en un quedarse sin resortes para alcanzar algo que sea espiritual y bello. Le falta la médula. La leucemia carcomió el meollo vital de su ser espiritual: Dios dejó de ser Padre y se tornó en Juez. Dios dejó de ser amigo y se convirtió en enemigo. Mejor, no es Dios quien se convirtió en enemigo, de lo que es incapaz en su Amor, fue el hombre quien rompió la bella amistad, abusando del don hermoso de la libertad.

Cuando san Pablo nos habla de *no entristecer al Espíritu* (Ef 4, 30); *no queráis entristecer* -dice -no se refiere al pecado grave, que no sólo lo entristece, sino que lo mata, alude al leve, que amortigua la amistad y por eso le ocasiona tristeza. Porque es digno de tristeza el aminorar el hombre su amistad con Dios.

8. La fragilidad humana

Sin embargo hay que tener en cuenta la fragilidad humana. En efecto, si propio del ángel es no caer, y del demonio y del condenado no levantarse, propio del hombre en esta vida, es caer y poder levantarse. Pero no abusemos de la gracia de Dios. Su bondad nos llama a la penitencia. Él nos exige, en relación con el pecado, un sincero propósito de enmienda. Por eso, lógicamente, hemos de tratar de evitar el caer fácilmente.

El caer fácilmente aunque sea en pecados veniales o en faltas deliberadas es una ingratitud, ya que el pecado hace perder, si es mortal, la amistad de Dios, y si es venial, prepara la caída mortal, enfriando al alma. La gracia santificante que se pierde o amortigua por los pecados, es el mayor beneficio que el hombre puede recibir en esta vida, porque se trata de la filiación divina y del derecho a la felicidad misma de Dios en el cielo por toda la eternidad. Sólo viendo lo que es el alma sin la gracia de Dios y comparándola con lo que es cuando llega a la santidad, podemos horrorizarnos de lo que supone de ingratitud al Señor, el no corresponder a esa gracia y vivir en pecado mortal, o en la tibieza del pecado venial habitual.

El hombre no peca por malicia. Es débil. Pero en el fondo todo pecado es una informalidad, una falta de hombría, que llega a cierto estado de perfidia...

Muchas veces hemos dado a Dios palabra de serle fieles; nos hemos fiado de sus promesas que nunca fallan y hemos intentado hacerle creer que tampoco nosotros fallaremos en las nuestras, tan solemnes, en el Bautismo, tan firmes en la confesión, y tantas veces en nuestra oración o examen. Pero ¡qué pena! y ¡con cuánta humildad hemos de recitar el *Miserere* como hizo el profeta David..., ante nuestra palabra no cumplida!

La facilidad con que se repiten nuestras caídas parece decir que no pensamos suficientemente en la grandeza de los dones de Dios, en la maravillosa realidad de la gracia, en la fuente de méritos del crecimiento de la misma.

Es verdad que hemos nacido empecatados, de padres pecadores, desde Adán. Pero eso mismo nos debe urgir a luchar para liberarnos de nuestra miseria y apreciar más el regalo de la filiación divina.

Y, con nuestra experiencia de debilidad, seamos caritativos con los que nos faltan a nosotros, sabiendo que tantas veces faltamos nosotros a Dios, que tanto nos ha favorecido y perdonado.

La recaída una y otra vez en las mismas faltas nos priva de innumerables gracias y nos deja en la miseria espiritual. Cada vez que abusamos de la bondad de Dios hemos consumido un turno relacionado con la cantidad de gracias que Él nos dio.

Al que corresponde a la gracia se le da más «*quitadle el talento y dádsele al que tiene diez*» (Mt 25, 28); al que es infiel en lo poco, aun lo poco que tiene se le quita.

Puede llegar un momento en que se cumpla aquella lamentación de Jeremías: «*Hemos curado a Babilonia, pero no ha sanado. Abandonémosla*» (Jr 51,9). ¡Qué lamentable el estado de un alma, llamada a gran santidad, y que por su poca correspondencia, cae y cae y llega hasta el más hondo abismo! (Lc 11,26)

Nadie se hace de repente santo. Nadie de repente se hace perverso. Según la gracia va abandonando al alma, va creciendo en ella la inclinación al abismo. *Toda recaída es peor que la caída anterior*. Al final el alma se halla en estado de coma, precursor de la muerte.

II - - La conversión

1. Hay que negar todo desorden para transformarse en Dios por amor

En efecto si queremos progresar, hacer verdaderos adelantos en el amor del Señor, es necesario absolutamente que neguemos cuanto nos ata a las cosas de la tierra, ***aunque el lazo no sea en materia de pecado grave***. *Por muchas penitencias que hagamos, si no vencemos el desorden en cualquiera de nuestras actividades que lo tengan, no adelantaremos*. Mientras el interior no haya alcanzado verdadera libertad, mientras la voluntad no sea dueña de todos los actos, no se dará Dios. Pongamos por caso un alma que quiere ser de Dios pero que gusta de frases de cariño y de alabanzas, y tanto lo desea que en la conversación procura llevar el agua hacia allá, o a buscar la compañía de personas que saben han de halagar su vanidad. Esa alma, mientras no cercene dicha inclinación desordenada, no se une totalmente a Dios. Y pasarán días y meses y años y la veréis igual, sin adelanto ninguno, y además, desabrida, porque no siempre puede satisfacer su deseo y en eso mismo se fatiga y desazona.

Otra alma quizás es dominada por el vestido o el peinado, y en vez de usar con sobriedad y orden según la naturaleza de los mismos, se deja maniatar por la vanidad, afán de singularizarse, de ser admirada, de causar impresión de persona «snob»... y Dios no viene en plenitud a tal alma. y ella se queda en sequedad porque el Señor le retira sus dones y consuelos, sus luces y sus gracias.

Sucedirá tal vez que en sus actos de piedad el Señor venga a hacerle sentir que no le gusta aquello, que tiene que ser más generosa, que mortifique su apetito y deseo desordenado. Y ella, débil y pobrecita, se asusta y acalla la voz del Señor que le parece dura, exigente y va dando plazo a su entrega y dice: «mañana...mañana... » y no llega nunca ese mañana. Pierde el tiempo y no es feliz. Otras veces será la compañía, otras el corazón... o la lengua, o la pereza, o los espectáculos, o las revistas... ¡Cuánto tiempo perdemos que no podremos ya recuperar y de cuánta felicidad y paz nos privamos, aun en esta vida, por falta de energía y de tesón en la voluntad, por la facilidad con que nos dejamos llevar de nuestros deseos desordenados!

¡Es necesario que cortemos, que podemos cuando nuestra conciencia nos dicta y nuestro Director nos aconseje! Lo que hoy es pequeño mañana crece y es mayor. La costumbre cuanto más vieja, más cuesta de extirpar.

2. El Sacramento de la Reconciliación

La celebración del Sacramento de la Penitencia que actualiza el Misterio de la Cruz es el gran medio para ordenar el desorden. Dios pronuncia una palabra de

reprobación del pecado que gravita sobre las espaldas de su Hijo y Hermano nuestro, Jesús. Esa maldición es la causa del desamparo de Jesús en la Cruz: «¿Dios mío por qué me has abandonado?» (Mt 27, 46). Con la muerte de Cristo queda destruido el pecado y su obra y entra la vida de Dios en el mundo, como una alegría inacabable.

Cuando un cristiano recibe el sacramento de la penitencia se actualiza esta gran realidad de un Dios que anatematiza el pecado y perdona a quien se identifica con un Cristo crucificado con el pecado a costas. El sacerdote que juzga y absuelve obra en persona del Padre. El penitente que destroza el pecado por su contrición, obra en persona de Cristo crucificado. ¡Cómo glorifica a Dios el hombre que recibe la penitencia subiendo a la cruz como Cristo cada vez que la recibe!

Por eso quiere la Iglesia que nos acerquemos a recibir el sacramento del amor de Dios donde Él nos mira con misericordia. Misericordia que por otra parte, dentro de la dificultad de tener que romper con el pecado, Él ha hecho tan fácil, que quien no la recibe, no tiene excusa. Él no ha venido a condenar al mundo, sino a salvarlo; pero si el hombre no quiere acercarse a esa fuente de amor que generosamente nos ofrece, ¿qué le queda por hacer a Dios?

Pero hay que huir de acercarse a recibir el sacramento de la penitencia..., preocupados con exceso de la letanía de nuestras faltas que querríamos detallar menudamente y, lo más frecuente, polarizando la atención en uno o dos mandamientos, ¿el sexto y el noveno?, como si todo el fruto de la confesión dependiera de la acusación nuestra y del sermoncito que nos echara el confesor. Aquí encajan bien las palabras de Cristo referidas al pueblo de Israel: «*Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de Mí*» (Is 29, 13). ¿No se ha dado excesiva importancia a la necesidad de exponer datos concretos sobre el aspecto material del pecado? ¿No se ha quedado muchas veces el confesionario convertido en una especie de consultorio sentimental y en un lugar de desahogo de tensiones psicológicas? ¿No ha quedado perjudicada la contrición y la compunción del corazón por el legalismo? ¿No se ha dado ocasión a los escrúpulos, tan perniciosos? La manifestación de los pecados o de las faltas hay que hacerla de manera humana.

Da miedo que la práctica rutinaria de la confesión, en gran parte consecuencia de una catequesis insuficiente, incida en ritualismo que parece quiere domesticar y trivializar el encuentro con Dios y conduzca a una especie de magia que lleve a vivir mágicamente nuestra conducta religiosa. ¿Serán éstas las causas que nos han conducido al término en que nos hallamos: una evidente desproporción entre la práctica de la confesión y la conversión del corazón?

Si hay algo importante en la ley de Cristo es la conversión del corazón. En casi todas las páginas bíblicas aflora la conversión del hombre a Dios, de tal modo que la Biblia podría titularse la historia de la conversión de la humanidad a Dios: «**Convertíos, arrepentíos de vuestros pecados**» (Dt 30, 2; Jr 2-3; Sal 50-51; Ne 9; Dn 9; Mt 3, 2) gritaban los profetas; y el mismo Cristo comenzó su ministerio con el mismo mandato de cambiar la conducta ante Dios (Mt 4,17).

También hoy, como ayer, la administradora de la Revelación que es la Iglesia, sigue empujando a los hombres hacia el camino misterioso e infinito de la conversión, en que Dios y el hombre se encuentran.

Como hay una proporción entre el concepto que de la conversión se haga el hombre y la idea que tenga del misterio de iniquidad, que es el pecado, no nos ha de extrañar que no esté de moda convertirse, cuando la conciencia del pecado y su maldad se ha eclipsado o perdido, y se ha trocado en complejo de culpabilidad.

La situación actual haría recorrer al profeta Miqueas nuestras ciudades gritando desgarradoramente: *«¡Ay de mí que he venido a ser en las recolecciones del verano, como en las rebuscas de la vendimia! ¡Ni un racimo que comer, ni una breva que tanto desea mi alma! ¡Ha desaparecido de la tierra el fiel, no queda un justo entre los hombres!»* (7, 1). Sin embargo es un hecho lamentabilísimo que está muy ausente de los hombres la conciencia de pecado personal, y ha dado paso al pecado estructural y comunitario.

Objetarán algunos: nosotros ya estamos convertidos. En principio quizás. Pero este camino es largo de recorrer. La conversión no está nunca acabada; la unión con Dios siempre puede ser más íntima. Podríamos decir que estaremos siempre queriendo sin llegar nunca a alcanzar. Porque, por lo mismo que la unión con Dios tiene sus grados, *«hay muchas moradas en la casa de mi Padre»* (Jn 14, 1-3), es más meta e ideal que realidad conseguida.

A la confesión hemos de ir con el ardiente deseo de unirnos más a Dios, más hermanos de Jesucristo, más hermanos de nuestros hermanos, mas crecidos en los dones del Espíritu y más afianzados en la virtudes. Deseo que irá creciendo a medida que vaya siendo más diáfano en nosotros el conocimiento de la necesidad que de Dios tenemos. A la conciencia de que sin Él no puede el hombre llegar a realizarse en plenitud, seguirá una enorme hambre de llegarnos al sacramento del perdón, de manera que podamos escuchar con toda verdad: *«Tus pecados te son perdonados. Vete en paz»* (Mc 2, 5).

Dichoso el día en que Jesús sacó de sus entrañas de misericordia el poder de reconciliación con Dios y lo otorgó a su Iglesia.

«La paz sea con vosotros. Como me envió mi Padre, así os envió Yo. Y diciendo esto sopló y les -dijo: recibid el Espíritu Santo, a quienes perdonareis los pecados les serán perdonados, a quienes se los retuvierais les serán retenidos.» (Jn 20,21)

Cristo dio a sus Apóstoles, después de resucitado, el poder de perdonar los pecados. Con estas anteriores palabras instituía el sacramento del perdón, por el que confería a su Iglesia el mismo poder de perdonar los pecados que se había adjudicado a sí mismo.

Nos refiere san Marcos en su Evangelio: *«Cuando a los pocos días volvió a Cafarnaúm, se supo que estaba en casa. Acudieron tantos que no quedaba sitio ni a la puerta, y él les exponía el mensaje. Llegaron cuatro llevándole un paralítico y, como no podían meterlo por causa del gentío, levantaron el techo encima de donde estaba Jesús, abrieron un boquete y descolgaron la camilla con el paralítico.»*

Viendo Jesús la fe que tenían, le dijo al paralítico: *-"Hijo, se te perdonan tus pecados. Unos letrados que estaban allí sentados razonaban para sus adentros:*

-¡Cómo! Éste habla así, blasfemando? ¿Quién puede perdonar pecados más que Dios solo?

Jesús, dándose cuenta en seguida de cómo razonaban, les dijo:

-¿Por qué razonáis así? ¿Qué es más fácil: decirle al paralítico «se te perdonan tus pecados» o decirle «levántate, carga con tu camilla y echa a andar»? Pues para que sepáis que el hombre está autorizado para perdonar pecados en la tierra... -le dijo al paralítico:

Escúchame tú; ponte en pie, carga con tu camilla y vete a tu casa-

Se puso en pie, cargó en seguida con la camilla y salió a la vista de todos; todos se quedaron atónitos y alababan a Dios diciendo:

«Nunca hemos visto cosa igual» (Mc 2, 1-12) No sólo a sus apóstoles. También a sus sucesores en el sacerdocio confirió el mismo poder, lo que se demuestra por la necesidad que siempre tendrá la Iglesia de tal potestad. Si siempre en la Iglesia existirá pecado, y consiguientemente siempre necesitará para unirse a su Esposo de su perdón, habrá de dejar en ella el poder permanente de perdonar.

3. La dirección espiritual

¡Qué seguridad da que un sacerdote garantice el camino que sigues o corrija las desviaciones! Si el sacerdote es avisado, tienes la certeza moral de no errar, y de caminar con mérito, y de llegar a la meta.

No es fácil encontrar el director que necesitas. No es fácil pero es preciso. Si quieres hacer algo importante en tu vida. Si quieres que tu vida sea algo bello.

Santa Teresa los quería y los aconsejaba sabios y experimentados (V. 5, 3; 26, 3). Experimentados porque viven la vida que han de enseñar.

Orar para pedir a Dios ese Director. Orar sin cansancio. Sabiendo esperar. Que acertar este negocio es importantísimo.

Cuando ya lo tengas, ser con él enteramente leal; tener con él un trato sobrenatural. La falta de este trato ocasiona que la dirección degenera en una amistad, en el mejor de los casos, meramente humana.

No te limites a declarar al director sólo tus faltas, el mal cometido; dile además el bien al que aspiras, los ideales que te mueven y las dificultades que encuentras para realizar ese bien, para llegar a ese ideal.

A la larga te parecerás en tu fisonomía y estilo espiritual a tu director (San Juan de la Cruz, Sub. 2, 18, 5.). Fíjate pues si tiene importancia la elección del modelo.

Sí; por una misteriosa y secreta ley el dirigido se parece al director.

Orar para encontrar tu director. Orar para que en la Iglesia haya buenos directores. Sabios, expertos, humanos, sobrenaturales. De los que influyan respetando; de los que exijan amando; de los que santifiquen con su trato.

Si no tienes director ¿quién te levantará si caes? ¿quién te estimulará cuando el desaliento te invada? ¿quién te enseñará los atajos del camino?

¡Ay del que camina solo! ¡Cuántos riesgos que soportar a cuerpo limpio en esta debilidad que es la librea de la naturaleza humana!

4. Todos necesitamos la conversión y la dirección

Dios se compadece de su pueblo a los 400 años de esclavitud. *«El Señor le dijo a Moisés: He visto la opresión de mi pueblo en Egipto, he oído sus quejas contra los opresores, me he fijado en sus sufrimientos. Voy a bajar a librarlos de los egipcios, a sacarlos de esta tierra, para llevarlos a una tierra fértil y espaciosa, tierra que mana leche y miel»* (Ex 3, 7-8).

¿No podía Dios haber librado a su pueblo apenas empezó a ser oprimido en Egipto? No podemos dudarle. Pero tiene que llegar la hora de Dios. La hora en que Dios diga: ¡Basta! Hasta que llega esa hora los planes de Dios han de cumplirse. Tengámoslo esto en cuenta cuando nuestro celo nos quiera llevar a suprimir de un plumazo situaciones injustas, pecados colectivos, opresión de pueblos. Todo juega su papel en los planes de la Providencia y todo redundará en bien de los elegidos (Rm 8, 28), «aun los pecados» (San Agustín).

Injustamente obró Pilato asesinando a unos galileos piadosos mezclando su sangre con la de los sacrificios que ofrecían. Pero Jesús no le da importancia al hecho como para hacer de él una denuncia profética. Lo toma como punto de partida de una amonestación evangélica: «Si no os convertís todos pereceréis» (Lc 13, 3).

Lo importante para Él es la conversión. Se pueden convertir a la hora del sacrificio los inmolados por Pilato y los aplastados en la Torre de Siloé y si se convierten eso es lo que cuenta porque gozarán de la vida eterna que es la que Cristo quiere que todos posean.

San Pablo viene a confirmarnos lo dicho porque afirma que estas cosas sucedieron en figura para nosotros, para que no codiciemos el mal como lo hicieron nuestros padres. Todo esto les sucedía como un ejemplo y fue escrito para escarmiento nuestro.

Ninguno de los israelitas que salieron de Egipto entró en la Tierra Prometida a excepción de Josué y Kaleb: *«En este desierto caerán vuestros cadáveres... vosotros no habéis de entrar en el país donde, alzando mi mano juré os haría habitar... vuestros propios cadáveres caerán en este desierto... en este desierto serán aniquilados y ahí morirán»* (Nm 14, 29-30).

No habían sido fieles con Dios. No habían guardado su alianza. Habían quebrantado sus compromisos y llegó el castigo como llegará también para los judíos contemporáneos de Cristo, a quienes va dirigida la maldición de la higuera en la que no encontró más que hojas (Mc 11, 13-14).

Como llegará para nosotros si después de tantas gracias recibidas y tanto cultivo y cuidado espiritual no damos fruto de penitencia y de conversión.

No consideremos la conversión en su primera etapa de la salida del pecado. *Nadie puede decir que no necesita conversión, porque nadie puede decir que no tiene pecado, pues siete veces cae el justo* (Pr 24, 16).

Santa Teresita y santa Teresa hablan de su conversión.

Conversión será una más fina relación de intimidad práctica de la virtud más humilde y desprendida. Más pura.

Conversión será una más fina relación de intimidad con el Señor.

Negación de todo lo que está impidiendo la oleada de gracia con que Dios nos quiere transformar en hombres nuevos creados a imagen y semejanza de su Hijo querido.

¿Cuántos años andamos sin dar fruto? ¿Aparentando tenerlo por la abundancia de las hojas? La higuera plantada en la viña no escatimaba las hojas. Mucho follaje pero de fruto ni un gramo. «Tres años sin dar fruto» (Lc 13, 6-9).

Quizás en nuestra vida no faltarán prácticas externas que puedan inducir a engaño. Por los frutos los conoceréis y no por las hojas.

¿Damos frutos dignos de penitencia? (Lc 3, 8). ***Examinémonos con toda sinceridad y coraje.***

Por eso enfraquémonos en la necesidad de la penitencia para obtener el perdón de los pecados y tras él, la abundancia de los dones celestiales.

La penitencia, que es detestación de las obras malas, contrición dolorosa del corazón, ansia de limpieza de alma, trabajo para la pureza de conciencia, puede hacer de corazones indómitos, hijos piadosos.

Él, Dios, puede hacer de las piedras hijos de Abraham (Mt 3, 9). Él puede hacer castos a los lujuriosos, humildes a los soberbios, mortificados a los sensuales.

Cuando David pecó poniendo al servicio de su pasión a la mujer, y derramando la sangre justa e inocente, la soberbia cegó su inteligencia y no vio la hecatombe moral que su pecado había desencadenado. Natán fue en nombre de Dios a golpear aquella real conciencia y ante la palabra fulminante, David confiesa sus crímenes (2 S 12, 1-13).

Ése fue el comienzo de su salvación. El reconocimiento de nuestra maldad es indispensable para que nos comencemos a curar.

El Padre Lacordaire, empeñado en una nueva fundación, encuentra un resorte definitivo para alcanzar la bendición divina: confiesa sus pecados de toda la vida a un joven sacerdote, le desata del sigilo y le autoriza a recordarle siempre que lo encuentre los pecados que acaba de oír. No tiene bastante. Se desnuda la espalda, saca unas

disciplinas, y ruega, suplica, manda al confesor le azote con ellas. Era el medio de atraer la gracia de Dios. Las luces divinas enseñan que los frutos de la penitencia son fecundos en bienes celestiales y de las mejores bendiciones del cielo.

5. El peligro de pensar que no necesitamos conversión

Existe un peligro general: Que nos catalogemos tan cándidamente entre los 99 justos que no necesitan penitencia. Somos justos. Tenemos fama de santos. Vemos que los demás cometen más pecados que nosotros. Pero no comparamos la cantidad de gracias que hemos recibido y que los otros que cometen esos pecados no han recibido y, que de haber recibido, habrían hecho fructificar más que nosotros. Ése es el peligro: que nos consideremos justificados. Ése es el pecado de los fariseos. «Yo no soy como los demás» (Lc 18, 11). Y no pensamos que tenemos orgullo, vanidad, que nos dejamos arrebatados por la ira, que juzgamos mal, que nos falta caridad... Que necesitamos conversión. Que podemos y debemos dar esa alegría al cielo al convertirnos. Que la superficialidad y la rutina y la tibieza están haciendo estragos en nuestra alma.

Convertirnos será ejercitar el amor. San Pedro necesitó la conversión. Su amor a Cristo está mezclado de confianza en sus fuerzas, presunción: aunque todos te nieguen yo no te negaré (Mc 14, 29). Dios lo deja. No previene con su gracia eficaz su caída, ni siquiera previendo su exaltación al supremo gobierno de la Iglesia. No hacía falta un Pastor santo presuntuoso, si es que puede haber verdadera santidad con soberbia. Le deja caer resonantemente para que su amor tenga por fundamento la humildad.

El amor es la causa de la conversión. Por eso Cristo le pregunta a san Pedro si le ama. y san Pedro contesta, con humildad, apelando a la ciencia de Cristo: «Tú sabes que te quiero» (Jn 21, 15 ss.). Pero ha de ser amor con obras, amor probado en la acción; no basta el amor afectivo si no va unido con el efectivo: Pedro había probado su amor a Cristo tantas veces, sobre todo aquella en que, caminando el Señor sobre las aguas, mientras los otros se quedan preocupados con sus redes y el trabajo de la pesca, él se lanza al agua en busca de Cristo (Mt 14, 22ss.). Donde está tu tesoro está tu corazón y **san Pedro está hecho una misma cosa con Cristo por su ferviente amor**. El primado del gobierno en la Iglesia no podía ser conferido por personales predilecciones de uno sobre otro. San Pedro, ante todos, va a recibir el oficio del pastoreo general de la Iglesia porque ama más que todos. Y es que es necesario para servir a todos amar mucho a Cristo, apasionadamente, con delirio, con locura...

Cristo va a profetizarle, a continuación, a Pedro, que va a tener el mismo camino que recorrer que su Maestro: «En verdad, en verdad te digo: «cuando eras joven, tú mismo te ceñías y andabas donde querías, mas cuando hubieras envejecido, extenderás tus manos y otro te ceñirá, y te llevará a donde tú no quieras. Esto lo dijo significando con qué género de muerte había él de glorificar a Dios» (Jn 21,18). Ved ahí dos perspectivas: Una de propia voluntad y de seguimiento de los impulsos de la instintiva independencia, otra de divina elección en que campea el Espíritu en su acción y que es fecunda en divina vida. La primera tiene una floración inmediata y termina en espinas; la segunda comienza con pinchazos de espinas y madura en flores eternas. El amor será el que motivará la decisión de elegir la perspectiva de aparente fracaso para dejar el camino de rosas. **Se aceptará el camino de la cruz como vital y causa de resurrección y de conquista de almas y de realización de nobles y altos ideales**. A san Pedro no le fue mal. Como él, subamos a la cruz, aunque nos claven en ella sin

querer y nos coloquen cabeza abajo. A fin de cuentas, no nos merecemos el mismo trato vertical que Jesús. Si nos dejamos crucificar está asegurado el triunfo de lo que pretendemos conseguir que es el reparar con la penitencia el pecado del orgullo.

Si a Pedro le salvó su conversión, convencámonos nosotros de que también la necesitamos.

III EL CAMINO DE CRISTO

I. El camino de Cristo opuesto al del mundo

«Yo ruego por ellos, no ruego por el mundo, sino por los que tú me diste... y el mundo los aborreció porque no eran del mundo, como yo no soy del mundo. No pido que los tomes del mundo sino que los guardes del mal. Ellos no son del mundo como no soy del mundo yo» (Jn 17, 9-16).

Dos conceptos están claros en estas palabras de Cristo: que el mundo y los cristianos son enemigos y que Cristo y los cristianos vivan en el mundo, lo cual no es ser del mundo. Conceptos tan claros no siempre los ven todos en su diafanidad. Pero importa matizar bien para que veamos también clara nuestra postura. Situémonos en un marco actual: en una comunidad humana: ¿Podemos decir que una comunidad eclesial, sin más, por el hecho de ser tal comunidad, ya es de Cristo? Hay que analizar muy bien. Habríamos de seleccionar en seguida. Los cristianos verdaderos, los más influenciados por el Evangelio; los cristianos mediocres, de misa dominical; los de pila de agua bendita; los de partida de Bautismo. ..

Regla definitiva: Si Cristo es enemigo del mundo y el cristiano es discípulo de Cristo, la mayor proximidad del cristiano a Cristo nos dará la mayor enemistad del cristiano con el mundo.

Están, hoy como nunca, muchos cristianos preocupados de sus relaciones con el mundo. No se deciden a vivir en plena hostilidad con él. Quisieran estar bien con Dios y con el mundo. Oigamos a Cristo: *«el mundo los aborreció porque no eran del mundo, como yo no soy del mundo»* (Jn 17, 14).

El mundo será para Cristo la humanidad que reúne el espíritu del mal.

«Porque todo lo que hay en el mundo, concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y orgullo de la vida, no viene del Padre, sino que procede del mundo» (Jn 17, 14).

Llegados a este punto hemos de admitir que es muy difícil que no se encuentre este virus maligno aun entre los mismos cristianos. Eso sí, dependerá su mayor o menor dominio, de la vida más o menos intensa del Espíritu de Dios.

No nos debe extrañar que el mundo aborrezca a los cristianos como aborreció a Cristo, si caemos en la cuenta de que ellos están para denunciarle. Las tinieblas son descubiertas ante la luz. La sal es contrastada por el azúcar. Sin punto de referencia de

luz y sal, las tinieblas y el azúcar quedarían enmascarados llenándolo todo, dominando con el poder del príncipe de las tinieblas.

En una comunidad donde todos roban o adulteran, o mienten o estafan, unos a otros se encubren, hoy por ti mañana por mí. Si hay uno que no es como ellos se sienten molestos con su presencia, como acusados implícitamente y esto les llevará a involucrarle en su escándalo farisaico, como una victoria de los que, no pudiendo negar la luz que daña sus ojos torvos, querrán verla traspasada por su pequeña tiniebla.

Os pondría un caso para que estas reflexiones se vean más claras: un grupo de adúlteros condescenderá con su tiniebla tan densa pero no podrá soportar la luz de una ejemplar virgen. Y cuando no puedan apagar el fulgor de su luminosidad que hierde como un rayo, pervirtiéndola, acusarán su forma, su arrogancia, su pequeño desliz en esa materia e intentará quitar la pajita que encuentran en su ojo, cuando transigen, tan abiertamente, con la viga que atraviesa el suyo (Mt 7,1-6).

Además que todo se puede esperar de los enemigos: hasta la muerte.

2. El fariseísmo

No se comprende que Jesús tuviera enemigos pero ésa fue la realidad.

Los fariseos se pronunciaron contra Cristo. *«¿Por qué, Señor? Hazme justicia y mi causa defiende contra gente sin amor; del hombre falso y fraudulento, oh Dios, líbrame»...* (Sal 42). ¿Quiénes son esos hombres para situarse en contra de Cristo? Pobres gusanos. ¡Contra su Creador y Señor! Pero les ciega su soberbia. Están satisfechos de sí mismos. Se creen santos, perfectos. *«Nosotros pagamos contribución, ayunamos, no somos como los demás hombres...»* (Lc 18, 11-12). Examinemos nuestra vida para ver si descubrimos algún brote de fariseísmo -*guardaos del fermento de los fariseos*, les decía Cristo a los mismos apóstoles - (Mt 16, 6). Porque el fariseísmo es un espíritu contrario al del Evangelio. Los fariseos se contentan con obras exteriores sin vivir interiormente la religión. ¡Tanta práctica de religión sin obras internas -que también se traslucirán -!

¡Cuántas discusiones que degeneran en disputas entre personas que practican la religión! ¡Cuánta vana ostentación y vanidad de las cosas que se hacen o de las cualidades que se tienen o se piensan tener, o se dice que se tienen! ¡Cuánta facilidad para juzgar mal a las personas e interpretar mal las acciones del prójimo!

Hay una diferencia diametral entre el cristiano y el fariseo. El cristiano es un hombre interior. El fariseo lo es exterior. El fariseo desprecia a los demás, el cristiano ama al prójimo. El fariseo se considera mejor que los demás, no cree que puedan decir algo interesante. Desprecia a la pecadora a quien Cristo perdona (Lc 7, 39). Líbranos, Señor, de la levadura del fariseísmo.

3. Miedo de ser cristianos

Y nuestros cristianos saben que, como Cristo, tendrán enemigos. ¡Vaya si lo saben!- y de ahí el miedo que tienen de serlo de veras. Y de parecerlo, a veces más que de serlo. Quisieran pasar desapercibidos: que no choque su actitud, vestir como los del mundo, hablar como ellos, ver los espectáculos que ellos ven, llevar los negocios como ellos.

Con esos cristianos ¿qué va a hacer Cristo en el mundo? ¿Cómo iluminar con una luz entenebrecida? Con una sal desvirtuada ¿cómo salvar?

Hemos llegado a un momento histórico de inflación de cristianismo. Y es difícil conseguir que ese cristianismo sea enemigo del mundo. Nuestra tarea será acentuar la enemistad para llevarlo a la amistad con Dios. Hacer intensa la luz del cirio, lo que no depende de su grosor, sino de su llama.

Pero ¿quién puede caminar por camino tan áspero? Podemos decir al Señor:

Nos cuesta imitarte.

Nos cuesta ser pobres.

Nos cuesta ser humildes.

Nos cuesta vivir humillados.

Nos cuesta ser castos.

Nos cuesta ser luz en un mundo de tinieblas.

Cuando todo nos arrastra cuesta abajo, cuando en torno no vemos más que tinieblas, sentimos el pinchazo del deseo de camuflarnos con las tinieblas... ¡Qué importa la pequeña luz que yo pueda aportar al mundo! nos susurra el demonio de la desconfianza... ¿Qué voy a arreglar yo con mi luz encendida? -dice un atolondrado pensamiento superficial y mundano.

Jesús, tú supiste vivir, rodeado de arbitrariedades, como una flecha de ideal sobrehumano.

Tú viviste, en medio de un mar de odios, lleno de paz y deseando contagiarla a todos.

Tú viviste en un mundo de codicia preocupado por los intereses del Padre.

Tú viviste en medio del fango como una gaviota limpia y luminosa.

Tú en medio de corazones duros, fuiste corazón manso y sensible.

Tú, en medio de vulgaridades y prosaicas vidas, fuiste excelso poeta, cantor de los lirios y enamorado del candor de los ojos de los niños.

Enséñanos a vivir en un mundo caliginoso y entenebrecido, con la luz y calor, con color y amor, con poesía y confianza, con fraterna comprensión y belleza. Dale a tu Iglesia almas como la tuya: bellas, sencillas, humildes, virginales entre espinas, mansas como los corderitos, luminosas sin pretensiones.

Danos vivir tu vida plena en constante contemplación del Amor del Padre.

Que ejercitemos el amor interna y externamente cuajando la comunidad en que nos has situado para tu gloria y recreo. Para gran provecho del mundo.

Avancemos en tiempos de vulgaridad y soberbia, de corrupción e impiedad.

Pídenos y danos para que te demos.

Envía tu Espíritu con abundancia y haznos dóciles a sus actuaciones.

Pero si decimos seguir a Cristo no esperemos que el mundo nos lo perdone. Arrejará contra nosotros con furia que en momentos nos alarmará y no sabremos explicarnos el porqué.

Humanamente no tiene explicación. Hay que buscarla en el mundo sobrenatural; permisión de Dios y acción del espíritu de las tinieblas.

Los más timoratos se espantarán. No tengáis miedo. Contad con todas esas contradicciones y mostraos esforzados en ellas, como que son la mejor garantía de que seguimos a Cristo.

El bien no puede hacerse sin sacrificio. El apostolado, si es eficaz, remueve el infierno y todas sus fuerzas pondrá el maligno en juego para ver si logra acobardarnos.

Recordad cómo trataron a Cristo, de cuántos odios lo hicieron blanco y cuántas difamaciones fueron dichas contra Él: le llamaron endemoniado y era Dios; blasfemo y su lengua sólo sabía alabar al Padre; alborotador y es el Rey de la Paz; bebedor de vino y era la mortificación suma...

Por ahí conocerán que sois discípulos de veras de Cristo, porque lleváis el mismo camino del salvador. ¡Ay de vosotros si el mundo os ensalzara! ¡Señal de que seríais de los suyos!

4. El demonio, gran enemigo

Si el demonio os persigue es porque le hacéis daño. ¡Sapo negro! -decía el demonio al santo Cura de Ars- hay otros sapos negros que no me hacen tanto daño como tú!...

Si el demonio rabia... Señal de que le hacéis daño...

Si el demonio os deja tranquilos... temed no sea signo de que vuestra vida le da poca pena...

Mirad no sea que se pueda decir de vosotros:

«Los muertos que vos matáis gozan de buena salud.»

Era criterio repetido por santa Teresa en sus cartas que, *«pues se empieza a alborotar el demonio... Algo le trae»*. *«Tengo experiencia lo que el demonio pone por estorbar uno de estos monasterios»*.

Aspiración ha de ser que nuestra vida sea de una tal lucha contra el infierno que él no nos deje quietos...

«Simón, Simón, mira: Satanás os ha reclamado para cribaros como trigo» (Lc 22, 31). *No temáis, con vuestra fe venceréis al mundo y al diablo* (Ef 6, 16; 1 Pe 5, 9; 1 Jn 5, 4).

5. Venid a mí

Pero Jesús conoce cómo somos los hombres. Sabe que sufrimos, que la injusticia reina en el mundo, que buscaremos dónde reclinar la cabeza muchas veces y no encontraremos sitio...

Y como nos ama, se aviene a ser nuestro nido caliente y nos ofrece su regazo dulcísimo donde reposemos, y nos dice: *«venid a Mí»* (Mt 11,28).

Nos apalean y buscamos cobijo en los nuestros y, casi siempre, salimos más descalabrados porque «no saben decirme lo que quiero...» (San Juan de la Cruz, «Cántico espiritual») Falta de sensibilidad, de corazón blando y... providencia de Dios para que vayamos a Él, que siempre nos comprende y nos conforta siempre, y nos invita a ir a Él. No hay nadie excluido de cuantos sufren, para todos tiene acogida y bálsamo. ¡Qué bien!

¡Pero son tan diferentes las dimensiones de la vida humana y la del Evangelio!

La vida es dura para los mortales. Es más dura para los pobres, para los que carecen de relieve social.

Sólo tiene un lenitivo: el Evangelio que Pablo predica y ¡de qué manera se siente obligado a ello! (1 Co 9, 16).

Y Jesús se va a otra parte para predicar también allí que para eso ha venido, para anunciar la liberación del Reino.

Sin el Evangelio la vida humana es insoportable, no tiene sentido, da náuseas.

La predicación y la acción de Jesús cura a los enfermos.

Por eso tantas veces con los salmos alabamos al Señor que sana los corazones quebrantados, destrozados, venda sus heridas, sostiene a los humildes, está cerca de los atribulados.

Ahí están las dos dimensiones: la del hombre, pobre y quebrantado, y la de Dios, dueño de la vida y de la prosperidad.

Pero en el camino de Cristo hay una exigencia de mortificar apetitos, de conseguir la limpieza, de hacer el vacío de lo terreno. San Juan de la Cruz nos introduce por esa senda segura y austera.

6. San Juan de la Cruz, alpinista del camino de Cristo

San Juan de la Cruz en la Subida del Monte Carmelo nos da doctrina segura; discurremos sobre ella:

Hoy estamos acostumbrados a ver al hombre en su totalidad y unidad corporal y síquica. Las experiencias y los resultados de la moderna medicina, neurología y psicología nos conducen a pensar que la vida síquica está íntimamente unida con la vida corporal y física. Nuestro yo es el que actúa en todas las manifestaciones conscientes del alma humana. Nuestra alma es el sujeto de todo nuestro dinamismo.

San Juan de la Cruz no ha visto al hombre en esa totalidad, sino en la dualidad que en su tiempo, y mucho después de su tiempo, se contempla en el hombre: parte sensitiva y parte espiritual. A la parte sensitiva, o interior, pertenece el conocimiento sensitivo y el apetito, a la espiritual o superior la inteligencia, la voluntad y la memoria.

La zona inferior no es de menor categoría o zona despreciable comparada con la superior. Todo lo que Dios ha hecho es bueno. Lo que sucede es que esta parte sensible alborota la armonía del alma y pretende avasallar la zona espiritual.

San Juan de la Cruz incluye en la parte sensitiva del alma los cinco sentidos, los gustos, deseos y ambiciones que se derivan de ellos y toda la acción de la vida animal. En la zona espiritual, ya lo hemos dicho, coloca la inteligencia, la voluntad y la memoria.

Pues bien, los apetitos designan toda la vivencia de la parte sensitiva del alma.

Hoy se vive desmesuradamente esta zona sensible. Cine a todo pasto. Cine sin fulgor de inteligencia, como estimulante de sentidos y de emociones excitantes de la libido. Música. Y música, no creadora de deseos de bien, sino embravecida del hombre animal.

Amor, no amor espiritual aun natural, ni mucho menos el teologal. Amor que tiene su resolución en la primera capa de la sensibilidad, en la epidermis.

Vida afectiva. Vida sensitiva. Vida del hombre carnal. Ésta es la zona de los apetitos.

A esta zona se reduce también el mundo de las ambiciones de poder, de los temores, de los complejos, de la timidez, del afán desmedido de las cosas, aunque sean buenas.

El deseo de crecer más de lo que Dios quiere, o antes de lo que Dios quiere, puede ser efecto de un apetito de ambición que no entra en la esfera del hambre y sed de justicia. Porque ésta supone también la paciencia, que es saber esperar y vencer la tentación de la tristeza que invade a quien no consigue tan rápido como desea, lo que, una vez conseguido, le afirmaría su personalidad y le libraría del esfuerzo monótono y pesado del trabajo, que es virtud.

San Juan de la Cruz por eso es actual. Porque habla del hombre en su complejión psicológica y ésta es invariable por mucho que cambien las formas de vestir, de hablar, o de vivir.

El hombre siempre tuvo, tiene y tendrá unas tendencias e inclinaciones, un amor, un temor, una esperanza y unos deseos y ambiciones, que no variarán si no cambia la naturaleza. *El vivir de apetitos bestializa. El vivir según la ley del alma espiritual, humaniza, y por gracia de Dios, diviniza. Hace al alma Dios por participación.*

El libro primero de la Subida del Monte Carmelo lo dedica por entero San Juan de la Cruz a analizar la naturaleza de los apetitos y los daños que causan en el alma.

Ve el santo la distancia infinita y la contrariedad existente entre el Creador y las criaturas. De manera que, como dos contrarios no pueden coexistir en un sujeto, se impone necesariamente la negación de uno para que viva el contrario. Si ha de vivir Dios ha de desaparecer todo rastro de criatura.

De ahí nace la necesidad de mortificar los apetitos que arrastran hacia las criaturas.

Pasa después el santo a analizar los daños que los apetitos producen. Uno es privativo, positivo el otro. El primero priva al alma del espíritu de Dios. El segundo es que la cansan, atormentan, oscurecen, ensucian y debilitan.

Entiéndase que estos daños los producen en el alma los apetitos o afectos voluntarios.

Sólo éstos son desordenados. Los apetitos naturales ni poco ni mucho obstaculizan la unión del alma con Dios. *«Bien puede tener el natural estos apetitos y estar el alma según el espíritu racional muy libre de ellos»* («Subida» 1, 1. 11. 2).

Los movimientos naturales que brotan instintivamente en nosotros, o los afectos que, sin más, están ahí porque no se pueden impedir, no sólo no causan ningún daño al alma, sino que le reportan beneficio.

Si el alma los ataca sin tregua, si se aparta de ellos, si no los fomenta, ni los deja desarrollarse y, sobre todo, no se deja influenciar por ellos en sus decisiones, ejercita la virtud y crece su amor a Dios. *«Porque en tanto que los resiste, gana fortaleza, pureza, luz y consuelo y muchos bienes* (Tercero «Subida» 1, 1. 11. 6).

A veces se siente el alma muy molesta y cansada por estos apetitos involuntarios. Sepa de una vez para siempre que no le pueden impedir su unión con Dios mientras no los consienta.

Que los apetitos privan al alma del espíritu de Dios no quiere decir que si los apetitos son de pecado venial o de imperfección le quitan la gracia.

Lo que sucede es que le quitan aquel parentesco espiritual con Jesús, aquel celo por la virtud y amor a la oración y al sacrificio que predominan en las almas que aman al Señor sobre todas las cosas.

Uno se deja arrastrar por su afición a lo superfluo de la prensa o de las revistas. O es infiel a su horario y con ello se ve precisado a omitir la oración.

O tiene un afecto hacia una persona que la lleva a buscarla, a desear verla, a hablar con ella...

Lo que va a pasar después es que al tener que trabajar no hará su trabajo con el espíritu de Jesús. Con aquella sumisión y humildad y aquel espíritu de abnegación y de sacrificio con que Él trabajó.

Y notará que, cuanto más va dejándose llevar de lo que sus instintos le piden, más se va insensibilizando para oír la voz de Dios y estar atento a sus divinas exigencias.

Se le escapan matices de virtud y de santa correspondencia a los toques de Paráclito, a quien con mucha facilidad contristaré por su poca o ninguna delicadeza.

San Juan es un maestro que hay que estar siempre escuchando, porque nuestra flaca naturaleza necesita doctrina estimulante y exigente, pero positiva y radiante, que nos saque de la vulgaridad y nos lleve a la plenitud en Dios.

7. Lo terreno que hay en vosotros

«*Extirpad lo que hay de terreno en vosotros... deseos rastreros y codicia, que es una idolatría*» (Col 3, 5).

El mensaje de la parábola del rico satisfecho (Lc 12, 16-21) no viene simplemente a condenar las riquezas por sí mismas. *Hay que escuchar a Jesús y captar el mensaje tal como Él lo da; hay que saber matizar a la luz del Espíritu lo que Jesús nos pretende enseñar* con esta lección en imágenes de un rico, gran cosechero que se siente satisfecho porque ha logrado conseguir una gran cosecha de cereales, y tiene que derribar los graneros para poderla almacenar. Habla Jesús a gente de Palestina y le habla en símbolos que entiendan. Los graneros que tiene no son capaces, tiene que construir otros mayores para que quepa allí todo el grano y «el resto de mi cosecha», aceitunas..., vino..., aceite..., «y entonces me diré a mí mismo: *hombre, tienes bienes acumulados para muchos años*». Primero, tienes. Tienes. Hombre tú tienes. La primera persona es el hombre, quien posee los bienes es el hombre. ¿Para qué? Acumulados para muchos años, con. Secuencia: «*Túmbate*». Pereza. No hay que trabajar, túmbate, come. Cuerpo, estómago, carne, date satisfacciones, bebe, date buena vida. Este hombre no trasciende el tejado de su casa. La vida de este hombre es una vida que termina aquí. «Date buena vida», aquí, las riquezas para sí, para el hombre. y así termina Jesús, después de poner en boca de Dios esta palabra terrible: «*necio, esta noche te van a exigir la vida*» (Lc 12, 20). ¡Qué terrible sería para aquel hombre que había puesto todo su afán en adquirir aquella gran cosecha para sí, en conservarla con avaricia, en vivir largos años, oír que esa misma noche se ha de terminar su vida, se la van a exigir. Terminada esta sentencia de Dios dice Jesús: «*Así será el que amasa riquezas para sí*» (Lc 12, 21).

No condena, Jesús, las riquezas; no condena, Jesús, a los ricos. Condena al que amasa riquezas *para sí*. Porque las riquezas pueden y deben ser empleadas creando prosperidad para los demás. El marqués de Comillas, era un gran prócer rico, inmensamente rico; pero supo emplear bien aquella riqueza. Construyó un gran seminario. Dio una dimensión social a sus bienes. Entre otras cosas organizó una peregrinación de ochocientos obreros para ir a Roma en la conmemoración de la Encíclica *Rerum Novarum*, en tiempos de León XIII.

El rey David es rey, sin embargo, no se le condena que sea rey y sea dueño y posea bienes y reciba tributos. Lo que es vituperable es el *cómo, para qué, para quién, ¿para sí?* Él que está condenado es el que amasa riquezas para sí y no trasciende su yo, ni este mundo; porque si fuera para sí en el otro mundo... pero no, es para sí, para tumbarse, comer, beber y darse buena vida. Aquí, sin abrirse al misterio del más allá de la frontera de la muerte.

Pero no hemos de mirar las riquezas en este sentido unívoco de riquezas igual a posesión de bienes materiales. Riquezas son también el talento, la sabiduría. La riqueza es todo don que se sale de lo normal, así como el rico en dinero es el que sale de lo normal, de tener un jornal para pasar. El rico en talento sale de lo normal. El rico en

belleza, en simpatía, don de gentes, don de palabra, atractivo humano, poder, autoridad... ha recibido más, pero ¿cómo lo emplea?

¿Para qué tienes la belleza, la gracia, la ciencia, el talento?. ¿Para quién acumulas?.. Porque no es condenable que uno sea sabio o tenga hermosura, si Dios se lo ha dado. No es condenable que uno tenga don de gentes. Lo condenable puede ser el fin en que lo emplees. ¿Para qué?.. ¿Para sí? Para envanecerte tú de que tienes don de gentes, creerte superior a los demás, querer ser visto y apreciado, jactarte de ello y mirar a los otros por encima del hombro?..

¿Para eso? Entonces almacenas, amasas riquezas, como el rico, para sí, para ti, y esto, desgraciado, «esta noche se va a terminar», te van a pedir cuentas, porque te vas a ver ante Dios con las manos vacías.

8. Las manos vacías

Recuerdo la antigua película *Balarrasa*, protagonizada por Fernando Fernán Gómez. La hermana del seminarista en trance de muerte se mira las manos obstinadamente y exclama: «Están vacías». Están vacías. No es rica ante Dios. *¡Ay del que no es rico ante Dios!* Así será el que amasa riquezas para sí y no es rico ante Dios, porque no es rico ante Dios el que no lo es en virtud, en humildad, en pobreza, en pureza, en mansedumbre, en paciencia, en trabajos por Cristo, el que no ha muerto con Cristo, el que no está escondido con Cristo en Dios.

9. La nueva criatura

He quedado absorto contemplando el injerto de un naranjo; y he pensado en las palabras de san Pablo: «*Vuestra vida está, con Cristo, escondida en Dios, porque habéis resucitado con Cristo*» (Col 3,3).

San Pablo tenía una visión del bautismo que nosotros no tenemos. Porque a nosotros nos parece que el bautismo no nos obliga a nada, cuando el bautismo es el fundamental sacramento que nos ha hecho morir y resucitar con Cristo. Por él hemos participado en la muerte y en la resurrección de Jesucristo, hemos muerto con Cristo. Es decir, hemos sido injertados en Cristo o, mejor dicho, Cristo ha sido injertado en nuestra vida. Porque el injerto consiste en hacer una incisión en el árbol viejo que se quiere cambiar de clase. y se le mete una cuña que tiene un germen. Bien apretado y atado comienza a captar la savia del naranjo viejo, pero el brote es vida nueva. y ese naranjo fructificará en naranjas de distinta clase a las que le correspondían al naranjo viejo. Serán naranjas de otra calidad. A lo mejor era nável y le han injertado de mandarina y resulta que las naranjas tienen color, sabor de mandarinas cuando les correspondía tener color, sabor y figura de nável.

10. Nuestra vida escondida con Cristo en Dios

Pues Jesucristo es Dios que se nos ha metido en el bautismo dentro de nuestro ser. «*Nuestra vida, escondida con Cristo en Dios*» (Col 3,3), va creciendo. Es una yema nueva de germen nuevo. Es una semilla nueva invisible. Nadie ve que nosotros llevamos a Cristo dentro, que el injerto de Cristo está metido dentro de nuestro ser humano, que nuestra vida es divina. *Pero un día aparecerá en gloria cuando aparezca*

Cristo vida nuestra, entonces también vosotros apareceréis juntamente con Él en gloria (Col 3, 4).

Aparecerá el valor de esta pureza de ahora, de esta mortificación y sacrificio; de esta vida de oración en que estamos sumergidos, de esta vida unida a Cristo en Dios glorificando al Padre. Todo esto nos tiene que llevar a apreciar ya vivir nuestra consagración bautismal, a vivir íntegramente en la medida de nuestras pobres fuerzas humanas que vendrán siempre ayudadas por la gran fuerza de la gran mano del Padre-Dios que nos impulsará por el Espíritu a cantar que Él es nuestra roca y nuestro poder. Que si hemos trabajado con Cristo, nuestro trabajo no habrá sido en vano, no lo habremos perdido, *«resucitaremos con Él»*, viviremos con Él; esta vida se pasa y, a lo mejor, más de prisa que nosotros creemos. Quizá nos prometemos una serie de años de vida y, a lo mejor, el Señor está esperando decirnos: «Esta noche te van a exigir la vida».

Y nosotros la estamos prolongando. *«Parece que vinimos al convento a no morirnos»*, diría con gracia santa Teresa. Tenemos obligación de conservar la vida, pero el Señor tiene los días contados y ningún cabello de nuestra cabeza caerá sin su voluntad (Mt 10, 30), y mucho menos llegará al final sin la voluntad del Padre.

Nuestra vida escondida con Cristo. Que no sea para nosotros, que sea para Dios. *Tanto si vivimos como si morirnos vivimos y morirnos para Dios (Rm 14,7)*. Y siendo para Dios, desde el corazón de Dios, irradiará en todo el mundo. Llenará de fecundidad a la Iglesia. Seremos almas que dejarán huella, semilla. Porque caminaron con Cristo y vivieron con Él.

11. Camino de espinas

Cierto. El camino de la identificación con Cristo es camino erizado de espinas, porque todo en Cristo contraría a nuestra naturaleza. Lo que la naturaleza apetece es lo contrario de lo que Él nos exige. Pero nos lo exige, no por afán de fastidiarnos, sino como camino de grandeza. Hemos de inmunizarnos contra la mentalidad mundana que tanto ha bastardeado la palabra Amor. Para los mundanos el amor se queda en los sentidos, en la imaginación, en la carne...

Hemos de hacer un esfuerzo para adquirir la mentalidad de Dios en cuanto al Amor- Ágape, palabra que usaron los primeros cristianos para identificar el amor del Evangelio. Y veremos cómo el Amor nace, crece y madura en la Cruz.

Pero sólo aparece la Cruz al empezar, al tenerse que decidir. Una vez la persona se ha lanzado de cabeza a la cruz va llegando la suavidad, la luz, la limpieza y el gozo. Además este gozo es de otra especie que el de los placeres sensibles; es más duradero, más profundo, abarca y llena más. Está hecho a la medida de la capacidad del alma. El sentido tiene suficiente con lo sensible pero el espíritu se muere de hambre sin gozo espiritual. Este gozo espiritual viene siempre acompañado de renunciaciones sensibles o carnales.

Si renunciaciones como cinco gozarás como cinco. Si como diez, el equivalente lo tendrás en gozo. Si vas al copo, llegarás a la cumbre del gozo.

Hay almas -no pocas -que nunca se acaban de decidir a una entrega total. y en el pecado llevan la penitencia, porque nunca llegan a ser felices por su falta de

generosidad, por su tejer y destejer, por su dejar y volver a soñar ya añorar lo que un día dejaron.

Aparte de que a Dios le hacemos poco honor al compararlo con las criaturas. Si las criaturas son migajas de su gran banquete... y están llorando por las migajas, olvidadas de la gran luz del Cordero que ilumina y vivifica.

Las criaturas, medios, no fines. En cuanto alguna se va convirtiendo en fin, rompe, corta, arranca... *vale más entrar ciego en el Reino que con dos ojos en las tinieblas...* (Mt 18,9).

Dios nos quiere muy grandes. Nada nos puede hacer grandes, tan grandes como Él, sino lo que nos iguale a Él. y no hay nada que nos iguale a Dios más que el Amor. Pero el Amor nos exigirá renunciaciones y renunciaciones. ¿Para morir? ¡No! Para vivir. De la más alta manera. Para vivir la propia vida de Dios.

Ojos y corazón, pensamientos y recuerdos, trabajo y cosas... Todo crucificado y todo ordenado por el Amor.

En medio de un mundo materializado, sensiblero, encarnizado, brillad como antorchas incontaminadas, como faros que, al menos en su ámbito, denuncian la oscuridad y la tiniebla.

Sed sal, no azúcar; abnegación, no capricho; alpinistas de altas cumbres, no sibaritas instalados.

Sed cipreses que pacientemente y obstinadamente miran a lo alto, no sauces de ramas caídas y llorosas por lo que dejaron.

12. Es Cristo quien vive en mí (Ga 2,20)

San Pablo, en su carta a los Gálatas dice que Cristo vive en él.

¿Qué sentido puede tener esta vivencia de Cristo en él? ¿Será un recuerdo, como está vivo en la mente de una madre el pensamiento de su hijo?

¿Será la presencia de un parásito que chupa vida y está viviendo en el organismo en el que parasita? No. La vida de Pablo es la vida de Cristo porque la vida suya ha dejado de ser la vida de aquel Pablo de antes.

El motor que lleva ahora a Pablo es el Espíritu de Cristo. Porque al mismo tiempo que dice que Cristo es quien vive en él, dice también que ya no soy yo quien vivo.

Decir que Cristo vive en mí es decir que el mismo Espíritu que vive en Cristo es el que vive en mí. En cada cristiano.

Se ha dicho que el sacerdote es otro Cristo.

Pero es también verdad que el cristiano es Cristo, y lo que debemos procurar es multiplicar la presencia de Cristo en el mundo.

Claro que todos somos un solo Cristo, el Cristo Místico. Pero ese Cuerpo Místico no es un ser gigante que invade el universo, sino un Espíritu que tiene sus límites concretos en cada individual personalidad.

En cada hombre está existivamente Cristo. En cada cristiano está ya realmente Cristo.

En el cristiano que vive en caridad hay vivencialmente un Cristo más realizado.

En el cristiano que ha llegado a vencer las obras de la carne ya vivir en la altura singular y oxigenada y pura de los frutos del Espíritu, vive ya Cristo sin limitaciones, en plenitud.

Esta vida de Cristo en nosotros nos lleva a razonar sobre una serie de formas de vivir Cristo en nosotros y fuera de nosotros, cuyo estudio nos ayudará a encontrar la presencia de Cristo en nosotros y en otros seres, que dará unidad a nuestra piedad.

13. Varias presencias de Cristo

Si nos remontamos al momento de la Encarnación, desde allí se abarca con plenitud la maravilla del misterio de Cristo.

Cristo procede del Padre. Cristo nace de una Madre. Cristo se proyecta en la existencia de la humanidad.

Si Cristo procede del Padre, es Dios. Su naturaleza humana está unida a la divina de una manera misteriosa, no podemos negar que es Dios.

Un Cristo puro hombre, sería un héroe, sería un gran filósofo, un gran bienhechor de la humanidad desprovisto de la dimensión de lo sobrenatural.

Cristo es el Hijo de Dios. *«Unos dicen que eres Elías, otros que Jeremías, otros un Profeta». «Tú eres el hijo de Dios», dijo san Pedro, en un acto de fe divina (Mt 16, 14-16).*

Cristo nace de María. Su naturaleza humana ha venido a la existencia como la de todos los hombres: por una madre.

Cristo tiene Madre.

Y Cristo está unido a la divinidad. La Madre de Cristo es pues la Madre de Dios. Olvidar esto es no ver la realidad teológica de la economía de la Redención.

Cristo está ya en el mundo como Dios encarnado y todo ha cambiado desde este momento central de la historia.

Pero su presencia es singular en el cristiano.

Y de una manera excelsa está presente en el alma en gracia con el Padre y con el Espíritu Santo. *«Yo en ellos y tú en mí» (Jn 17, 23).*

Como Dios, Cristo está en toda la creación.

Como Dios, está también en el cielo con el Padre y con el Espíritu Santo.
Cristo está, de una manera singular, para probar que sus delicias las tiene con los hombres y para alimentar su vida de fe, por la que se entrega, en la Eucaristía.

La Palabra revelada, he ahí otra presencia de Cristo entre nosotros.

Cristo está en los cristianos con su Madre: «*¡He ahí a tu Madre!*» (Jn 19,27).

Y el Cristo pequeño en el regazo de la Madre de la Iglesia, se va desarrollando hasta llegar a la edad adulta.

Estas varias presencias de Cristo hay que vivirlas íntegramente, de lo contrario se mutila a Cristo. Lo cual equivaldría a que nuestra vida no sería Cristo, que no viviríamos de su Espíritu.

Si dijéramos que Cristo no está en el cielo falsearíamos la fe.

Si prescindiéramos de su Madre no tendríamos un hombre que precisa para ser concebido, aunque sea por obra del Espíritu Santo, Madre.

Para quienes prescinden de la Madre, la Virgen María es algo incomprensible.

Ellos no pueden vivir donde vive el Cuerpo Místico que es el seno de María.

Que Cristo está en los hombres es también algo incontrovertible y querer ver al Cristo del cielo y al de la Encarnación sin los miembros es mutilar a Cristo.

Ver a Cristo en los hermanos pero no verle en el cielo unido a la Trinidad y negar su presencia eucarística es una herejía.

Hay que comprender al Cristo total: Cabeza y miembros.

Todavía cabe otro error, no poco funesto, hoy sobre todo: Aceptar la existencia de Cristo en el seno del Padre, en los hermanos, en la Eucaristía, en el mundo, en el seno de la Madre de la Iglesia, pero no verlo nunca dentro de sí mismos. Los que así se comportan prácticamente son ellos los únicos hombres en quienes no se da la presencia de Cristo.

San Agustín dice de sí mismo que buscaba a Dios fuera de él. No se daba cuenta de que estaba *-Hermosura increada-* dentro de él. «*El Reino de Dios está dentro de vosotros*» (Lc 17,21).

No ver a Cristo principio y fin de todas las cosas, hombres, historia, pequeñas o grandes vicisitudes y entresijos de la vida, nos quitaría el sentido sumamente consolador de la ley de los lirios del campo y de la tragedia de las cautividades previstas, queridas, permitidas, para el bien de los elegidos.

Afirmemos nuestra fe en el Jesús en el seno del Padre y vivámosle allí. Es nuestra Vida, nos participa la que Él recibe del Padre.

En el Hijo de María: en su seno y en sus rodillas. Ella funde con Él su vida y nos llega por Ella el fruto de su vientre. En el que se queda pan y vino. «*Quien come y bebe vivirá mi vida*» (Jn 6,54), tendrá fuerzas para caminar por el desierto hacia la Patria.

En el Jesús que vive en cada uno de sus pequeñuelos. «*Lo que hicieréis a uno de ellos a mí me lo hacéis*» (Mt 25, 40).

En el que mora en cada uno de nosotros -también pequeñuelos-, donde se está formando y por quienes la Iglesia, como el Apóstol dice, padece dolores de parto. (Ga 4, 19).

Y ahora un alto: Contemplémosle más dentro de nosotros. Clamemos: Abba, Hermano, Esposo, Redentor.

Sólo así tendremos fuerza para sacrificarnos por los hermanos -Cristo en ellos -; para dar la vida por ellos como Él la dio.

Leamos y leamos la Escritura y afiancémonos en sus enseñanzas. Es la única manera de hallarle en los hermanos y en nuestra alma, y en el seno de María a quien veremos Madre-Madre-Madre, por quien le recibimos la primera vez y tantas cuantas veces Él nos quiere venir a habitar ya intimar cordialmente e íntimamente.

Verle en los hermanos: o para que Él viva en ellos, o porque Él vive en ellos, pasando por encima de los accidentes, que pueden ser desagradables, y llegando al fondo del alma:

-*¿Qué ve en mí que me mira con tanta simpatía?*- A Jesús viviente en su alma (Santa Teresa del Niño Jesús). Eso es vivir a Cristo con todos los riquísimos matices de su vida, de su presencia.

14. La tentación

En el camino de Cristo no nos faltará la tentación. Por eso la quiso sufrir Él para ser nuestro modelo.

Jesús quiso ser tentado para darnos ejemplo a nosotros, que hemos de soportar tantas tentaciones, de lo que debemos hacer en la tentación. Los israelitas sucumbieron en el desierto. Ellos no pueden ser nuestros modelos. Ellos en el desierto se quejaban de haber perdido la seguridad de la pitanza: los ajos, cebollas y ollas de carne (Gn 16,3).

«*Está escrito: No de solo pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios*». (Mt 4,4) Pero para que esa Palabra nos sirva de alimento no hay que dejarla en la estantería. Hay que leerla, meditarla, saborearla. ¡Qué diferencia existe, no sólo entre un hombre que medita la Palabra de Dios y otro que no la medita, sino también en un mismo hombre cuando medita y cuando no lo hace!

El hombre que medita, que ora, tiene unos criterios y una fuerza de que carece el que prescinde de las ayudas de Dios. San Pío X dijo a un sacerdote que omitía la meditación; «*No se prive de la ayuda de Dios*». *Comparad las épocas de vuestras*

propias vidas en que hacíais oración con las que carecían de Palabra de Dios. Veréis qué diferencia de clima y de frutos.

El hombre que ora tiene más alegría, tiene más paciencia en la adversidad y puede soportar mejor las humillaciones y vencer las tentaciones.

El hombre que no ora ya no necesita demonio que le tienta. Dejar la oración es entregarse atado de pies y manos en poder del maligno. En cambio, el que ora, por esta fuerza que se hace... forzáis vos, Señor, los demonios para que no los acometan y que cada día tengan menos fuerza contra ellos» (Santa Teresa, V, 8, 6)

«Y le mostró todos los reinos y se los prometió, si se arrodillaba delante de él» (Mt 4,8). Esta es la promesa que hace el demonio a todos los que tienta. Antes de la tentación todo son promesas de dicha y felicidad y sugerencia⁵ de abandonar la vocación y de solucionarles todos los problemas. Que dejen el trabajo, el estudio, la práctica de la virtud. Pero haced caso de sus consejos y veréis el fra caso, comprobaréis que os ha engañado, *no en vano él es padre de la mentira (Jn 8,44)*. Cada vez que se cae en la tentación se experimenta el desencanto y la tristeza enorme, el vacío en que nos ha dejado la comida de aquel bocado que se nos presentaba tan exquisito. Lo experimentaron Adán y Eva y cuantos se dejan coger en la trampa del *«seréis como dioses» (Gn 3,5)*.

Entonces lo llevó a Jerusalén y le puso en el alero del templo y le dijo: Si eres Hijo de Dios, tírate de aquí abajo, porque está escrito: *«Encargaré a los ángeles que cuiden de ti» y también «te sostendrán en sus manos para que tu pie no tropiece en las piedras» (Mt 4, 5-6)*.

Es la tentación del exhibicionismo. La tentación tan frecuente en los que están empeñados en algún apostolado. Manifestarse. Los que sucumben a esta tentación estarán dispuestos a gestos brillantes, a dejarse llevar en olor de popularidad; rehuirán todo lo que sea trabajo oscuro, anónimo, abnegado, silencioso. Dispuestos a desplegar la bandera, pero remisos a cargar con la cruz.

Jesús contestó que hacer esto sería tentar a Dios, exigirle un milagro.

Él prefiere la victoria sobre el diablo antes que un triunfo resonante y aparente. Quiere que se acepte la Palabra de Dios por ella misma: *«Dios quiere más el menor grado de obediencia y sujeción que todos esos servicios que tú le piensas hacer» (San Juan de la Cruz. Dichos de luz y amor). «Más quiere Dios de ti el menor grado de pureza de conciencia que cuanta s obras puedas hacer» (bis. Jesús Martí, «Llama... léida hoy». Dichos de luz y amor, Ediciones Paulinas, pág. 243).* Y vencer la tentación, no caer en las garras de Satanás, es igual a limpieza de alma.

Nos enseñó el Señor a pedir no nos dejes caer en la tentación. Sufirla y superarla es aumentar el mérito; para eso quiso Él pasar por ese trance para enseñarnos a comportarnos cuando se nos presente.

Cristo pudo recibir la tentación a cuerpo limpio porque había henchido su alma humana de palabra de Dios en el silencio de los cuarenta días. Por eso su respuesta al tentador alude a la Palabra de Dios, que es palabra de vida, que da la vida. y no es que

no nos hayamos de preocupar de los medios materiales, *pero valorándolos debidamente y llenos de fe en que la palabra de Dios se cumplirá si buscamos su Reino y su justicia y se nos dará todo por añadidura* (Mt 6,33). Bien entendido que no podemos buscar el Reino y tumbarnos a dormir. El mismo Reino nos hará trabajar para hallar el pan que Dios no nos dará si no hemos sudado para ganarlo...

Cuando a un hombre desprovisto y desnutrido de Palabra de Dios le llega la tentación, sin recogimiento, sin ayuno, sin mortificación, es hombre perdido; *«no tienen la fuerza los vasallos del alma, que Son los sentidos y potencias, que Dios les dio de su natural, y fácilmente estas almas son vencidas, aunque anden Con deseos de no ofender a Dios y hagan buenas obras»* (Santa Teresa de Jesús, «moradas primeras» 2, 12). *«Velad y orad para no caer en tentación»* (Mt 26, 4). *«Las que se vieren en este estado han menester acudir a menudo, como pudieren, a su Majestad, tomar a su bendita Madre por intercesora ya sus santos, para que ellos peleen por ellas, que sus criados poca fuerza tienen para defenderse»* (Ibid)

Hoy que las tentaciones nos salen al paso con descaro, hoy que nos Consta se ora tan poco, porque se empieza por decir que el mismo trato humano ya es oración (¡cuántas veces ese mismo trato es la misma tentación por falta de vigilancia y de oración!) ¿nos extrañaremos de que el pecado reine, y con él la muerte, en el mundo? ¿Nos extrañaremos de qué haya tan pocas almas que busquen una vida de altura, aspiren en serio a la santidad? Se comenzará por negar la necesidad de la oración, trato con Dios, a solas en el desierto del corazón; se seguirá negando el pecado, al que conduce el fallo de la respiración del alma, y se terminará por negar a Dios. Es la fuerza de la lógica de la caída humana. Ser como dioses, sin Dios. Ser como Él pero negándole a Él.

Analicemos ahora la tentación y veremos que todas las tres tienen un común denominador: exaltación del hombre. La primera utiliza a Dios para que coma el hombre. La segunda encarama al hombre en manos de los ángeles. La tercera le promete al hombre todos los reinos del mundo. A esa exaltación del hombre sigue un olvido de Dios, más, un desprecio, tal que lleve al hombre a postrarse ante Satanás ya adorarle.

Cristo sabe muy bien lo que es de Dios y eso le echa en cara al diablo: *«Vete, al Señor Dios adorarás»*... (Mt 4, 10). En el hombre-Jesús no tuvo Satanás la fortuna que en el hombre-Adán.

Este hombre-Jesús ve ahora recompensada su obediencia: *«los ángeles le servían»*. Reparad en el contraste bíblico: A Adán los ángeles le defienden la entrada al paraíso (Gn 3,24).

Cristo, haznos obedientes y apasionados del amor y adoración del Padre como lo fuiste Tú. Pasará la prueba --*«aunque marche por valles de tinieblas»* (Sal 22) -- y vendrá tu gracia y tu consuelo en manos de ángeles. Que lo creamos así firmemente. Que nos confiemos más ciegamente en los brazos de Dios Padre.

Los planes apostólicos de Cristo son desconcertantes e imprevistos. Cristo no va por el camino fácil. Se va al desierto, va a sufrir, va a entrenarse para la lucha, a afilar las armas... Se va a orar y ayunar. *«Esta clase de demonios se lanza sólo con oración y ayuno»* (Mt 17,21). Jesús da a su Padre lo suyo, que es lo que exigiría a los fariseos cuando vengan a tentarle (Mt 22,21).

A cada cual lo suyo. Con ello taxativamente les dice que den a Dios lo que es de Dios.

Todos somos de Dios. Luego todos debemos damos a Dios y el deber ineludible de pagarle a Dios su tributo.

En el denario hay una imagen: la del César. Y una inscripción: la que alude a su persona y reinado Y eso es garantía de que hay que someterse al César.

En el hombre hay una imagen: la de Dios: *«Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra»*... (Gn 1,26).

El hombre lleva la imagen de Dios esculpida en su alma inmortal. Dotada de entendimiento y voluntad, el alma, espíritu como Dios, es semejante a Él. Como Él no morirá nunca. Como Él entiende y ama. Y por la gracia de la adopción existe en ella la imagen del Hijo de Dios, cuya edad perfecta es deber del cristiano alcanzar.

Darle a Dios nuestro ser. Darle nuestra voluntad con todo el amor que ella puede siempre producir es nuestro deber ineludible.

Ser productores de amor para Dios siempre, en todos los momentos y si... caemos... darle pronto nuestro arrepentimiento y humillación, con el propósito de nuestra mayor fidelidad contando siempre con su gracia, sin la cual nada podemos.

15. Ríos de agua viva

«El último día, el día grande de la fiesta, se detuvo Jesús y gritó diciendo: Si alguno tiene sed, venga a Mí y beba. El que cree en Mí, según dice la Escritura, ríos de agua viva correrán de su seno. Esto dijo del Espíritu, que habían de recibir los que creyesen en Él, pues aún no había sido dado el Espíritu, porque Jesús no había sido glorificado» (Jn 7,37-38).

Característico de Jesús es aprovechar las coyunturas circunstanciales para de ellas levantar el vuelo a su doctrina. En la presente ocasión, el último día y el más solemne de la octava de los Tabernáculos, en que a diario se hacía una procesión que iba a buscar el agua de la fuente de Siloé, Cristo, aprovechando la oportunidad de la ceremonia, hizo aplicación de ella a Sí ya su Reino.

Habla de agua. Ríos de agua viva en contraposición al agua muerta, estancada, que no fluye. El agua viva en el lenguaje de la Escritura es el agua de hontanar.

Seis siglos antes Yahvé se lamentaba por Jeremías: *«Dos males ha cometido mi pueblo: me abandonaron a mí, manantial de agua viva, para excavar cisternas agrietadas, cisternas que no conservan agua»* (Jr 2, 13).

Si Dios es manantial de agua viva, *¿por qué no acercarse a Él a beber?* Equivocados van los que piensan encontrar satisfacción en los contenidos de la carne. No lo lograrán porque toda carne es heno. *«Como vestido se envejece toda carne... como las*

hojas verdes de un árbol frondoso que unas caen y otras brotan, así es la generación de la carne y de la sangre, uno s mueren y otros nacen. Toda obra humana se carcome, al fin se acaba, y tras ella va el que la hizo» (Eccl 4, 18-20).

¿Por qué afanarse tanto en allegar dinero? Vendrá la muerte y, en esa definitiva aduana, dejarán los inútiles tesoros. Que se desengañen que no los han de despachar.

Lo mismo del fugaz placer, de la huidiza fama. En fin, de todo lo que no es Dios. Si, por el contrario, a Él le escuchamos y, obedientes, venimos a beber en su pecho, que no es cisterna agrietada, sino burbujeo constante de Vida que bulle y cantarina, ríe, corre, salta, da vida, seremos cedros plantados en las corrientes de las aguas, que prosperaremos y nos enriqueceremos. *«Florecerá el justo como la p alma, crecerá como el cedro del Líbano plantado en la casa de Yahvé, florecerá en los atrios de nuestro Dios, crecerán aun en la senectud, sanos y vigorosos, para anunciar: Recto es Yahvé, mi roca, no hay en Él iniquidad» (Sal 92, 13 ss.).*

Pero nadie puede ir al Padre si Cristo no lo lleva. Nadie puede ir a Cristo si no es por Él atraído (Conf Jn 6,44).

El alma sedienta de agua viva, puede considerarse dichosa de sentir sed. *«Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán hartos» (Mt 5, 6).* Puede tener la firme esperanza de que será saciada su sed, en esta vida también, pero del todo en la eterna; dichosa también porque esa sed le viene de Cristo. Es Él quien, como a la Samaritana, le hace desear el agua, le hace conocer su don: *«Si conocieras el don de Dios...» (Jn 4, 10).*

Resta que le digamos, no una, sino mil veces, con la Samaritana: *«Señor, dame de esa agua, para que no sienta más sed ni tenga que venir aquí a buscarla» (Jn 4, 15).*

¿Por qué ir a buscar agua por ahí? En cualquier charca quedan deslumbrados y piensan que se saciarán, que apagarán el inmenso vacío de insatisfacción que alienta su corazón.

No se dan cuenta de que se equivocan. De que sufren espejismo, como el agotado caminante que en el desierto ve un oasis y es una ilusión. No sufras ilusiones. Si tienes sed -y la tienes por cuanto eres hombre -busca a Cristo y Él te aquietará, busca a Cristo y Él te saciará, porque Él un día, el solemnísimos de la fiesta de los Tabernáculos, dijo con voz fuerte, gritando: *«Si alguno tiene sed, venga a Mí y beba» (Jn 7, 37).*

De tu seno brotará la fecundidad del apostolado eficaz y la santidad radiante de una grandeza sin par. Fecundidad que será obra del Espíritu y no obra humana. Las obras humanas perecen, las del Espíritu perduran, se multiplican, son vitales. ¿Quién no querrá vitalizar su vida humana con efluvios y hálitos de vida espiritual y sobrenatural?

¿Quién no se acercará al costado de Cristo, que está con ansias deseando que *«saquéis con alegría el agua de las fuentes de la salud,?» «Diréis aquel día: Alabad a Yahvé, cantad a su Nombre, pregonad sus obras en medio de los pueblos, proclamad que su nombre es sublime. Cantad a Yahvé que hace cosas grandes, que lo sepa la tierra toda. Cantad, jubilad, moradores de Sión, porque grande es en medio de vos otros el Santo de Israel» (Is 12, 3 ss.).*

16. ¿Confianza en el hombre?

En el camino de Cristo antes que confiar en los hombres hay que confiar sólo en Él.

«Maldito quien confía en el hombre... Bendito quien confía en el Señor» (Jr 17,5-7).

Siendo el hombre ser contingente y no bastándose a sí mismo para el desenvolvimiento de su propia vida y actividades, necesita apoyarse en otro ser del cual espera ayuda, de quien fía su salvación.

Ese ser o es otro hombre o es Dios. Si el hombre confía en el hombre el resultado de su confianza es la maldición, es la negación de su actividad, la pérdida de su mérito, la frustración de su fecundidad.

Sólo el hombre que confía en el Señor tiene asegurado su triunfo. La confianza en el hombre o en el Señor definirá su vida.

Si confía en el hombre irá tras él, le adulará, procurará contentarlo porque de él espera el medro, el cargo, la limosna. ..Si confía en el Señor igualmente se acercará a Él y querrá tenerlo propicio. De ahí que el hombre que confía en el Señor sea hombre de oración y de plegaria. Los santos han sido hombres de oración. Han confiado en el Señor. San Juan de la Cruz sugiere que orando en el convento abastece la mesa.

«El padre Provincial llama la atención del padre fray Juan de la Cruz de visitar poco a los seglares, y le indica la conveniencia de esas visitas con miras a conseguir mayores limosnas en beneficio del convento. El padre fray Juan se pone de rodillas y escucha humildemente la reo prensión. Terminada ésta pide licencia para hablar, y dice: "Padre nuestro, si el tiempo que yo he de gastar en visitar estas personas y persuadir las a que me hagan limosna lo ocupo yo en nuestra celda en pedir a Nuestro Señor mueva a esas almas a que hagan por Él lo que hubieran de hacer por mi persuasión, y Su Majestad con esto me provee mi convento de lo necesario, ¿para qué he de visitar, si no es en alguna necesidad u obra de caridad?"» (Vida de San Juan de la cruz». Crisógono de Jesús, capítulo 13. BAC 10ª ed. pág 224)

Otra vez *«el procurador del convento pidió licencia a fray Juan de la Cruz, Prior del convento, para salir a buscar con qué comprar comida. Él le responde: «Ande, déjelo y váyase a su celda y encomiende esa necesidad a Nuestro Señor».* A una nueva insistencia el Prior le arguye la falta de confianza en Dios. *« Si la tuviera, desde la celda negociarí con el Señor el remedio de estas necesidades ».*

»Por tercera vez vuelve diciéndole: *«Padre Prior, esto Es tentar a Nuestro Señor que quiere que hagamos lo que podemos. Déme vuestra reverencia licencia, que yo les daré qué comer hoy».* Fray Juan se sonríe paternalmente y le dice: *«Vaya, tome un compañero y verá qué presto le confunde Dios en esa poca fe que ha tenido» .* Apenas traspone el procurador la puer ta del convento, se da de cara con el licenciado Bravo que le pregunta adónde va. *«A buscar de comer».* -«Pues aguarde vuestra reverencia; le daré esta multa que han aplicado en favor del convento los señores oidores». Y le entrega doce monedas de oro.

»Cuando el procurador, alegre y confundido a la vez, da cuenta de lo ocurrido, el Prior le responde amorosamente: «*¡Cuánto más gloria suya hubiera sido estarse en su celda y que allí le hubiese Dios enviado lo necesario, que no hacer tanta solicitud! Aprenda hijo, a fiar de Dios*» (ibid Pág. 214-215).

Cuando confía en Dios se convierte el hombre en árbol plantado junto al agua. La corriente de vida que vivifica sus raíces influye en la cosecha que es excelente.

Mientras tanto el que esperó en los hombres halló su medro estéril como cardo en la estepa.

El hombre que ora porque espera en la oración, tiene el corazón tierno, parece que en su seno brota agua de dulzura, estriba más en las manos de Dios que en las manos de los hombres.

Y no se inquieta en años de sequía. José en Egipto previno la sequía porque confió en el Señor e hizo próspera la vida de toda la nación porque temió a Dios y no pecó. No temió al hombre y se negó a sus caprichos (Gn 39, 7-12). Y Dios le enaltecó.

Si tenemos la confianza puesta en el Señor no dejaremos de dar fruto. Si somos fieles a la consigna de la divina filiación tendrán buen fin nuestras empresas.

Lo contrario nos sucederá si confiamos en cualquiera de los valores terrestres. Nos convertiremos en paja. Se secará nuestra raíz, las hojas serán arrastradas por el vendaval.

El que es consecuente con la doctrina del Evangelio y se abraza con su pobreza, con su llanto y fatiga, con los odios que suscita su justicia, es el hombre que confía en el Señor, que aunque vea que todo se desmorona en su derredor, tiene fe en Dios que, si resucitó a Cristo, también a él le resucitará.

Los ricos aquí, los que se sacian aquí, los que aquí ríen y los que buscan la adulación en este mundo perecerán, porque el camino de los impíos acaba mal.

Los pobres de Yahvé son los humildes en su trato con el Señor; son mansos en los acontecimientos más adversos, saben que, puesta la confianza en el Señor, no quedarán defraudados.

Vemos actividades, muchas actividades, en el fondo tanta herejía de acción tiene como explicación la exclusión de la acción del Señor y las hojas del árbol van amarilleando más cada día y los frutos no se ven. *Porque si el Señor no edifica la casa en vano se cansan los albañiles*» (Sal 126, 1).

Dejemos paso a la acción de Dios. Dejemos oportunidad a su Providencia. Cuando estemos convencidos hasta la médula de que no son nuestras obras, sino las obras de Dios las que salvan, llegaremos a la luz. Porque el hombre que confía en el Señor cuanto emprende tiene buen fin (Sal, 3).

17. Guardar su Palabra

«Si alguno me ama guardará mi palabra y mi Padre le amará y vendremos a él y en él haremos morada» (Jn 14,23).

No podemos separar estos dos verbos, dos acciones decisivas en el orden de la gracia: amar a Cristo y guardar la palabra es lo mismo que amar. Aquí vale el refrán castellano: «*obras son amores y no buenas razones*».

Decir palabras de amor resulta relativamente fácil. Hay personas a quienes cuesta poco, a otras cuesta más, según temperamentos.

Decir que se ama sin sentir el amor o sin tener amor, porque no siempre el amor es un sentimiento, es cosa frecuentísima. Soltar unas palabras amables no implica mucha contradicción, al menos para algunas formas de ser; porque hay personas tan veraces, tan diáfanos, que necesitan de tal manera la integración de sus sentimientos, palabras y obras, para quienes resulta un sacrificio costoso decir que aman sin amar. Estas personas son *unas*; frecuentemente son designadas con el calificativo de enteras. Yo las llamaría mejor, de una sola pieza, inasequibles al mosaico. Ignoro si en castellano existe un calificativo que exprese esta idea. Me gustaría hallarlo.

De todos modos no está ahí sólo el amor, en las palabras. Sino en guardar la palabra.

Guardar la palabra, cumplirla, ponerla en práctica, es lo principal en el amor, y es lo que de veras cuesta.

Y ya en seguida se nos ocurre la reflexión de que para cumplir la palabra de Cristo primero habremos de Conocerla. La lectura de los Libros Sagrados se nos impone en primera instancia, para llegar muy pronto a la reflexión y al estudio. Mal se guardarán las palabras de Cristo si se desconocen esas palabras.

Pero esas palabras van a exigirnos mucho. *La palabra de Dios es aguda más que espada de dos filos* (Hb 4, 12). *Viene decidida a cortar, a separar el trigo de la cizaña, a separar al hijo de su padre ya la hija de su madre* (Lc 12, 51-53).

Llega y enarbola una doctrina elevadísima de bienaventuranzas (Lc 6, 20 ss.) que la carne y la sangre no Comprenden.

Nos pide que llevemos la cruz del Viernes Santo y la de cada día, lo que es pregonar una religión de crucíferos diarios.

Pero ahí está el amor del Padre. A ése el Padre le amará. No podrá dejar de amarle porque verá en él a su Hijo: «*Todos sois uno en Cristo Jesús*» (Ga 3, 28).

Amar al Padre es cosa seria, trascendental, eterna, que presupone su amor eterno: «*Con amor eterno te amé y te atraje, apiadándome de ti*» (Jr 31,3).

Con el amor del Padre vienen al hombre todos los bienes y de una manera permanente.

La inhabitación del Padre en el alma la diviniza; establece relaciones de amistad. Si admitimos en nuestra casa a una familia para vivir no podremos menos que trabar relación de amistad, tanto más íntima, cuanto más añeja, cuanto más estemos juntos y más conversemos.

Si el Padre ama vendremos los Tres: el Hijo también y el Espíritu y haremos morada... (Jn 14, 23). Es impresionante. Que Dios quiera vivir en nosotros tiene unos efectos inefables. Sólo el que vive lo sabe. Pero no para decirlo.

Hay una diferencia enorme entre el hombre morada de Dios y el hombre de quien Dios está ausente. San Agustín, que vivió Con intensidad las dos fases, lo testifica.

Las poéticas frases de san Bernardo suenan a... poesía al inexperto (Himno *Jesu dulcis memoria...*)

Saborear la presencia de Dios. Paladear su amistad, verse penetrado incesantemente, pero activísimamente, por el burbujeo del agua viva, recibir luces reconfortantes como las flores que pide la esposa de los Cantares (2, 5), no sentirse nunca solos y tener fuerzas para todo... tiene su precio: guardar la palabra. Pero que vale la pena pagarlo. El que no se arriesga a pagarlo no sabe lo que pierde en paz y equilibrio, en esa como simbiosis con la divinidad de la cual recibe este baño de gozo y de alegría santa en el Espíritu.

Precio caro, ciertamente, porque hay que sacrificar mucho. Todo, cuando lo que se sacrifica va contra la Voluntad de Dios. Es una alternativa la que hay que tomar muchas veces. Dejar goces del mundo por el gozo de Dios. O unos u otros. Lo que no se puede es tener los del mundo y los de Dios a la vez. Aquí se ve palpablemente que no podéis servir a dos señores (Lc 16, 13). Que hay que definirse y decidirse. El que quiera danzar con Belial no gozará con Cristo. *Y el que dance con Belial se destruye al cabo y no tiene paz porque no está ésta con los impíos* (Is 48,22).

18. La novedad de vida

En el libro de los Hechos leemos que el ángel ordena a los discípulos dar la noticia de la nueva vida al pueblo: «*Id, plantaos en el templo y explicadle allí al pueblo íntegramente esta manera de vivir*» (Hch 5, 20).

Con estas palabras el ángel del Señor, personificación de la providencia salvífica de Dios, saca a la palestra de la difusión del mensaje de Jesús a los apóstoles.

Tienen que manifestar este modo de vida, esto es, la vivencia de Cristo resucitado en sus almas y en todo su comportamiento, como exigencia, de la resurrección de los cristianos, cuya *vida está escondida con Cristo en Dios* (Col 3, 3). Pero a la vez que está escondida ella se hace visible por las obras de la caridad, vida comunitaria de los primeros cristianos, frecuencia y fervor de la oración, carismas y luces divinas con que son enriquecidos por la asiduidad de la misma, mortificación de *las obras de la carne, que son riñas, celos, disensiones, impurezas, egoísmo y cosas semejantes* (Ga 5,19).

Ésta es la vida que los cristianos han de manifestar también a los que tengan ojos para ver: vida de sinceridad, de gracia, de esfuerzo en la oración, de constancia en los

trabajos, en las empresas, de pureza de intención y de caridad fraterna sincera y no disimulada...

Es, en una palabra, la prolongación de la vida del resucitado de los que con Él hemos resucitado a una vida celestial y divina, que tiene un perfume inequívoco que san Pablo titula *buen olor de Cristo* (Ga 5,16-23).

19. ¡Escuchadle!...

Para seguir el camino de Cristo hay que escucharle. San Pedro, ya Pastor de la Iglesia, recuerda en su segunda carta, la escena del Tabor diciendo a sus fieles: «Nosotros oímos esta voz del cielo *Éste es mi Hijo amado...*) estando con Él en el monte santo» (1, 18).

El Padre nos dice «*escuchadle*». Cristo es para nosotros Modelo y Maestro. Sus ejemplos y enseñanza constituyen un texto oficial de vida cristiana. En la escena del Tabor aprendemos tres grandes capítulos de vida:

De qué debemos alejarnos. Jesús toma a sus discípulos y los lleva consigo a un monte elevado... Los separa de la turba. Allí no le hubieran entendido. **En medio del ruido no se transfigura nadie.** La transfiguración se ha de hacer en lugar separado, solitario y elevado. *¿Queremos gozar de Dios? Alejémonos del ruido.* Vida de recogimiento. De silencio ambiental, del cuerpo, de la afectividad, de la mente. Por eso, poco conseguiremos con sólo alejamos del ruido exterior, si no conseguimos la soledad interior, que consiste en hacer callar a la imaginación, a la memoria, a los sentimientos que están en nosotros. Silencio interior, más importante que el exterior y más difícil de conseguir. Jesús nos llama para ir con Él y oír al Padre cómo le llama Hijo amado mientras todo calla fuera y dentro de nosotros. En una noche oscura. .. (ter San Juan de la Cruz.)

San Pedro está bien allí. Porque ama. Estamos a gusto con quien amamos. Nos pesa la compañía de la persona no amada. Si me carga la oración ya sé dónde está la causa. Nuestra vida ha de ser amor.

Para llegar a amar, humildad. Como la de Jesús que se anonadó a sí mismo, el cual se llama a sí mismo el Hijo del Hombre. Es maravillosa su imagen desde la Encarnación. «*Se humilló hecho obediente hasta la muerte*». (Hb 5, 8). Se vistió de nuestra naturaleza sin dejar traslucir la gloria de su alma y el esplendor de su divinidad. Sólo en el Tabor deja contemplarla a tres apóstoles, y pocas veces más. Amó la sencillez: «*Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón*» (Mt 11, 29).

20. El sacrificio

El camino de Cristo impone sacrificio.

En la carta a los Hebreos san Pablo establece un parangón entre Cristo, Sumo Sacerdote de la Nueva Alianza y el Sumo Sacerdote de la Antigua que, «*envuelto en debilidades, tiene que ofrecer sacrificios a causa de ellas, por sus propios pecados, como por los del pueblo*» (Hb 5, 3).

Y éste será uno de los datos que garantizan el destinatario de la carta, ya que no va encabezada a ninguna comunidad, o persona, lo que sucede con las restantes. Los datos intrínsecos, el lenguaje y las imágenes y la teología que emplea el Apóstol, que sólo los hebreos podían entender y muy difícilmente los gentiles.

Del Sacerdocio de la Antigua Ley arranca Pablo en su carta a los hebreos para definir la teología de Cristo Sacerdote.

El Sumo Sacerdote ofrece sacrificios. Cristo ofrece sacrificios. Pero hay una diferencia. El Sacerdote de la Ley Vieja es pecador, Cristo es inocente. Éste es el parangón y la diferencia. Cristo se parece al Sumo Sacerdote en que ofrece sacrificios por los pecados del pueblo. Se diferencia en que Él no necesita sacrificio, pues es el Amado del Padre. El Sacerdote Antiguo podía comprender las debilidades humanas, porque él estaba sumergido en ellas. Cristo comprende las flaquezas humanas que no arguyan pecado, pues todo lo que la naturaleza humana es capaz de padecer, Él lo ha soportado, *ya que, a pesar de ser Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer* (Hb 5, 8).

Los hijos de Aarón son hombres, escogidos de entre los hombres, puestos para representar a los hombres en el culto a Dios. Jesucristo es también Sumo Sacerdote elegido de entre los hombres. Aunque es Dios es hombre.

De la raza humana, hermano de los hombres según la carne, sin pecado, pero con todas las limitaciones humanas: ¿es propio del hombre tener hambre? Jesucristo pasó hambre. ¿Es propio del hombre tener sed? Jesucristo pasó sed. ¿Es propio del hombre obedecer? *Jesucristo obedeció*. Y los hombres siempre estamos obedeciendo, de niños a nuestros padres, cuando enfermos a los médicos, como súbditos a las autoridades, como cristianos a la Iglesia. Jesucristo no se desligó de esta necesidad de obedecer. Ya costa de sacrificios.

La obediencia le impuso el sacrificio, Él pidió ser exonerado del sufrimiento. Y lo manifestó para que nos enteráramos. y no de cualquier manera: *Con oraciones y súplicas, a gritos y con lágrimas* (Hb 5, 7).

¿Hemos pensado suficientemente esto? ¿Nos hemos empapado de lo que estas palabras significan? ¿Con gritos, con fuertes gritos?.. Se alejó de los Apóstoles en el Huerto de los Olivos porque Él sabía que iba a llorar y a gritar diciéndole al Padre esa cosa tan prosaica y tan *humana*: que *no quiere morir*, que no quiere ir a la cruz. Es su naturaleza humana. Cristo es hombre... y el hombre ante la muerte llora, grita, huye. Es el castigo del pecado.

¿Dónde ha bebido san Juan de Ávila que las almas sólo se pueden comprar con lágrimas? Teología cristocéntrica de san Juan de Ávila bebida en san Pablo. Las almas no nos van a costar esa oración corta, o ese rutinario rezo... Cosas de tanto precio han de costar sudor de sangre, gritos y lágrimas.

¿Queremos convertirlas, acrecentar en ellas la fe, sacarlas del pecado, de los vicios, de la concha de caracol del egoísmo en que están encerradas?

¿Queremos comprar santidad para ellas? Gemidos nos son necesarios. Es alto el precio que hay que pagar por ellas.

¿Queremos almas, vocaciones? ¿Cómo conseguirlo? Lágrimas, gritos...

Jesucristo sufrió, y su sufrimiento es variopinto, de muchísimas clases.

Jesucristo sufre. ¿Cómo no tiene que sufrir Jesucristo si es Dios y se hace hombre? y no porque en el cielo tenga una vida confortable, con sillones y calor negro. No. No se trata de eso. Se trata de que es una vida totalmente distinta -infinitamente distinta- la que asume Jesucristo -Dios al hacerse hombre.

La comparación más aproximada la tendríamos en que un hombre, sin dejar de ser hombre, fuera, a la vez, serpiente, o comadreja y tuviera que vivir en las cuevas. Un ejemplo estridente pero que de alguna manera nos puede hacer rastrear el sacrificio de Dios hecho hombre.

El sacrificio que se le impone al hombre que sigue viviendo su vida racional, amorosa, social y, a la vez, la vida de la serpiente o de la comadreja, ¿nos acercará a la idea de un Dios con su Personalidad divina y acciones teándricas, sujeto a las más ínfimas funciones fisiológicas humanas?

¿Nos permitirá entender algo de un Dios sumergido en un mundo de pasiones, intrigas, politiquero, miseria?..

Quienes han emprendido un género de vida que mortifica su naturaleza, chafa la sensibilidad, sienten a veces la tentación: ¿por qué? ¿qué necesidad tenía yo de esto? ¡Estaba tan bien donde estaba! y total hay una diferencia accidental entre lo que hacía antes y lo que estoy haciendo ahora...

En Jesucristo-Dios se da una diferencia no accidental, ni siquiera sustancial, sino infinita. Sin dejar de ser Dios es a la vez hombre, sujeto a las más abyectas funciones orgánicas... de un niño, de un adolescente, un joven, un hombre...

Sufrió. ..Todo esto le comporta sufrimiento. Pero no rehuye. *Aprendió sufriendo a obedecer. Y por eso, llevado a la consumación de la Voluntad del Padre, se ha convertido para todos los que le obedecen en autor de salvación eterna* (Hb 5, 9).

Pero eso tiene una explicación, nace de una fuente: el amor. Su corazón está lleno de amor.

Que es lo que a nosotros nos falla. Y al flaquear e II el amor, flaqueamos en la aceptación del sacrificio, y en la de las lágrimas y en la del dolor y nos falla el deseo de redimir y salvar, y de dar la vida y engendrar santidad

Hemos de imitar a Jesucristo a quien san Marcos nos presenta como el novio. «*Tus discípulos no ayunan; los de Juan sí*» (Mc 2, 18). El sentido del ayuno en san Marcos es amplio: significa la observancia de las prescripciones de la Ley Antigua. El novio trae odres nuevos y vino nuevo; nuevas estructuras. Ley de amor. Las estructuras del Antiguo Testamento han pasado. Cesan las prescripciones legales, litúrgicas y rubricales. Porque aquí está ya el novio. Es la unión de la naturaleza humana con la divina lo que nos sugiere este nombre de novio aplicado a Jesús. La Iglesia naciente en aquellos primeros apóstoles se está desposando en nupcias inefables con la divinidad.

Bodas con alegría. Bodas con amor. Si Jesucristo se ha desposado con nuestra naturaleza con sacrificio es porque nos ha amado, y si nosotros nos hemos de unir con Cristo no nos podemos desposar sino con sacrificio por amor. y donde hay amor hay fiesta, hay alegría, hay dicha, hay paz.

21. Siervo paciente

Siglos antes de que Jesús sufriera su Pasión, Isaías la anunció en su profecía del *Siervo paciente* (Is 50, 4-9). Consciente de su misión y seguro de su triunfo, el Siervo se abandona a Dios y acepta el sufrimiento con gran entereza, animando a los hombres a confiar en Dios y apoyarse en Él.

Junto a la fidelidad y confianza en Dios, resalta este texto el aspecto doloroso del drama del Siervo paciente. Hay que completar la lectura de este texto con otro pasaje posterior de Isaías (52, 13-53, 12) donde culmina el poema del Siervo paciente con el anuncio de su exaltación y la salvación como resultado de su pasión. En conjunto impresiona este anuncio del Salvador y su Iglesia por su realismo, la exactitud de los sentimientos y la perspectiva triunfal y gloriosa de su pasión culminada en su Resurrección.

Cuando san Juan describe el episodio de Jesús en Betania resalta su muerte y sepultura en el contexto pascual de la muerte y resurrección de Lázaro. Abre el episodio con el apunte cronológico que ocurriría seis días antes de la Pascua. Los personajes que rodean a Jesús y sus reacciones, están descritos en función de la muerte y resurrección del Salvador: Lázaro, en cuya resurrección se ha revelado Jesús como «*resurrección y vida*» y cuya impresión en los judíos ha animado a los enemigos a buscar su muerte; Judas, en la misma actitud de avaricia con que entregará al Maestro; María, que embalsama los pies del Señor y Él hace de esta unción un signo de su sepultura.

«Seis días antes de la Pascua vino Jesús a Betania, donde estaba Lázaro, a quien Jesús había resucitado de entre los muertos. Le dispusieron allí una cena; y Marta servía, y Lázaro era de los que estaban a la mesa con Él. María, tomando una libra de unguento de nardo legítimo, de gran valor, ungió los pies de Jesús y los enjugó con sus cabellos, y la casa se llenó con el olor del unguento. Judas Iscariote, uno de sus discípulos, el que había de entregarle, dijo: ¿por qué este unguento no se vendió en trescientos denarios y se dio a los pobres? Esto decía, no por amor a los pobres, sino porque era ladrón, y, llevando él la bolsa, hurtaba de lo que en ella echaban. Pero Jesús dijo: «*Déjala, lo tenía guardado para el día de mi sepultura*» (Jn 12,1-7).

También la humillación de Jeremías (11, 19 ss.), víctima de los enemigos, es imagen de la humillación de Jesucristo. La imagen del Cordero llevado al sacrificio anuncia a Cristo como Cordero inmolado, tema central del Viernes Santo con el Evangelio de san Juan.

Si hay en este pasaje de Jeremías aproximación y hasta profecía de Jesús en su Pasión y Muerte, una vez más se constata la diferencia que pondrá Jesús entre sus sentimientos de amor y perdón a los enemigos y la invocación de venganza que hace el Profeta en consonancia con las costumbres y ciertas leyes del Antiguo Testamento.

La lectura de la Pasión del Viernes Santo pone de relieve la humillación de Jesús en su Pasión y Muerte. Destaca de un modo especial las ofensas a Jesús y el abandono que sufre, incluso por parte de sus discípulos y hasta del Padre. Recoge con especial interés el silencio de Jesús frente a todo ello. Pero proclama la divinidad de Cristo en medio de todo, y la hace prevalecer en la confesión del centurión (Mt 27, 54).

Las restantes lecturas de la Liturgia del Viernes Santo, sobre todo la del Siervo paciente de Isaías, nos sitúan ante la humillación de Cristo en su Pasión y Muerte, y nos invitan a medir en la hondura de esta humillación dominada por el amor y la solidaridad ilimitada de Cristo, que asume ese drama y lo sufre hasta el fondo como malhechor, para acabar con el mal de todos. Misterio de humillación donde se oculta y se revela Dios.

Si vivimos con realismo nuestra vida diaria sin dejarnos alienar por la vanidad, el egoísmo y la soberbia, nos veremos metidos en la situación de anonadamiento que Cristo vivió hasta el extremo. Aprendamos a reconocer nuestros límites ya vivir en la humildad e inmolación.

Penetrando hasta el fondo comprendemos que tiene mucho misterio la Pasión y la Muerte de Cristo. El pecado de la humanidad estaba desde los siglos exigiendo una reparación que nadie podía ofrecer a los hombres. Era Dios el ofendido, se trataba de una ofensa infinita y ningún mortal podía hacer una expiación tan excelsa. Una ofensa infinita sólo puede ser reparada con una acción infinita, por lo tanto con una acción de un Dios. Dios estaba dispuesto a que esto se realizara en la plenitud de los tiempos, y primero libera a los judíos de la esclavitud de Egipto, después, de las aguas del Mar Rojo. Por último envía a su Cristo. Su Cristo es Dios. Sus acciones son divinas, y por lo tanto, infinitas. ¿No bastaba una lágrima de ese Cristo, un acto de amor de ese Hombre Dios para saldar las cuentas del pecado? Sí. En teoría. Pero en la práctica y en la realidad quiso que donde abundó el pecado sobreabundara la gracia y que Jesús, hecho hombre, sufriera las consecuencias de inmiscuirse en la vida de la humanidad haciéndose solidario de los hombres, incluso en la oscuridad de la muerte, que es la entrega total a Dios. Pudo haber nacido, haber llorado y haber muerto y con esto redimía suficientemente a los hombres. Pero de esta manera no les revelaba al Padre y no les hacía caer en la cuenta de lo grande del Padre, del misterio de iniquidad del pecado y del deber de amar a Dios ya los hombres, después de la Redención. Pero para revelar a los hombres todas estas maravillas ha de convivir con ellos, como uno de tantos, y esto con todas las consecuencias de la convivencia con gente sujeta al pecado, que es decir, con hombres que mueven sus vidas en medio de pasiones, cóleras, envidias, odios, partidismos y soberbia. Ésa es la comprometida ley de la solidaridad humana, de la sublime decisión que el amor de Dios dictó de que su Hijo conviviera con los hombres. Convivir comportará contraste de luces, oposición de criterios, rivalidad de hombres, acaloramiento ante la perspectiva de hundimiento de estructuras que sostienen la vida del acontecer terreno, el predominio de los intereses creados, odio y maledicencia, ensañamiento del partido de la oposición que siempre está asegurado por el baile de las marionetas y de los paniaguados que se mueven, como los arribistas, alrededor de unos cuantos que forman la élite, amigos de arrimarse siempre al sol que más calienta y que por norma de verdad tienen, no la que marca el reloj, sino la que V. E. diga. Cristo sabía todo esto y quiso verse zambullido y zarandeado en el torbellino de la mala voluntad humana, en la corriente sucia del río del pecado.

Pero Cristo sigue viviendo y sigue cortapisando intereses creados por su Iglesia. Sería un Cristo ideal el encarnado en un convento de clausura y aun no, que allí los diminutos problemas se abultan porque el árbol les impide ver el bosque. Pero necesariamente Cristo encarnado en sus obispos, sacerdotes y laicos, cuanto más encarnado Cristo, y cuanto menos encarnado el estilo de vida de los pecadores... (¡Hay que encarnarse, sí, pero en Cristo, no en el pecado!, porque si no, al mundo no le salvamos y así no le servimos ni le hacemos falta) en sus discípulos, Cristo choca más, hiere más, evidencia más el mal, como lo blanco denuncia lo negro y el amor el odio y la santidad pone en evidencia el pecado. Pero no pueden condenar a Cristo- al Cristo de hoy- porque es bueno. Se han de guardar las apariencias, y entonces se buscan testigos falsos que calumnien, o se rasgan las vestiduras ante afirmaciones plenas de verdad, o se tergiversan las frases y las palabras juzgando temerariamente que tienen otro sentido, y entonces ya se puede enviar a la horca al hombre que no quiere más que paz y salvación y se desangra de amor. Pero ya pueden alegrar los fariseos y los Sumos Sacerdotes que ha blasfemado. Le han condenado y le envían a la horca por blasfemar el nombre de su Padre cuando es el Amor de la justicia reparada el que movió toda su vida. Cuando se está muriendo de sed de santidad y de justicia.

22. Entrad por la puerta estrecha

La meta a la que nos llama Jesús es elevada y difícil. No podemos decir que san Juan de la Cruz sea más exigente en la «Subida del Monte Carmelo» que el Evangelio.

Jesús nos pide practicar todas las virtudes y las virtudes, como su mismo nombre indica, exigen violencia *El Reino de los cielos padece violencia y sólo los que se la imponen lo alcanzan* (Mt 11, 12).

Las virtudes teologales nos unen con nuestro fin, que es Dios. Las morales imponen el recto empleo de lo: medios para conseguir ese fin en nuestra vida.

En nuestro vivir cristiano es de una actualidad siempre palpitante la práctica de la paciencia que es la virtud que nos lleva a soportar sin tristeza de espíritu ni abatimiento de corazón los sufrimientos tanto del cuerpo como del alma.

Cuando se pierde de vista la condición del hombre peregrino en la tierra, siempre en camino a su patria, es decir, cuando falla la fe viva, se tiende a instalarse en esta tierra como si fuera nuestra patria ya conseguida. Las filosofías materialistas y el marxismo han pretendido sustituir lo trascendente por lo de acá, haciendo de la tierra un paraíso. Hasta el momento no lo han conseguido. Pero, cuando, más o menos inmersos en la tierra, nos alcanzan algunas salpicaduras de estas mentalidades, nos encontramos a esos cristianos que no miran hacia arriba, ni saben combatir con energía por conseguir lo que vale más que todos los tesoros y reinos del mundo. Cuando llega la dificultad o surge la contradicción se desalientan y abaten. Se extrañan de que la tierra dé su fruto que son las lágrimas.

Conseguir remontar el desaliento nos ha de costar esfuerzo, y ese esfuerzo se nos hace llevadero por la virtud de la paciencia que nos hace fuertes para perseverar en la lucha sin que nos dejemos dominar por la depresión, la ansiedad, angustia y tristeza.

Hagamos de la necesidad virtud, decía santa Teresa. Ya que lo hemos de pasar, pasémoslo con buen talante y sin nervios, y, sufriremos menos y mereceremos más.

Para animarnos a vivir la paciencia es muy eficaz mentalizarse de que nada surge al acaso en nuestro camino. Que la divina Providencia lo tiene todo medido y que la cruz que nos carga es la que más nos conviene, la que más necesitamos. Cerrar los ojos y beber el cáliz. Lo prepara Dios Padre.

Dios Padre que no ahorró trabajo a su Hijo Unigénito, que, por lo mismo, se nos convierte en el Sumo Modelo que va delante. Nunca podremos decir que Él manda y no hace lo que manda, porque, antes de hablar empezó a practicar, con su Madre y nuestra Madre, que nos alentará y nos consolará si somos constantes y perseverantes en la súplica.

Y ellos nada merecían de lo que pasaron y nosotros sí que tenemos una larga cuenta que saldar.

Aguantando los chaparrones de críticas, de injurias y de desalientos propios estamos prestando la colaboración a la edificación al Cuerpo de Cristo que es la Iglesia. «*Soporto en mi carne lo que le falta a la Pasión de Cristo*». (Col 1,24). Colaboramos con Cristo y esto es amor eficaz.

Con la vista muy alta en el lucero matutino de la eternidad gloriosa; aquello que nadie gustó, ni nadie con, siguió sentir en su corazón, que se nos tiene preparado. (1 Co 2, 9). Vale la pena luchar. Esforcémonos en el padecer soportando, inmolándonos paciente y abnegadamente.

La paz y la serenidad se alcanzan así. Junto con el modelo de Jesús y de María miremos a los Santos: a santa Teresa que quería y pedía morir y a san Juan de la Cruz que pidió a Jesús en recompensa de sus servicios: «*Padecer y ser despreciado por Vos*».

¡Ojalá podamos llegar, no ya a resignarnos cristiana mente ante el dolor aceptándolo por necesidad, sino a no poder sufrir porque el sufrimiento nos resulta dulce y gozoso como a santa Teresa del Niño Jesús! Pero esto es pura gracia y, por tanto tiene que darla Dios, a quien se la debemos pedir.

23. La cosecha que no se ve y se espera

Cada bautizado y cada comunidad de bautizados debe recibir el impacto de las palabras que Cristo emplea para sanar nuestras obras, individuales y colectivas: Ser, *sal, ser luz y ser ciudad en lo alto* (Mt 5, 13-14).

La sal de cada uno será su vida interior desbordada al exterior en forma de virtudes, que son como las flores del huerto que cada cual debe cultivar. Para que el huerto dé flores necesita agua: el agua de la oración ya venga del pozo, de la noria, del arroyo, o de la lluvia. No podemos aspirar a dar flores que quiten con su perfume hedor al ambiente sensual, si abandonamos el riego de huerto, o no tenemos constancia en dirigir su crecimiento. El espectáculo que ofrece una ciudad en huelga di recogida de basuras nos hace pensar en la situación de mundo de hoy, sumergido en el fango y

necesitado de perfume de flores. No tendremos flores mientras no somos hombres asiduos de oración.

Da pena comprobar lo poco que se valora en nuestros ambientes la vida de dentro, el vivir íntimamente unido con Cristo.

Se ofrece la impresión de un mundanismo que ha tramado naturaleza y nos parece ya tan natural.

No se aspira, en general el buen olor de Cristo: No aspiramos sencillez, humildad, sinceridad, caridad fraterna. Todo lo contrario: nos vemos rodeados de ambientes llenos de prejuicios, desconfianzas, divisiones, maledicencia, fariseísmo.

¡Oh las faltas de caridad! ¡Cuánto daño producen y cómo alejan la bendición del Señor! Ya nos dijo Isaías: *«Cuando destierres de ti la opresión, el gesto amenazador y la maledicencia. Cuando partas tu pan con el hambriento y sacies el estómago del indigente brillará tu luz en las tinieblas, tu oscuridad se volverá mediodía»* (58, 10).

La vivencia de la caridad en sus mil formas; la sensibilidad para no herir ni lo más mínimo a nuestros hermanos, brilla por su ausencia. Ayudar, consolar, acompañar por pura caridad a los enfermos... ¿dónde se practica?

Es el espíritu del mundo que se nos ha infiltrado a través de sus modales el que impera y lo mueve todo. y del mundo decía santa Teresa, que, «en fin es mundo». Es decir, va a lo suyo, a buscar sus intereses ya arrimarse a quien más puede aupear, al sol que más calienta.

Otro tanto podemos decir de la vanidad, ostentación, orgullo y amor propio.

Pero queda en pie el mandato de Jesús: Ser sal, ser luz y ciudad en lo alto (Ib.).

¡Qué hermoso si todos los cristianos nos convirtiéramos en sal que preserva del mal y en luz que irradia bondad de corazón y formáramos todos una ciudad piloto, punto de referencia para todos de manera que pudieran decir: ¡cómo se aman! ¡cómo se sacrifican! ¡cuánta pureza! ¡qué seriedad y veracidad! ¡cómo comprenden y acogen! ¡cómo se dan!

Como se puede decir de Jesús, tenían que poderlo decir de nosotros. Jesús es la luz, nosotros como Él, luz. Jesús es la sal que cura todas las heridas del pecado, nosotros a quitar pecados. Jesús es la Ciudad de Jerusalén puesta en alto atrayendo a todos los pueblos. Nosotros, como Él, haciendo venir por nuestro encanto irresistible a las almas en busca de Dios.

Pero nos hemos de persuadir de que a toda esta delicadeza de virtudes no podemos llegar sin el agua de la oración.

Porque este obrar es divino y el nuestro, el que nos nace y al cual tendemos, es terreno y rastrero. Sólo en la oración recibimos modos de obrar divinos. Sólo la oración nos hace superar nuestras codicias y lascivias, nuestras cobardías y temores, nuestras desganadas y desalientos. Es como si obrara otro en nosotros. Bien lo dijo el Apóstol:

«Vivo yo, no yo, es Cristo quien vive en mí» (Ga 2,20). Porque falta oración escasean las virtudes y el espíritu de Cristo no brilla con fulgor. Diríamos que padecemos restricción de luz divina, y esto es grave. Son los tiempos de poner manos a la obra y arrimar el hombro estos poquitos que somos.

24. El Santo Pneuma

Para que podamos seguir su camino de Kenosis y glorificación Cristo nos envía su Pneuma, su Espíritu Santo. Sin su fuerza no podría el hombre seguir su camino tan distinto al del pecado. Por eso nos promete Jesús: «Yo le pediré al Padre que os dé otro defensor que esté siempre con vosotros, el Espíritu de la verdad» (Jn 14, 16).

Es la oración omnipotente de Cristo, avalada por su obediencia al Padre, por el cumplimiento total de su voluntad, la que merece del mismo el envío de la Tercera Persona Divina que continúe la obra de Jesús, que Él no pudo consumir porque no podían digerir su doctrina en tan breve tiempo y era, por tanto, necesaria una acción permanente y durable hasta la consumación del tiempo, que lograría que las generaciones posteriores de creyentes en Jesús, no estuvieran en inferioridad de condiciones con los que vieron y palparon al Verbo de la Vida.

El Padre envió a la Segunda Persona. La Muerte y Resurrección del Hijo merece el envío de la Tercera, el Espíritu de Amor; el gran Consolador con cuya presencia invisible *Él no nos dejará huérfanos* (Jn 14, 18).

Al subir al cielo Jesús dejará de estar circunscrita la vida de Dios en el mundo a la naturaleza humana de Jesús. En esto diferirá la presencia de Jesús y la del Espíritu Santo: en que aquélla fue visible y tangible y la del Espíritu Santo es invisible pero, no por eso, menos real.

Jesús nos promete y nos da con el Padre otro Paráclito. En la apretada fusión de su Amor al llegar Él al cielo, habiendo merecido por su obediencia sangrienta el eternal y deleitoso abrazo de su Padre en su Resurrección, de Él va a descender el fruto de esta misión a los hijos de la promesa y del amor, que será el Defensor de la vida trinitaria en nosotros. Defensor en los ataques a nuestra fe, esperanza, caridad; prudencia, justicia, fortaleza, templanza y de sus dones y frutos. Defensor del Reino de Dios en la tierra.

Defensor que abogará por nosotros; ora interpelando nuestros pecados, o nuestras negligencias, causas de tristeza para Él; ora sugiriéndonos el ejercicio de las virtudes, ora aportándonos la abundancia de sus frutos, de que nos habla Pablo en su carta a los Gálatas 5,22, «*amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, templanza*».

Con estos frutos logrará hacernos conformes a la imagen del Hijo de Dios.

He ahí la continuación de la obra de Jesús. Él sólo sembró y se sembró. El Espíritu habrá de continuar el cultivo de su Iglesia incorporando sarmientos nuevos a la Vid generosa y opulenta, que crecerá de mar a mar, y se extenderá por todos los confines de la tierra (Sal 79).

Dejémonos invadir por la acción del Espíritu Santo; abrámonos por la penitencia, a su trabajo permanente y silencioso... que nos haga hombres nuevos, raza de santos, hombres de la verdad.

Lo hará siempre suavemente instalado en nuestro ser sobrenatural, pero lo conseguirá de una manera plenísima en nuestras largas audiencias con Él en la oración diaria, a la cual, si somos fieles, tantas luces y mociones, inspiraciones y fuerzas le deberemos.

Porque «*cuando venga el Espíritu de verdad Él os enseñará las verdades*» (Jn 16, 13), como si el mismo Jesús nos continuara enseñando, pues es uno con Jesús. Jesús se va al cielo -lo está anunciando- pero Dios quedará con nosotros porque enviará al Espíritu del Padre y Suyo. Inmenso, como el Padre y como el Hijo. Increado, como el Padre y como el Hijo. Eterno, como el Padre y como el Hijo.

Jesús planeaba la misión de su Espíritu a los diez días de subir Él al cielo. «*No os dejaré huérfanos. Yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos*» (Jn 14, 18).

Para el alma que tiene fe viva es un consuelo inmenso saber que tiene siempre a Dios.

El amor no consiente la separación, y Jesús Dios ama y, porque su delicias las encuentra en compañía de los hijos de los hombres (Pr 8, 31), se queda por su Espíritu en ellos. Descenderá sensiblemente el día de Pentecostés sobre ellos, la Iglesia que nace. Después vendrá a cada cristiano por los sacramentos y por la oración.

Por los sacramentos. ¡Cómo hemos de estimar esas fuentes de Espíritu Santo! Creamos que cada vez que recibimos el de la Penitencia y Eucaristía nos viene el Espíritu Santo. Creamos que cada latido de nuestra oración Él, misteriosamente, lo impulsa. Tendremos mayor interés por los sacramentos y más hambre de oración.

25. Las obras del Espíritu

El Espíritu nos lo sugerirá todo, Él nos enseñará en ambiente contemplativo, a despreciar los humanos contentos ya estimar y desear los celestes.

¿Cómo ha de creer en el gozo de la pureza quien se guía por el espíritu inmundo y sensual, si la virginidad y el celibato son fruto del Espíritu Santo, que es Quien los siembra en el alma?

El mundo sabe y enseña que tener dinero es lo mejor. El Espíritu Santo nos dice que la pobreza es un fruto sazonado del Espíritu.

Renunciar a las vanidades mundanas es cosa rara y difícil, imposible a la naturaleza sola. Es necesario la luz del Espíritu para conocer la suavidad de los goces de que gusta quien renuncia a seguir los caprichos del mundo y de la moda.

Perdonar las injurias también supera las energías de este pobre corazón nuestro. Pero es el fuego del Espíritu quien nos enseña a otorgar el perfume del perdón a quienes nos ofendieron.

Escuchar al Paráclito que burbujea en nuestra alma de cristianos, enseñándonos a orar y orando Él mismo en nuestros corazones, porque es Él mismo Quien desde ahí, *llora, con gemidos inenarrables* (Rm 8, 26) «Padre, Padre», a Dios.

¿Sabemos el valor de ese gemido susurrante o huracanado e impetuoso, siempre inefable, del Paráclito, rasgando el tulipán de nuestro corazón, en nuestra alma agazapado?

Cuantas veces llamamos a Jesús: Esposo, Maestro, Rey, Pastor, Dueño, Señor, Dios y otros mil nombres que a Cristo le damos, con su fuerza y con su espíritu lo hacemos.

¡Cómo no rugirán los embravecidos mares, se abrasarán en ígneos fulgores los astros rutilantes, romperán sus capullos-cárceles las rosas de triunfo y los encarnados claveles martiriales, y el aire, rasgado por el raudo vuelo de las águilas reales, no ha de dar gritos y saltos enloquecidos y jubilosos a la llegada sublime de las lenguas arrebatadas de fuego del Espíritu, Dulce huésped de las almas!

26. Comienzo oficial de la Iglesia

Ya comenzó oficialmente la Iglesia, con la llenez de los discípulos del Espíritu de Dios. «*Fueron llenados todos por el Espíritu Santo*» (Hch 2, 4). Desde entonces comenzó a vivir en ellos de una manera especial y ¡qué distintos quedaron! Eran los mismos que antes de recibir el Don de Dios, pero no eran los mismos; algo había en ellos diferente. Antes, por ejemplo, el espíritu que les movía era de conservación de su vida terrena y el de la huida ante la persecución. Ahora, fuertes e intrépidos, desafían la rabia de los enemigos de Cristo y lo confiesan osadamente. ¡Oh poder del Espíritu de Dios, cual dejas a un alma cuando de ella te adueñas!

Si queremos transformar a las almas no hallaremos otro medio como el de lograr para ellas una copiosa infusión del Espíritu, de sus Dones. En realidad nuestro cometido no ha de ser otro que ponerlas en contacto con Él, que obra trinitariamente en unidad de sustancia, ya que las operaciones *ad extra* son comunes a las Tres Personas. Pero la de la santificación, porque es obra de amor, se atribuye al Espíritu Santo, que es el Amor sustancial. Pero decir que recibieron al Espíritu Santo o que queremos recibir al Espíritu Santo es lo mismo que decir que recibieron a Dios o que queremos recibir a Dios.

Y, ¿cómo se dispusieron? Dice el libro de los Hechos que estaban reunidos en el mismo lugar. Lugar de oración. Diez días de preparación. Asidua oración. Intensa oración. Con ellos la Virgen enseñándoles a orar de palabra y con el ejemplo. Se nos ocurre pensar un poco rápidamente ¡qué suerte tuvieron aquellos hombres! : Magisterio de Cristo, ejemplo y aliento de la Madre de la Iglesia, venida del Espíritu Santo. Tendremos que contentarnos con las palabras de Cristo a Tomás: «*Más bien son dichosos los que no vieron y creyeron*» (Jn 20, 29).

Sí; porque tenemos la misma posibilidad que los Apóstoles. La Virgen está a nuestra disposición siempre para enseñarnos a orar, y el Espíritu se nos infundirá en la medida de nuestras súplicas y de nuestra preparación.

Y vendrá como fuego. El fuego abrasa y convierte en cenizas todo cuanto encuentra de viejo en nosotros.

Que se haga grito ardiente en nuestra alma el deseo y la llamada extraordinaria del Espíritu. Digámosle con la Iglesia: *«Ven, Padre de los pobres, Dador de los dones, Luz de los corazones, Consolador óptimo, Dulce huésped del alma, Dulce refrigerio, descanso en el trabajo, sombra en el bochorno ardiente, consuelo en el llanto. Luz dichosísima, llena con tu fulgor los repliegues de los corazones de tus fieles. Nada santo y limpio en el hombre hay sin tu Don. Lava lo que está sucio, riega el barbecho, sana lo enfermo. Dobla la soberbia, calienta, con tu ardor, nuestro frío, corrige lo despistado. Danos los siete Dones. Danos el mérito de la virtud. Danos el triunfo y el gozo perenne»*. Acoge, Señor, esta súplica porque queremos vivir y el Espíritu es como la sangre en el cuerpo que lo vivifica, lo hace crecer, lo fomenta y lo nutre. Según la tensión de la sangre es la salud del cuerpo. Según la posesión del Espíritu es la vida del alma. El Padre y el Hijo sólo tienen un Espíritu. Como la cabeza y el corazón sólo tienen una sangre. Los que estamos injertados en el árbol de la Trinidad participamos del mismo único Espíritu, que corre por los reductos del nuestro y nena los senos de nuestra vital existencia sobrenatural.

Es lógico que el Espíritu nos lleve a la soledad, porque es el mismo que llevó a Jesús al desierto. Que venzamos por Él al maligno, porque por su fuerza resistió y venció Jesús. Que nos retiremos a orar, porque el Espíritu allí nevaba a Jesús. Que nos metamos en los líos del difícil apostolado porque el mismo Espíritu de Jesús es el que nos mueve.

27. Piedra de toque

En esto conoceremos si somos de Jesús: en si tenemos su mismo Espíritu. Si Jesús es humilde y tú soberbio... ¡*alerta!*, alerta que no eres de los suyos, no te vivifica su mismo Espíritu que es de humildad. Si Jesús es puro y tú te sorprendes con falta de pureza, ¡*cuidado!*... que el Espíritu del Señor te falta... Por eso digamos con gemidos la oración de la Liturgia: ¡Ven, Espíritu Santo! Ven, Padre, nardo, Perfume de Jesús, Dador del bien inmenso. Ven, anega a tu Iglesia en la ola de amor, que en Pentecostés la lanzó oficialmente al cumplimiento de su misión con el Espíritu por dentro. ¡Ya hemos contemplado cuál puso a los apóstoles este Dios llameante que les cayó encima cual si fuera un volcán inmenso! ¡Qué otros los transformó de como eran! También sigue recibiendo la Iglesia a este Señor con plenitud de Dones, ¿nos ha caído nosotros esa lengua de fuego que ya no nos deje vivir en la mediocridad? ¿Si no a todos, al menos a algunos a cabido la suerte de que el Espíritu lo haya embriagado con el vino de su amor? y es que vemos que para muchos cristianos pasan los años y no se nota ese estar fuera e sí, esa obediencia rendida, el desprendimiento total de su propio criterio, tantas y tantas señales de que es el Espíritu de Jesús el que reina en nuestras filas.

El Espíritu que derriba las paredes torcidas y que dobllega las rígidas moles, el que llueve sobre la tierra reseca y hace florecer el jardín de flores de suavísimo roma y de frutos de santidad excelsa, el que lava la hediondez de nuestra vida orgullosa y engreída... se apiade de nosotros y nos envíe el rayo fulgurante de su luz santísima y nos riegue con el rocío de su amor y nos fecunde con la fuerza de su suavidad y nos consuele con la abundancia de sus consuelos y nos desprenda de lo que somos y de lo

que fuimos y nos haga unos hombres e su espíritu y vacíos de sí de su vanidad sanando nuestros complejos.

Así es como poco a poco iremos aprendiendo que «*si vivís según el Espíritu no daréis satisfacción a las apetencias de la carne*» (Rm 8, 13). Vivir según el Espíritu es vivir conformes con la Voluntad de Dios y es tener al Espíritu por el principio de nuestra vida, por el motor e nuestro obrar, ya que el Espíritu planta en nosotros una fuerza, un dinamismo que desarrolla en nuestra vida la justicia.

Es principio básico de nuestra vida cristiana entregarse en manos del Espíritu, trabajar para que, ya que lo hemos recibido en el bautismo, no quede en nosotros maniatado, como aprisionado por las apetencias de la carne. San Juan de la Cruz llamaría a estas apetencias, petitos. Toda la doctrina suya de la «*Subida del Monte Carmelo*» tiene esta tesis por fondo: matar los apetitos que, en definitiva, son los que pueden impedir la acción del Espíritu en nosotros. Ya hemos estudiado esto en otro lugar de este libro (Confer, cap. III, 6).

Cuando al Espíritu se le deja libre el campo de la persona humana, despliega sus velas opulentamente desarrollando el dinamismo divino de su gran y suave poderío. Es entonces cuando crea el Divino Artista esas obras cumbres de la humanidad que, de tan logradas y plenas, educen y son tan influyentes que realizan las más grandes y colosales empresas.

En la vida ordinaria va trabajando el Espíritu, que ha depositado en el alma cristiana su ley viva que es el mismo Amor increado, por lo que ella ya no va a precisar de leyes creadas que le manden o le prohíban.

La llegada del Espíritu al hombre suple con creces la manifestación de la divina voluntad en la ley del Sinaí, porque aquélla lleva consigo un principio de acción que hace divina la humana y que tiene, por consecuencia, dimensiones de efectos trascendentes. Va a ser muy diferente que se obre en la vida a impulsos del espíritu carnal o por el dinamismo del Espíritu de Dios. Manifiestas en las obras de aquél: fornicación, impureza, enemistades, celos, rencores, rivalidades, partidismo, envidias... cosas por el estilo. También son visibles, y expanden el buen olor de Cristo, las de éste: *amor, alegría, paz, servicialidad, bondad, lealtad, comprensión, amabilidad, dominio de sí...* (Col 5, 16-23).

Los que obran según la carne perecerán. Los que obran según el Espíritu vivirán vida eterna. Y su vivir de hoy ya «a vida eterna sabe» (San Juan de la Cruz, «Llama de amor viva», c. 2) y por eso hace pregonar la vida del cielo donde viven esas almas privilegiadas a las que nos debemos parecer.

Sentir honda la necesidad de llamar con gritos al Espíritu para que plante, desenvuelva, y haga crecer esa celeste palmera de la divina vida que como una estrella verde, florezca en arracimadas flores de justicia y dé frutos dulces para su garganta.

IV EL AMOR

I. Comienza la historia del Amor de Dios

Adán pecador. Pero Eva no está lejos. Es toda la humanidad la que claudica y se rebela contra Dios. Más tampoco estarán solos. Hoy, que tanto se invoca el principio de la libertad, y se llega al extremo de no enseñar el catecismo a los niños para no atentar, se dice, contra la libertad de decisión... ved qué libertad deja la serpiente, el más astuto de los animales del campo, a la mujer... Claro que le deja la libertad... pero después de haberle infundido sus ideas, reparos, posibilidades de quebrantar el mandato de Dios sin tantas dificultades y, además, con ganancias seguras: *«se os abrirán los ojos «seréis como Dios en el conocimiento del bien y del mal...»* (Gn 3, 5).

He aquí la trayectoria de la tentación. Vale la pena ahondar en su desarrollo atentamente, porque cada vez se repetirá la misma trampa. El diablo juega con ventaja. Cuenta con la mujer. En dos sentidos: en el de su debilidad ante el atractivo de lo prohibido y en el de su fuerza persuasiva ante el varón. Si nos fijamos, en toda tentación veremos los mismos elementos: serpiente, elemento invisible de la tentación, pues el diablo no siempre se corporaliza; mujer u hombre que nos presenta la posibilidad del mal, que puede ser directa o indirectamente, por a propaganda, la revista, la prensa...; y la concupiscencia del hombre, elemento interno inoculado por el pecado original.

¡Qué página más negra escribió el primer pecado en el libro de la historia y qué capítulo más cargado de drama, de sangre encabeza!

Pero el amor de Dios no se dejará vencer: *«Si por un hombre entró el pecado en el mundo y por él la muerte..., si por la culpa de uno murieron todos, mucho más, gracias a un solo hombre, Jesucristo, la benevolencia y el don de Dios desbordaron sobre todos»* (Rm 5, 12-15). Un hombre desobediente y otro hombre obediente. Un hombre que se rebela y otro hombre que se somete. ¡Qué Amor hay en Dios! ¿Quién puede dudar del Amor de Dios? ¡Cuántas veces hemos gozado ya de los frutos de ese Amor de Dios! Hora es de que profundicemos en la: realidades que el Bautismo ha obrado en nosotros. Éramos hijos de ira y nos convirtió en hijos de amor de Dios. El pecado nos había desnudado de la gracia y de los dones preternaturales y el Bautismo nos configura a la imagen de su Hijo. Pero Cristo hombre tuvo que pagar estos sublimes regalos. Treinta años de oscuridad y de trabajo en Nazaret. Cuarenta días de ayuno y soledad en el desierto. Experimentó el hambre. Más; quiso experimentar, como todo hombre, la tentación. Y a Cristo se le impele a convertir piedras en pan para comer. y el momento era oportunísimo: Vencer la tentación de la comida con el estómago lleno no tendría mérito. Vencer la tentación cuando se tiene hambre... No tomemos esta hambre en un único sentido. Es un hambre genérico. La tentación llega cuando se tiene hambre: de pan, de amor de satisfacer sentidos... Mirad: el desierto nos habla de cruz; corremos el peligro de ver el Evangelio demasiado literalmente. Cristo en el desierto ¿pero yo en el desierto y ¿qué es esa desolación sino un desierto? ¿Y qué es esa desgana, sino un desierto? ¿Y qué es esa turbación, tristeza, malestar, enfermedad, incompreensión...? Multiplicad las palabras por los nombres de las desagradables circunstancias por las que hayáis de pasar...

El hombre pasa mal el desierto. Los israelitas llegan: maldecir a Moisés porque les ha llevado al desierto, creen ellos que a matarlos de hambre... ***¡qué terreno es nuestro hombre viejo!*** Carne, ollas de carne, cebollas, ajos, Egipto de esclavitud... ¡Pobre Moisés que, en fin de cuenta baila al son de Dios, porque él no quería aceptar el gobierno de aquel pueblo!... ¡Cómo somos los hombres pequeños!... ¡y de grandes! ¡...en llamada! ¡Cómo el Amo de Dios ha querido ensanchar nuestros límites! Porque

detrás del hombre que nos lleva por el desierto está Yahvé. Moisés es sólo un guía pero en comunicación directa con el Señor"... Y protestamos de las leyes, de la dirección, de la privación en que nos sume la situación de desierto en donde Dios nos quiere Y donde sólo podamos salvar al mundo.

2. Sigue la historia de Amor

¿No resulta incomprensible a los ojos desprovistos de la fe esta afirmación de Jesús a Nicodemo: «*Tanto amó Dios al mundo...*»? (Jn 3, 16).

Dios ama al mundo. Lo dice Jesús. Lo dice su Hijo. Y la medida de ese amor al mundo en la afirmación de Jesús es «*que entregó a su Hijo único*» (Jn 3, 16). Ésta es la medida del amor de Dios: que entrega a su Hijo único.

Creo que Dios no puede dar una prueba mayor de amor al mundo que la que da entregando a su Hijo único. ¿Para qué? ¿Para qué lo entrega?.. Para que no perezca ninguno de los que creen en Él sino que tengan vida eterna (Jn 3, 16); es porque el mundo llevaba camino de condenación, de perdición eterna, de permanecer apartado eternamente de Dios, y Dios esto no lo podía querer porque amaba al mundo. Luego lo que le fuerza, lo que le arranca al Hijo de sus entrañas, lo que le hace querer que su Hijo muera en la cruz, es el amor que tiene al mundo.

3. Dios me ama

¿Dios puede amarme a mí? A mí: con mi historia personal; a mí que soy tan débil, madera tan carcomida que al primer empujón se resquebraja, a mí que soy tan carnal y sensual, a mí que soy tan cicatero y tan egoísta, a mí que soy tan propenso a los celos ya las suspicacias, a mí con todo ese lastre que sabemos que todos llevamos, con toda esa rémora de nuestros males ¿me puede amar el Señor?..

Me basta con levantar los ojos a la cruz y ver a un hombre como yo, que es el Hijo de Dios, clavado en la cruz, para que yo no tenga duda de que Dios me ama. y el secreto de todo el adelantamiento espiritual, como el secreto de toda la pacificación de nuestra alma, creo que está en la conciencia de que Dios nos ama. «*El don de Dios que se os ha concedido constituye la señal de que sois amados por Él*. Así, ser cristiano no es, primeramente, asumir una infinidad de compromisos y obligaciones, sino dejarse amar por Dios, como el mismo Cristo que es amado y se siente amado por el Padre, según lo afirma con toda su vida y lo dice expresamente: «*El Padre me ama*» (Jn 10, 17). Nuestra profesión de fe comienza con estas palabras: Creo en Dios Padre. En ellas se resume toda la actitud cristiana: dejarnos amar por Dios como Padre. Cada uno de nosotros es amado por Dios y conocido por su propio nombre como hijo. Por eso siempre podemos dirigirnos a Él con plena confianza. Fue Cristo como «*hermano*» mayor, quien nos lo enseñó» (bis Juan Pablo II, Discurso al laicado en Lisboa, *L'Observatore Romano*», 15 mayo 1982.

Para el hombre que está convencido de que Dios le ama, de que es el predilecto de Dios, de que nunca está solo, de que Dios siempre vela por él, de que Dios siempre trabaja con él, aunque su trabajo sea invisible, no puede existir nunca la desesperanza. Ese hombre vive seguro, ese hombre vive en paz, es el hombre que sabe que «*si el afligido invoca al Señor, Él lo escucha*» (Sal 33).

El Señor escucha. Aunque no responda con voz que se oiga, Él escucha. *Que los humildes le escuchan y se alegren. ¿Qué tienen que escuchar los humildes?: «Que si el afligido invoca al Señor, el Señor lo escucha. Yo consulté al Señor y me escuchó, me libró de todas mis ansias. Si el afligido invoca al Señor, el Señor lo escucha. Contempladle y quedaréis radiantes, vuestro rostro no se avergonzará. Si el afligido invoca al Señor, Él lo escucha y le salva de sus angustias. El ángel del Señor acampa en torno a sus fieles y los protege. Gustad y ved qué bueno es el Señor, dichoso el que se acoge a Él»* (Sal 33).

No estoy nunca solo, Dios me ama, yo tengo que estar siempre en la presencia de Dios: ahora que estoy hablando, estoy escuchando... estoy en la presencia de Dios y tengo que ver en todo la mano de Dios y la acción de Dios. Porque ahora lo que estoy diciendo lo está diciendo el Señor para vosotros, para que os confortéis, es decir, por caminos inexplicables, inescrutables a nuestro entendimiento humano, ha dispuesto que haya un hombre entregado a vuestro servicio para que os explique estas verdades; un hombre que, a la vez, necesita que se las digan a él porque él está igual de afligido que vosotros, porque necesita meditarlas si no hay nadie que se las diga; necesita contemplarlas para que él mismo sea apaciguado por el Señor... ¡Maravilloso!

Maravilloso saber que la comunidad es un grupo en que cada uno tiene un ministerio y que ese ministerio está provisto por Dios, y que Dios lo ha destinado para mi servicio. Unos guisan, otro que friega, otro que trae el jornal, otro que sale a la calle, otro que trae medicamentos, aquel que estudia. Y todo esto, que es un tejido de amor de Dios, nos tiene que llevar a ejercitar el amor a ese Ser infinito que está siempre a nuestro alcance y que escucha siempre. Debo orar en los servicios más pobres, en la cocina, *«entre pucheros anda el Señor...»* (Santa Teresa). Debo orar en la máquina cuando aprieto el pedal, cuando viajo en el metro porque Dios no me abandona, sigue conmigo en el metro. Oraré en la calle y en casa de un sitio a otro, mientras voy a coger el periódico o voy a devolver la revista yo voy hablando con el Señor y, si no hago esto, puedo perder minutos preciosos de oración. Con lo cual no me abro a la gracia, ya que en realidad, la oración no es otra cosa que un abrir mi alma a la acción del Espíritu para que me llene Él.

Los israelitas cada mañana veían el campamento cubierto de rocío, una especie de lana que caía sobre el suelo y que cada mañana los alimentaba. Cada mañana, cada minuto, Dios va enviando su rocío, pero es necesario que nosotros tengamos el alma abierta -y el alma se abre por la oración -y nos llenemos de Dios para darnos a Dios. Porque la medida de ese amor a Dios la tenemos en cómo nos damos a nuestros hermanos, pues en nuestros hermanos también hemos de ver a Dios; ya que Dios está actuando no solamente en mí, sino también en el más pobrecito y en el más rico. Dios está actuando en todos; entonces hemos de respetar, y cuando alguno está afligido respetar su aflicción y tratar de elevar su mente a estas consideraciones. Igual cuando alguno está alegre respetar su alegría y alegrarse con él, como san Pablo decía: *«Estoy alegre con los alegres, triste con los tristes, lloro con los que lloran, sufro con los que sufren, me gozo con los que gozan»* (Rm 12, 15). Y sobre todo tratar de hacer llegar estas verdades vividas, más que verdades teóricas y cerebrales, verdades muy asimiladas, y elaboradas, para que se conviertan en espíritu y vida del mundo.

Digamos a este Dios que nos ama, *que por Jesucristo nos envíe el Espíritu Santo que ora en nosotros con gemidos inenarrables* (Rm 8, 26) para que nos enseñe a gemir, como afligidos, ya invocarle siempre, a hacer de nuestra vida, e incluso de nuestro sueño, una sinfonía de oración a ese Dios que está siempre amándome en el gran silencio.

4. Pruebas evidentes de amor

Si Dios Uno y Trino no se hubiera encarnado no nos habría dado pruebas evidentes de amor. Y digo evidentes porque la evidencia se impone por sí misma. No sucede lo mismo con las pruebas visibles de amor que nos da en las criaturas. Hay que tener una perspectiva especial para descifrar su lenguaje y, a través de ellas, ver la sonrisa de Dios sobre el mundo y sobre los hombres. Hacen falta unos ojos místicos. Pero no todos van a tener esos ojos místicos como san Juan de la Cruz, o como los poetas antiguos, anteriores a la era cristiana, como Virgilio, que fue venerado como santo por los primeros cristianos, porque en sus versos anticipa el destello de Dios.

Haría falta ser místico o ser poeta, para ver el amor de Dios. Pero Dios, que quiere hacer más evidente su amor a los hombres, se hace hombre, y ahora ya no diremos «así amó el Padre al mundo que entregó a su Hijo», sino «*así amó Dios al mundo que se entregó a sí mismo*», Porque parece ser que cuando entrega al Hijo, el Hijo sea inferior al Padre y entonces el Padre se queda un poco en espectador del amor del Hijo. Pero si Dios se hace hombre, Dios va a tener corazón, Dios va a tener sensibilidad, Dios va a poder sufrir, Dios podrá llorar, Dios podrá demostrar su amistad, Dios podrá manifestar su misericordia, Dios va a poder morir, demostrarlo, decirlo, hacerlo. Todo esto lo va a hacer Dios en Jesús, a través de Jesús, precisamente porque se hace hombre, que es lo que nosotros vemos.

Nosotros no podemos ver a Dios si no somos místicos, Pero el amor de Dios en un hombre se nos mete por los ojos aunque no seamos místicos; porque cuando nosotros vemos a Jesús-Dios ante el sepulcro de Lázaro llorando la muerte de un amigo que hace cuatro días ha sido enterrado, podemos decir: «*éste ama a su amigo*», como decían los judíos: «*¡Cuánto le amaba!*» (Jn 11, 36). y es Dios el que ama, es Dios el que tiene amor de amistad. Cuando nosotros vemos a Jesús acercarse a los niños, e imponerles las manos sobre las cabezas, bendiciéndoles (Mc 10, 13-16), estamos viendo a Dios que, a través de aquellas manos, con aquella mirada tierna, está amando a sus criaturas pequeñas, es Dios que acariciando aquellos rizos rubios o morenos, aquellas caritas inocentes, está diciendo ¡cuánto os amo!

Cuando nosotros veamos a Jesús ante la mujer adúltera: «*¿Nadie te ha condenado? -Nadie Señor. -Yo tampoco, vete en paz*» (Jn 8, 10-11), estamos viendo a Dios cómo perdona.

Cuando Jesús le pregunta a Pedro: «*¿me amas más que éstos? ¿Me amas? Simón, hijo de Juan ¿me quieres?*» (Jn 21,15-17). Estamos viendo a un hombre, a un Dios reclamando el amor de su criatura para sanarla de su triple negación.

¡Qué maravilloso es esto! ¡Qué misterio! ¡Qué alegría! ¡Qué gozo interior! ¡Que Dios pida a su criatura amor, que por tercera vez insista en preguntar si ama Pedro!

Si Dios no se hubiera hecho hombre careceríamos de estos datos y no podríamos ver la sed que tiene Dios de ser amado y, precisamente, de quienes le están más cercanos, y han de cuidar sus intereses, como Pedro de su Iglesia. Y la realidad de su amor.

Por eso pudo decir san Juan: «*Habiendo amado a los suyos los amó hasta el extremo*» (Jn 13, 1).

5. El Amor infinito en el Cenáculo

Mientras fuera del Cenáculo se maquinan intrigas movidas por el odio, dentro desborda el amor infinito. «*Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por el que ama*» (Jn 15, 13). Y Jesús la va a dar. Ya allí mismo en el Cenáculo la va a dar, anticipando su Pascua. El Pan y el Vino, su Cuerpo y su Sangre. Para que tengan vida. Para que tengamos vida. Para que vivamos. Es el grano de trigo que muere para dar vida a la espiga. Es la madre que da la vida a costa de su vida. Nosotros amamos mientras noS conviene; hasta que nos piden un sacrificio demasiado grande. Ya entonces buscamos excusas. Lo haría, pero no puedo, tengo que estar a esa hora en tal sitio... Pocos dan la vida por su Amor. Amamos limitadamente. Sólo Dios, sólo Jesús ama totalmente, pase lo que pase, cueste lo que cueste, aunque no le correspondan, en jueves y en viernes, en la fiesta y en el trabajo, en la vida y en la muerte. Porque es Dios. Y si nosotros queremos amar como Él no tenemos más solución que pedirle amor del suyo y disponemos a recibirlo, no del nuestro. El nuestro no llega a tanto. Siempre calcula, siempre mide, siempre regatea. Yo te daré si tú me das, no te doy porque no me has dado. No tenemos más remedio que pedirle amor teologal a Dios. Caridad-Agape. Porque sólo con la caridad derramada en nuestro corazón por el Espíritu Santo podremos cumplir el principal mandamiento: «*Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser... Amarás a tu prójimo como a ti mismo*» (Mc 12, 30-31).

6. Que nos juzguen las palabras más fuertes del Evangelio

Puestos en órbita de conversión hagámonos juzgar por las palabras más fuertes del Evangelio con el fin de conseguir una transformación y sanación radical.

A poco que dejemos penetrar en la conciencia este principal mandamiento nos sentiremos aturdidos porque, siendo el que menos pensamos quebrantar, es el que más opaco queda en nuestra estimación.

Las palabras de la ley son tajantes y absolutas: «*Amarás con todo corazón, alma, mente, ser... al prójimo como a ti mismo*» (Ib.).

Primero Dios. Después yo. y en la misma línea y con el mismo amor, el prójimo. En realidad todos los otros mandamientos están resumidos en el primero.

¿Amo a Dios con todo mi corazón cuando me sorprendo do muchas más veces pensando en mí que en Él?, ¿en mis gustos que en los suyos?, ¿en mi descanso, que en el deber cumplido por su amor, en mis contrariedades, que en su Voluntad?

¿Amo al prójimo como a mí mismo cuando le juzgo con más severidad que a mí, cuando hablo de él palabras que no me gustaría que dijeran de mí?

¿Le amo como a mí cuando busco y quiero anteponer mis planes a los suyos; cuando deseo y procuro para mí lo mejor y para él lo que sobre o nada?

¿Qué clase de amor al prójimo tengo cuando no sé estimar el consejo o la formación que se me da y no agradezco lo que con tanto sacrificio me ofrecen? Porque santa Teresa amaba al prójimo, sobre todo del que recibía luces divinas, escribió: «Había de ser muy continua nuestra oración por estos que nos dan luz» («Vida» 13. 21) y en el párrafo antes (bis Ibid, 20) ha analizado lo que les cuesta a los que nos dan luz capacitarse para darla. ¡Y que haya personas que no quieran aprovecharse de esto! Amor al prójimo; gratitud, abnegación para que él descanse, participar lo mío a costa de quedarme con menos «es mejor dar que recibir» (Hch 20, 35), «Llorar con el que llora, reír con el que ríe, sufrir con el que sufre», «¿quién se escandaliza que yo no me consuma?» (2 Co II, 29). Me pregunto: ¿Cuando Jesús baje a la tierra encontrará caridad? ¿Nos extraña el grito del Poverello: «El Amor no es amado»?

Amor a Dios con todo el corazón... y con todas las consecuencias de destronamiento de soberbia, egoísmo, comodidad, interés, amor propio, pereza...

Era una vez un seminarista. No era un ejemplo de silencio, ciertamente. Ni de disciplina.

Era un muchacho sano, revoltoso, con ganas de reír y de hacer reír... Naturalmente que esto no daría mucho gusto a sus Prefectos. ¡Pobres! ¡No podían con él!

Frente a su habitación vivía un señor mayor... Tendría unos 40 años... alto, serio, callado, cara de sufrimiento.

Estudiaba primero de latín. Le daba pena.

Hacía lo que podía por ayudarle. Le explicaba sus dudas de estudios, le aclaraba. ..

Ya murió. Era fundador. Estará leyendo estas líneas. Sabe que son pura verdad.

Quería con corazón compasivo a aquel señor alto, que le atraía...

Un día organizó alguna de las suyas... pequeñas travesuras... Después le dijo: perdóneme el mal ejemplo que le he dado... Le contestó: «me edifica más su caridad que me desifican sus travesuras»...

Pienso: Muchos Prefectos para guardar el orden externo, aparente, pero ¡qué poco samaritanos para ungir con aceite y fortalecer con vino de compasión, de caridad!...

El sacerdote pasa de largo. ..Pasa de largo el levita. .. (Lc 10, 31-32). y llevan sus filacterias... por fuera. Por dentro... indiferencia, y, a veces, envidia que sufre o ríe, según los aires que soplen.

En definitiva ¡falta corazón! La raza de los fariseos no se ha terminado. Es una constante histórica, porque es una constante humana.

¿Cuántas palabras de ánimo, de aliento, has dirigido hoy al pobre herido en la cuneta, al que te has encontrado en tu camino?

¡Falta corazón! ¡Faltan cristianos! ¡Faltan santos! Pero eso sí Jesús, filacterias bien ceñidas!

Y, sin embargo, san Pablo dice que, aunque tuviera todos los dones de que puede estar adornada una humana criatura, *de nada le servirían si no tuviera caridad* (1Co 13, 1-3).

La caridad -el amor- es lo que más insistentemente nos predica el Señor.

Si se ha de comenzar una vida de renovación moral, ha de tener por base el espíritu de caridad, distintivo especial del cristiano y enseñanza constante de la Liturgia. Así nos hace orar la Iglesia en la oración de después de la Comunión de la Misa de Pascua: «Infunde, Señor, en nos. otros el espíritu de tu amor para que, por tu misericordia, hagas concordés a los que saciaste con el sacramento paso cual». Corazones concordés es lo contrario de corazones que guardan para sí sus juicios, sus antipatías, sus resentimientos, quizá su rencor y su ira, que los ocultan bajo una apariencia exterior de cortesía y de sonriente amabilidad.

No es eso caridad. Eso es ocultar el mal, no curarlo. No es ése el clima cristiano, es más bien el clima de la caridad fingida, de amistad, pero no el interior y la realidad. y san Juan nos dice: «*nosotros amemos de corazón*». (1Jn 3,21-24). Ésa es la sabiduría Evangélica.

¿Pero no sabemos acaso cuanta malevolencia se oculta en ciertos encuentros profesionales o de trabajo común, bajo la apariencia de la más perfecta cortesía, bajo las más calurosas palabras de ofrecimiento y desinterés?

Las palabras como las actitudes y las caras, están tan habituadas a la mentira que ya no se sabe qué es verdad y sinceridad en esas personas. ¿O es que existe verdad para ellos? En ese ambiente se interrumpe el verdadero diálogo. Sólo moneda falsa se cambia. En tal clima todo es imposible, la vida del hogar, el trabajo en común. ¡Porque para trabajar en común hace falta una atmósfera franca y las mejores voluntades se desaniman cuando, buscando amigos entre los cristianos, sólo hallan partidos, y deseando ver rostros sólo encuentran máscaras.

Señor, que el espíritu de tu amor, por tu misericordia, haga concordés a cuantos saciaste con el sacramento pascual. Amén.

7. Calumnia y difamación

Crece de punto la falta de amor cuando se le hiere gravemente con la calumnia y la difamación.

Calumnia es la afirmación mentirosa de algo que daña el honor ajeno.

Difamación es la afirmación injusta que ataca la buena reputación de otro, afirmación que puede estar, en sí misma, conforme con la verdad.

La calumnia y la difamación son, por su propio género, pecados graves contra la justicia y la caridad.

Siendo el honor de la propia persona un bien espiritual de tanta importancia para el individuo y para la comunidad, el atentar contra él es algo más grave de suyo que el hurto. Así se lee en el libro de los Proverbios: *«preferible es el buen nombre a riqueza copiosa; a la plata y el oro la buena estima»* (Prov 22, 1). San Pablo en su carta a los romanos sanciona a los que atentan contra la caridad como dignos de muerte: «Los entregó Dios en manos de una mentalidad réproba, de manera que hiciesen lo que no cumplían: repletos de toda injusticia, perversidad, codicia, maldad, henchidos de envidia, homicidio, contienda, dolo, mala entraña; chismosos, detractores, abominadores de Dios, insolentes, altaneros, fanfarrones, inventores de maldades..., quienes conociendo el justo decreto de Dios que los que tales cosas hacen son dignos de muerte, no solamente las hacen ellos, más aún, dan plácemes a los que las hacen» (Rm 28 ss.).

La difamación es gravemente pecaminosa, no sólo cuando se comete con intención mala y consciente, sino también cuando se comete con imprudencia advertida.

La gravedad del pecado de difamación ha de medirse por el perjuicio causado al honor por el agravio, por el estorbo puesto a la actividad profesional y por las posibles pérdidas materiales, como pérdida del puesto, del negocio, etc.

La magnitud del perjuicio no depende únicamente de las afirmaciones deshonorosas sino muy especialmente de las circunstancias y de la condición del difamador, de los que la escuchan y del difamado.

La calumnia merece una condenación más severa que la difamación no sólo desde el punto de vista objetivo, sino también subjetivo, puesto que conculca, no un simple derecho condicional a la buena reputación, sino un derecho estricto y absoluto, y no de cualquier modo, sino con mentira.

La difamación y la calumnia pueden cometerse por un malicioso silencio, o quitando o disminuyendo importancia al bien realizado.

Afirmar de una persona que goza de gran consideración o constituida en dignidad que es mentirosa, o cosa por el estilo, constituye pecado grave. En cambio, afirmar una acción gravemente pecaminosa de una persona que ya ha perdido su reputación, apenas será pecado leve.

Hay modos de expresarse que son más difamantes que la clara manifestación de la realidad, por ejemplo éste: ¡Si yo pudiera contar una partecita siquiera de lo que e El amor nos obliga a guardar y defender el honor ajeno.

El honor es el reconocimiento externo de los méritos del prójimo, así como la estima es el aprecio o reconocimiento interno de los méritos o valores personales. Lo mismo digamos del respeto.

Tenemos positiva obligación de defender y procurar, conforme a nuestras posibilidades, el honor del prójimo y su buena reputación. Se falta a estos deberes tanto por la calumnia y difamación, como por el chisme, y oyendo y permitiendo gustosamente y sin protesta la calumnia y la murmuración.

El chisme es una de las formas más malignas de la difamación pues por ella trata el chismoso de perturbar la buena amistad que reina entre dos personas, a veces con el fin de ocupar el puesto de la persona denigrada. El chismoso no trata propiamente de destruir la buena reputación pública de una persona, sino de perturbar el amor y la mutua confianza entre varias. Con este fin relata al uno lo malo que el otro dijo de él. ¡Cuánto daño deriva de estas formas de proceder entre amigos, incluso en la propia familia! Pero eso es lo que pretende el chismoso que se da buena maña para hacer sobresalir los defectos físicos y las faltas morales.

El chisme y la difamación constituyen pecado grave porque pervierten el orden de la caridad y justicia.

«Maldice al chismoso y al de lengua doble porque han sido la perdición de muchos que vivían en paz», dice el libro del Eclesiástico (28, 13).

Y san Pablo: «*Repletos de toda injusticia, henchidos de envidia... dolo, mala entraña; chismosos, detractores... los que tales cosas hacen son dignos de muerte (eterna)*» (Rm 1, 29 ss.).

8. Es lícito desbaratar las maquinaciones del chismoso

Cuando cualquier persona con sus chismes intenta destruir una amistad o un matrimonio ya concertado puede de ser considerada por los perjudicados como un agresor injusto y, por lo tanto, les es lícito defenderse de sus insidias o maquinaciones. Y para ello no tienen otras armas que manifestar las faltas conocidas y aun las ocultas del chismoso; pueden emplearlas, pero, sólo en cuanto la verdadera necesidad lo requiera.

Un joven pretendiente puede, le es lícito, hacer valer su superioridad sobre cualquier posible rival; pero el manifestar a su novia faltas ocultas del otro o faltas que no constituyen peligro para su suplantación, es sencillamente, difamación y chisme.

Hay que tener en cuenta, no obstante, que el destruir amistades peligrosas o pecaminosas, señalando, para ello, faltas ocultas, si es necesario, no constituye chisme sino acto de caridad.

El que provoca eficazmente a difamar peca gravemente. Quien con su proceder o simplemente con su silencio. Provoca eficazmente a otro a la difamación peca gravemente contra la justicia y la caridad.

Igualmente el que, pudiendo fácilmente impedir la difamación, al oír que el prójimo es difamado no lo impide, se hace también culpable del pecado de difamación.

La gravedad del pecado se medirá por la gravedad de la difamación y por la real posibilidad de impedirla. Puede ser que el temor de que el difamador se obstine más en sus afirmaciones dispense de la obligación de protestar contra ellas. En esas circunstancias bastará manifestar su desaprobación con un marcado silencio o apartándose de la conversación. A este propósito dice el libro de los Proverbios: «*El viento norte produce lluvia y rostros irritados la lengua murmuradora*» (25, 23).

9. Gente murmuradora en el Evangelio

En el Evangelio nos encontramos muchas veces con gente murmuradora.

Murmuran de Jesús y murmuran de los que a Él se acercan sin tener la pureza que ellos creen tener. Tal como Zaqueo. Debe impresionarnos la decisión de Zaqueo tan simpática y tan generosa, que él en parte, se ha ganado por su santa curiosidad. Algo le bullía dentro cuando con tanto interés adoptó una determinación extraña de subir a una higuera para ver a Jesús. Lo que demuestra que no era para él indiferente; más cerca del amor está el odio y la enemistad que la indiferencia. Y Zaqueo era pecador, al menos su reputación no es buena, y Dios odia el pecado y el pecador es enemigo de Dios.

Algo le bullía allá dentro donde se cuecen los pecados y los heroísmos. Pero no le bulliría si Dios no le llamara. Era Dios el que ofrecía la salvación y eran los judíos los que tenían opción de alentar ese hálito de Dios o inutilizarlo. Afortunadamente para él, Zaqueo correspondió y su respuesta fue el segundo eslabón de una cadena de oro que, atándole a Dios, le dio la salvación. Los judíos faltaron a la caridad con el pretexto de una cierta limpieza de vida.

No fue obstáculo insuperable para Zaqueo su estatura. Antes al contrario hizo del obstáculo plataforma. Es la gran regla de estos problemas de cara a lo trascendente del hombre: conjugar la perspicacia con la audacia y la tenacidad hasta lograr convertir en medios los impedimentos. Lo que en el orden de la formación humana han conseguido tantos y tantos tarados ha de ser modelo para el cristiano a la hora de solucionar sus dificultades morales. Todos sabemos que Demóstenes fue un gran orador y político de Atenas. Pero tal vez no recordemos que tuvo que vencer grandes dificultades para llegar a la cumbre, entre ellas la tartamudez. Pero luchó como un titán y venció.

En el proceso evolutivo del cambio de vida de Zaqueo entraba la superación de su pequeña estatura. Y Zaqueo fue un hombre decidido. Un hombre que no se arredró. Subió, y oyó la voz de Jesús que le llamó por su propio nombre: «*Zaqueo. Hoy tengo que alojarme en tu casa*» (Lc 19, 5).

La reacción de aquella gente demuestra que Jesús sabía lo que hacía. Todos murmuraban al ver que se hospedaba en casa de un pecador. Ciertamente era pecador. Lo sabía Cristo, el pueblo y Zaqueo también lo sabía. Era y sabía, por eso, porque sabía que era pecador, podía convertirse. Los otros los que lo eran, pero no lo sabían, tenían el «carnet» de justos y por eso estaban confiados en su santidad legal y proclamada, no podían convertirse. ¿De qué? Ellos eran los intocables. No tenían de qué convertirse. Ellos no podían hacer más que lo que hicieron: murmurar. De Jesús y de Zaqueo. De Zaqueo, a quien liaban porque era pecador. De Jesús, porque se mezclaba con los pecadores. Triste sino el de los que se pasan vida entre la basura humana. Nunca tendrán arrestos para hacer algo semejante a lo que ha hecho el simpático Zaqueo: dar la mitad de sus bienes a los pobres y restituir robado al cuádruplo. Ni siquiera serán

capaces de ver de admirar la nobleza de ese cobrador de impuestos y santidad de la Persona de Cristo que de tal manera fluye en los pecadores que los convierte. Lo suyo no es eso. Su fuerte es murmurar. Para ellos Jesús pasa en balde.

10. El perdón de los enemigos

Es difícil para la humana naturaleza, pero no imposible, con la gracia de Dios, el cumplimiento del programa del Reino que nos ha de asemejar a Jesús pues que hemos de ser «*imagen del hombre celestial*» (1Co 15, 19). En tanto podemos llamarnos cristianos en cuanto conocemos a cumplir con esas reglas de caridad: «*Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian, bendecid a los que os maldicen, orad por los que os injurian*» ¿Qué otra cosa hizo, sino, Jesús en la Cruz más que orar por sus mismos verdugos y los que, por odio, lo habían destruido, y perdonarles y pedir por ellos perdón su Padre?

¿Qué otra cosa hizo el primer mártir de la fe, san Esteban, implorando a Dios por los que le apedreaban hasta aplastarlo como una alimaña? (Hch 7,60).

Y los santos ¿no han actuado igual? Bástenos recordar conducta de santa María Micaela del Santísimo Sacramento con una joven que había pretendido envenenarla: «Subía yo de la Capilla, escribe la Vizcondesa, y formé el propósito de vencer mi oposición hacia una joven que me vituperaba y para vencerme propuse hablarle con cariño y abrazarla. La llevé a mi cuarto, sentéla a mi lado y, no bien estuvimos juntas, sentí no se qué un movimiento de energía y como de valor y le dije: ¿Qué trae usted en los bolsillos? Ella respondió que nada traía ¿Cómo que nada? ¡Veneno, sí señora, veneno! – De pronto meto la mano en el bolsillo y hallo un papel con una cosa negra a modo de raíz, que no cabía en la mano. –Esto es opio, le dije yo, a pesar de no haberlo visto jamás. –Es para mi cabeza. No señora, la contesté. No se cura la cabeza con esa cantidad de opio, en la cual hay para matar a cien personas. Y este papel del otro bolsillo, ¿qué contiene? –Estos son polvos para los dientes. Se lo dejé para disimular, pero me pareció arsénico. Fui a mi oración, pedí luz al Señor en este negocio, pues yo presentía todo muy claro. Era para mí el veneno; pero debo a Dios el no sentir nada contra mis enemigos, ni me cuesta perdonarles ni vivir con ellos como antes... La abracé y perdoné tan de corazón que nada sentía contra ella».

Cumplió el mandato de Jesús: «*Al que te pegue preséntale la otra; al que te quite la capa déjale también la túnica. A quien te pide dale. Tratad a los demás como queréis que ellos os traten*» (Lc 6. 29-31)

11. La limosna

Los criados del Vaticano intimaron con san Pío X. Él conocía los apuros de algunos y cuando salía de sus habitaciones solía esconder en las bocamangas de su bocamangas billetes de 50 y 100 liras. Sin llamar la atención los iba repartiendo y les advertía con acento malicioso: «*Que no lo sepa Monseñor Bresan*».

Los obispos de Portugal, despojados por el gobierno de todos sus bienes, enviaron al Prelado de Oporto para suplicar ayuda del Santo Padre. -¿Cuánto necesitáis?

-Un millón, Santidad. -Un millón no tengo ahora. Pero venid mañana que aparecerá. El millón apareció a como de dejar en descubierto necesidades menos premiosas El obispo lo recogió; acababa él de salir, cuando entró audiencia una señora que dejó un millón en manos del Papa. -Ya ves, Bresán: un millón ha salido y un millón ha entrado. La Providencia no falla jamás.

Y es que el Señor ha dicho: *«Dad y se os dará: Os verterán una medida generosa, colmada, remecida, rebosante. La medida que uséis, la usarán con vosotros»* (Lc 6, 38).

Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo. Como David que, pudiendo haber matado al Rey Saúl que le perseguía para matarlo por envidia, no puso su roa. No en el Ungido del Señor (1 S 24), y le dijo algo que encaja muy bien con la frase: *«con la medida con que midiereis seréis medidos»*. Esto es: *«El Señor recompensará a cada uno su justicia y su lealtad»* (1 S 26,23). Y sabemos que Saúl fue repudiado por Dios y David fue elevado al trono por la misma Providencia de Yahvé.

Compasivos como el Padre. Semejantes a Él. Semejantes por el amor.

12. Amor esponsal

El gran amor que el Padre tiene al hombre le lleva a quererlo hacer su igual, su esposa. Ése es el gran empeño de Dios: conseguir que el pequeño hombre sea su esposa.

Lenguaje que sólo la Revelación nos descubre, pues ni en las religiones orientales, carentes de ella, encontramos este concepto de unión con Dios.

Ellas han descubierto un Dios fuente de Realidad, fuente de Paz, de Quietud. Pero no han sospechado que esta riqueza absoluta que ellos buscan y han encontrado, pueda tener una relación trinitaria personal y que esa relación pueda comunicarse al hombre que para eso ha sido creado a imagen y semejanza de Dios.

Y ya que los hombres como personas no conocen una unión personal superior a la unión esponsal, a la que no puede llegar jamás la unión entre amigos, o la maternal, Dios les revela que su unión con ellos está llamada a ser tan íntima y deliciosa como la de los esposos entre sí: *«Me casaré contigo en matrimonio perpetuo»* (Os 2, 19-20).

«Serán los dos una sola carne» (Mc 10, 8). **Así seremos los hombres un solo espíritu con Dios, permaneciendo la naturaleza del hombre intacta y también la de Dios** (1Co 6,17).

Como en el matrimonio es el amor el que une, así también el amor es vínculo de unión del hombre con Dios.

13. y ¿qué es amar?

«Amar es obrar en despojarse y desnudarse por Dios de todo lo que no es Dios» (ter Subida libro 2, 5,7.).

Amar es darse, amar es despojarse, abandonarse, confiar...

Amar es todo para ti, nada para mí.

Amar es lo dulce para ti, lo amargo para mí.

Amar es abandonar todo lo que desagrada al Amado. Amar es aceptar todo lo que viene del Amado.

Amar es hilar fino en el cuidado de alimentar estas relaciones.

Amar es controlar el genio, es procurar no causar molestias a quien se ama.

Teresa del Niño Jesús, que sabe de finuras de amor, tiene detalles deliciosos que sólo podrá calibrar un espíritu fino y sensible: cambiar el orden de los ramos, aunque se pierda la estética ¡para ella la estética va detrás del amor!

Soportar el ruido que la crispa sin cortar por lo sano llamando la atención despóticamente a la causante, aunque su oración se convierta en martirio lento y sudoroso.

Sonreír a aquella hermana que tenía el acierto de desagradarla en todo.

Soportar las interpretaciones nada clarividentes de su virtud.

Cierto, para llegar a todos esos detalles hace falta amor. El amor dará fuerzas. El amor afinará la sensibilidad.

14. La sensibilidad y la susceptibilidad

No todos tienen el mismo grado de sensibilidad. Ni mucho menos. Esto es clarísimo.

Se confunde muchas veces la susceptibilidad con la sensibilidad.

La susceptibilidad es sensibilidad de sí.

La sensibilidad lo es de lo que a Dios o a los hermanos hace feliz, o disgusta.

La susceptibilidad nace del egoísmo. El yo en el centro. y todo lo que la hiere arranca el grito, la queja, interior o exterior, el recuerdo a veces constante que envenena y socava la vida interior y, en ocasiones, hasta la vocación.

La susceptibilidad sólo cuenta con ella. A mí me quieren, a mí no me quieren. A mí me envían en tren, a él en avión. A mí me llaman para subir el piano, a él cuando hay que visitar al cardenal.

La susceptibilidad nunca está contenta. En todo encuentra peros. No es capaz de agradecer el regalo del día luminoso, pero siempre está dispuesta a quejarse de que llega la noche y que es fría y oscura.

Mirará con resquemor al cirujano que ha abierto la herida, pero no se parará a pensar con gratitud en el cirujano que la ha curado. Para ella el mejor cirujano será el que haga la vista gorda a su tumor maligno y le dé, aunque esto será matarla, cuatro palmaditas complacientes en la espalda.

La susceptibilidad se siente incómoda cuando la conversación no rueda en su torno, en el de su actividad, gustos, batallitas. La sensibilidad goza cuando hace gozar a los demás, escuchándoles, aunque no le interese. Mejor dicho, a quien tiene sensibilidad todo le interesa, y en todo lo que a los demás afecta pone su corazón.

Tener sensibilidad es captar las circunstancias de los hombres. Poner un poco de aceite de caridad en el engranaje chirriante de la vida.

La susceptibilidad nunca cree que falta. Siempre cree que los demás le deben algo.

La susceptibilidad siempre es la víctima de todos y acaba siéndolo de ella misma que se convierte en su propio verdugo.

Nunca se cree obligada a agradecer, siempre con derecho a reclamar.

La susceptibilidad: llamaron al teléfono y no me la dijeron.

La sensibilidad: ¡qué bien que se aprovechen y gocen! La susceptibilidad: Me han dado la cama más incómoda...

La sensibilidad: Jesús en Belén estuvo más duro.

Y ¡qué desgracia cuando la susceptibilidad tiene un palmo de autoridad! Que nadie respire, que no se le ocurra a nadie cambiar ni una maceta de su sitio...

Está claro que todas estas actitudes no son terreno apto para que Dios nos ame y le correspondamos con amor tierno y sacrificado.

15. Finura de caridad

Ahí está la gran sensibilidad de Jesús que le hace hacerse pedazos y darnos su Cuerpo y su Sangre en la Eucaristía. Por ese Sacramento recibimos la caridad que es la vida de Dios. Dios es Caridad. y bien ¿cómo participamos en la Eucaristía que no ardemos en caridad? Dios que se da y que nos alimenta con su vida y nosotros sin ver desbordada esta torrentera de vida en nuestro continuo ajeteamos y movernos y planear y orar y querernos?

Los cristianos no se han dado cuenta aún del lugar único en que ha puesto Jesús a la caridad. No sienten el tormento de la falta de unidad en su comunidad. Si fuéramos media docena y tuviéramos seis criterios distintos y seis voluntades distintas y nos quedáramos tranquilos no habríamos comprendido el mayor mandamiento de Jesús.

Si nuestros sentimientos no fueran de caridad y nuestras faltas de caridad mútua fueran cosa corriente, y no sintiéramos un intolerable malestar, sería alarmante la situación de nuestra familia.

Habremos de pedirle al Señor que seamos unos cultivadores entusiastas de la virtud de la caridad. No podemos amar a Dios sin amar a los hermanos. No podemos unirnos a la Cabeza sin estar unidos con los miembros. No puedes decir: yo me uniré con X, y con Z, porque son de mi modo de ver las cosas, porque me dan siempre la razón, porque me disculpan, porque me ayudan, porque me parece que me miran con simpatía. Pero con XX y con Y, imposible, me resultan insoportables. Me cargan. Es superior a mis fuerzas. Desde luego. Superior a tus fuerzas es. Es doctrina segura que sólo se puede amar de veras con el amor de Dios y no con el nuestro. En Caná Jesús convirtió el agua en vino. y en la Eucaristía convierte el vino en sangre de vida. El vino es nuestro amor, la sangre divina derramada es la Caridad de Dios que nos ama hasta el extremo.

A nuestro pequeño amor le va a resultar difícil soportar las exigencias del amor de Dios. Sólo a costa de una permanente crucifixión y muerte podemos mantener la caridad fraterna. Ésta nos pedirá constantemente vencer repugnancias, soportar caracteres, renunciar a criterios propios en aras de la unidad, morir cada día (1Co 15, 31).

Para que la caridad sea nuestra virtud característica hemos de hacer muy nuestras las palabras de Pablo: «*La caridad es paciente, es benigna, no es envidiosa, no es jactanciosa, no se hincha, no es descortés, no es interesada, no se irrita, no piensa mal, no se alegra de la injusticia. Se complace en la verdad; todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera todo lo soporta*» (1 Co 13,4-7).

Y esto vale para todos, para los iguales, para los inferiores. Para los superiores.

Sin verdadera humildad no puede darse verdadera caridad. Sin mansedumbre, no habrá caridad. El precio de la caridad es un ejercicio crucificante de longaminidad-anchura de corazón que comprende todo, que todo lo soporta y que está atento con una inmensa solicitud a mantener el vínculo de la unidad por la paz.

Amar con ese amor a todos mis hermanos. Que quien se acerque a mí participe de la caridad de Dios. Que yo sepa sacrificarme para que mis hermanos vivan unidos con Dios y conmigo en amor verdadero, en caridad perfecta, en la que Él nos enseña a dar la vida por los que amamos.

16. La caridad es fundamental

Todo esto es sabido, por eso los hombres descontentadizos y superficiales nos dirán: Eso es viejo y archisabido. Pero, ¿acaso las cosas y conceptos viejos, por viejos, son menos necesarios? ¿Hay algo más viejo que el sol? ¿Más que el pan y el agua? Pero quien suprima el sol matará la vida. Y lo mismo sucederá si desaparece el agua y el pan. Son cosas base, imprescindibles por lo tanto.

Así sucede con el amor en la religión cristiana. Es algo base. En realidad insustituible.

El hombre, ya como hombre, está llamado al amor; diríamos que tiene vocación de amor. Así ha de ser si ha sido creado a imagen y semejanza de Dios, que es Amor, según la joanea definición (1 Jn 4,17). Si el hombre quiere que su vida sea algo logrado se ha de convertir en una perfecta imagen de Dios. Es ley de su propia naturaleza. Consiguientemente todo aquel que va contra el amor se destruye a sí mismo porque atenta contra su propia naturaleza.

En el hombre bautizado cuya vida es la de la misma Trinidad, que es vida de amor, hay una mayor exigencia de vivir de amor.

Cuando falla el amor, y la experiencia nos dice que hoy no pocas veces y en no pocos sucede, no sólo el hombre se destruye y el cristiano no se realiza, sino que la vida social se menoscaba.

Amor que de Dios viene, a Dios va y vuelve, potenciado, a los hermanos, que si lo son, es porque hay un Padre.

Quitad el amor de Dios y habréis suprimido de cuajo todas las obras de misericordia: ni quedan religiosas en los hospitales, ni monjas en los conventos, ni estudiantes en los seminarios, ni misioneros en vanguardia, ni matrimonios fieles.

Suprimid el amor de Dios y veréis a los cristianos figurando como militantes... en el papel; ni les pidáis el más insignificante sacrificio. Si no hay amor de Dios se rehuye todo compromiso, y se es cristiano de pila de agua bendita, que está cerca de la puerta y lejos del ambón y del altar; se vive la religión de una manera pasiva, sin iniciativa y evitando lo que sea complicarse la vida y salir del aburguesamiento.

Seguid suprimiendo el amor de Dios, ahora en el ámbito matrimonial, y lo que había de ser rosa, que se abre a todas las exigencias de la entrega, se convierte en tulipán, que se repliega hacia dentro, cerrándose cada vez más en una voluntaria esterilidad o en un homicidio.

Pero sigamos quitando amor de Dios en el empresario, en el pedagogo, en el oficinista, en el comerciante, en el labrador y veréis muy pronto los efectos de un cerril egoísmo. El hombre está hecho para amar: si no ama a Dios ya sí mismo y al prójimo en orden de caridad, se ama a sí mismo con egoísmo, que es inocular el desorden en el plano del amor. De fuerza centrífuga que es el amor se trueca en fuerza centrípeta, que siembra de sal el camino del bien y de la belleza.

Pero poned amor y veréis renacer la vida. Poned más amor y os maravillará la expansión del bien. Poned mucho amor y será incontenible el fruto del amor.

Y ése es el milagro que hoy está esperando el mundo. Ésa es la revolución del Evangelio. Los cristianos deben seguir haciendo el milagro de amarse como hermanos en medio de un mundo egoísta y malvado. El amor es el signo de que Dios está presente. Donde hay amor allí está Dios. Si los cristianos no sólo rezan, sino que también aman, demostrarán al mundo cómo le ama Dios Padre.

Y las consecuencias de amar o no amar no van a ser baladíes, sino trascendentes, porque el *«venid, benditos de mi Padre», lo escucharán los que amaron; y el «apartaos de mí, malditos»* (Mt 25, 31-41), los que no amaron por Dios a sus pequeños hermanos.

Si nuestro amor a Dios es verdadero seremos felices en el puesto que Dios nos haya sembrado. Lo seremos sobre todo si nos ha distinguido con una vocación que comporta un seguimiento más cercano del Hijo de Dios, porque la vocación religiosa es vida de pobreza y obediencia y casta. Todas estas virtudes le exigen fuertes tirones a la humana naturaleza, pero ahí se prueba el amor verdadero.

Si no hay amor de Dios los consagrados no podrán perseverar en su vida consagrada.

Pero amando a Dios de veras todos los sacrificios nos parecerán pequeños, y aun después de haber dejado su casa, y el derecho de crear un hogar, y no ser dueño de nada y tener sujeta su voluntad a la del representante de Dios y no gustar deleites carnales, le parecerá que hace poco por su Amado, a quien quiere asemejarse, pues Él vivió tal vida.

Amando a Dios de veras, no se puede dejar llevar por la pereza o por la desgana o tibieza.

El que ama a Dios no sólo con las palabras sino con obras es generoso y todas las virtudes alcanza.

«Yo lo elijo todo» dijo Teresita, porque amaba de veras.

Pero también Dios se da todo al que se lo da todo. A quien nada se reserva, Dios nada le reserva de sí mismo.

La paz de que gozan estas personas es un pregusto de la paz celeste, donde realizaremos totalmente el fin para el que hemos sido criados que es amar. Por eso necesitamos amar. Pero amar es sufrir. Amar es gozar. Amar es vivir.

No encontraremos objeto de nuestro amor más alto que Dios.

17. Muerte de amor

Podemos amar de muchas maneras: poco, mucho, muchísimo; podemos llegar a amar tanto que el amor nos consuma y nos mate.

Recientemente una pareja de novios, que no han podido realizar su amor, se han envenenado. Son clásicos algunos ejemplos en la historia del amor humano que termina en la muerte.

San Juan de la Cruz ha descrito la doctrina del amor que llega a la muerte. Es la máxima realización del ideal del hombre. Hombre hecho para amar que muere porque ama y para amar mejor. Para estar unido con su Amado en abrazo estrecho y cara a cara.

«Empujada (el alma) por el afecto se levanta de noche y, herida, va buscando a Dios con las ansias y las fuerzas con que la leona o la osa va a buscar sus cachorros cuando se los han quitado y no los encuentra. Porque como está en tinieblas, se siente sin Él, cuando está muriendo de amor por Él.

»Y éste es el amor impaciente, tanto, que el hombre no puede vivir en esta situación mucho tiempo sin recibir lo que desea o sin morir. Es el amor de Raquel por los hijos que forzó a decirle a Jacob: *“O me das hijos o me muero”* («Noche oscura leída hoy», Madrid 1982, Ediciones Paulinas, libro 2º, cap 13, 8, pág. 157)

«Dejándome herida de tal herida que estoy muriendo de amor por estas heridas de amor, tan raudo te escondiste como el ciervo.

»Esta herida de amor alza una oleada de amor en el alma que la impulsa desmesuradamente a gozar del Amado que le ha tocado el corazón. y el Amado se va. y ella, ¡cómo siente su ausencia! Tanto que la hace gemir. y esto buscaba :e.1, llagar, no sanar; lastimar, no satisfacer.

»Estas visitas del Esposo en que el alma le conoce más y, por tanto lo desea más, acrecientan el dolor y el ansia de ver a Dios.

»Son heridas espirituales de amor que le resultan al alma sabrosísimas y las desea con avaricia. ¡Ojalá estuviera ella muriendo mil muertes a estas lanzadas que la sacan de sí y la meten en Dios! Eso es lo que quiere dar a entender en el siguiente verso: *Salí tras ti clamando, y eras ido*» («Cántico espiritual leído hoy», Madrid 1982, 5ª ed. Ediciones Paulinas, 1, 19, pág 44).

«En la pasada canción dijo el alma que estaba enferma y herida de amor de su Esposo, por lo que de Él le dijeron las criaturas irracionales. En ésta dice que está lllagada de amor por lo que, mucho más alto, le han dicho del Amado otras criaturas más nobles, las racionales, ángeles y hombres. Además estas criaturas le descubren, sin descubrirla del todo, una inmensidad admirable que la hace estar muriendo de amor y que llama no sé qué, porque no se sabe decir» (Ibid. 7, 1, pág. 63).

«Cuando la llaga se infecta, el alma está en dolores de muerte de amor. Esta alma vive muriendo hasta que el amor la mate haciéndola vivir vida de amor, transformándola en amor. Morir de amor causado en el alma por un toque de altísimo conocimiento de la Divinidad. y este toque es el no sé qué que quedan balbuciendo. Toque que no puede ser continuado ni muy intenso porque, si lo fuera, moriría el hombre. Pasa rápidamente. Pero tras este toque queda el alma muriendo de amor y, como no se muere, más se muere» (Ibid. 7, 4, pág. 64).

De san Juan de la Cruz, su gran maestro desde los 17 años, aprendió santa Teresa del Niño Jesús la lección del amor a Dios que culmina en la muerte de amor.

18. Para morir de amor hay que vivir de amor

Porque el amor se va madurando a fuerza de ejercicio. Este ejercicio consistirá en afectos y en obras. Oración de amor y vida de amor. Vida de dar gusto en todo a quien se ama. Vida que sea un acto continuo de amor. Para eso se ofreció víctima al Amor Teresita el 9 de junio de 1897, dos años antes de su muerte, ofrenda que ella expresó de este modo:

«Para vivir en un acto de perfecto amor me ofrezco como víctima de holocausto a vuestro amor misericordioso, suplicándoos que me consumáis continuamente, dejando desbordar en mi alma los raudales de infinita ternura que en Vos se encierran. Sea yo de este modo ¡oh Dios mío! mártir de vuestro amor.

»Finalmente después de haberme preparado este martirio a comparecer ante vuestra presencia, hágame morir y arrójese mi alma sin demora en el abrazo eterno de vuestro misericordioso amor.

»Quiero ¡oh Amado mío!, renovaros esta ofrenda infinitas veces, en cada latido de mi corazón, hasta que al declinar de las sombras pueda expresaros de nuevo mi amor cara a cara eternamente» («Manuscritos autobiográficos», P. Emeterio G. Setien de I. M. 4ª ed.. Burgos 1968, Apéndice IV.).

Vivir de amor desde que el alba ilumina hasta que la noche nos entrega al descanso.

Nuestras pequeñas actividades, nuestros deseos que no se llegan a realizar y nos hacen sufrir, nuestras infidelidades que también nos son cruz... la santidad de las almas que no llega a madurar, los problemas todos de la Iglesia que nos preocupan.

Los avances de Jesús en sus Obispos, que nos hacen gozar.

La fe que va creciendo en nuestros familiares que nos preocupa, los agobios de las necesidades materiales que no acabamos de solucionar, los planes que no podemos realizar...

Las preocupaciones que no nos abandonan, las traiciones que nos laceran... todo... todo es Amor y ese Amor que va tronchando nuestro corazón nos va acercando a nuestra meta. Nos va haciendo vivir de Amor para preparar nuestra muerte en el Amor que será nuestra vida de amor en la patria del amor donde porque amaremos, gozaremos sin límite.

19. El amor de Dios comporta amor a los hombres

«Si alguno dijere: Amo a Dios, pero aborrece a su hermano, miente. Pues el que no ama a su hermano, a quien ve, no es posible que ame a Dios a quien no ve. y nosotros tenemos de ÉL este precepto: que quien ama a Dios también ame a su hermano» (Jn 4, 20-21).

En estas palabras san Juan unifica el objeto del amor: Dios y el hermano. Dios a quien no ve. El hermano a quien ve. Este objeto de amor es único pero tiene una realidad invisible y otra visible: Dios y los hermanos. En los hermanos, que por ser hijos de Dios, está Dios, porque *«por la gracia han recibido su misma naturaleza»*, como dice san Pedro (2ª. 1, 4). *Quien aborrece a un hermano, por tanto, aborrece a Dios, porque no son dos unidades, sino una la que forman los hermanos con Él.* Por lo que san Juan dice que *miente al profesar amor a Dios sin amar al hermano. Yo no sé si tú amas a Dios porque como el amor es invisible y Dios también, no aparece ante mis ojos... pero ese amor se hace manifiesto cuando damos la vida por nuestros hermanos. Como se manifestó el de Dios a los hombres en que dio su vida por nosotros (Jn 3, 16).* Yo sé que tú amas a Dios cuando veo sacrificar tu vida por tus hermanos porque tu secreto amor con Dios queda oculto a mis ojos, pero se me hace visible con tu sacrificio.

Hemos de distinguir: Hermanos y sus obras. A los hermanos siempre he de amar y por ellos sacrificarme. Sus obras no siempre podré amarlas. Si son malas, no proceden de Dios, es decir, de su divina naturaleza.

Amar siempre a los hermanos ya todos, sin diferencias, será la manera de no caer en la tentación de convertir el segundo mandamiento en el primero. Porque no será lo accidental lo que motivará el amor, y eso sería mirar lo humano como causa de amor o de odio, sino lo sustancial divino, la naturaleza divina que está en cada hermano prescindiendo de sus apariencias, sean atractivas o repulsivas a lo sensible. *«El que ama las almas en tales cuerpos (leprosos) seguro que no ama más que las almas»*, se dijo del Padre Damián.

Sacrificarse por los hermanos hasta dar la vida por ellos; no esperar a que llegue el momento en que se me pida sustituir por mi muerte la muerte del hermano como se le pidió a san M. Kolbe y que quizás a mí no se me pida nunca. Dar la vida a gotitas. Ir matando el egoísmo que es necesario matar para darse. Para olvidar. Para no conservar el resquemor. Para no echar en cara el servicio no agradecido. Para darse a pesar de no ser comprendido. Para dar todo sin esperar nada a cambio. Para no poner cara larga por una frase que hirió la susceptibilidad del orgullo, del engrandecimiento, de la vanidad, de la falta de humildad.

Para aguantar sin impacencias, para enseñar y corregir y aceptar la corrección, caiga bien o caiga mal:

¡Qué campo de batalla! ¡Qué vasto cementerio donde matar para enterrar el amor propio!

Pero decíamos que hemos de distinguir entre los hermanos y sus obras. He de amar el peral pero no debo comer las peras podridas. Las obras buenas nacen de la naturaleza divina, las malas de la humana inclinada al pecado. No deberé amar nunca el mal que hagan mis hermanos. Tengo el deber de evitar cuanto pueda las obras malas de mis hermanos, corregir, aconsejar, dar buen ejemplo, orar mucho, sacrificarme para que todas las obras de los hermanos lleven la luz de Dios y testimonien su participación en la divina naturaleza para que viendo todos sus frutos buenos se den cuenta, de que Dios está en ellos, ya que, conociendo el árbol por sus frutos, no pueden salir de árbol malo, si son buenos, sino de la luz.

20. El amor en la psicología y en la Teología

Una entrega no estará nunca motivada por leyes, sino por amor.

Así hemos comprobado el fracaso de la formación que se ha dado a base de órdenes y mandatos, de prohibiciones y distinguos; los así educados han caído en la vulgaridad.

Es necesario cuidar mucho de que nuestra teología y psicología no siga los derroteros de la ley mosaica que fue perfeccionada por Jesús en el Evangelio. Una espiritualidad basada limpia y genuinamente en el Evangelio será mucho más cautivadora y eficaz. y es porque el Evangelio se resume en el amor, «*la plenitud de la ley es el amor*» (Rm 13, 10); por eso remontando la corriente y poniendo en la base el amor, el ser humano respira hondo, da su mejor sonido y está dispuesto a los más altos saltos, a las entregas más sacrificadas.

Éste es el caso de Teresa del Niño Jesús. Ella amó, amó hasta morir de amor. Comprendió lo que desea Dios ser amado y se dio totalmente.

No habría podido hacerlo esto un mandato. Lo hizo el amor.

«*Soy de un carácter tal, que el temor me echa para atrás, mientras el amor no sólo me hace correr, sino volar*» (Ib. Cap. VIII, 15, pág. 225).

«Amándole, no temiéndole, ninguna alma llegaría a ofenderle» (Ib. Cap. VII, 22, pág. 234). «El amor es lo único que me atrae» (Ib. Cap. VIII, 20, pág. 231). «Es el amor el único bien que deseo» (Ib. Cap. XI, 2, pág. 245).

Por amor la madre se inmola día y noche.

Por amor el hombre deja a su padre ya su madre.

Por amor el joven modifica su carácter a voluntad de su amada.

Dile a un niño que estudie. No lo hace.

Proponle una motivación de amor, que, desgraciadamente suele ser de amor propio, y ese niño, que no se movió por la orden, se mueve y estudia para conseguir el premio que le han propuesto conquistar; le mueve el amor del premio, del honor y del valor de lo que piensa ganar.

Y estamos en el terreno de sicología humana desnudamente.

Si a toda esa fuerza de amor, le añadimos la potenciación, que es el amor divino, todo se ilumina con una luz nueva de poder y de altura incomparable. Es que el ser humano ha entrado a participar en la fuerza de Dios; es la misma acción de Dios la que el hombre posee. Se mueve desde Dios, en Dios, por Dios, con los motivos de Dios, con sus propias fuerzas y ahora sí que es realidad la expresión de Pablo: «*Ya no soy yo es Cristo en mí el que vive*» (Ga 2, 20).

Ese ser humano ahora ya es capaz de todo lo que antes le acobardaba. Comprendemos ahora lo que les sucedió a los Apóstoles después de Pentecostés: gozosos salían de las palizas; valientes predicaban el nombre de Jesús: «*era necesario obedecer a Dios antes que a los hombres*» (Hch 4, 19). Y eran los mismos que antes se habían dado a la fuga y habían negado al Maestro, ¿quién había intervenido para que se diera tal cambio? No era otro que el Espíritu que es Amor. No era otro que el Espíritu que derramó en sus corazones la caridad, obra suya, por la que el hombre vive en Dios (2 Co 3,14; 1 P 4,6).

¡Misterio del Amor de Dios! Misterio de su participación de su vida en nosotros... Si lo comprendiéramos mejor, si lo reflexionásemos más, estimaríamos mucho más el crecimiento en el amor que la salud, y el dinero y el amor humano. -

No hay nada que se pueda comparar con este don sublime de la misma vida de Dios que nos diviniza y nos hace poderosos en Dios y nos sumerge en el misterio de la Redención y nos da eficacia en el orden santificador.

Se equivocaron tanto quienes creen que a la Iglesia se la sirve con actos humanos...

Son los actos divinos los que cuentan y éstos no se realizan sino en Dios, desde Dios, en su Corazón. En el Amor.

21. Santa Teresa del Niño Jesús, Maestra del Amor

Ella ha vivido con genial intuición, de la que no estaba ausente la gracia, la espiritualidad del Evangelio, cuyo resumen es amor, como hemos dicho, pero además ha captado la fuerza galvanizante del amor, aun del humano, lo que pasa es que ella vio con una claridad impropia de sus años, aparte de que no había experimentado

desengaños que la amaestrasen, que las criaturas humanas la dejaban con hambre. Escuchemos sus palabras:

«Necesito un corazón ardiente de ternura, que sea mi apoyo para siempre; que ame todo en mí, hasta mi debilidad, que no me abandone ni de día ni de noche. No he podido encontrar criatura alguna que me amara siempre sin morir; necesito un Dios que tome mi naturaleza, que se haga mi hermano y pueda sufrir».(Al Sagrado Corazón de Jesús. Poesías. Editions du Cerf, 1979. Traducción del Autor.)

«Cuando en mi joven corazón se encendió esta llama que se llama amor...
viniste tú a reclamarla.

Y tú solo, oh Jesús, pudiste contentar mi alma. Porque tenía necesidad de amar hasta el infinito» («Para una novicia», Sor María de la Trinidad, mayo 1897. Ibid.)

Ella supo encontrar un Corazón capaz de saciar su hambre. y quiso enseñar ese camino a las almas para que no se dejen deslumbrar por espejismos. Aprendamos sus lecciones y dejémonos influenciar por su acción apostólica aún actual.

Imposible escribir o hablar de Teresa del Niño Jesús, pensar o rezarle sin verla totalmente penetrada de amor. Su vida, su virtud, todo en ella parece la obra del Amor.

El amor de Dios ha sido la fuente de energía que fecundó toda su vida espiritual; este amor se ha explayado en la práctica de todas las virtudes y ha encontrado su perfeccionamiento en el espíritu de infancia y ha engendrado en su alma ubérrimos frutos.

En el alma de Teresa hay una disposición que es la primordial y que siempre permanecerá como fundamental: el amor.

Pero este amor presenta dos caracteres complementarios: el Dios que Teresa ama no es un dios abstracto, el dios de los filósofos y de los sabios; es el Dios hecho hombre, el Verbo encarnado. Es un amor vitalista el suyo.

El segundo carácter de este amor: no es en Teresa un sentimiento más entre otros muchos, una emoción, una delicadeza del corazón que puede compaginar con todas las debilidades, con todos los caprichos de la infancia. «Desde la edad de tres años no he negado nada a Dios». La historia de su alma no es, en el fondo, otra cosa que el cumplimiento y la manifestación de lo que Dios puede hacer cuando nada entorpece su libertad soberana.

Se ha despertado a sus catorce años y medio una pasión: la de la ciencia. ¿Será una intelectual? la teología, la filosofía, las ciencias naturales la cautivaban. Pero la más grande santa de todos los tiempos se dedicó a la ciencia del Amor.

Por ese amor teologal llamará a Dios mi Padre y será siempre su hija. Pero esta filiación divina tomada en el sentido más estricto de la palabra.

Ella tuvo un concepto de *santidad* genuino y perfecto y fue consciente de que tenía que enseñarlo. Escribe a Paulina: «La santidad no consiste en ésta o la otra práctica, sino en una disposición del corazón que nos hace humildes y pequeños entre

los brazos de Dios, conscientes de nuestra flaqueza y confiados hasta la audacia en su bondad de Padre».

El amor para ella será el ascensor. O la madre que ve a su pequeñín haciendo inútiles esfuerzos por subir la escalera y baja y coge a su niño y lo sube en brazos.

O el águila que remonta al pajarillo que agita impotente sus alas.

El Amor es querer todo el bien para el Amado. Quitar todo el mal al Amado. Hacer feliz al Amado. Evita disgustos al Amado.

San Juan de la Cruz dice que *«amar es trabajar en despojarse y desnudarse por Dios de todo lo que no es Dios»* («Subida», libro 2, 5,7).

Aquí él se fija más que en el *ser* en el *hacer* del Amor. Eso lo hizo Teresa que no negó nada a Dios desde los tres años. Así realizó Dios en ella todo lo que quiso. y la hizo la más grande santa. Recordemos algunas páginas de su vida. «Con frecuencia le llevaban rosas, que ella deshojaba sobre su crucifijo, acariciándole con cada pétalo» («Manuscritos autobiográficos», Archivo Silveriano, Apéndice II, 34).

«Un día que la vi tocando dulcemente la corona de espinas y los clavos de su Jesús con la punta de los dedos le dije: " ¿Qué hacéis ". Entonces, con un suave gesto de admiración ante mi sorpresa, me confesó: " Estoy desclavándole y quitándole la corona de espinas» («Obras completas», Archivo Silveriano, pág. 1.242).

«Un domingo, contemplando una fotografía de Nuestro Señor en la Cruz, quedé profundamente impresionada al ver la sangre que caía de una de sus manos divinas. Experimenté una pena inmensa al pensar que aquella sangre caía al suelo sin que nadie se cuidara de recogerla; y resolví mantenerme constantemente en espíritu al pie de la cruz para recibir el divino rocío que goteaba, comprendiendo que luego me sería necesario derramarlo sobre las almas.

»El grito de Jesús en la cruz: " ¡Tengo sed! ", resonaba continuamente en mi corazón. Aquellas palabras encendían en mí un ardor muy vivo y desconocido. Deseaba dar a beber a mi Amado. Yo misma me sentía devorada por la sed de almas. No eran todavía las almas de los sacerdotes las que me atraían, sino la de los grandes pecadores. Me abrasaba el deseo de librarlas del fuego eterno.

"Oí hablar de un gran criminal que acababa de ser condenado a muerte en castigo de sus horribles crímenes. Todo hacía creer que moriría impenitente. Me propuse impedir a toda costa que cayera en el infierno. Para conseguirlo empleé todos los medios imaginables...

»...Le dije a Dios que estaba segurísima de que perdonaría al pobre desgraciado Prancini, y que así lo creería aunque no se confesase ni diese muestra alguna de arrepentimiento, ¡tanta era mi confianza en la misericordia infinita de Jesús! Pero, que para animarme a seguir orando por los pecadores, y únicamente para mi consuelo, le pedía sólo, "una señal" de arrepentimiento. Mi oración fue escuchada al pie de la letra.

»...Al día siguiente de su ejecución, cayó en mis manos el periódico *La Croix*. Lo abrí apresuradamente, y... ¿qué fue lo que vi?.. ¡Ah! Las lágrimas traicionaron mi emoción, y hube de esconderme. Pranzini no se había confesado. Había subido al cadalso, y estaba ya a punto de meter su cabeza en el lúgubre agujero, cuando de repente, herido por una súbita inspiración, se volvió, cogió el crucifijo que le presentaba el sacerdote, y besó tres veces las sagradas llagas...

»...Había, pues, obtenido "la señal" pedida» («Manuscritos autobiográficos», Archivo Silveriano, V, 3-4- 5, Hurgos 1963.).

«En el rezo de Sexta hay un versículo que pronuncio siempre con repugnancia. Es éste: *Inclinavi cor meum ad faciem tuam in aeternum propter retributionem.*

»Me apresuro a decir interiormente: " *¡Oh, Jesús mío, bien sabéis que no os sirvo por la recompensa, sino únicamente porque os amo y por salvar almas!* "» («Obras completas», Archivo Silveriano, Hurgos 1969, página 1.353).

«*Yo presentía ya lo que Dios reserva a los que le aman... y viendo estas recompensas eternas desproporcionadas con los sacrificios de esta vida quería amarle con pasión, darle mil muestras de ternura en tanto que aún podía hacerlo.*

» *Yo soy sólo una niña impotente y débil; sin embargo mi debilidad misma me da la audacia de ofrecirme por víctima de vuestro amor. Antiguamente sólo las hostias puras y sin tacha eran aceptadas por el Dios fuerte y poderoso; para satisfacer a la Divina Justicia eran necesarias víctimas perfectas. Pero a la ley del temor ha sucedido la del Amor y el amor me ha escogido por holocausto, a mí, débil e imperfecta criatura. ¿Esta elección no es acaso digna del amor?»* (Manuscritos autobiográficos», Archivo Silveriano, XI, 15, Hurgos 1963).

Yo creo que si todas las almas recibieran tales favores (los que ella ha recibido), Dios no sería temido por nadie.

22. Santa Teresa del Niño Jesús y su caminito

Se llama *caminito*: porque deja a un lado los caminos extraordinarios, con él se muestra el estado de niñez ante Dios y es corto en cuanto renuncia a distancias mensurables.

De ninguna manera es caminito por serlo de los imperfectos.

La misión de santa Teresa del Niño Jesús será enseñar su caminito: «Presiento que voy a entrar en el descanso, pero sobre todo presiento que mi misión va a comenzar: la misión de hacer amar a Dios como yo le amo, de entregar mi caminito a las almas» (Ibid. Apéndice II, 32).

El caminito de Teresa es el primer mandamiento cumplido con toda verdad. Tras la anestesia puedes cortar lo que quieras. El amor de Dios adormece los apetitos. Ella nos cuenta que cuando ve a su Dios mendigo de amor no lo puede resistir. El crucifijo del patio le mendiga sacrificios (Ibid. Apéndice II, 12).

Pero su amor es tan delicado que quiere ser «*imitación de la humilde violeta, que derrama su aroma sin que las criaturas sepan de dónde viene el perfume*» («Obras completas», Archivo Silveriano, Hurgos 1969, página 1.247).

Para no afligirle no llorará delante de Dios. «¿Llorar delante de Dios? No, para no entristecerlo» (Ibid. pág. 1.344).

Por lo mismo sonreirá durante las disciplinas (Ibid. pág. 1.216).

Quiere coger a Jesús por el Corazón. Si un niño se echa al cuello de su madre... todo lo consigue.

Y esto vale para todos, aunque fuera una gran pecadora como Magdalena o el buen ladrón.

23. Santa Teresa del Niño Jesús y las necesidades de nuestro tiempo

Quiso el Papa Pablo VI, en carta dirigida al obispo de Bayeux con motivo del Centenario del nacimiento de santa Teresa, que el mensaje de la Santa de Lisieux, fuera expuesto de acuerdo con las necesidades espirituales de nuestro tiempo. «*Formulando estos votos con un corazón ardiente, os alentamos, pues, querido hermano en el Episcopado, a emplear todos los medios para que el mensaje de la Santa de Lisieux sea expuesto nuevamente, meditado, profundizado, de acuerdo con las necesidades de nuestro tiempo*» («Ecclesia», 20 enero 1973, pág. 11).

Las necesidades de nuestro tiempo... unos se secularizan, porque no encuentran aún bastante clara la identidad del sacerdocio. ..Otros apenas si tienen tiempo para las pequeñas tareas sin brillo, pensando que son ellos los que forjan la historia de la Iglesia... Otros, en busca de novedades, resucitan errores ya viejos en la vida multiseular de la Iglesia... Las necesidades de nuestro tiempo... Lo que está necesitando la Iglesia de hoy es el programa que Teresa del Niño Jesús nos propone: su caminito de infancia espiritual. A lo que menos nos resignamos es a ser niños. Ya somos muy mayores. Y se proclamará con voz ahuecada que los seculares han llegado a su mayoría de edad. Con tanto como hoy se sabe... Con las cumbres tan altas que ha alcanzado a estas horas la inteligencia del hombre... hacernos niños... Y sin embargo Jesús nos dice: «*Si no os hicieréis como niños no entraréis en el Reino de los Cielos*» (Mt 18, 3)... Pero hacernos niños supone dar un golpe mortal a la soberbia en que se está destruyendo la vida humana. Dar valor a las cosas pequeñas. Porque las cosas no son las que tienen valor sino el amor con que están vivificadas. Dios no necesita nuestras deslumbrantes obras, nuestras retóricas huecas... Dios lo que busca es nuestro amor. Y el amor puro puede vivificarlo todo: desde las recepciones de un Jefe de Estado hasta la acción tan trivial de pelar patatas en la cocina. He ahí las necesidades de nuestro tiempo. Ésta es la llaga que con dedo certero ha señalado el Papa «que el mensaje de santa Teresa sea *propuesto de acuerdo con las necesidades de nuestro tiempo*. Es el amor por lo pequeño, el cuidado de lo más opaco, la atención a las cosas más insignificantes, que son las que constituyen en mayor número la vida humana, lo que hay que hacer y además, hacerlo por amor de Dios.

La vida de Sor Teresa se desliza uniforme, casi monótona, por claustros, celdas y oficinas. Primero atiende a la ropería; barre la escalera y el dormitorio y sale por la tarde a arrancar hierbas en la huerta. Otra temporada se encarga del refectorio: prepara el pan, echa el agua, distribuye la cerveza entre las hermanas. Finalmente la nombran sacristana y dedica algunos ratos a la pintura y a la poesía. Nada extraordinario. Tiene que ser dispensada por débil y enferma de muchos actos regulares; no puede seguir las penitencias de la Orden; hasta necesita asistencia especial y continua. Y, sin embargo, corre rápidamente hacia la santidad. ¿Cómo? Haciendo actos extraordinariamente

pequeños pero vivificados por un amor purísimo. Tal es el secreto de su vida espiritual. Ese amor, que es, a la vez, confianza filial y desprendimiento de sí misma, es el ascensor divino, que la eleva, sin esfuerzo aparente, hasta los brazos de Dios. Éste es el caminito suyo, el de su infancia espiritual; programa de vida para las almas pequeñitas a los ojos de los hombres; nuevo sistema espiritual, en el que han desaparecido los métodos complicados; santidad ingenua, sin matemáticas y sin alardes. Es la pura doctrina evangélica, despojada de todo aquello con que la habían ido recubriendo los hombres.

Una noche al salir del coro para la celda se encuentra sor Teresa con que su linterna no está en el anaquel destinado para colocarlas. Alguna monja se la ha llevado confundida. ¿La reclamará? Es una hora larga la que habrá de pasar en la celda a oscuras. Y sin poder trabajar, hoy precisamente que tenía un buen programa de quehaceres para esa hora. Calla. Se va a oscuras a la celda, ya oscuras se pasa una hora, ofreciendo gustosa aquella privación que ocasiona la pobreza. ¿Veis por qué he dicho antes que el Papa ha señalado con dedo certero las necesidades de nuestro tiempo? Cualquier joven de hoy creerá que así no se realiza, que es hora de protestar y de contestar. La contestación tan en moda, no entra en el camino sencillo, pero arduo, de la infancia espiritual.

La oración de comunidad en el coro la hacen las monjas meditando en silencio. Una semioscuridad misteriosa ayuda al recogimiento del alma. Pero junto a Teresa hay una monja que hace ruido molesto y persistente agitando su rosario grande. Teresa, de oído finísimo, adelgazado aún más por su misma enfermedad, se siente fuertemente molesta. Cien veces ha sentido impulso de volver la cabeza para advertir a la causante, y otras cien veces se ha dominado. Piensa que, mejor que un místico recogimiento, es sufrir aquello por amor de Dios y del prójimo, y se sostiene, aunque la violencia que tiene que hacerse le hace sudar copiosamente. En vez de taparse los oídos, los aplica al ruido desagradable con el mismo interés que si se tratase de un concierto delicioso. y así hace su oración.

Otro día es en el lavadero. Frente a sor Teresa, que lava ropa, hay una monja que la salpica constantemente la cara con agua sucia de pañuelos. Siente un primer impulso de alejarse limpiándose la cara. Con eso advertirá la monjita su faena. Pero, no; aquellas gotas que son de agua sucia para el cuerpo, pueden convertirse en perlas para el alma. Y Teresa aguanta la rociada con rostro sereno, hasta gozoso en el espíritu, mientras el natural siente la repulsa de aquella aspersion desagradable.

«Algunos se resignan con pasividad; otros se encierran en su egoísmo o en el goce inmediato; otros se endurecen o se rebelan; otros finalmente, se desesperan. A unos ya otros Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz enseña a no contar consigo mismo, ya se trate de la virtud o de la limitación, sino con el amor misterioso de Cristo, el cual es mayor que nuestro corazón, y nos asocia a la ofrenda de su Pasión y al dinamismo de su vida. ¡Ojalá pueda ella enseñar a todos el "pequeño camino real" del espíritu de infancia, que es justamente todo lo contrario de la puerilidad, de la tristeza! Cruelles pruebas de familia, escrúpulos, temores y otras dificultades, incluso parecía que iban a ser capaces de impedir su perfección; la enfermedad no perdonó su juventud; más aún, ella experimentó profundamente la noche de la fe. Y Dios le hizo encontrar en el suelo mismo de esa noche, el abandono y el valor, la paciencia y la alegría, en una palabra, la

verdadera libertad» (Ibid, Pablo VI). *Santa Teresa del Niño Jesús sembró amor y cosechó amor. Amor hace falta ya, ahora mismo.*

Cuando Pablo VI en la apertura de la cuarta y última sesión del Concilio dijo: «*éste ha sido un grande y triple acto de caridad hacia Dios, la Iglesia, la Humanidad*», (10 septiembre 1965) estaba dando la pauta de todo el supremo quehacer del hombre y nos compendia que la orientación básica de toda renovación posconciliar es el Amor, que por su propia naturaleza va dirigido hacia Dios y hacia los hermanos.

V La oración

I. La hora de la oración

«Ha llegado la hora de que se inicie una vigorosa reacción espiritual en la vida de la Iglesia, empezando por las instituciones y personas eclesíásticas. La pérdida del sentido de Dios en nuestra vida y de la dimensión exacta de nuestra relación con Jesucristo, Redentor y Salvador nuestro, está provocando una frustración de las mejores energías sacerdotales y una desorientación del pueblo cristiano y puede tener consecuencias funestas en un plazo breve si no se restauran los valores primarios de nuestra vida sobrenatural. Trabajaremos juntos pero debemos empezar nuestra misión rezando y encontrándonos en oración ante Dios. Al Obispo se le pide todo y le llaman todos; pero pocos son los que se ofrecen a él para hacer oración juntos y fortalecer su fe en la oración y en el arrepentimiento» (Don Marcelo González, cardenal primado). Estas palabras del Cardenal Primado ponen el dedo en la llaga de la Iglesia.

Hoy en la Iglesia no hay nada más primordial que orar. ¿Cómo no lo vemos? ¿Nos damos cuenta de la responsabilidad y honor que nos dispensa el Señor al iluminarnos para asegurarle a la Iglesia una lamparita que quiere orar y ayunar en un desierto nuevo, comienzo de una primavera luminosa, vivificante y fecunda?

No tenemos autoridad para decir a los Pastores que no abandonen el rebaño dejando la oración y que desencadenen en el mundo un huracán de Amor con una campaña en serio de oración, pero debemos hacer lo que podamos para orar y escribir y enseñar poco a poco y en pequeños grupos que Cristo nos quiere en la oración y que no reformaremos la Iglesia ni la vitalizaremos por otro camino. Originar una corriente de oración, he ahí el secreto.

¡Qué necesaria veo la oración! Pero ¿cómo va a ser de difícil hacerlo comprender en el desierto frío de vida materializada que a todos nos arrastra hoy y que ha perdido la sensibilidad para entender las palabras del Señor e invocar su nombre sobre su pueblo:

«El Señor habló a Moisés: Di a Aarón ya sus hijos: Ésta es la fórmula con que bendeciréis a los israelitas: *El Señor te bendiga y te proteja, ilumine su rostro sobre ti y te conceda su favor. El Señor se fije en ti y te conceda la paz*»... «*Y yo los bendeciré*» (Nm 6,22-27).

Hemos de invocar, como Aarón, la bendición del Señor. Sobre todos los hijos de la Iglesia, para que se transfiguren por la fe. Sobre todos los hombres, para que

conozcan a Dios. Sobre las tiernas virtudes para que maduren y se robustezcan. Sobre los defectos para que sean sanados y desaparezcan.

Sobre toda la familia para que crezca. Sobre nuestros bienhechores para que el Señor los haga más liberales y les dé el ciento por uno.

Sobre la salud de los enfermos y la eficacia del trabajo.

Sobre la perseverancia en el surco día a día y golpe a golpe.

La hemos de invocar sobre los elegidos y enviados por el Señor para ser instrumentos suyos en el desarrollo de la Iglesia y en su prosperidad y extensión.

Que les dé esa fortaleza para no desanimarse nunca, para seguir en la brecha siempre. Ese corazón grande para querernos a todos mucho, y buscar nuestra santidad por todos los medios.

La bendición del Señor esté con todos nosotros. Que se fije en todos nosotros y nos haga muy suyos. Que nos conceda su paz distinta de la del mundo. Paz en el alma, transformada en Dios. Paz en las comunidades que viven la vida de Dios. Paz. Bendición. Luz divina, prosperidad. La bendición del Señor en este mundo en que se recibe poca ayuda para llevar un silencio interior. y esto es grave porque sin silencio la vida interior es imposible.

Santo Tomás daba estos consejos para ser un buen intelectual: *«Deseo que seas lento en el hablar y lento en acudir a la sala de visitas. No te inquietes en manera alguna por las acciones de los demás. Muéstrate amable con todos pero con nadie seas demasiado familiar porque demasiada familiaridad origina desprecio y da pábulo a muchas distracciones. No te preocupes de palabras y acciones mundanas. Evita, sobre todo, los inútiles correteos. Estima tu celda si deseas ser introducido en la bodega del vino»* (bis Sertillanges, «La vida intelectual», pág. 39)

Para ser un buen cristiano también hace falta un relativo silencio exterior y mucho silencio interior. Si éstos fallan el cristiano es superficial, inevitablemente superficial.

Cuando todo por la calle nos grita y nos quita el equilibrio y nos turba el sentimiento, que podamos al menos encontrar en el templo clima propicio para la vida interior.

Distinguimos la piedad interior y la exterior. Pero las relacionamos como la causa y el efecto.

Si externamente brilla la piedad exterior por lo menos no se hace daño con el ejemplo y ésta es un primer paso para llevar los hombres a Dios.

El medio más importante para obtener la piedad exterior es la irreprochable compostura, el religioso silencio, en el templo y sus dependencias. El ejemplo debe partir, en primer lugar, de los que tienen más deber de ser piadosos por consagrados.

No nos ahorremos sacrificio hasta conseguir el silencio en el templo y evitar en sus dependencias todo lo que huela a salón o indique comercialidad y veremos unos resultados de piedad auténtica en el pueblo de Dios que necesita la oración como el aire que respira.

Bernanos en su novela *El cura rural*, pone en labios del cura de Torcy estas palabras dirigidas al protagonista de la novela, un sacerdote joven que sufre extremadamente: «*Muchacho, oras poco para lo que sufres. Hay que alimentarse en proporción a las fatigas y la plegaria tiene que estar también en proporción con nuestros dolores*» (Bernanos, Luis de Caralt, Barcelona, pág. 192).

Sí, realmente necesitamos mayor entrega a la oración cuando son mayores los sufrimientos, o cuando el trabajo también es extraordinario, o las tentaciones se acentúan.

Pero es entonces cuando, por una parte el estado síquico y por otro también el enemigo, que si es enemigo del alma es enemiguísimo de la oración, pues si logra que el alma la deje él se va de vacaciones, trabajan para que se deje de orar.

Y esto es semejante a lo que sucedería si cuando tenemos mucho trabajo, y porque lo tenemos, dejáramos de comer; o cuando sufriéramos desgaste extraordinario dejáramos de nutrirnos.

Dejar la oración cuando tenemos poco tiempo, equivaldría a no comer por exceso de trabajo. El cuerpo y el alma se han de resentir, necesariamente, e incluso hasta la muerte.

Chautard en *El alma de todo apostolado* dice del sacerdote que, abrumado por la actividad y deslumbrado por los éxitos, deja la oración y el *sacrilegio no se deja esperar*. Es muy fuerte la afirmación pero muy real.

Ha de ser la primera actividad del día la oración. Ora como puedas, si no puedes llegar a la oración que tú hayas visto más perfecta. Porque interesa comer, sea lo que sea. Si no se puede comer paella, comer aunque sea arroz con acelgas, la cuestión es nutrirse de vida de Dios, tener contacto con Dios.

2. El quehacer de la oración es el primero, pero el más olvidado

En una casa bávara estaba escrita esta sentencia: «Afilarse la guadaña no retrasa la siega, la oración no retrasa el trabajo».

Esta frase impresionante debería estar grabada a fuego, pues en la religión apenas existe algo más importante que la oración. Ella puede sustituir en parte, hasta con plena validez, a todos los sacramentos necesarios para la salvación. En cambio a la oración no se le puede reemplazar con nada. Por eso la enseñanza de la oración es una de las tareas más importantes de la educación religiosa y, con todo, nada ha sido probablemente tan descuidado como esta enseñanza de la oración. Generalmente nosotros los católicos conocemos tan sólo la oración vocal y, aun ésta, sólo en textos y fórmulas prefabricadas. Pero hemos oído hablar muy poco o nada de la oración mental. Nuestros cristianos podrían decir como los de Éfeso al ser preguntados por san Pablo: «*¿Habéis*

*recibido el Espíritu Santo? Ni hemos oído hablar del Espíritu Santo» (Hb 19, 1 ss.).
¿Cómo podrían haberlo recibido si ni siquiera tenían noticia de Él.*

Con igual extrañeza y dolor podrían hablar nuestros cristianos: «De la oración mental jamás si hemos oído hablar una palabra, ¿cómo podemos, por tanto, practicarla?» (R. Graf. «El poder de la oración», Dinor, San Sebastián, página 73)

¿Nos extrañaremos después de que nuestras asociaciones lleven una vida lánguida? ¿Dejará de ser lógico que nuestros cristianos sean hombres fríos y de poco empuje apostólico, que trabajen cuando hay recompensa, pero que escapen a la hora del sacrificio y de la prueba?

No lo olvidemos. Si la guadaña no está afilada se trabaja más en la siega y con menos rendimiento.

¡Lo que sería una comunidad que afilara todos los días su alma en el contacto luminoso y vivificante con el Ser Todopoderoso!

Y así las cosas, ¿no seremos reos de lesas realidades por haber enterrado el talento?

En la oración Dios nos comunica su luz y su fuerza, sus consuelos y los dones del Espíritu Santo; en una palabra, en la oración Dios nos comunica su entraña y su vida y por consiguiente nos impele a pisotear la terrena, y no digamos el desorden de esta pobre vida, de este viejo Adán que es nuestro cuerpo y alma privados de su gracia.

Pero todos estos tesoros no deben quedar enterrados. Cuando Dios actúa es porque nos quiere colaboradores de su Redención y quiere que obremos en consecuencia en la práctica de las virtudes.

Salir de la oración será salir siempre más humildes y con más energías para la lucha y con más amor fraterno y con más deseos de perdonar y de trabajar y de estudiar y de orar y de obedecer, cuanto más contradíga a nuestro natural más.

El que hace oración se va purificando, va adquiriendo las costumbres de Dios de cuya vida trinitaria participa.

Con esto ya tendremos una piedra de toque para averiguar si nuestra oración es auténtica o falsa: las obras que de ella nazcan lo pondrán en evidencia.

«Porque si el alma está mucho con Él, como es razón, poco se debe acordar de sí; toda la memoria se le va en cómo más contentarle, y en qué, o por dónde mostrará el amor que le tiene. Para esto es la oración, hijas mías; de esto sirve este matrimonio espiritual; de que nazcan siempre obras, obras» (Santa Teresa, «Séptimas moradas», 4, 6. 46).

3. La oración de recogimiento en Santa Teresa

Santa Teresa nos dice que la oración es trato de amistad. *«El Señor lo enseñe a las que no lo sabéis, que de mí os confieso que nunca supe qué cosa era rezar con satisfacción, hasta que el Señor me enseñó este modo»* ([«Camino»](#), E, 50, 3).

Interesa que nos diga la misma santa Teresa en qué consiste este modo que a ella llenó de satisfacción y que el Señor le enseñó y que de él sacó tantos provechos.

Lo primero que constatamos es que se trata de oración de recogimiento pues dice ella que esto es *«costumbre de recogimiento dentro de mí»*.

Digamos en seguida que este recogimiento no es el recogimiento pasivo, todo él sobrenatural y causado por una acción de Dios más intensa. Más bien es un recogimiento por obra y esfuerzo del orante, asistido siempre por la acción general de Dios, sin la cual nada bueno podemos hacer.

«Entended que esto no es cosa sobrenatural, sino que está en nuestro querer y que podemos nosotros hacerlo, con el favor de Dios, que sin éste no se puede nada, ni podemos nosotros tener un buen pensamiento. Porque esto no es silencio de las potencias, es encerramiento de ellas en sí misma el alma» ([Ibid. E, 49, 3](#))

Tanto del estudio atento del Camino de Perfección, como del capítulo de las Segundas Moradas se deduce que esta oración de recogimiento tiene tres tiempos:

1º. Recoger los sentidos exteriores: *«un retirarse los sentidos de estas cosas exteriores y darles de tal manera de mano que, sin entenderse, se le cierran los ojos por no verlas, y porque más se despierte la vista a los del alma. Así, quien va por este camino, casi siempre que reza tiene cerrados los ojos...»* ([Ibid. V, 28, 6](#)).

2º. Una vez se ha cerrado la comunicación con el mundo exterior ¿no puede caer el alma en una especie de nirvana u ociosidad? Para prevenir este peligro santa Teresa quiere que el entendimiento y voluntad actúen, pero no en cosas de este mundo, lo cual sería la distracción, el pensar en el trabajo, o en el estrujarse para solucionar los problemas de la vida, cayendo siempre en un egoísmo o narcisismo... sino en Dios ([Ibid. E, 50. 1](#)).

San Agustín buscaba a Dios ansiosamente fuera de sí y... no lo encontraba. Lo encontró dentro de sí.

3º. Los dos preámbulos anteriores de recoger sentidos y potencias deben llegar a esta meta: Dios dentro del alma. Y, mejor, Jesús, que está con el Padre y con el Espíritu Santo. *«Si alguno me ama vendremos a él y haremos nuestra morada en él»* (Jn 14, 23).

Es preciso leer y estudiar detenidamente todo el capítulo 28 del Camino de Perfección y el capítulo de las Segundas Moradas para aprender y saborear y poner en práctica esta divina comunicación con Jesús, Padre, Hermano, Señor, Esposo, alegre, triste, abatido, lleno de dolores, y mirarle, mirarle *«que Él os mirará con unos ojos tan hermosos y piadosos, llenos de lágrimas, y olvidará sus dolores por consolar los vuestros... sólo porque os vayáis vos con Él a consolar y volváis la cabeza a mirarle»* (bis, [Ibid. E. 50. 1](#))

4. Los bienes de la oración

¡Qué de bienes se derivan de este trato de amistad con el Verbo Encarnado!

¡Oh si lo supiéramos qué 'avaros del tiempo de la oración nos haríamos y cómo no la dejaríamos por nada, por nada del mundo y enseñaríamos a todos estos tesoros ya saberlos y quererlos allegar!

Mirad que os mira, acompañadle y habladle, y pedidle y humillaos y regalaos con Él... que Él os enriquecerá, bendecirá vuestros deseos.

Sin embargo da pena ver a la gente. En grandes aglomeraciones, en medios de locomoción apretujados, me pregunto ¿cuántos de éstos oran? Pero ¿les hemos enseñado a orar? Da ganas de salir gritando, como quería santa Teresa: *¡Hombres ¿en qué pensáis?, hombres ¿por qué cosa os afanáis?! ¿No os dais cuenta de que estáis vacíos? ¿de que corréis hacia el vacío? ¿de que os habéis desmedulado? ¡No! ¡No! Lo más importante no es el fútbol y la política y lo económico... Lo más importante es lo único necesario: ¡Dios! Ya Dios le tocamos en la oración.*

5. Jesús ora

Un sinnúmero de veces nos exhortó Jesús a orar y otras tantas Él oró y habló con su Padre. Y notemos que Él goza de la visión beatífica, ya pesar de estar siempre en diálogo idílico con el Padre y el Espíritu, siente la necesidad de subir... lejos del ruido a estar con el Padre de una manera especial. Y, junto con su necesidad psicológica, la intención de enseñarnos a retirarnos a orar.

Hay que predicar incansablemente el gran poder transformador de la oración. Pero hay que haber experimentado en sí mismo la enorme fuerza de la oración para que, valorándola, la enseñemos a valorar, amándola la enseñemos a amar y, practicándola, la intentemos hacer necesaria en la vida de los hombres.

En la oración se ven las cosas de la tierra de distinta manera. Y se adquiere un conocimiento también más profundo y claro de las del cielo. En la oración Cristo nos habla de la necesidad de la cruz y de la muerte.

Jesús en la oración nos hablará, seguro, de nuestra muerte constante en aras de la santidad, en aras del amor. Es el quotidie morior de san Pablo (1 Co 15,31). Nos hablará y le hablaremos derramando ante Él nuestro corazón, de la cruz de nuestro estado, de nuestra vida, de nuestra falta de salud, de la aceptación de las incomprendiones, de la cruz del trabajo monótono y oscuro, desagradecido y mal pagado. Nos dirá que es necesario subir al monte. y que subir exige energía y causa desgaste y produce cansancio. Todo eso. ..Todo eso y mucho más nos dirá Jesús a quien hemos de escuchar I porque el Padre, el mismo que en la cumbre del Sinaí se apareció a Moisés y le habló también de lo necesario para la salvación, el mismo que se apareció a Elías en el Horeb, nos dice ahora que Jesús nos enseñará, que a su Hijo el escogido es a quien hemos de escuchar (Mt 17,5; Mc 9, 7; Lc 9,35).

¡Cuánto nos enseñará! Pero diametralmente opuesto a lo que nos enseña la carne. Nos enseñará lo mucho que necesitamos estos contactos con Dios, cómo hemos de sacrificar lo que sea para no quedarnos sin ellos. ¡Cómo es necesario seguir caminando hacia Jerusalén por el camino que Él nos vaya trazando, plegándose dócilmente -a los designios de su voluntad! Nos enseñará la trascendencia del hombre.

Hemos de entrar en la nube. Y la nube es la oscuridad, el no ver nada, el fiarse sólo del testimonio de la fe. Vivir, como el justo, de la fe (Ha 2, 4; Ga 3, 11; Hb 10, 38; Rm 1, 17). ¡Con qué gusto se hubiera quedado Pedro en la montaña contemplando la Gloria de Dios! Pero eso no es de este mundo. La Transfiguración, como la teofanía a Elías ya Moisés, es sólo un episodio en la vida cristiana. Después hay que bajar del monte y encontramos en la lucha, cotidiana y el cansancio y el tedio, y las tentaciones y las caídas y la experiencia de nuestra debilidad con el apoyo único de la fe: *«Éste es mi Hijo, el escogido, escuchadle»* (Lc 9, 35). *Esto es lo que nos queda, y no es poco: La Palabra que Dios nos dice por Cristo. Adherirse a esta Palabra es lo que constituye la fe, «como a una lámpara que brilla en un lugar oscuro»* (2 P 1,19).

La fe no tiene más entrada que el oído. No se ve nada de lo que se promete. Sólo se hace la promesa. Dios empeña su palabra y el hombre ha de prestar el asentimiento de su voluntad.

Pero Jesús subía al monte. Monte alto y que exigía esfuerzo su escalada. Subía venciendo las dificultades, subía con fatiga. ¿A qué subía? Bien claro nos lo dice el Evangelio: *«Jesús se llevó a Pedro, a Juan ya Santiago a lo alto de una montaña para orar»* (Lc 9,28).

Con el ejemplo nos enseña que hemos de orar venciendo las dificultades. Practicar la oración tiene una exigencia, una fatiga, de subir por sendero estrecho y recto -que hace más difícil la escalada. y hay que subir así: -con esfuerzo y en sentido recto sin dar rodeos por el monte que no pueden llevarnos a la cumbre sino desviarnos o retrasar nuestra subida.

Y la oración en el monte obtuvo un premio: *« y mientras oraba el aspecto de su rostro cambió, sus vestidos brillaban de blanco»* (Lc 9, 29).

En Jesús se hizo el cambio de la transfiguración mientras oraba.

En los cristianos también se realizará ese cambio en la oración. Si hay oración hay transfiguración. Si no hay oración no habrá tampoco transfiguración.

Pasan los años y los mismos pecados, los mismos defectos. No se hace oración. O se hace mal.

La transfiguración de nuestra condición humilde según el modelo de su condición gloriosa de que nos habla san Pablo en su carta a los Filipenses 3, 21 está vinculada a que *«andemos, no como enemigos de la Cruz de Cristo, como muchos hay que así caminan, cuyo paradero es la perdición, porque su dios es el vientre y su gloria sus vergüenzas y porque sólo aspiran a cosa terrena, Sino como ciudadanos del cielo»* (Flp 3, 20-21).

Pero ¿se puede tener fuerza para rechazar lo terreno y para luchar contra los apetitos desordenados sin la energía de la oración?

Los que visitan Tierra Santa suben al Monte Tabor en unos coches de motor potente. No podría remontar la altura empinada de la montaña un motor pequeño y débil. Se quedaría en el camino.

Para subir a Jerusalén, al monte con Jesús, a la cruz con Él, hemos de subir empujados por el potente caballaje de la oración. Sólo con ella viviremos como verdaderos ciudadanos del cielo. Sólo Con ella tendremos fuerzas para subir la áspera cuesta de la vida cristiana.

Si falla en nuestra vida la caridad, la mortificación, abnegación, el amor a la cruz, la humildad, la obediencia... no lo dudéis, que es que subimos a pie el monte. No hemos tomado el coche poderoso, el gran «Mercedes» de la oración que nos sube sin dificultades.

Cuando no hay oración todo Son dificultades. Cuando hay oración intensa las dificultades desaparecen. Nos remonta poderosa el águila caudal.

A los discípulos elegidos para subir a presenciar la transfiguración les era necesario aquel pregusto de gloria para que superaran la gran tragedia y el terrible escándalo de la cruz.

No nos extrañe que aquellos cristianos que no han previsto la gloria por la fe, sucumban en el momento de la tentación y zozobren en el tiempo de la prueba.

Dediquémonos con ahínco a que nuestros hombres suban a orar.

Subir a orar ya nos indica esfuerzo. *El Reino de los Cielos padece violencia y sólo los que se violentan lo consiguen* (Mt 11, 12).

Si yo realizo el trabajo de orar se derribarán todas las murallas como las de Jericó (Hb 11,30). Pero ¡ah! ese trabajo *«es con frecuencia el más duro de los trabajos, si en el trabajo incluimos las ideas de disciplina, de regularidad, esfuerzo, sacrificio. Me pregunto: ¿estamos dispuestos a hacerlo? Yo me esforzaré por ello. La oración puede ser el más duro de todos los trabajos... pero ciertamente es el más importante entre todos los que podemos realizar»*.

Lo ha dicho... Von Braun, una de las firmas más célebres de la ciencia mundial.

Hay que ser constante en la ascensión.

Con la vista puesta en la Transfiguración que es la meta de todo hombre (de esos del fútbol, y de los transportes urbanos, que no se dan cuenta de que están vacíos, pero que padecen el mal del vacío en su angustia vital también).

6. La hora de la contemplación

San Juan de la Cruz siente una divina urgencia por llevar al alma a la contemplación que es conducirla al trabajo amoroso de Dios santificador.

-Mientras el hombre razona o usa la imaginación no está en contacto directo con Dios, porque su inteligencia y voluntad están movidas por motivaciones naturales.

Cuando el alma trasciende esas actividades de las potencias naturales es cuando empieza a actuar la fe y con ella la acción de Dios ya es directa.

Se realiza entonces la comunicación de sustancia a sustancia.

En la meditación el alma daba mordiscos al coco en su corteza. Se cansaba y no saboreaba. Y no se nutria. Quedaba agotada y exhausta.

Ahora en la contemplación ya logró romper, por gracia de Dios, la dura corteza de la fruta, puede paladear su rica pulpa, beber el líquido sabroso que, a la vez que la refrigera, la nutre y la tonifica y la hace fuerte.

¡Dichoso momento en el cual el Espíritu de Dios obra tales maravillas en el alma que la van a ir transformando, si es constante ella, si sabe aprovechar esos momentos, hasta el punto de no parecer ella, sino Dios!

Y llegará a poder decir: «*Vivo yo pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí*» (Ga 2,20). En esa fuerza sorberá actividad.

En esa bebida se sentirá con energías para acometer la corrección de sus defectos.

En esos momentos el Espíritu sembrará las virtudes que, tras un poco de calor y de maduración, se irán haciendo fuertes y realizando la transformación, que humanamente no tiene explicación, ni se esperaba jamás.

Pero lo que a las fuerzas del hombre era imposible no lo es a las de Dios (Mt 19, 26).

Y es Dios quien ahora está obrando y realizando lo que ÉL deseó realizar desde siempre, pero el alma le detenía porque no empleaba rectamente su libertad, que Él respetaba.

Una vez que el alma se ha abierto a la gracia, cuando, con su ayuda, logró romper la dura y difícil corteza, ya está Dios derramando vida, infundiendo vida y haciendo labor de Dios, que a su tiempo se manifestará.

Y esa manifestación nos hará ver la diferencia que hay de obra divina a obra humana.

Y nos hará lamentar el tiempo que perdimos y el tiempo que pierden los hombres por no acertar a encontrar el manantial del agua viva que nos exalta y embellece. Que nos mejora y sublima. Que nos empuja a obrar, a amar, a hablar, a callar, a orar, con gemidos silenciosos e inefables, al Dios de la paz y de la santa soledad.

Existe un leal deseo en muchas personas de ayudar al hombre a ser mejor, de solucionar problemas sociales, de elevar el nivel moral de las familias, de cooperar con la Iglesia en la grande y árdua tarea de redimir al mundo.

Se busca el camino para llegar a esas metas y desafortunadamente se topa con uno fácil, corriente en todos los tiempos, que da un signo prevalente a la actividad humana sobre la divina y sitúa los medios naturales por encima de los sobrenaturales.

Ha sido ésta una desviación funesta de antaño y hogaño en la Iglesia contra la que se han levantado las voces de sus Doctores y la del mismo Magisterio.

Y así, si León XIII en su carta al Cardenal Gibbons del 22 de enero de 1899, condenaba el Americanismo, más de tres siglos antes escribía san Juan de la Cruz, Doctor de la Iglesia: *«Adviertan, pues aquí los que son muy activos que piensan ceñir el mundo con sus predicaciones y obras exteriores, que mucho más provecho harían a la Iglesia y mucho más agradarían a Dios, dejando aparte el buen ejemplo que de sí darían, si gastasen siquiera la mitad de ese tiempo en estarse con Dios en oración. Cierto, entonces harían más y con menos trabajo con una obra que con mil, mereciéndolo su oración y habiendo cobrado fuerzas espirituales en ella; porque de otra manera todo es martillar y hacer poco más que nada, y aun a veces daño. Porque Dios os libre que comience a envanecerse la sal, que aunque más parezca que hace algo por defuera, en sustancia no será nada, cuando está cierto que las buenas obras no se pueden hacer sino en virtud de Dios»* («Cántico espiritual», canción 18. 3),

En los tiempos críticos que está viviendo la Iglesia dejemos los caminos que nos llevan a la hecatombe y, asentados los criterios certeros, demos eficacia a nuestros trabajos por ella emprendidos, seleccionemos los que hayamos de acometer o proseguir, con lo que ganaremos en eficacia y en testimonio valorativo, pues, querámoslo o no, los hijos espirituales o carnales se parecerán, por una ley misteriosa, pero inevitable, a sus progenitores en uno y otro orden.

7. Oración y regalo no se compadecen

Pero no puede haber vida de oración sin vida de mortificación. Ni puede darse verdadero progreso en la vida de oración sin un asiduo y constante ejercicio de penitencia corporal y moral. ¡A cuántas almas el demonio tiene engañadas haciéndoles creer que son buenas, que son santas! Pero, ¿cómo puede haber santidad con un amor propio tan vivo? Esa penitencia debemos usar: la de macerar el amor propio y la propia sensibilidad. A causa de la preeminencia que algunos autores dan a las mortificaciones extraordinarias practicadas por algunos santos, mucha gente tiene la idea de que estas cosas son esenciales para la santidad. La vida de santa Teresa del Niño Jesús viene a corregir este error. Nunca hizo penitencias extraordinarias y con la sencillez de su vida, mortificando siempre su natural, llegó a la cumbre de la santidad.

Tened por cierto que el progreso mayor y más rápido se hace con la mortificación de la memoria, de la imaginación y de las emociones y con la pronta y voluntaria aceptación de las humillaciones. Dar rienda suelta a nuestros propios pensamientos, complacernos en sueños de imaginación, construir castillos en el aire de vanidad, alimentar constantemente viejos recuerdos, fomentar nuestros descontentos, permitir que el orgullo herido dicte nuestros pensamientos, sentimientos o acciones, alimente los rencores y encone las cicatrices que nunca llegaron a cerrarse del todo, todas estas costumbres son fatales para la vida de oración. Por mucha penitencia corporal que se haga, mientras haya quejas o protestas, o busca de simpatías naturales, o deseos

alimentados de venganza, en una palabra, brille por su ausencia la mortificación, nadie podrá ser íntimo amigo del Señor.

Por eso no insistiremos nunca bastante en la vida de desprendimiento y de abnegación, de soledad y de recogimiento que requiere la práctica de la oración: la vida de oración.

Es la oración una realidad que llena todo el ser y compromete toda la actividad interna y externa del hombre. El entendimiento, como la voluntad, los sentidos internos y los externos, el corazón, las fuerzas y todas las energías físicas, todo ha de estar comprometido si se quiere que la oración sea verdadera, constante, habitual, eficaz, fructífera y duradera.

En la oración Dios quiere darse sin medida, totalmente, pero no se da mientras el alma no se le ha dado sin medida también y también totalmente. Ese ir entregando a Dios gustos, voluntad, sentidos inmolados, pasiones vencidas, va uniendo progresivamente al alma con Dios. Y cuando el alma lo haya entregado todo o cuando lo haya sacrificado todo, sin duda Dios triunfará y vivirá en ella permanentemente.

Es fácil que hoy, en nombre de una reforma falsamente entendida, se pretenda arrumbar, como pasados de moda, medios de ascética, enseñanzas de la Iglesia, doctrina de los maestros de la vida cristiana y vida de los santos.

Por eso es necesario que salgamos en defensa de la ascética y de la mortificación. Es imprescindible clarificar ideas en estos momentos difíciles para la masa, embaucada y desorientada, sumergida en la disipación y en la tibieza, sino en la pérdida de la fe que hoy, como dijo Pablo VI, se hace difícil y casi imposible.

Es necesaria la mortificación si quiere el hombre llegar a la unión con Dios. No puede haber verdadera oración sin constante mortificación.

Sin ejercicio varonil de las virtudes, no puede haber vida de oración. Por eso hay tan pocos que hagan oración. Porque la oración es una vida de amor y de intimidad con Dios y no podemos servir a dos señores. Vida de disipación, vida de sentido y oración... oración fantasma la llamaría yo. Oración de fuego de cerillas que no soporta la mínima dificultad.

Sin mortificación fuerte y constante, sin purificación total, sin humildad, sin desasimiento, como diría Santa Teresa, sin vivencia de fortaleza, pueden existir falazmente y fugazmente apariencias de oración, diletantismo de oración, que conduce a un infantilismo en la piedad, pero no puede haber oración auténtica, que es don total del alma en respuesta al don de Dios en completa correspondencia de amistad.

Oración es fidelidad, es mortificación, es constancia, es cruz.

8. Pedid y recibiréis

Toda nuestra confianza en la oración se basa en las palabras de Jesús: «*Todo lo que pidierais al Padre en mi nombre os lo concederá*» (Jn 14, 13). «*Pedid y recibiréis*» (Lc 11, 9).

Hay muchos grados de confianza en la oración: «*Os doy mi palabra de que quien diga a este monte: "levántate y échate al mar" y no vacile en su corazón, sino que crea que se hará lo que dice, lo obtendrá. Por eso os digo, todo lo que pidáis rezando, creed que lo habéis recibido, y lo obtendréis*» (Mc 11, 23-24). Éste sería el grado más alto de confianza. Cuando la fe es total y absoluta y ciega, se ora con más interés, se ora con avaricia. Decir una vez «*Corazón de Jesús en Vos confío*» es plantar un árbol. ¿Seremos tan indolentes que dejaremos la huerta sin plantar, pudiéndolo hacer con tanta facilidad? La gran pequeña Teresa del Niño Jesús es árbol plantado y regado y cuidado por tres generaciones que pedían a Dios un misionero.

¡Cuánto se perjudica a la Iglesia al no orar lo que se debe y lo que se puede! «Nunca es más útil un sacerdote a su parroquia que cuando está de rodillas a los pies del tabernáculo» (Pío XII). «*Los pastores que abandonan el rebaño son los que no oran. Su falta de oración es una huida*» (San Gregorio Magno, «Regla pastoral»).

Es la oración un misterio. Su influencia es pasmosa. Diríamos que la oración es una corriente, un río manso de aguas fecundas que va fertilizando lógicamente, con la lógica desconcertante de Dios, los caminos de las almas y los mismos laberintos de ellas. Arquímedes pedía un punto de apoyo para levantar la tierra. El hombre tiene en la oración esa palanca colosal. Si podemos hablar así, diremos que la oración agiganta al hombre y debilita a Dios. «*La fuerza del hombre y la debilidad de Dios*» (San Agustín). Al enseñarle a orar Dios ha dado armas para ser vencido por el hombre, como lo fue Dios por Jacob:

«Quedóse, pues, Jacob solo, y un hombre estuvo luchando con él hasta rayar el alba. Como viese que no le podía, alcanzóle en la articulación del muslo, y se descoyuntó la articulación del muslo de Jacob mientras peleaba con él. Entonces dijo el personaje: Déjame marchar, pues raya el alba. Mas respondió Jacob: no te dejaré sino cuando me hayas bendecido. y él le preguntó: *¿Cuál es tu nombre?* y contestó: *Jacob. Entonces aquél afirmó: Ya no será tu nombre, Jacob, sino Israel, por cuanto has luchado con Dios y con los hombres y has salido victorioso*» (Gn 32,25 ss.). Ésta es la imagen perfecta de lo que puede la oración en el Reino de Dios: vencer al mismo Dios como lo venció Jacob.

Moisés escucha a Yahvé en la cumbre del Sinaí: «Ve, baja, que tu pueblo, el que tú has sacado de la tierra de Egipto, ha prevaricado. Bien pronto se ha desviado del camino que le prescribo. Se han hecho un becerro fundido y se han prosternado ante él diciendo... Ya veo que este pueblo es un pueblo de cerviz dura. *Déjame*, pues, que se desfogue contra ellos mi cólera y los consuma». (Ex 32,7-10) Yahvé pide a Moisés que le deje, que le suelte, como cuando en una riña separan a los contrincantes y dicen ellos: *déjame, soltadme, que lo aplasto*. La oración de Moisés detiene el brazo de Dios. (Ex 32, 11 ss.) En realidad Dios cuenta en su Providencia con la colaboración de la oración.

«*En nuestra lucha contra los Principados, contra las Potestades, contra los Dueños de estas tinieblas, contra los espíritus del mal que hay en los espacios cósmicos*» (Ef 6, 12), conviene que tengamos presentes las siguientes palabras del primer libro de los Macabeos que tanta esperanza ponen en el corazón: "Cuando oyó Seron, jefe del ejército de Siria, que Judas había juntado mucha gente y que un grupo de judíos fieles combatía a su lado, se dijo: *II Me haré famoso y adquiriré gloria en el reino*

combatiendo a Judas ya los suyos, que no hacen caso del decreto del rey " ; y se preparó y subió con él un poderoso refuerzo de impíos, para ayudarle y vengarle de los hijos de Israel. Cuando se acercaban a la subida de Betorón, les salió Judas al encuentro con pocas tropas. Éstas, viendo la armada que venía a su encuentro, dijeron a Judas: "¿Cómo podemos nosotros, tan pocos, pelear contra tan poderosa muchedumbre, y menos estando extenuados por el ayuno de hoy?" Pero Judas contestó: "Fácil es que muchos sean entregados en poder de unos pocos; ni ante el Dios del cielo hay diferencia entre salvar con muchos o con pocos; porque no depende el triunfo bélico de la muchedumbre del ejército, sino que del cielo viene la fortaleza. Éstos vienen contra nosotros con una turba orgullosa e impía, para perdemos a nosotros, a nuestras mujeres e hijos, y saqueamos; mientras que nosotros combatimos por nuestras vidas y nuestras leyes. Dios los aplastará ante nuestros ojos; vosotros, pues, no los temáis"» (1 M 3, 13-22).

En realidad nuestro poder radica en nuestra debilidad, que es lo que nos hace clamar ayuda al cielo, desde donde a Dios le es fácil, inmensamente fácil, otorgar a sus soldados fieles la victoria. Cuando el Apóstol manda a su discípulo Timoteo (2 Tm 2, 3): "Comparte el sufrimiento como buen soldado de Cristo Jesús», le aveza en el manejo insustituible para un soldado en el frente de batalla del teléfono de campaña que es la oración. Por eso dice en otro lugar: *«Por eso me complazco en debilidades, en insultos, en necesidades, en persecuciones, en opresiones, por Cristo: pues cuando me debilito, entonces soy fuerte»* (2 Co 12, 10). Cuando un niño se ve amenazado por un compañero mayor, su fuerza está en el grito de llamada a su madre; y ése es su triunfo.

Si el soldado, confiado en sus provisiones de armas y en sus alimentos llegados de retaguardia, y en su ciencia, táctica y estrategia para vencer al enemigo, no creyese necesario pedir refuerzos a su Estado Mayor, se expondría a sufrir una derrota resonante si el enemigo resultaba ser más poderoso que él, y más sagaz y mejor preparado estratégicamente. Es lo que puede suceder al cristiano, soldado por cristiano, y al Apóstol, que lo ha de ser en todo momento. Hombre por hombre, fuerza por fuerza, cuerpo a cuerpo, sus enemigos son mejores que él. La ventaja la lleva en que tiene una promesa de ayuda pronta, radical, insustituible de su Estado Mayor, del Cielo, del Señor Dios, para quien no es problema hacer triunfar un puñadito de hombres sobre ejércitos aéreos, dotados de las mejores armas modernas. David con una honda y cinco piedras, en nombre del Señor de los ejércitos, decapita a Goliat, armado hasta los dientes (I S 17,45-51).

Cuando nos vemos acosados por los enemigos de dentro y con un ejército de paganismo con quien luchar ya quien vencer, con escasez de medios materiales, y con nuestro fardo de miserias humanas, es noticia que levanta nuestro moral, la que nos da el Espíritu Santo en este pasaje de los Macabeos, que para Dios es coser y cantar dar la victoria a los suyos: *Fácil es que muchos sean entregados en poder de unos pocos. ...; porque no depende el triunfo bélico de la muchedumbre del ejército, sino que del cielo viene la fortaleza»* (1 M 1.c.). Siempre y cuando pidamos esa fortaleza, utilicemos incesantemente el teléfono de campaña de la oración.

Una oración, por ejemplo como la de Jairo diciendo a Jesús: *«mi hija acaba de morir; pero ven, pon tu mano sobre ella y vivirá»* (Mt 9, 18).

Jairo obra a impulso de una fe. El amor de padre le ha arrastrado a los pies de Cristo y una vez allí ha demostrado que tiene en Él una confianza que no ha tenido

nadie. Por eso le va a pedir algo que no se atreve nadie a pedir a nadie: que resucite a su hija.

Si hoy la ciencia, que tiene 20 siglos de progreso, no es capaz de lograr este hecho singular, ¿cómo podría antojársele a aquel hombre solicitar petición de tal maravilla ni a los más famosos médicos de su tiempo?

Pero se la pide a Jesús. Y espera que Jesús podrá resucitar a su hija sin medios materiales: *«pon tus manos sobre ella y vivirá»* (Mt 9, 18).

Ese hombre está diciendo que Jesús puede más que los médicos, más que todos los hombres; que puede hacer lo que es imposible a las fuerzas naturales. Lo que es lo mismo: está confesando con su petición extraordinaria, que Jesús es Dios, para quien no hay imposibles.

Eso es la fe en la oración, que obtiene un resultado.

Jesús le concede lo que el padre ha pedido. *«Si tuvierais fe como un grano de mostaza diréis a este monte arráncate y tírate al mar y el monte os obedecerá...»* (Lc 17,6).

Si tuviéramos fe. .. Pero esa fe no se puede comprar con dinero. Como a la hija muerta sólo Dios la pudo resucitar, a nosotros sólo Dios nos puede dar la fe. y nos la da si tenemos fe para pedirle fe. *«Porque si vosotros, siendo malos dice Jesús -, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan!»* (Lc 11, 13).

Jairo, jefe de la Sinagoga, ¡qué lección nos das postrado ante Jesús! Confiesa que Él se la puede devolver. Está apenado porque su hija acaba de morir y no se desespera, no lo ve todo perdido. ¡Cuántos en semejantes circunstancias, y en otras no tan definitivas, pierden su moral, dejan de actuar, lo ven todo imposible! Jairo tiene una audacia tal, que ni ante la última carta jugada y perdida, quiere perder el juego... y acude al único que le puede hacer ganar la partida, ¿quién le dio tanta sagacidad? El amor a su hija le hizo esperar lo imposible. Su fe en Jesús le trajo el milagro de su hija resucitada. Jairo amigo, déjanos que copiemos tu gesto para pedirle al Señor de todas las circunstancias la solución de todos los problemas.

9. Porfiad llamando

¿Pero aún no hemos comprendido que para Dios no hay problemas? ¿Cuándo nos convenceremos de que si puede con la muerte, nada se le puede resistir? ¿Que no nos lo concede a la primera? ¡Ah! Él quiere probar nuestra fe. Él quiere verse rogado, sentirse llamado. Él quiere que madure el fruto. Quiere prepararnos para llenarnos.

Cada oración es un rayo de sol sobre la flor primeriza de un abril tempranero.

Cada súplica es un golpe de hacha sobre el tronco del añoso pino.

Cada gemido del corazón es un tirón de la cuerda en la polea.

Sólo Él puede saber cuántos rayos de sol, cuántos golpes de hacha, cuántos tirones hacen falta para que la fruta entre en sazón, el pino caiga en redondo, la cuerda llegue hasta lo alto...

No desmayemos. Hoy y mañana. Mañana y pasado mañana. No desesperemos. Cuando menos lo esperemos, lo tendremos todo en nuestras manos. Aunque sea la resurrección de un muerto. A Jairo le llegó la hora del milagro, en que vio coronado el triunfo de su fe y de su humildad. La pequeñez humana necesita una fuente de consuelo en su angustia. Si buscamos un paradigma del hombre en cuanto a la debilidad de su naturaleza, sujeta al dolor y destinada a la muerte, lo encontraremos en Job. Aquí en la tierra está el hombre como en el servicio militar, deseando que llegue el día del licenciamiento, porque su vida en campamento es dura. Por eso suspira por la sombra. Sólo tiene una esperanza Job, es decir, el hombre: *«El Señor que sana los corazones quebrantados, el Señor que venda las heridas, que sostiene a los humildes, que reconstruye a Jerusalén, que repara toda la destrucción que obró el pecado y reúne a los deportados de Israel»* (Sal 146). Por eso Job habla con Dios, se desahoga ante Él, le llama a gritos y desesperadamente.

Todos nosotros que ahora gemimos con Job llorando nuestra enfermedad, deseando nuestra reconstrucción y anhelando ser repatriados, seremos escuchados por el Señor y curados de nuestros males y llevados a la patria feliz, a la casa del Padre.

10. Oración transformativa

Ese hombre que vemos tan feble en Job y, que la experiencia nos comprueba, es un ser llamado a ser divinizado, a convertirse en Dios...

Ahora nos preguntamos si esa transformación se ha de operar espontáneamente o de una manera mágica. No hay espontaneidad ni arte de magia.

Se logra esta transformación por un proceso que es normal en todo cambio de forma en los seres: Pérdida de la primera y adquisición de la segunda, o nueva. Perder la primera forma es morir a la misma. No se puede conseguir, pues, esta evolución sino mediante una muerte, en la participación de la Pascua.

Es necesario que el Cristo padezca y muera para llegar a la gloria: Por eso Cristo, en signo de esta muerte, curaba a los enfermos y expulsaba demonios. Dejaba el alma en vacío de su anterior ser: era conducida por el espíritu del demonio y ahora era cogida de la mano y levantada por el Señor. Jesús curó la enfermedad. La enfermedad deja paso a la salud, forma nueva: El mal espíritu da lugar al buen espíritu. y esto se obra en virtud de una alquimia conocida por el nombre de oración: *«Se levantó por la mañana, se marchó al descampado y allí se puso a orar»* (Mc 1). *«Porque esta clase de demonios se lanza sólo con oración y ayuno»* (Mt 17,21; Mc 9,29).

Y como su misión era ésa: lograr que los hombres se hiciesen dioses y la solución estaba en la oración, se fue a predicar para enseñar a orar: *«Vámonos a otra parte, a las aldeas cercanas, para predicar también allí que para eso he venido»* (Mc 1, 29).

Y sigue predicando en Pablo, que, con el espíritu de Cristo *«se hace todo a todos para ganar, sea como sea, a algunos»* (1 Co 9,22).

Y no predica por su propia voluntad o siguiendo sus aficiones sino porque le empuja la caridad de Cristo. Lo hace por el Evangelio que tiene que hacer llegar a todos y para eso él lo medita, lo contempla, porque quiere también que en él se logre la transformación que cambie su corazón en el de Cristo. *Cor Pauli, cor Christi*.

La oración será la celdilla donde se obra el cambio de forma; de humana en divina, donde el gusano de seda pasará a ser graciosa mariposilla (bis Santa Teresa. 5 Moradas, 2, 2-3).

Si queremos vivir según el espíritu es necesario que entremos en este estudio, donde se va trasvasando la luz de Dios, hecha añicos la tiniebla que nos oscurecía.

Oración, taller. Oración, alquimia celeste.

Oración, capucho del gusano donde aparentemente muere para cobrar una forma más bella y espiritual.

Oración sauna donde se eliminan las toxinas que envenenan la sangre.

Oración, fuego donde el madero verde pierde la humedad y se dispone para ser embestido por el fuego de Dios.

Debemos seguir con Pablo enseñando a los hombres el medio de ser transformados en Dios, y esto mediante la predicación y la muerte, quizás algunos nos oigan y se aprovechen.

Si no moramos el tiempo debido en el alcabor de la oración no perderemos nuestra forma humana viciada, no adquiriremos la espiritual forma de los llamados a ser hijos de Dios. Porque se logra en ella la *metanoia*, que es la muerte del hombre viejo, condición *sine qua non* para que nazca el hombre nuevo a imagen de Jesucristo.

Esa manera nueva de vivir, de sí no comporta ninguna manifestación en el hombre de un modo corporal o visible. Cambia únicamente el espíritu que anima al hombre pero le deja en su misma actividad. Pedro seguirá siendo pescador, pero de hombres. Ejerciendo la misma actividad, cambia el objeto de la misma y el fin que se propone y los motivos por los que la ejerce. Sólo cuando la actividad es contraria al Espíritu quedará neutralizada. Entretanto esta vida está escondida con Cristo en Dios (Col 3, 3).

Es así como el hombre dejará de ser ese desgraciado que dice Job y pasará a ser el hombre nuevo, tras la metamorfosis que Dios operó en él por virtud de su contacto por el amor, «hasta su manifestación en la gloria donde ya seré visto como soy y le veremos no como en un espejo sino cara a cara y tal cual es» (1 Co 13,12).

11. Todos contemplativos

En el año Centenario del nacimiento de santa Teresa del Niño Jesús, 1973, el Papa Pablo VI decía en carta dirigida al Obispo de Bayeux, ya citada en otro lugar de este libro («Santa Teresa del Niño Jesús y las necesidades de nuestro tiempo», cap. IV, 23).

«En nuestra época la *intimidad con Dios* sigue siendo un objetivo principal pero *difícil*.

»En efecto se ha lanzado la *sospecha sobre Dios*; se ha calificado de *alineación* toda búsqueda de Dios por sí mismo; un mundo ampliamente secularizado tiende a separar de su fuente y de su finalidad divinas la existencia y la acción de los hombres. y por tanto, la necesidad de una oración contemplativa desinteresada, gratuita, se deja sentir cada vez más.

»El mismo apostolado, a todos sus niveles, debe echar sus raíces en la oración, alcanzar el corazón de Cristo, bajo pena de disolverse en una actividad que no conservaría de evangélica otra cosa que el nombre.

»Frente a esta situación, Teresa, sigue siendo, ante todo, aquella que ha creído apasionadamente en el amor de Dios, que ha vivido bajo su mirada los menores detalles cotidianos, marchando en su presencia; que ha hecho de toda su vida un coloquio con el Ser querido, y que ha encontrado en Él, no solamente una aventura espiritual extraordinaria, sino el lugar en que alcanzaba los horizontes más amplios y participaba íntimamente de las preocupaciones y necesidades misioneras de la Iglesia.

»Todos los que actualmente están buscando lo esencial, que presienten la dimensión interior de la persona humana, que buscan el soplo capaz de suscitar una verdadera oración y de dar un valor teológico a toda su vida son invitados por Nos a ser contemplativos o apóstoles, a volverse hacia la carmelita de Lisieux. *Ella constituye una guía incomparable por los caminos de la oración*».

¡Qué lejos de la realidad estaba aquella hermana que en las horas de agonía de santa Teresa del Niño Jesús dijo que la Priora chocaría con la dificultad de no saber qué decir porque bien poca cosa había hecho aquella religiosa!...

Así sucedió. Aplicábanle botones de fuego en el costado. Un día que por esta causa había sufrido extraordinariamente, y mientras descansaba en la recreación, oyó decir en la cocina: *«No tardará en morir la hermana Teresa del Niño Jesús; ya la verdad no sé lo que Nuestra Madre podrá decir de ella después de su muerte. Se hallará en un verdadero apuro, pues esta hermanita, con todo lo amable que es, no ha hecho, ciertamente, nada que valga la pena de ser referido»*.

Y es el mismo Pontífice el que invita a todos a ser contemplativos ya volverse hacia la Carmelita de Lisieux, seguro de que no cesará de realizar sobre la tierra todo el bien que prometió como predijo la Santa antes de morir: *«Presiento que mi misión va a empezar, la misión de hacer amar a Dios como yo le amo... la de enseñar mi caminito a las almas pequeñas. Quiero pasar mi cielo haciendo bien en la tierra»* («Historia de un alma», Casulleras, Barcelona, cap, XII, pág. 248)

«Después de mi muerte haré caer una lluvia de rosas» (ter Ibid, pág, 247)

12. Oración sencilla de Santa Teresa del Niño Jesús

Dice el Papa en el documento repetidas veces citado que el Centenario del nacimiento de Teresa se presenta como una luz providencial. y augura el Papa: ¡Que su proximidad a Dios y la sencillez de su oración arrastren los corazones a buscar lo esencial!

¡Que su esperanza abra el camino a los que dudan de Dios o sufren sus limitaciones!

¡Que el realismo de su amor eleve nuestras tareas cotidianas y transfigure nuestras relaciones en un clima de confianza en la Iglesia! *«Y desde lo alto del cielo, no lo dudemos, santa Teresa del Niño Jesús a lo largo de este año jubilar, no dejará de realizar sobre la tierra todo el bien que prometió».*

Escribir de la oración de santa Teresa del Niño Jesús es una cuestión difícil. ¿Qué podemos decir nosotros de su oración? ¿Qué podemos saber de la vida de intimidad de dos enamorados? Eso queda para ellos. «Las mejores páginas de mi vida no se leerán en la tierra». y éstas son las mejores páginas de su vida. No las podemos leer. Los requiebros, la fuerza, el vigor que le llegó a Teresa a través de su oración, queda para el Esposo y la esposa.

Sí sabemos positivamente que su oración es sencilla; «para mí la oración es un impulso del corazón, una simple mirada dirigida al cielo, un grito de gratitud y de amor, tanto en medio de la tribulación como en medio de la alegría. En fin es algo grande, algo sobrenatural que me dilata el alma y une con Jesús» («Manuscritos autobiográficos», Setien, cap. 10, 17, Burgos, 1963, pág. 351). En ella no ha habido nada extraordinario, salvo raras excepciones. Una de ellas acaeció el viernes siguiente de su ofrecimiento de víctima, el domingo 9 de junio, fiesta de la Santísima Trinidad hallándose en el coro. Nos lo refiere ella:

«Este año, el 9 de junio, fiesta de la Santísima Trinidad, recibí la gracia de comprender más que nunca cuánto desea Jesús ser amado.

»Pensaba en las almas que se ofrecen como víctimas a la Justicia de Dios a fin de desviar y atraer sobre sí los castigos reservados a los culpables.

«Esta ofrenda me parecía grande y generosa, pero me sentí muy lejos de ser llamada a realizarla en mí.

»¡Oh, Dios mío! -exclamé desde el fondo de mi corazón- ¿sólo vuestra Justicia recibirá almas que se inmolen como víctimas? ¿No tiene también vuestro Amor Misericordioso necesidad de ellas? En todas las partes es desconocido o rechazado, los corazones a los que deseáis prodigárselo se vuelven con miserable afección hacia las criaturas pidiéndoles la felicidad, en lugar de arrojarse en vuestros brazos y aceptar vuestro amor infinito.

»¡Oh, Dios mío! ¿Deberá vuestro amor despreciado quedarse solitario en vuestro corazón? Estoy convencida de que si encontraseis almas que se ofreciesen como víctimas de holocausto a vuestro amor, las consumiríais dicho. so de no veros obligado a reprimir las oleadas de infinita ternura que hay en Vos.

»Si a vuestra Justicia -que sólo se extiende a la tierra- le gusta descargarse ¿cuánto más deseará vuestro amor Misericordioso abrasar a las almas, puesto que vuestra Misericordia se eleva hasta los cielos?

»¡Oh, Jesús mío! ¡Que sea yo esa víctima feliz!, consumid vuestro holocausto con el fuego de vuestro divino amor.

»Madre mía querida: Vos que me permitisteis ofrecermelo de este modo a Dios, conocéis los ríos, o mejor los océanos de gracia que han inundado mi alma. ..¡Ah! desde aquel día feliz, siento que el amor me penetra y me rodea. Me parece que ese amor misericordioso renueva y purifica a cada instante mi alma, no dejando en ella traza de pecado» (Ibid. 8, 23, pág, 258-259).

«Algunos días después de mi Ofrenda al Amor Misericordioso, al empezar en el coro el Vía-Crucis, me sentí herida de repente por un dardo de fuego tan abrasador, que creí morir. No sé cómo explicarlo. Era como si una mano invisible me hubiese hundido enteramente en el fuego. ¡Oh, qué fuego y qué dulzura al mismo tiempo!» (Ibid. Apéndice II, 6, pág, 406-407)

Hablar de la naturaleza de su oración tiene corto campo. Lo más que podemos decir es la frase del Papa: «La sencillez de su oración».

Su oración es continua.

Una cosa es el acto de oración y otra el hábito. Ella tiene un espíritu de oración al cual le ha llevado su oración diaria.

Quizá se duerme durante la misa, o no le den suficiente tiempo para dar gracias después de la comunión, pero se pasa el día con Dios, en su dulce intimidad.

Sufrirá sequedades y aridez frecuentemente... no olvidemos que ella abre un camino que han de seguir las almas pequeñas. y las almas pequeñas no tienen cosas extraordinarias.

Coge el Evangelio, lee unas palabras y las escucha en su corazón. Los libros la dejan seca. «He aquí mi oración. Pido a Jesús que me atraiga a las llamas de su amor, que me una tan estrechamente a sí que sea Él quien viva en mí. Creo que cuanto más me abraza el corazón el fuego del amor, con tanto mayor fuerza diré: " *Atráeme*". Y cuanto más se acerquen las almas a mí -pobre trocito de hierro inútil si se aleja del brasero divino -, con tanta mayor ligereza correrán estas almas al olor de los perfumes de su Amado» (Ibid. 10, 40, pág. 377).

El apostolado de Teresa arranca de su oración. «Todos los santos lo entendieron así, y más particularmente los que llenaron el universo con la luz de la doctrina evangélica.

»¿No fue acaso, en la oración, donde san Pablo, san Agustín, san Juan de la Cruz, santo Tomás, san Francisco, santo Domingo y tantos otros ilustres amigos de Dios aprendieron la ciencia divina que causa admiración a los más grandes genios ?

»Un sabio dijo: dadme una palanca, un punto de apoyo y levantaré el mundo. Lo que Arquímedes no pudo lograr, lo lograron los santos en toda su plenitud. El Todopoderoso se les dio a sí mismo por único punto de apoyo. Y por palanca la oración, que enciende en fuego de amor los corazones. Así lo siguen levantando los santos que

aún militan en la tierra, y así lo levantarán hasta el fin del mundo los santos que vengan» (Ibid. 10, 41, pág. 378-379).

Creo que si hemos podido decir poco de su oración queda claro con estas palabras el concepto que de ella tiene.

Es bien seguro que si en todas las comunidades eclesiales lográsemos que cada alma elevase al cielo diariamente una oración por pequeña que fuese, veríamos pronto la luz de la primavera.

13. La sequedad en la oración

En medio de la sencillez tiene también su entrada la sequedad. Pero, hemos de estar prevenidos ante ella. Hay que huir de dejar la oración por sequedad. Al que busca a Dios en la oración lo mismo le importa la sequedad que el fervor. ¿Qué más da? Estoy ante -El. De rodillas o sentado. Y no siento nada. ¿Es mala mi oración por eso?

Voy a analizar. He venido aquí. Mi voluntad ha arrastrado el cuerpo. Eso es lo que vale. Éste es el obsequio que le hago a Dios con tal de que mantenga después el esfuerzo de estar en su presencia con todo mi ser y no sólo con mi cuerpo, ausente la mente. El sentimiento no añade nada porque no cae bajo la voluntad, que es la única que tiene derecho al mérito.

Mi ser ante Dios, sienta o no sienta, pues no es eso lo que interesa. Lo que me interesa es que a Él le gusta y yo hago lo que a Él le agrada, prescindiendo de mi gusto. Le hago compañía. Monto la guardia ante Él. Él es lo **suficientemente** grande como para que me quemé ante Él.

He venido a estar con Él. Si Él me convida me quedaré a comer. Si no lo hace me quedaré en ayunas. Si me da de comer **dulces** y turrón y una copita de licor, lo aceptaré y diré gracias, te lo **agradezco, pero** yo no he venido por el turrón, he venido por Ti.

Si me da acelgas o nabos hervidos, me los comeré **con** paciencia y ¡no se acaban! ¡pero qué pastosos!... ¡cuidado con tirar el bocado! ¡lo tragaré todo!

Y ni iré a la oración por el turrón ni dejaré de ir por los nabos ni **porque** no me da ya turrón.

¡Vamos, que eso no es delicado! Que vayamos a que nos conviden y dejemos de ir porque ya no nos convidan...

Hemos de ir porque es nuestro deber y porque le amamos. Nuestra oración ha de ser tan desprendida como las tres primeras peticiones del Padrenuestro.

Y, a lo mejor, nos sucede como en Caná, que primero sirvieron el vino malo y después va Él y nos regala con el bueno, cuando ya no lo esperábamos y todo junto.

Aunque la comparación no es exacta por cuanto la sequedad no es vino malo, sino para entender que el regalo puede venir a la postre.

14. Pasado, presente y futuro de la oración

a) La palabra de los Pontífices «¿Se reza hoy? ¿Sabe rezar el hombre moderno? ¿Siente la obligación de hacerlo? ¿Siente afecto siempre por las formas de oración que la piedad de la Iglesia, aun no declarándolas oficiales, es decir, propiamente litúrgicas, nos ha enseñado y recomendado tanto, como el rosario, el vía crucis, etc., y especialmente la meditación, la adoración eucarística, el examen de conciencia. la lectura espiritual?»

Es Pablo VI quien pronunció estas palabras en la audiencia general del 14 de agosto de 1969 en la que propugnaba *la necesidad de retornar a la oración personal*.

«Porque debemos reconocer que la irreligiosidad de tantas personas de nuestro tiempo hace muy difícil el encender la plegaria fácil, espontánea, jubilosa, en las mentes de nuestros contemporáneos».

De los mismos labios de Pablo VI salían años después, el 22 de agosto de 1973, estos lamentos que tienen todo el valor de un diagnóstico.

Y estos otros tan realistas: «*No se quiere orar ya, no se sabe orar, muchísimas gentes no rezan y por motivos terribles pero falsos. Conocemos la gravedad de esta afirmación, la cual se refiere a la gran polémica con el ateísmo práctico y con el ateísmo teórico de nuestra época*» (Pablo VI, 30 enero 1974).

Sería muy largo citar al mismo Pontífice que repetidas veces en sus discursos y alocuciones expresaba su dolor ante esta catástrofe que le atormentaba. Podríamos llenar muchas páginas con sus textos sagaces, religiosos, profundos, pero no es éste el momento.

También Juan Pablo II ha dicho ya, en el corto tiempo que preside la Iglesia, que «se ha discutido mucho y se ha orado demasiado poco. No ha habido bastante valor para realizar el mismo sacerdocio a través de la oración. Para hacer eficaz su auténtico dinamismo evangélico, para confirmar la identidad sacerdotal. Es la oración la que señala el estilo esencial del sacerdocio; sin ella, el estilo se desfigura» («Carta «Novo incipiente» a todos los sacerdotes de la Iglesia, 8 abril 1979)

Habla él con la autoridad que le da su vida, porque Juan Pablo II, como ha dicho Mns. Moreira Neves, Secretario de la Sagrada Congregación para los Obispos, «es un hombre profundamente espiritual, un contemplativo, un hombre de oración permanente: un hombre de fe» (Declaraciones en la Universidad de Navarra, Pamplona 11 abril 1980).

Lo que los Papas han dicho no lo han dicho de ahora mismo. El mal viene ya de lejos.

b) *La palabra de los Obispos y Superiores Generales*

También los obispos han hablado. Recientemente el Primado de Bélgica y Presidente de la Conferencia Episcopal Godfried Daneels ha dicho: «Lo tenemos todo, la ciencia lo puede todo pero he ahí que nos falta un padre y que tenemos frío. Y que

somos como los niños del cuento de Kafka, muertos por haberse dejado encerrar en una caja cuya tapa nadie se preocupó de levantar. Sufrimos, desde varios siglos, de un complejo de Edipo. Cueste lo que cueste debemos redescubrir la noción de padre, e] calor de un Padre. Sin ella el viejo continente cristiano se enfría día a día».

Si Dios ha muerto porque lo hemos matado, ¿a quién orar? Algunos Superiores Generales de órdenes Religiosas han detectado lo mismo. Por dar un ejemplo, sólo uno, llegado desde una Orden especialista de la oración, e] Carmelo Reformado, citemos la conclusión a que llegó en 1967 el Capítulo General, tras el análisis de la encuesta a nivel internacional.

«Todos afirman que hay entre nosotros una verdadera crisis de oración; crisis que no sólo es negativa. Por otra parte nos pone sinceramente ante la realidad de una serie de dificultades objetivas y nos obliga a confesar humildemente que en la Iglesia damos poco testimonio de oración» (De Pablo Maroto, «Dinámica de la oración», EDE, Madrid 1973, pág. 138).

c) *La oración en la Iglesia Anglicana El mismo fallo acusa la Iglesia Anglicana. Douglas Rhymes afirma en su libro «La oración en la ciudad secular»* (Sígueme, Salamanca 1969, págs. 12-13): *«En una reciente reunión del clero joven apareció con claridad que muchos habían abandonado el rezo del oficio, pues lo encontraban sin sentido para ellos; que en muchas parroquias ya no se reunían en común para los oficios o la meditación»*.

De una parte o no se reza o se reza poco. De otra parte se habla poco de oración. Juan Pablo II lo hace constantemente pero aún tarda en llegar su eco.

Es una triste realidad, tanto más cuanto que a la Iglesia es la sociedad de hombres que oran. Su fin primordial es enseñar a orar. Si queremos saber lo que hace la Iglesia, debemos advertir que es una escuela de oración. Recuerda a los fieles la obligación de la oración; despierta en ellos la actitud y la necesidad de la oración; enseña cómo y para qué se debe orar; hace de la oración el *gran medio* para la salvación, y al mismo tiempo la proclama fin sumo y próximo de la verdadera religión,. (Pablo VI, Audiencia general del 20 agosto 1966).

d) *Silencio sobre la mística Pero es que si alguna vez se habla de oración esa palabra queda restringida a la oración vocal. Si acaso se pasará a la oración mental, o, en un paso más, a la afectiva. La oración mística, en sus grados distintos, queda definitivamente excluida, considerada patrimonio de seres excepcionales, cuando no ridiculizada, a base de algunos chistes desgraciados que hicieron desafortunada fortuna y que forjaron una mentalidad subconsciente antimística que radica en la ignorancia.*

No pocas veces esta ignorancia confundió los fenómenos extraordinarios de la mística con el concepto genuino de la misma. Cuando en realidad no hay más que un solo camino espiritual entrelazado de ascética y mística, en el que unas veces predomina la ascética y otras la mística, según que predomine en la actividad espiritual el influjo de los Dones del Espíritu Santo o el de las virtudes.

La característica del camino ascético es la oración discursiva y la del místico es la oración contemplativa y unitiva.

En el ascético dirige la prudencia la vida del hombre y en el místico la acción está influida por el don de consejo.

En el ascético prevalecen los contentos espirituales y en el místico los gustos o gozos espirituales.

No podemos hacer dicotomía de ascética y mística, pues los dos estados se ensamban en el curso de toda la vida.

El alma en gracia goza de las fuerzas de las virtudes teologales y morales infusas. Goza también de los dones.

Los santos, aun los más santos, viven a la vez, vida ascética y mística. No siempre están dirigidos por el Espíritu Santo, lo están también por la razón y luces naturales y ejercitan las virtudes.

En esta vida mística desea Santa Teresa ver a los reyes cuando exclama en el capítulo 21 de su vida: «¡Oh qué estado éste para reyes!; ¡cómo les valdría más procurarle que no gran señorío!; ¡qué rectitud habría en el reino!; ¡qué de males se excusarían y habrían excusado!» («Obras completas», Ed. Monte Carmelo, Burgos 1939)

e) *La oración en Donoso Cortés Con razón afirma Donoso Cortés que las soluciones fundamentales de los problemas políticos y sociales sólo pueden esperarse de los orantes.*

«Si pudiéramos penetrar en los secretos de Dios y de la Historia, tengo para mí que nos habríamos de asombrar al ver los prodigiosos efectos de la oración aun en las cosas humanas».

«Para que la sociedad humana esté en reposo, es necesario cierto equilibrio... entre las oraciones y las acciones, entre la vida contemplativa y la activa».

«La clave de los grandes trastornos que padecemos está quizás en el rompimiento de este equilibrio. Mi convicción en este punto es tan firme, que creo que, si hubiera una sola hora de un solo día en que la tierra no enviara al cielo oración alguna, ese día y esa hora sería el último día y la última hora del Universo» (Donoso Cortés, «Cartas a Blanche-Raffin», BAC, Obras completas, tomo 2, pág. 227).

Pero esta mentalidad de Donoso Cortés está fundada en la oración tal como la define san Juan Damasceno «petición de cosas honestas a Dios». Se ha fijado menos en la de san Agustín para quien la oración «es una elevación de la mente o del corazón a Dios».

Santo Tomás resume las dos definiciones en una y da origen a la definición de nuestros catecismos: «oración es levantar el corazón a Dios y pedirle mercedes».

Ciertamente que esta expresión «pedirle mercedes» restringe la elevación del corazón a Dios, y ha dado lugar a que los teólogos de la escuela radical de la «secularización» hayan atacado el concepto con la sarcástica ironía de que Dios es el «tapa-agujeros» del hombre.

El hombre sería un gran egoísta si sólo acudiese a la oración en momentos de peligro.

f) *Potenciar la vida teologal* Los teólogos cristianos, para rehuir este ataque, han acudido a potenciar la vida teologal y han visto que junto a la oración de petición está la de alabanza, acción de gracias, adoración. Dios es lo bastante grande como para tener derecho a que el hombre le inmole, como una lámpara viva, su ser y su tiempo en la oración.

g) *Lecciones de la antropología y sicología* Queremos fijarnos empero más en la antropología y en la sicología, aunque cristianas, que en la teología desencarnada. Nos referimos al estudio de la oración como energía transformadora del hombre. A la oración como máxima potencia promocionadora de los valores humanos, como integradora de la personalidad desintegrada, maduradora del carácter, fragua de humildad y mansedumbre, de paciencia y amor, de silencio y de paz.

¡Cuántas veces los hombres ven el bien y lo aprueban, pero hacen el mal que desaprovechan! No es un obrar voluntario el suyo al ciento por ciento, sino un obrar condicionado, mediatizado, coaccionado por unas fuerzas invisibles, pero reales, por un subconsciente demasiado poderoso para soportar el secuestro. Jamás la fuerza de la voluntad podrá detener con su opresión el gran empuje volcánico del subconsciente que no descansa ni de día ni de noche y empuja hasta hacer trizas la costra.

Ellos quisieran pero no pueden. No pueden dejar sus hábitos de suficiencia, de carácter despótico. Buscan con sinceridad a Dios pero se sienten atraídos, subyugados, solicitados con fuerza de embrujo por sus miedos, pasiones sexuales, timideces, curiosidad irrefrenable, avaricia y ambición, afán de dominio, y todo ese mundo subconsciente, a veces aparentemente dormido, pero siempre alerta para levantar con pertinacia la cabeza.

¿Cómo vencer? ¿Cómo dominar toda esa selva intrincada y malsana del hombre carnal, del cuerpo de muerte? «¿Quién me libraré de este ser mío, instrumento de muerte?» (Rm 7, 24).

Comienza cultivando el silencio y observando el desorden y el alboroto de la mente inalterablemente y sin sobresaltos. Mírate atentamente tal cual eres con sinceridad, sin juzgar ni analizar, sin aprobar ni condenar. Sigue haciendo un silencio cada vez más hondo, más profundo cada vez. Al observar con mirada atenta tus pensamientos malsanos verás cómo corren y se escabullen, como ratas que escapan a sus madrigueras en la cueva del subconsciente, para no volver a salir mientras tú los observes. Sin saber por dónde, ni de dónde, ni cómo. «Para venir a lo que no sabes, has de ir por donde no sabes» (bis San Juan de la Cruz, «Subida», 1, 13, 11) y te sentirás aliviado y descargado y curado.

h) *El crisol de la noche oscura Aquí es donde entramos de lleno en el centro de la «Noche oscura» de san Juan de la Cruz. El Santo Doctor resume toda su tesis en que el hombre deje de ser carnal y se haga espiritual, de humano se transforme en divino.*

Toda esta inmensa tarea la realiza Dios en el hombre en el crisol de la oración contemplativa que el Doctor Místico designa con el símbolo que ha creado felizmente para ella: «Noche oscura».

La «Noche oscura» no es más que el crisol del amor. El alma sumergida en él va dejando todo lo que le sobra y revistiéndose de lo que le falta, como esposa enojada para sus Bodas con el Rey (Ys 61,10).

i) *A lo sumo vemos oración de principiantes Si con mirada atenta avizoramos el panorama de la Iglesia que ora, por los frutos veremos una multitud de principiantes. No han dejado el libro para orar y la soberbia, avaricia, lujuria, ira, gula, envidia, pereza, exclusivismo y petulancia campan por sus respetos.*

Escribe el P. Arintero: «Gran multitud de cristianos, y aun de religiosos -aunque comprometidos a caminar muy de veras a la perfección evangélica -, nunca salen de esta fase de la niñez espiritual, que es la propia de ascetas y principiantes» («Evolución mística», 1ª parte, cap. 1, pág. 21, BAC 1968.).

Que esto ocurra en las personas apostólicas es grave, porque la acción debe ser el fruto de la contemplación «non per modum subtractionis, sed per modum additionis»: «no quitando lo que ya tenía, sino aceptando una tarea más» (**Santo Tomás, «Suma teológica», 2-2, q. 182-a, 3**). Que por eso san Gregorio con frase lapidaria ha dicho «sea el obispo el primero en la acción y el más alto en la contemplación».

j) *Todo el pueblo de Dios llamado a la santidad Pero no sólo los obispos. Jesús no quiso que su Iglesia fuese un pueblo de principiantes, sino de perfectos: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5,48).*

Yahvé quiere que el pueblo de Israel sea santo: «Yo soy el Señor, vuestro Dios, santificaos y sed santos porque yo soy santo» (Lv 11, 14). Estas palabras, repetidas constantemente en los Libros Sagrados, han llegado hasta el Vaticano II en su llamada general a la santidad: «Todos los fieles cristianos, de cualquier condición y estado, fortalecidos con tantos y tan poderosos medios de salvación, son llamados por el Señor, cada uno por su camino, a la perfección de aquella santidad con la que es perfecto el mismo Padre» («**Lumen gentium**» 11. c.)

La misma exigencia de Jesús es recogida por el Concilio: «El divino Maestro y Modelo de toda perfección, el Señor Jesús, predicó a todos ya cada uno de sus discípulos, cualquiera que fuese su condición, la santidad de vida, de la que Él es iniciador y consumidor: «Sed pues, vosotros perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5, 48).

Y en la misma Constitución citando palabras de san Pablo: «En la Iglesia, todos, lo mismo quienes pertenecen a la jerarquía que los apacentados por ella, están llamados a la santidad, según aquello del Apóstol: “Porque es la voluntad de Dios, vuestra santificación ”» (1Tl 4, 3; cf Ts 1,4).

Y en otro lugar: *«Quedan invitados y aun obligados todos los fieles cristianos a buscar insistentemente la santidad y la perfección dentro del propio estado»* (42)

San Pablo a los Efesios enseña que estamos llamados todos sin excepción a alcanzar *la edad adulta* (Ef 4, 13). Pero, *«cuando yo era un niño tenía mentalidad de niño, discurría como niño; cuando me hice hombre, acabé con las niñerías»* (1Co 13, 11).

k) *Necesidad de la oración mística*

Pero caminando por la vida ascética somos como niños. Como gusanos en alegoría de santa Teresa, que representan el período ascético, gusanos llamados a convertirse en capullos de seda que es el comienzo de la vida mística, y culmina en la mariposa del total desarrollo de la unión amorosa y permanente con Dios (*«Quintas moradas»*, 2, 2-3). Por eso dice Lallemand: *«Los que tienden a la perfección por la vía de las prácticas y de los actos metódicos, sin abandonarse a la dirección del Espíritu Santo, no tendrán nunca esta madurez y suavidad de la virtud que es propia de sus frutos»* (*«Doctrina espiritual»*, J,- 4, c. 5).

Está pues claro que trabajando humanamente se consiguen pocos frutos. Precisa trabajar divinamente, conducidos o robustecidos por los Dones, que esto es la mística, para en poco tiempo conseguir mucha hacienda.

«Porque por mucho que el principiante se ejercite en mortificar en sí mismo todas sus acciones y pasiones nunca lo puede conseguir del todo, hasta que Dios lo hace en él, mientras él permanece pasivamente, por medio de la purificación de esta noche» (San Juan de la Cruz, *«Noche oscura»*, 1. 1º, 7, 5).

Volvamos de nuevo a la *«Noche oscura»* donde san Juan mete al hombre para que, quemadas sus escorias en el fuego de la contemplación oscura y amorosa, quede convertido en dios por participación, como el tronco en el fuego se convierte en fuego y el sol embistiendo en el cristal lo transforma en luz.

Si queremos que los hombres avancen al compás del Espíritu pongámoslos en disposición de recibir el huracán de su soplo, unas veces, y otras, el blando céfiro de la contemplación amorosa, santa, pacífica y sabrosa.

Es decir guiémoslos a la vida mística -predominio de los Dones-; no nos conformemos con que siempre naveguen a remo, al compás de las virtudes.

Porque es mejor que el hombre sea dirigido por el Espíritu que lo sea por la razón.

Para seguir el dictamen de la razón son suficientes las virtudes. Para seguir las inspiraciones de Dios son necesarios los Dones. y el ejercicio predominante de los Dones es la vida mística.

San Juan de la Cruz ayuda a formar místicos. Hoy el mundo necesita místicos porque tiene graves problemas que sólo ellos pueden solucionar.

l) *La orientación de la oración oriental*

Pero quiero destacar un fenómeno quizá llamado a revolucionar nuestra mentalidad ascética y excesivamente activista, eficaz e intelectualizada, en provecho de la mística ya poner en luz de nuevo a nuestros místicos. Me refiero a la orientación oriental de muchos sectores occidentales, particularmente entre la juventud. Buscan allá, a impulsos del grito del ser humano, una mayor dosis de misticismo que no encuentran en la religión que han visto demasiado formalista a veces y excesivamente dogmática, autosuficiente, dura, intransigente y maniquea. y que ha perdido entre la hojarasca de los detalles la joya sustancial y principal.

Gustave Thibon ve en esto una moda y un snobismo en busca de lo exótico y lejano. Pero ese afán por lo novedoso puede tener y va a tener seguramente una feliz contrapartida que es el conocer indirectamente a nuestros místicos, a quienes no conocieron por ser de casa y porque no se les supieron presentar y porque, digámoslo todo, tuvieron mala prensa.

Si no me equivoco creo que vamos a encararnos afortunadamente con un acontecimiento de síntesis de dos culturas de la que ambas pueden resultar enriquecidas.

El esfuerzo por injertar en nuestra mística cristiana la psicología y técnica orientales puede ser de una fecundidad enorme e insospechada. Y nótese que hablo de psicología y técnica, nunca de religión y teología.

Es evidente que la finura, penetración inteligente, sagacidad y exquisitez con que los orientales dominan el funcionamiento de la mente y su interacción con el cuerpo por la experiencia de cinco mil años, está muy por encima de lo que nosotros, occidentales, hemos conseguido y elaborado.

Así lo han visto los obispos de Asia que, reunidos en Asamblea Plenaria para tratar el tema de la oración han declarado: «Asia tiene mucho que dar a la auténtica espiritualidad cristiana: una oración ricamente desarrollada de toda la persona en unidad cuerpo-psyche-espíritu; oración de profunda interioridad e inmanencia; tradiciones de ascetismo y renuncia; técnicas de contemplación de las antiguas religiones orientales, como *Zen* y *Yoga*; formas de oración simplificadas, como el *nam-japa* y el *bhajans*, y otras expresiones profundas de fe y piedad de aquellas personas que con mente y corazón se dirigen fielmente a Dios en su vida cotidiana» (19-25 de noviembre de 1978).

II) *Parábola de Paul Claudel*

En una de sus reflexiones sobre la poesía francesa, Paul Claudel escribe la famosa parábola de Animus y Anima («*Réflexions et propositions sur le vers français, en Positions et Propositions*», I, Gallimard, 1934.). Animus es el intelectual. Anima es la intuición, la originalidad, la fantasía creativa.

Animus es pedante, vanidoso, tiránico. Anima es ignorante, jamás ha ido a la escuela, no la dejan hablar.

El hombre occidental es acusadamente lógico, racionalista, voluntarista, crítico, intelectual, es más Animus que Anima. Su cultura ha sido desarrollada durante siglos en un ambiente donde Animus ejerce su influencia totalitaria.

Desde los primeros años de su desarrollo cultural el niño occidental aprende lecciones, hace propósitos, luego irá a la Universidad «para saber pensar, «para ser inteligente».

Todo lo que se le presente al occidental como mundo que se escapa a una explicación exacta, calculada, precisa, lo que aparece envuelto en los ropajes del misterio, de la intuición estética o religiosa será despreciado como Anima, que es ignorante, tonta, que jamás fue a la escuela.

En la cultura del oriental, por el contrario, el pensamiento lógico-conceptual es olvidado para dar la primacía a estados de conciencia que caen más allá de lo puramente racional. En la base de la cultura oriental están la intuición, la familiaridad con lo inefable y misterioso, la experiencia que trasciende lo que es definible con exactitud y que materialmente se puede palpar, medir, contar.

Es el reino de *Ánima*, que es la más rica y profunda región del hombre.

Un día -termina diciendo la feliz parábola- Animus entró de repente en casa. Puede ser también que estuviera soñoliento después de comer, o tal vez absorto en su trabajo. Oyó a *Ánima* cantar. Cantaba ella sola, detrás de la puerta cerrada. Era una curiosa canción, algo que él no había oído jamás. No acertaba a descifrar las notas o la letra, o la clave. Una extraña y maravillosa canción realmente. Después Animus ha tratado solapadamente de hacer repetir a *Ánima* la canción, pero ella hace como que no entiende. Cuando él la mira ella enmudece.

Los poetas, los místicos y los artistas se mueven airoosamente en el reino de *Ánima*. Ellos poseen un *Ánima* libre y llena de originalidad, de riqueza y de fantasía creativa. En este reino debe entrar nuestra Iglesia, si no quiere envejecer y perder las energías de la juventud.

m) Cuentan los monjes del Zen Pero a Animus todavía le sucede algo peor. Aferrado obstinadamente a su razón, a su meditación reflexiva, le ocurre lo que cuentan los monjes del Zen: Un joven viudo vivía con un hijo único de cinco años. Un día, al volver del trabajo, el padre comprobó consternado que su casa estaba ardiendo invadida por las llamas y su hijo había desaparecido.

Febrilmente, locamente, aquel hombre buscó a su hijo por todos los rincones de la casa. No lo encontró. Cuando las llamas se extinguieron, aparecieron los restos carbonizados de un niño en medio de los escombros. Lloró el padre y después de honrar aquellos restos con sus ritos funerarios, guardó las cenizas de su hijo en una pequeña caja que nunca abandonó. Aquella caja se convirtió en su objeto de adoración.

Pero, la verdad es que las cenizas aquellas no eran las de su hijo. Su hijo se había salvado del incendio y había sido raptado por unos bandoleros.

Un día el hijo logró escaparse y volvió a casa de su padre. Era medianoche y el padre estaba rezando abrazado a lo que creía las cenizas de su hijo.

Oyó golpear la puerta. ¿Quién eres? Preguntó. -«Soy tu hijo, ábreme». -«Mientes» -dijo el padre- «mi hijo murió carbonizado hace muchos meses». El hijo insistió en su llamada, pero el padre, aferrado a sus cenizas, no intentó abrir la puerta. Y así es como perdió para siempre a su hijo vivo a cambio de su hijo muerto y carbonizado.

Dios llama: «*estoy llamando a la puerta*» (Ap 3, 20). *Animus* se queda con las cenizas de sus reflexiones muertas y abrazado tenazmente a sus archivos y bibliotecas pierde al Dios vivo que llama y llama para que le toquemos y palpemos por el saboreo de la Sabiduría mística.

n) *San Juan de la Cruz Ahí es donde nos lleva san Juan de la Cruz considerado por los orientales como un verdadero Yogui, el Yogui por excelencia como ya dije en la Introducción al Cántico espiritual leído hoy* (Ediciones Paulinas, 5ª ed., 1981, citando a Swami Sideswaranada en «El Raja-Yoga de San Juan de la Cruz», Editorial Orión, México 1974.). Nos conduce por esta senda, con una diferencia, a mi entender, de los orientales: él quiere que el alma se entregue al ocio santo cuando se sienta movida a ello por unos signos especiales 75 y no le permitirá adelantar esa hora divina. El oriental comienza de entrada provocando el silencio y el vacío interior de la mente por la relajación y la concentración, bien atento a la respiración en estado de alerta, o bien a la repetición del mantra o frase, lo que él llama hacer *japan*, 0 bien a la observación atenta de que ya he hablado antes.

Quizás esto es lo que se escapa a san Juan, a pesar de que su técnica lleva mucha diferencia de la santa Teresa, que trata con mayor extensión la oración de los principiantes porque ella misma vivió casi 20 años en oración ascética. San Juan, que suponía además la doctrina de la Madre, escribe más para contemplativos. Pienso que para el principiante, que aún no está familiarizado con la amistad con Dios, o con el trato con la humanidad de Cristo, que es lo que pretende santa Teresa, será un comienzo provechoso el sistema oriental de observación del terrible desorden en que se debate que dará pie a la invasión de paz, sosiego, suavidad, energía, que desarrollará el ocio santo y amoroso, acelerando la hora del momento místico, que siempre es gracia, pero que jamás se niega al que busca mediante el silencio ambiental, corporal, afectivo y mental. y que es fuente de creatividad, que Dios no da sus dones para esterilizar, sino para fecundar y que nazcan siempre obras, obras» («Subida», 1, 2, 13 y «Noche oscura», 1, 1, 9. " Santa Teresa, «Séptimas Moradas», 4, 6.).

Llegado aquí el hombre está consiguiendo su integración humana, cósmica y divina. Se va convirtiendo en

«Capullo que se hincha con vigor interno, cirio que va cuajando en el silencio, silencio sagrado de hombre que se está construyendo en el crisol santo del seno materno de la fecunda e Infinita Realidad.

*Verás el capullo verde
hecho ascua de oro y rubies.
Verás el enorme cirio Pascual
que es Cristo forjado
a pulso desde dentro
en el fulgor de la gran batalla
de paz, calor, dolor, olor
de rosa, de incienso quemado*

*fulgor de luz celeste,
aroma de sándalo...»*

(Jesús Martí Ballester, «Oblación carmesí», Barcelona 1979, págs. 54-55)

Ahora va obrando el hombre con fuerza de Dios y está alcanzando una presencia en el mundo que le sitúa muy por encima de la multitud de hombres superficiales que viven y actúan sólo en la periferia, o en la *cerca del castillo* (Santa Teresa de Jesús, «Primeras moradas», 1, 2), porque los hombres, como las oraciones, no se cuentan, se miden por los niveles de la profundidad a que han llegado en el Océano abisal del siempre Ser y Amor.

VI La obediencia

1. Sin fe no hay obediencia

En un tiempo en que los Pontífices carecían de la preponderancia espiritual que ha adornado y sigue adornando a los Pontífices modernos, san Ignacio impuso a su Compañía el cuarto voto de obediencia al Papa. Aquello era fe, fe que se remontaba por encima de todas las miserias humanas y confiaba en la gracia que endereza todos los renglones, por torcidos que sean.

Desgraciadamente hoy, aquí y allá, pululan hombres ensoberbecidos que, por lo mismo, se incapacitan para ese abismo de la fe absoluta, desnuda, pura e incondicional, que sabe abandonarse a la acción de la Providencia que habla, corrige, alaba, exhorta, condena por boca de sus Vicarios.

La práctica de la obediencia exige humildad. Pero una y otra son imposibles sin la radicalidad de la fe. Sin fe el Papa no es el Vicario de Cristo, ni el Obispo el sucesor de los Apóstoles. Sin fe el Papa es un hombre con sus cualidades y con sus defectos, un hombre sin trascendencia, mal aconsejado quizás, o influenciado por los grupos de presión.

Fe y muerte de Dios se excluyen. Por eso más o menos las consecuencias de la pretendida muerte de Dios se han notado en nuestras filas.

En 1961, en los Estados Unidos, un periódico estudiantil de confesión metodista llegó a publicar una necrología de Dios. Decía así: «Atlanta (Georgia) 9 de noviembre. Dios el Creador del Universo, la deidad de los judíos del mundo entero, la suprema realidad de los cristianos y la más eminente de todas las divinidades, murió ayer hacia el final de la tarde durante una grave intervención quirúrgica realizada con el objeto de corregir el descenso masivo de su influencia. Las primeras reacciones en el mundo han sido de incredulidad, tanto en el hombre de la calle como en los dirigentes. El expresidente Truman recibió la noticia en casa de su peluquero, en Kansas City, y declaró: Siempre me quedo consternado cuando me entero de que alguien acaba de morir; es francamente desagradable».

¿Cómo obedecer a Dios en el superior, si Dios ha muerto?

Por otra parte en determinados ambientes ha privado más la importancia de la castidad, que la de la obediencia, con ser ésta una virtud superior.

Claro que la obediencia está por debajo de las virtudes teologales que nos unen con Dios, pero en seguida, y por encima de las morales, está ella. Porque sacrifica a Dios, en la persona del superior, un bien de categoría mayor que el que sacrifica la pobreza y la castidad: el bien de la voluntad libre, que se somete incondicionalmente a la Voluntad de Dios.

2. El nacimiento del cenobitismo

Los anacoretas y ermitaños que, viviendo solitarios, no tenían superior, hacían durísimas penitencias, pero porque ellos querían. Era su voluntad la que decidía. Fue una mayor purificación del Espíritu la que trajo el cenobitismo que, sin austeridades extraordinarias, inmolaba su voluntad, facultad espiritual, la superior del hombre y, por tanto, la más noble y por eso, su sometimiento más meritorio.

San Pacomio, nacido el año 292 en la Tebaida superior y convertido del paganismo, se entregó a la vida anacorética junto al solitario Palemón. En ella tuvo ocasión de observar la desorientación de muchos anacoretas y los peligros de la vida solitaria, privada de todo aliciente humano y expuesta a las ilusiones de la propia voluntad. De todo ello se valió el Espíritu Santo para organizar el cenobitismo que tenía la mejor garantía de luchar contra el enemigo número uno de la santidad, que es la propia voluntad. y así surgió el primer monasterio pacomiano en Tebenesia, lugar de la Tebaida, alrededor del año 320. Los monjes se obligaron a obedecer a un superior, en quien Dios se personificaba.

Ave, Christe, decía interiormente Dom Columba Marmión inclinándose ante su Abad, con el respeto y amor que lo haría ante la persona de Cristo.

Una obediencia iluminada rinde, no sólo el trabajo mecánico, que como trabajo de esclavos no constituye obediencia, sino la parte superior del juicio y de la voluntad, sometiéndola, con desprendimiento total y ausencia de miras humanas, obedeciendo racionalmente y no automáticamente.

Cuantas menos cualidades tenga el superior, y más ingrata sea su orden a la naturaleza, más sobrenatural la obediencia y, por tanto, más meritoria.

Voluntad identificada con la del Superior, pensando que si la Iglesia Jerárquica me dice que es negro lo que yo veo blanco, crea que es negro, como dice san Ignacio. y aquí está el mérito y el triunfo sobre la soberbia, a la que esta obediencia asesta un golpe mortal.

Cuando el padre García de Toledo impone a santa Teresa el mandato de escribir *las Moradas*, ella no tiene ganas de escribir, sufre fuertes dolores de cabeza, y piensa: «la obediencia dará fuerzas, y si no sirve para nada lo escrito, con mi cansancio y aumentar los dolores de cabeza, habré salido ganando» («Moradas», Prólogo) y esto es lo que le dio fecundidad a ese libro sublime, que salió de su pluma, pero de la mente del Espíritu Santo.

No quiere esto decir que el súbdito no pueda en un momento determinado manifestar al superior las dificultades serias que encuentra para realizar la obediencia.

Puede y debe, salvo casos excepcionales en que el Espíritu Santo pida claramente la inmolación. Lo contrario sería tentar a Dios. El superior no es omnisciente. -El necesita información. La debe pedir. No maneja piedras inertes, sino seres vivientes y sensibles, con una salud determinada y con unas circunstancias concretas.

Pero debe ser objetiva la manifestación, sin que se camufle el propio deseo y la propia voluntad porque, en caso contrario, ya estaría viciando la obediencia y obstaculizando la perfección.

3. A más inteligencia humilde más obediencia

Son los pueblos más civilizados los más predispuestos a la obediencia, los menos conspiradores y detractores de la autoridad, porque tienen más costumbre de ver que el superior tiene una visión más amplia y mejores consejeros y miras más elevadas. Ve desde un vértice más alto y por eso su vista es panorámica y se dirige mejor al bien común.

Lo mismo ocurre en las comunidades donde los más inteligentes son, si no están tocados de soberbia, los más obedientes. La anarquía es de pueblos salvajes y de comunidades infraformadas.

Las personas religiosas desobedientes no son felices, siempre se quejan, descontentos, ni tienen paz ni dejan a nadie en paz y promueven el descontento y la insubordinación y, a veces, el escándalo.

La mansedumbre y la humildad crecen con la obediencia y, con ellas, la alegría y la paz.

4. Obediencia para todos

La influencia del medio ambiente nos hace mucho daño porque no tenemos el mundo bajo los pies. Y el mundo está así. No piensa santa Teresa. De la independencia y de la obediencia como piensa el mundo: *«Lo que parece nos haría mucho provecho a las que por la bondad del Señor están en este estado es estudiar mucho en la prontitud de la obediencia; y aunque no sean religiosos, sería gran cosa, como lo hacen muchas personas, tener a quien acudir para no hacer en nada su voluntad, que es lo ordinario en que nos dañamos. Y no buscar otro de su humor, como dicen, que vaya con tanto tiento en todo, sino procurar quien esté con mucho desengaño de las cosas del mundo»* («Moradas Terceras», 2, 12). Prontitud de la obediencia, no cualquier obediencia, por tanto, sino la pronta, la rápida, la decidida y constante, y esto aunque no sean religiosos, cuánto más siéndolo, a fin de no hacer jamás su propia voluntad, lo cual es sumamente meritorio y totalmente seguro. Hoy se creen maduros y llegados a la mayoría de edad, y mirad santa Teresa si era grande y no deja de obedecer y recomendar para mérito mayor la obediencia. Porque el hacer nuestra voluntad nos perjudica mucho, nos *daña*, dice ella. Y puestos a buscar a quien obedecer, no ir tras el que sea según nuestro gusto, y que nos dé por nuestro comer. Y decimos que tal superior a mí no me va, o que tal disposición no es conforme a mi talante, pues ése es el mérito. Y procurar el director que esté muy desengañado del mundo.

Obediencia pronta en todo. Pero esa obediencia, que es tan necesaria hoy en todas partes, más que ninguna otra virtud, puede desviarse y quedarse en una obediencia material cuando se obedece rutinariamente sin ejercitar la fe al obedecer como de quien

se somete en aquel acto y en todos a Dios en su superior. Se desvirtúa cuando se critica por fuera o por dentro, o cuando parece que obedece pero hace su voluntad, o cuando busca que le manden la que le gusta o quiere, o cuando se murmura. ..y no sólo no se obedece sino que se quitan ánimos a los demás. O cuando sólo se quiere obedecer hasta el tope de lo mandado y nada más, la cual sería un rabinismo de apego a la letra sin entrar a gustar el espíritu.

Hay que prevenir el seudomisticismo de creer que el Espíritu Santo nos inspira algo contra la obediencia. Estas revelaciones particulares pueden dañar mucho. El Espíritu Santo no inspira contra la voluntad del superior, de vía ordinaria, ni a santa Teresa...

Hay que tener cuidado también de no conseguir por nuestras artes que el superior nos mande la que nosotros queremos, eso no sería obediencia sino camuflaje de la obediencia y amor propio refinado y egoísta a tope.

Hay veces que el superior o la superiora ya no se atreve a mandar porque sabe que le van a llover protestas y no se siente con vocación de mártir. Cuando se llega a ese punto todo se ha destruido ya. No queda nada de espíritu.

5. Cristo, supremo Modelo de obediencia

En Cristo tenemos el supremo modelo de obediencia. Porque pensamos y decimos muchas veces que Cristo, sí, era Dios. Como si no le resultara difícil aceptar el dolor, la humillación, la desconfianza... la muerte. Y sí que le resultó duro todo lo duro, como a nosotros. Era hombre. En Getsemani se separó de sus apóstoles la bastante como para que no le oyesen gritar. ¿Os habéis imaginado alguna vez a Jesús gritando? ¿Como grita un niño golpeado por otro niño más forzado que él? ¿Como grita el naufrago que ve hundirse su vida? ¿Como grita la mujer en trance doloroso?. Jesús gritó, pero no se entregó al desaliento. Sufrió mucho pero con constancia.

¿Qué nos dice esta actitud de Cristo? ¿A nosotros, criaturas humanas como Él, que nos vemos acorralados en la vida por dolores tan diversos? Que no nos desalentemos. Que sigamos, que confiemos en su fuerza. Que se la pidamos, como Él, al Padre... Presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte (Hb 5, 7). Nos está permitido que pidamos que pase el cáliz, que expongamos a Dios nuestras repugnancias... pero no creamos ni esperemos que nuestra oración nos libraré de sufrir. A Jesús no le ha librado de la muerte. Pero le ha dado fuerza para cumplir la Voluntad del Padre. Si no tenemos fuerza, pidámosla. y si llega el momento y nos hundimos en nuestra repugnancia es que no habremos orado bien. Pero el Padre, además, lo salva de la muerte por la resurrección. Así también a nosotros Dios nos salvará de nuestra angustia dándonos los méritos de haberla superado.

Jesús aprendió a obedecer sufriendo. Soportó todo lo inherente a la humana naturaleza. Dolor, lágrimas, frío, calor, humillación, traición, incomprensión, persecución, cruz, muerte. Así aprendió a realizar la voluntad de su Padre. No obedeció cosas fáciles sólo. Obedeció cuando la virtud de la obediencia le exigía sufrimiento. Estamos todos dispuestos a obedecer lo que nos puede hacer protagonistas de novela rosa. Nos resistimos a protagonizar la tragedia de la renuncia, que el amor propio sea triturado y vencido. Y nuestro seguimiento de Cristo pide obediencia en todo. También en lo que nos contraría, en las circunstancias adversas, que están manejadas

secretamente por Dios, que utiliza a sus criaturas como instrumentos de purificación. Si no queremos obedecer en lo duro, nunca llegaremos ni a la purificación ni a la santidad. Abandonarse en Dios en todo como niños pequeños a los cuidados de sus padres, así es como «*el justo vive por su fe*» (Hb 2,4). Y Dios «*toda deuda paga*»... («Llama de amor viva», c. 2.)

«Esto dice el alma porque en el sabor de vida eterna que aquí gusta siente la recompensa de los trabajos que ha pasado para llegar a este grado. En el cual, no sólo se siente debidamente pagada y satisfecha, sino premiada con creces.

Entiende bien la verdad de la promesa del Esposo en el Evangelio que daría «*ciento por uno*» (Mt 19, 29).

Ninguna tribulación, tentación, penitencia, ni cualquier sufrimiento soportados en este camino deja de recibir cien veces más de consuelo, deleite, etc., en esta vida.

Muy bien puede ya el alma decir: «y toda deuda paga...» («Llama de amor viva leída hoy», c. 2, 23.)

Sólo la obediencia suave y dulce, aunque sea mortificante y de crucifixión, nos dará la salvación y la fecundidad.

6. Una página autobiográfica

Las cinco de la tarde y acaba de llegar el cartero. Éste es un momento siempre grato, abierto a una auténtica aventura. Con mano nerviosa empuño el cortapapeles, que se ceba en la primera víctima: un sobre azul tirando a verde con el membrete garboso del Obispado que parece guiñar un ojo con revoltosa ironía. La media firma acelerada del encargado del registro, pone una nota cómica de seriedad a la burlesca y descarada risa del sobre abierto, que activa más mi impaciencia: ¿qué pedirán en el obispado? ¡Qué bien se gobierna desde un despacho confortable, y se dan órdenes enigmáticas vestidas de azul desde las oficinas del Palacio Episcopal!... Esto me sugiere al oído del alma un rebelde demoniete negro, mientras me salto la lectura del membrete y de la fecha y del encabezamiento para llegar hasta el veneno: «A Ud. le ha tocado en suerte, para este mes de febrero el siguiente tema: *La sumisión a la Jerarquía*... su trabajo se ajustará... Hará lo posible por remitírmelo antes de finalizar el corriente mes». Leo mecánicamente lo que sigue y se me ocurren múltiples protestas para incumplir o demorar la orden y voz de Dios doblada por un Presidente calvo, y con gafas.

La voz de Dios, la orden de Dios. ¿He dicho la voz de Dios? Sí, sí. «Quien a vosotros oye a Mí me oye, quien a vosotros desprecia a Mí me desprecia» (Lc 10, 16). Recuerdo cuando el otro día desde el ambón citaba estas palabras a mis fieles sumisos que habían de ver en mí a Jesús, recuerdo que jalonaba en tres personas consagradas la obediencia a Jesús: Cuando obedecéis al Párroco o desacatáis sus palabras, cuando al Obispo, cuando al Papa, a Jesús obedecéis, o sus palabras desacatáis, les decía.

¿Y si lo empezara a practicar yo? Porque no las dijo e Maestro para imponerlas a mis tardos feligreses en exclusiva, porque ellos tienen un Cristo inmediato, pero mi Jefe es el Obispo, búcaro opulento, don regio, dulzura maternal de un Dios. Amor que llena con su gracia un corazón de carne y multiplica en sus palabras la Palabra de Dios.

«*Quien a vosotros oye a Mí me oye... Quien a vosotros desprecia, a Mí me desprecia*» (Lc 10, 16) redoblan en mis oídos las palabras que san Lucas recogió de los labios de Jesús. Son como el alerta de un clarín de plata que tuerce el corazón: Escribirás, sí, escribirás esas cuartillas que te van a salir deslabazadas, ya lo sé, pero ¿eso qué importa? Lo que importa es que obedezcas para que sepas mandar. Predicarás la obediencia con mayor verdad. Escribirás, escribirás... y obedecerás al Prelado cuando te mande directamente y cuando lo haga a través de sus hombres, porque así trabajas para Dios, das tu nota en el acorde jerárquico, multiplicas la cosecha, tiras por la borda la red de la tentación de aquel demoniete negro, consuelas a tu Obispo, y vencerás, vencerás porque en tu trabajo estará Él, Jesús, tu Jefe, para fecundarlo.

VII LA FE

I. La fe, relación personal con Dios

La fe es algo más hondo y personal que el asentimiento psicológico a cierto número de verdades. En el acto de fe encontramos dos personas que se relacionan, o, hablando con mayor propiedad teológica, cuatro. Es la Verdad personal de Dios que se manifiesta, promete y exige una respuesta del hombre.

Se ha dicho un poco inconsideradamente que la fe es un salto en el vacío, y no hay tal salto en el vacío cuando se entrega el hombre a corresponder a la iniciativa de Dios, sino la seguridad de apoyarse en la Roca firme y misteriosa, en el Dios vivo y verdadero y el experimentar incesantemente su solidez.

Siendo la fe la relación entre Dios y el hombre, la fe se hace historia y progreso. Ocurre con ella lo que con el amor entre dos personas: que día a día se va profundizando en el conocimiento mutuo y en la relación de ambos. El misterio de la persona amada es algo en lo que se va ahondando poco a poco.

La fe es susceptible por tanto de un crecimiento, o de un retroceso. Es un germen vital. La fe es una vida, no es una piedra. La fe es una criatura que debe crecer y que, como toda vida, tiene sus leyes de crecimiento cuyo desconocimiento o abandono puede originar su enfermedad, e incluso la muerte, y tratándose de la raíz de la vida cristiana se comprenden las consecuencias que ésta puede acarrear.

2. Abraham, el hombre de fe

Hablando de la fe, razonando sobre la fe, no podemos dejar de contemplar al padre de la fe, al Patriarca Abraham. Es el creyente perfecto, el prototipo. Mirar el esquema de su vida de fe, puede darnos mucha luz para comprender lo que ella comporta.

«*Dios sacó afuera a Abraham y le dijo: mira el cielo, cuenta las estrellas si puedes. Y añadió: Así tu descendencia. Abraham creyó al Señor y se le contó en su haber*» (Gn 15,5-6; Ga 3,6).

Abraham nada vio de cuanto Dios le decía, no veía ni siquiera el germinar de esta descendencia, y lo que veía estaba en contra de lo que Dios le prometía, porque Abraham no tenía hijos, pues Sara, su mujer, era estéril.

Pero allí estaba la promesa de Dios ¿cómo reaccionará Abraham? Ya lo sabemos, pues por algo es el padre de la fe. Y por que Abraham creyó a Dios se le contó su fe en su haber (Gn 15,5-6). Con ese acto de fe glorificó Abraham a Dios.

En primer lugar fijémonos en que la iniciativa en el cumplimiento de Abraham la tiene Dios. Abraham vive en Ur de los Caldeos, en medio de un desorden de idolatría. De momento Dios irrumpe en su vida: «Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré. Y haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre y serás bendición... Y se fue Abraham como Yahvé le dijo» (Gn 12,1-4).

La iniciativa es de Dios que promete y exige la confianza en su palabra y la realización de algo muy duro. Abraham se somete y obedece. «Por la fe de Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia; y salió sin saber a dónde iba» (Hb 11, 8). La fe le exige abandonarlo todo, tener que vivir en tierra extranjera, ser un desterrado en Canaán, bajar a Egipto corriendo el riesgo de perder a su mujer, tenerse que separar de Lot su sobrino y quedarse en soledad. He ahí la fe de Abraham. Contra todo lo visible, contra toda apariencia él obedece y se somete. Y se siente seguro del futuro.

«Abraham cayó de bruces y Dios le dijo: Mira, éste es mi pacto contigo: serás padre de muchedumbre de pueblos. Ya no te llamarás Abrán, sino Abraham, porque te hago padre de muchedumbre. Te haré crecer sin medida, sacando pueblos de ti, y reyes nacerán de ti» (Gn 17,3).

El relato de los orígenes de nuestro ser de creyentes, de hombres de fe, que nos narra la historia de Abraham con toda su sencillez, nos sumerge en la profundidad del corazón humano al sondear el de aquel sencillo beduino a quien Dios le cambia el nombre en función de la promesa que le hace. De Abrán que es *padre grande* le cambia en Abraham que es *padre de mucha gente*. Abraham como buen beduino, viéndose estéril y viendo a su mujer estéril, siente la necesidad de dejar descendencia y él mismo se queja al Señor: «Señor ¿de qué me sirven tus dones si soy estéril y Eliezer de Damasco será el amo de mi casa? No me has dado hijos, y un criado de casa heredará...» (Gn 15, 2). Siente necesidad de que sus posesiones y su nombre no se acaben y experimenta el deseo bíblico de ver a los hijos de los hijos hasta la tercera y cuarta generación (Tb 9,11); no los tiene y los añora.

Abraham, en su ancianidad, no se ve besuqueado por sus nietos que se le suben por las orillas, y le acarician la barba. Éste es el corazón de Abraham y éste su imperativo categórico manifestado al Señor que Conoce muy bien el Corazón de su gran amigo. Y Dios responde: «Te hago padre de muchedumbre» (Gn 17,5). Dios que ha hecho alianza Con Abraham le da lo que más ambiciona: «muchedumbre, padre de muchedumbre.. «Te haré crecer sin medida, sacando pueblos de ti y reyes nacerán de ti. (Gn 17,6). Está refiriéndose a la dinastía de David. Reyes nacerán de ti y sobre todo el *rey de reyes*, Cristo. «Cumpliré mi pacto contigo y con tu descendencia en futuras generaciones, Con pacto perpetuo. Seré tu Dios y el de tus descendientes futuros. Os daré a ti, a tu descendencia futura, la tierra en que peregrinas como posesión perpetua y seré su Dios. Guardad mi alianza tú y tus descendientes por siempre» (Gn 17, 7-9). La *descendencia* es la nota dominante de todo el diálogo: *Te daré una descendencia...*

Haré alianza Con tu descendencia... Os daré a ti ya tu descendencia la tierra en que peregrinas... Porque él es nómada en todas aquellas tierras que aún no ha dominado y todavía no posee. Abraham va a ser padre carnal de Isaac y su linaje humano y va a ser padre espiritual de Israel y de la Iglesia, Padre en la fe. La paternidad que Dios le promete a Abraham no será solamente paternidad carnal sino paternidad que se extenderá al orden de la fe, porque no según la carne somos hijos de Abraham, sino según lo espiritual y la fe; por lo tanto Abraham es bendito por Dios en descendencia carnal y descendencia espiritual.

Esta promesa que se ha realizado ya y se está realizando todavía y que se realizará mientras el mundo sea mundo y hasta que llegue el triunfo de Jesucristo, cuando Él entregue al Padre el Reino, está dando cumplimiento a la de Dios: *«Te haré padre de muchedumbre, te haré crecer sin medida»* (Gn 17,5). y cada nuevo miembro humano que es engendrado en el agua del bautismo en Argentina, en el Congo, en Alaska o en el Camerún, en Italia, y en España, en Barcelona, en Madrid y en toda la redondez de la tierra, actualiza la fidelidad de Dios a su palabra.

Y tardará en realizarse la promesa. La demora en realizar Dios hay que considerarla también como estrategia de la purificación de la fidelidad.

Y una vez llegue Isaac, con su crecimiento, se exigirá el crecimiento en la fe de Abraham. Sacrificar a su hijo. No es sólo un hijo, es toda una vida pendiente de una promesa: Padre de muchas gentes. ¿Si sacrifico a Isaac, que tanto tiempo tardó en llegar, por dónde se cumplirá la promesa? Es una fe total en Dios. Una confianza pura en sólo Dios. y no en sus dones o en las criaturas que Él haya puesto en tus manos.

Por otra parte el sacrificio de Isaac no va a matar la esperanza sino a agrandarla, a extenderla más allá de los límites en que esa esperanza se encerraba a sí misma. No serás padre de unos descendientes de Isaac según la sangre, sino, el padre de todas las generaciones del espíritu.

Abraham, pese a la sangrante y visceral exigencia, es fiel en la prueba, cual cumple a quien ha de gozar de tan larga generación.

A quienes Dios llama para dejar en el mundo una larga huella de vida cristiana les exigirá una ilimitada confianza, una fe profunda, un total abandono, una carta blanca en sus manos. Y Él demorará la promesa, la realización de sus planes en el tiempo, aunque se los acose Él. y después los probará exigiéndoles el sacrificio del hijo. Pero al final se quedan con Isaac vivo y el fruto centuplicado.

3. Otro ejemplar de fe: Simón, Piedra de la Iglesia

Simón contestó: *«Maestro nos hemos pasado la noche bregando y no hemos cogido nada...»* (Lc 5, 5).

Es la voz del hombre que ha puesto sus cinco sentidos en el trabajo urgente, porque, si no lo hace, mañana no puede vender su mercancía, que es su medio de subsistencia.

Es la voz del hombre que refleja su impotencia... Ha hecho todo cuanto ha podido; está, por lo tanto, cansado... «*Nos hemos pasado la noche bregando*» (Lc 5, 5). De norte a sur, de sur a oeste han recorrido el lago en todos los sentidos. No es día de pesca... No quedan peces, o no tienen ganas de salir.

Era necesario que así sucediera. Para que brille más el milagro que van a contemplar se necesitaba el fondo oscuro de la nulidad del experto hombre de mar, de la ineficacia de sus más arduos esfuerzos.

Para que cuando llegue la pesca milagrosa aparezca en toda su luz el milagro, la intervención de Dios.

¡Cuántas veces esta historia se ha repetido en el mundo de las almas!

Unas veces porque Jesús elige instrumentos inadecuados. Otras porque puestos a actuar faltan los resortes, los medios... Aquí no se puede hacer nada. De aquí no se puede sacar nada. Lo he probado todo.

Dios quiere sin embargo que salga fruto. y está esperando que se confiese la impotencia. Espera la humildad, el reconocimiento de la verdad de la inutilidad de los propios esfuerzos.

Es entonces cuando pronuncia las palabras decisivas: «echa las redes para pescar» (Lc 5, 4). La actitud de Simón es la característica del hombre de Dios. Me fío de tu palabra. Yo ya sé que no hay nada humanamente que hacer. Pero tú tienes palabras de vida eterna. Tú eres Dios. Yo te obedezco contra mis cálculos y contra mis experiencias.

Pesca milagrosa. Una y otra barca rebosantes, casi se hundían.

Al ver esto Simón se arrojó a los pies de Jesús, diciendo: «*Apártate de mí, Señor, que soy un pecador*» (Lc 5, 8). Humildad antes del milagro, pero humildad, sobre todo, a la vista del milagro. Ahora ya puedes ser pescador de hombres. Porque ahora ya has experimentado que no es tu palabra la que los pescará, sino que es la palabra de Dios. La salvación sólo viene de Dios. Desconfiarás de ti y pondrás en Dios toda tu confianza.

Pesca milagrosa de hombres. En esa dirección va el milagro, por eso Cristo dice a Simón que en adelante será pescador de hombres (Lc 5, 10).

4. Otro hombre de fe:

Isaías también Isaías ha tenido que sufrir la purificación de sus labios con lo que queda capacitado para ser apóstol. La limpieza de sus culpas y pecados ha sido condición para la comisión de la árdua tarea.

También Isaías, como Simón se ha confesado hombre de labios impuros, que habita en medio de un pueblo de labios impuros. Existe paralelismo entre las palabras de Simón y las de Isaías: «*Apártate de mí, Señor, que soy pecador*» (Lc 5, 8; Is 6, 5).

Isaías se ofreció: «*Aquí estoy, mándame*» (Is 6,8). Pero antes tiene que confesar que sus labios son impuros y que vive en medio de un pueblo de labios impuros. La terrible purificación de la quemadura en el tizón del amor de Dios le asemeja a todos

los apóstoles que han de ser muy humildes, bogar muy mar adentro del Corazón de Dios, muy en el centro de la confianza plena en Él.

Así envió Dios a su Iglesia. Y nos envía a cada uno de nosotros a anunciar su Reino entre las gentes.

5. La fe de Jeremías

El profeta Jeremías es figura de Jesucristo. Es un hombre desafortunado, que no tiene suerte, ni buena prensa, todo lo contrario. Es un hombre que moviliza contra él a todas las gentes por las cosas que dice, por la verdad que predica, porque señala con el dedo los pecados del pueblo, porque mete el dedo en la llaga, porque abre en canal todas sus miserias. El profeta «ve pavor en torno». Ve el destierro, el cautiverio, el destrozo de hogares, a los judíos deportados... el pavor, el horror en torno, y éste es el remoquete con que le designan: «*pavor en torno*» (Jer 20, 10).

Jeremías dice lo que ha visto y oído: *pavor en torno*. Oigo el cuchicheo de la gente: «pavor en torno». Cuchichea la gente: pavor en torno... pavor en torno... pavor en torno... «delatadle, vamos a delatarle. Mis amigos acechan mi traspiés, estaban esperando a ver cuándo cae... Le hemos puesto la trampa, a ver cuándo cae, a ver si se deja seducir y lo violaremos, le cogemos y nos vengaremos de él» (Jr 20,10).

El profeta se ve solo, cercado, acorralado, enfilado contra la pared. Esta situación es la del profeta, la de Jesucristo y de todos sus seguidores. Cuando queramos seguir a Jesucristo radicalmente, nos veremos así, solos.

Nos veremos solos, pero no nos hemos de acobardar. y nos veremos solos en el apostolado, en el orden psicológico, en nuestra propia conciencia. Nos veremos solos porque esta tribulación no la padecemos solamente de los hombres sino también de nuestra carne y de nuestra propia sangre. «*Mirad hermanos -dice el Apóstol Pablo -que nuestra lucha no es contra los poderes de esta tierra sino contra las potestades, contra los ángeles del averno, contra el demonio*» (Ef 6, 12). El demonio que pondrá asechanzas a nuestros pies, que nos tenderá trampas valiéndose de aquellos lazos en los que sabe que fácilmente caeremos. y también experimentaremos la persecución en nuestro interior, sentiremos los halagos de la vanidad, el deseo de alabanzas, de cariño, la necesidad y deseo de quedar bien, de no padecer, de hacer nuestra vida más ancha y más comfortable, de repantigarnos más, de vivir más libres. Será la hora de reaccionar como reacciona el profeta Jeremías: «*Pero el Señor está conmigo*» (Jr 20, 11). y está conmigo, no como espectador pasivo, sino como fuerte soldado bien armado y bien dispuesto a defenderme ya pelear en favor mío. Y teniendo al Señor que me defiende, mis enemigos tropezarán y no podrán conmigo. Agárrate a la oración, no te desasgas de esa mano invisible pero real, auténtica, que no te fallará nunca, y entonces serán ellos los que tropezarán y no podrán contra ti. Nos falta esa fe, que ve a Dios como un soldado fuerte que nos defiende. En el momento de la soledad Él me hace compañía; en el momento de la tristeza Él me sonrío y me hace sonreír: cuando me faltan las caricias Él me acaricia y yo lo noto aunque no lo sienta, con la fe.

Mis enemigos se avergonzarán de su fracaso con sonrojo eterno que no se olvidará. Y veréis cómo se pasan los años y aquellos que nos tendieron zancadillas caen y desaparecen. Porque el Señor es el que nos defiende.

«Señor de los ejércitos que examinas al justo y sondeas lo íntimo del corazón, que yo vea la venganza que tomas de ellos» (Jr 20, 12). Jeremías habla en clave veterotestamentaria. Jesús pedirá en la cruz, perdón para sus enemigos, perfeccionando con su enseñanza la moral del Antiguo Testamento. «Porque a ti encomendé mi causa» (Jr 20, 12), sigue orando Jeremías, porque yo confié en ti, porque yo recurrí en el momento de la desolación y de la tentación a tu protección. y ¿por qué nosotros hemos sucumbido tantas veces? ¿Por qué hemos de llorar tantos descalabros en nuestra vida? Por nuestra poca fe. Porque no hemos confiado bastante en el Señor, ni recurrido a la oración, ni encomendado a Él nuestra causa. No hemos sido fieles a la oración y nos hemos derrumbado, y el enemigo nos ha podido. Pero si nuestra fe es consecuente como la de Jeremías, si somos fieles a su programa, que es el de Jesús, que es el de todos los santos, tendremos ocasión de cantar y alabar al Señor porque libró nuestras vidas, la vida de sus pobres, de las manos de los impíos.

6. La noche de la fe en los Magos

Se hallaban contemplando el cielo. Estaban cumpliendo los deberes de su vocación, eran astrólogos. Dada su buena voluntad Dios les descubrió cuál era el valor singular de aquella estrella. Fijos sus ojos en ella, contemplándola con humildad, considerándola una señal del cielo y deseosos de interpretar su significación, merecieron del Señor luz para penetrar en el sentido del fenómeno celeste, advirtieron que la estrella se movía y comprendieron que les invitaba a seguirla. Tuvieron sensibilidad para recoger el mensaje de la estrella. No fue una admiración puramente natural la que sintieron. A través de la estrella Dios les habló, les llamó.

Dios habla. Decimos a veces que en la oración Dios se calla. Es un error que indica poca fe. Dios, cuando nos oye, no se calla. Lo que ocurre es que habla de otra manera que nosotros. Nos sugiere, nos ilumina, nos corrige, nos remuerde, nos alimenta, nos fortalece, nos empuja... como a los magos. Vieron salir su estrella y sintieron necesidad de hacer algo... *venimos a adorarle*.

Es la primera lección que nos dan: *tener sensibilidad para captar el mensaje de Dios*.

No dudan un momento en dejarlo todo y en caminar detrás de la estrella. Me imagino que los magos tienen mujer, padre, madre, hermanos, hacienda... todo lo dejan y no oyen ni la carne ni la sangre que les quiere disuadir, para ellos sólo hay un ideal: seguir la estrella, pase lo que pase, contra todos y contra todo. Incomprensiones, burlas, los dejan solos... no importa. La estrella es la voz de Dios; Dios habla sin palabras, impulsando por dentro a obrar el bien, a ser obedientes, a seguir su proceder...

En los magos hay docilidad, solicitud. Dios les habla misteriosamente y ellos, arrastrados por la voz de Dios, lo dejaron todo en seguida y totalmente. ¡Señor, allá voy!... a adorar. No puede el hombre hacer nada más grande en la vida que adorar a Dios, su Creador, su Señor, su Padre. Hemos de aprender de los magos a emprender ese camino que conduce a la adoración, porque el Padre busca adoradores en espíritu y verdad (Jn 4, 24). De momento hay que ponerse en camino. No les costaría esto. El fervor de la revelación -toda comunicación es fuerza viva que arrastra -les hará fácil el arrancarse de sus cómodas moradas y la despedida de los suyos. No faltarían agoreros

que les tildaran de ilusos, ni persecuciones humanas que les dificultaran su decisión tan firme, enérgica y ferviente. Movidos por Dios, lo arrollaron todo. y se lanzaron en la noche.

Lo difícil vendría después. Porque ellos no escaparían a la purificación de su fe.

Encrucijadas. Titubeos. ¿Habremos hecho bien? ¿Por qué habremos emprendido esta peregrinación tan difícil! ¿Volvemos atrás?

Dios quiso llamar a tres, no a uno. ¡Ay del que está solo! Si uno está solo, cuando caiga ¿quién le levantará?

Un tronco solo no hace hoguera. Ved la vida de comunidad querida por Dios. Para animarse unos a otros. Para levantar al caído. Para ser estimulados unos por el ejemplo de otros. Dios quiso que para ir a verle los magos practicaran forzosamente la caridad.

Su confianza en Dios fue singular. Se lanzaron a la aventura por un camino desconocido. Sin duda no procedieron según la prudencia humana, sino según el don de consejo.

Ésta es la norma que han seguido las almas santas cuando se han sentido movidas por una inspiración celestial: una santa imprudencia, una divina temeridad puede ser el origen de su felicidad y ventura, como ocurrió a los Reyes Magos.

Cuando tengamos conciencia de que Dios quiere algo, aunque sea difícil ya los ojos de los hombres temerarios. Debemos lanzarnos teniendo presente la gran gloria de Dios.

A los que emprenden el camino de la adoración a Dios, de su alabanza y gloria Él no los deja solos, sin guía. Primero les conduce por la estrella. Se ocultará la estrella que les guiaba con tanta luz. y se hará la noche para ellos. La noche es conveniente. La noche es provechosa. ¡Cuánto bien va a sacar Dios de esa noche! Aparentemente es un fracaso, un contratiempo. Pero no puede fracasar Dios que apaga la estrella. Si la apaga Él, que es quien la encendió, sus razones tendrá.

Es muy grande el misterio que se les va a desvelar a los magos. y ellos lo han de merecer; buscar, verse solos. Lejos ya de su patria y perdidos en un país extranjero, embarcados ciertamente en una aventura difícil... Todas las empresas de Dios pasan su noche oscura. Mejor: sus noches... Pero en las pruebas que Dios permite no falla su sabiduría. Mientras no hubo quien los guiara no cesó de iluminar la estrella. Desaparece cuando otros la pueden sustituir. Otros... la fe. El camino que une a Dios es la fe. La estrella no hacía fe. La estrella guiaba el impulso interior.

La fe la causa el asentimiento a la palabra de Dios. Y la palabra de Dios ya existía. Pero no en la tierra de los magos, que era gentil. Los magos son las primicias de la gentilidad a quien se revela Cristo. Ellos son el comienzo de la universalidad de la Redención. Jesús viene a salvar a todas las gentes. A ser luz de las gentes. La estrella tiene la misión de llevar hasta la Revelación. Una vez en ella la estrella se eclipsa. El Profeta Miqueas había sido el transmisor de la voluntad de Dios (5, 1).

Ni en su país, ni por los caminos y desiertos los magos hubieran podido conocer la voluntad de Dios. Nadie se la podía transmitir. Pero en Jerusalén sí. Allí está la palabra de Dios. y allí están los intérpretes. Y los magos siguen siendo fieles y maestros nuestros. A la docilidad a la estrella sigue la *humildad de buscar y preguntar*. Y una vez conocida la revelación, la adhesión de *la fe* a lo revelado.

Y siguen. Y otra vez la estrella, ahora para confirmar la palabra, brilla en el horizonte.

Dios recompensa la fe. Dios se muestra al que camina por la fe.

Se paró encima de donde estaba el niño (Mt 2, 9). Era mucho lo que habían aportado de su cosecha los magos. Pero era mucho también lo que ahora se les iba a pedir: adorar a un Dios niño, indefenso, es muy fuerte y Dios ayuda con el milagro la fe incipiente de aquellos hombres elegidos.

Al ver la estrella se llenaron de inmensa alegría (Mt 2, 10). Es el gozo de Dios que sigue a toda obediencia, a todo seguimiento de su manifestación.

Por el camino en busca de Dios no nos faltarán las pruebas pero tampoco las alegrías. Dolores y gozos son los misterios del vivir misterioso del cristiano. y estas alegrías de Dios son mucho más hondas y eficaces y duraderas de verdad que las alegrías de los sentidos.

Almas profundas las de los magos nos enseñan a ser *almas de profundidad y de hondura*.

Le ofrecieron sus dones. A Dios hay que darle siempre. Ante Dios no hemos de llegar nunca con las manos vacías. y no digamos que no tenemos qué ofrecerle, porque lo que él nos pide sí que lo tenemos. Nos pide oro de reconocimiento de su realeza, incienso de homenaje a Dios, mirra de nuestra humanidad mortificada, vencida, humillada.

Ante Dios con las manos llenas aunque sólo sea de montones de vencimientos en la vista y de imaginación centrada y de desnudez y limpieza de espíritu.

Otra lección vamos a recoger: *la prudencia* de marcharse a su tierra por otro camino.

El camino por el que vinieron desde Jerusalén era errado, porque hubiera destruido la salvación. Habremos de tomar otros caminos algunas veces, y evitar los que nos conduzcan a los enemigos del Reino para no darles oportunidad de destruir la obra comenzada por Dios. Lo que importa no es sólo que los magos lleguen a su destino, sino que el Redentor no caiga en manos de Herodes.

No es prudente que busques la salvación para ti solo. Ni justo. La luz se te da para la Iglesia.

Los magos no se contentan con haber visto la luz. Colaboraron y actuaron para que ese Redentor se salvara hasta que llegara su hora.

Es un misterio lo que sucedió a los magos a la vista de la estrella.

Pero esta llamada de los magos es llamada a la santidad, que es transformación y participación de la Santidad de Dios, el Santo: «*Sed santos porque yo soy santo*» (Lv 11, 44-45), «*a todos los amados de Dios, llamados a ser santos*» (Rm 1, 7).

Lo que les sucede en la casa ante el niño, cuando cayeron de rodillas para adorarlo, ya no lo podemos medir. Ni siquiera sabemos balbucear sobre ello. La alegría de ver la estrella no era más que preparación para este gozo tan hondo y tan trascendental que toda deuda paga.

Los magos vendrían de Belén... transformados. Con el corazón lleno de las virtudes teologales y con ansia de practicar todas las demás: la prudencia, la justicia, la fortaleza, la templanza. ..Deseosos de transparentar la gran santidad de Dios. No les faltarán obstáculos. Pero tampoco les faltará la gracia. Aquel niño les arrebató y la mirada de aquella joven madre les perduró impresa en el alma toda su vida.

Nosotros hemos visto la estrella un día. Con el fervor de la vocación que centelleó en nuestra alma, se nos hizo todo fácil.

Lo difícil vino después. y si no vino llegará. No podemos escapar sin la prueba y la purificación.

No nos extrañemos de los titubeos que escarabajearán la parte sensible y débil.

No les demos entrada. No los fomentemos. No alimentemos castillos en el aire. Sigamos la luz de la estrella que un día vimos clarear en nuestro horizonte.

Recordemos las luces que hemos recibido. Los destellos que un día, con tanta claridad vimos, y rememoremos la paz que nos dejaron rebosando en el alma.

Sigamos a pesar de todo y de... todos.

Preguntemos a los expertos en la vida sobrenatural, a quienes conocen sus vericuetos porque los viven y los han vivido.

A pesar de las crisis... no desmayemos. Caminemos en pos de la santidad, de la transformación en Dios...

A no tardar, después que hayamos sufrido y hayamos puesto con toda diligencia nuestro esfuerzo, después de haber obrado con toda prudencia humana y divina... otra vez la luz de la estrella nos confortará clara y luminosa y hará brincar nuestro corazón de gozo santo ante la presencia del Niño y de la Madre.

El relato evangélico termina. Pero no la trayectoria de los magos. Ellos habían visto y habían recibido la revelación. Hemos de pensar que esa llamada extraordinaria no quedó estéril en ellos. No han ido a Belén a hacer turismo. Unos recuerdos del viaje y ahí acaba todo. No. Las grandes llamadas de Dios no son para una sola alma. Dios obra y da fecundidad. Ellos, vueltos a su tierra, dijeron lo que habían visto y habían

experimentado. y con lo que dijeron y lo que ellos vivieron en adelante hasta su muerte, anunciaron el Reino de Dios.

7. Isabel en la fe

Se llenó Isabel del Espíritu Santo, que la invadió de fe luminosa.

¡Afortunada mujer que merece esta visita tan excepcional! ¡Dichosa ella a quien se le da don tan excelso!

Contemplemos, contemplemos este misterio.

Por una sola familia hace María aquel largo viaje.

No sabemos cuánto bien hacemos cuando hacemos el bien. Y hemos de meditar esta acción de María para que no menospreciemos el apostolado que va dirigido a pocas almas, o a almas sencillas. ¿Quién sabe los gritos de júbilo de Dios que brotarán de esos corazones?

Son almas que pueden bendecir a Dios y glorificarle y alabar a su Madre como Isabel.

Podemos ser portadores de alegría a una familia, instrumentos de salvación que ejerzan en nombre de Dios, sus maravillas.

8. La sabiduría de la fe

La fe engendra una sabiduría sobrehumana que nos capacita para acertar a ver la acción de Dios en todos los acontecimientos y avatares, tanto extraordinarios como ordinarios.

Cuando nos llega alguna ráfaga de esta visión ya somos felices pero ¡qué será cuando habitualmente pensemos en la acción perenne de Dios que no cesa y que todo lo mueve y que interviene en lo próspero, en lo adverso, en lo confuso e ininteligible...!

Ver a Dios en la copa de un pino; ver a Dios en la cigarra que amodorra, en el sol y en el agua, ver a Dios... en la vocación que madura y en la que fracasa; verle en la calumnia, en la crítica sin piedad... verle en que seamos cuatro y no ocho. Verle en el obispo Juan que piensa que negro y en el obispo Marcelo que piensa que blanco, y en el obispo José que piensa que gris.

Ver a Dios. En el disgusto de hace medio año. En el del año 44.

¡Señor! Qué paz si nos sabemos en tus manos. Manos siempre de Padre: Con bombones o con bisturí.

¡Yo quiero verte!

Yo quiero verte en las llaves del piso y en el pinchazo de la rueda. En la muerte y en la vida. En la salud y en los achaques.

Pero ver a Dios en todo es algo muy grande. Sabiduría profunda. La mejor ciencia de la vida.

La que nos impide caer en el pesimismo. La que nos llena de alegría. La que nos enciende rosas en todos los poros del cuerpo y del alma.

Cuidado con querer ver a Dios en los hermanos pensando que el hombre es Dios sin fe.

Porque Dios sólo está en la flor, en el trigo, en el pinchazo, en la muerte y en el hombre, por la fe.

Consecuencia de todo esto es que sin fe estamos solos y somos impotentes.

Y que, por amor bien ordenado a nosotros mismos, hemos de desear y pedir, con todo el entusiasmo, gran fe, gran posibilidad de saltar por encima de las maderas de nuestra limitadísima valla humana y trascender la inagotable Providencia del Padre que está en el cielo.

9. Esta sabiduría no te la ha dado ni la carne ni la sangre

Porque *«el hombre animal no percibe las cosas del espíritu de Dios: son para él una locura y no las puede entender»* (1 Co 2,14).

La diferencia que existe entre el hombre terreno y el hombre celestial se basa en la fe.

A la generosidad del alma, a sus vencimientos, a sus actos de virtud, a su oración, van vinculadas unas luces, inspiraciones, toques de gracia, que la hacen luminosa y fuerte. Y aquí está la razón de la diferencia que hay de unas almas a otras.

No tiene otra explicación que siguiendo un mismo reglamento, llevando una misma dirección, vistiendo un mismo uniforme, o habiendo recibido la misma ordenación, etc., difieran tanto en sus criterios en la misma vida cristiana unas almas de otras y más aún en la práctica.

Cuando se es poco fino en la colaboración a esos toques del Espíritu se van perdiendo paulatinamente luces divinas. La primera pérdida llevará a la segunda y ésta a la tercera. Se establece así una cadena de oscuridad.

En el orden espiritual, a la luz, sigue la fuerza, como en el orden psicológico primero es la idea y después la acción. A la falta de luz, sigue también la falta de fuerza.

Toda centella de luz divina es un poder. Todo desdén de ella es maniatarse.

Por eso hay tantos hombres que carecen de fuerzas para llevar su cruz. Son infieles en pequeñas cosas. Van cortando a trocitos los pulmones de su espíritu y cuando llega la hora del sacrificio, que en la vida cristiana de perfección es constante, se asfixian y caen con la cruz auestas sin poder levantarse.

Se quedan sin las luces divinas, luces con las cuales verían y valorarían el esfuerzo, la cruz, la sangrienta senda del Calvario, y les quedan las luces de la naturaleza y de la sensualidad que ven lleno de encanto el placer, la satisfacción propia, el orgullo satisfecho. Cataratas para el espíritu y vista de lince para la carne.

Si en un día de generosidad, a la luz de fulgores divinos, se pusieron en los brazos torturados y torturantes de Dios crucificado, pidiéndole participar en su suerte de maldición, hoy maldicen ellas la hora que tal hicieron porque sus ojos han perdido la perspectiva del cielo y ven sólo lo que ve el hombre carnal. San Pablo dice a este respecto que *«el hombre animal no percibe las cosas del espíritu de Dios, son para él locura y no las puede entender...»* (1 Co 2, 14).

Han ido ellas perdiendo luz. No dan importancia a sus pequeños descalabros espirituales y ahora... ¿Es que Dios no está a su lado? Está pero como el Amigo despreciado, como el consejero que no cuenta, está callado. Se le ha tapado tantas veces la boca como a un mendigo importuno, que ha optado por callar para no violentar la libertad, pues es sumamente fino y educado. y al final el hombre es el que ha perdido el negocio porque eran las voces de la Sabiduría las que despreciaba. y sólo los limpios de corazón verán a Dios (Mt S, 8).

10. La fe tiene como base la Sabiduría de Dios

¡Es tan fácil oír su voz y acallarla!... Su voz es palabra de vida. Su voz que cercena desórdenes y brotes torcidos: Su voz que es *«Palabra viva y eficaz, más tajante que espada de doble filo, penetrante hasta el punto donde se dividen alma y espíritu, coyuntura y tuétanos»* (Hb 4, 12).

Dejarse acusar y reconvenir por su voz. Obedecer lo que nos diga y nos denuncie ya es fruto de Sabiduría, porque ella juzga nuestras intenciones, tan frecuentemente larvadas, y nuestros deseos, tan poco conformes, muchas veces, con las exigencias del Evangelio. ¡Qué papel más sabio que el de la Palabra de Dios, que es efluvio suyo, emanación de su sustancia, Palabra encarnada en Jesucristo!

La Palabra de Dios nos llevará a alcanzar la Sabiduría verdadera. Esa sabiduría que sólo se nos puede infundir en la escucha de la Palabra, en la reflexión de la misma, en la oración larga y contemplativa.

Lancémonos a su conquista conscientes de que es más estimable que todos los bienes de la naturaleza y del hombre. Seguros de que no pueden ser comparados con ella.

Nos da una pista el libro de Job para valorarla: *«Pero la Sabiduría ¿de dónde se saca? ¿dónde está el yacimiento de la prudencia? El hombre no sabe su precio, no se encuentra en la tierra de los vivos. Dice el océano: No está en mí; responde el mar: No está conmigo. No se da a cambio de oro, ni se le precia plata como precio, no se paga con oro de Ofir, con ónices preciosos o zafiros, no la igualan el oro, ni el vidrio, ni se paga con vasos de oro fino, no cuentan el cristal ni los corales y adquirirla cuesta más que las perlas; no la iguala el topacio de Etiopía, ni se compara con el oro más puro»* (Jb 28, 12-19).

Pero ya lo hemos dicho. Esa Sabiduría tan preciosa y estimable, que no hay dinero que la pueda adquirir, puede ser participada por el hombre. Dios la regala a los que se la piden. Podemos, si queremos, hacemos millonarios de sabiduría...

«¡Oh qué gran estado para reyes!» -nos dice santa Teresa («Vida», 21, 1).

¡Si los gobernantes estuviesen más dedicados a suplicarla que a las conversaciones de pasillo ya las maniobras e intrigas... Si confiaran más en el poder de la oración para acertar en su gestión y para que Dios guiase sus pasos... qué estados más florecientes veríamos, que más acertadamente solventados los problemas!

¡Si los padres de familia pidiesen la sabiduría para acertar en la dirección de su hogar y en la educación de sus hijos!

¡Si los sacerdotes, más que dedicados al exterior, se asomasen con frecuencia y constancia al rincón de su Sagrario a pedir la luz para elaborar sus planes pastorales, a pedir eficacia sapiencial para sus trabajos y responsabilidades!

San Gregorio dice que el pastor abandona la grey cuando abandona la oración.

San Juan de Ávila escribe que hay que comprar las almas con lágrimas. Con lágrimas y gemidos hay que engendrar la vida de Dios...

¿Cómo les vamos a decir a qué sabe Dios, si nosotros no lo hemos experimentado? Nos hemos de adentrar en la interior bodega para que el Amado nos llene inteligencia y voluntad de su agua divina y sapiencial. De su sabiduría.

Se nos podrían entonces aplicar las palabras de los Proverbios: *«Dichoso el que encuentra sensatez, el que adquiere inteligencia; es mejor mercancía que la plata, produce más renta que el oro, es más valiosa que los corales, ni se le comparan las joyas; en la diestra trae largos años y en la izquierda honor y riquezas; sus caminos son deleitosos y sus sendas son tranquilas, es árbol de vida para los que la cogen, son dichosos los que la tienen. Hijo mío, no pierdas la prudencia, conserva el tino y la reflexión: serán vida para tu alma y adorno para tu cuello; seguirás tranquilo tu camino sin que tropiecen tus pies, descansarás sin alarma, te acostarás y el suelo te será dulce, no te asustará el temor imprevisto, ni la desgracia que cae sobre el malvado. El señor se pondrá a tu lado y guardará tu pie de la trampa»* (Pr 3,13-26).

¡Cuánto tiempo estamos perdiendo los cristianos en despedazarnos unos a otros! Hay quien cree que de las críticas va a venir la salvación. No se orienta por ahí el camino de la sensatez sino por donde nos avisan los Proverbios: *«Yo, sensatez, soy vecina de la sagacidad y busco la compañía de la reflexión. El temor del Señor odia el mal»* (Pr 8, 12-13). Vayamos a desterrar el mal. Prediquemos contra el mal en todas sus formas. Contra la lujuria, pero también contra la hipocresía, y contra la mentira y la calumnia y la murmuración y el egoísmo tan refinado y la adulación tan nefasta. ..Sigue diciendo el libro de los Proverbios: *«Yo detesto el orgullo y la Soberbia, el mal camino y la boca falsa, yo poseo el buen consejo y el acierto, son más la prudencia y el valor; por mí reinan los reyes y los príncipes dan leyes justas, por mí gobiernan los gobernantes y los nobles dan sentencias justas; yo amo a los que me aman, y los que madrugan por mí me encuentran, yo traigo riqueza y gloria, fortuna copiosa y bien*

ganada; mi triunfo es mejor que el oro puro, y mi renta vale más que la plata» (Pr 8, 12-19).

La Sabiduría se nos presenta en Jesucristo: «Pues mientras los judíos piden señales y los griegos buscan saber, nosotros predicamos un Mesías crucificado, para los judíos un escándalo, para los paganos una locura; en cambio para los llamados, lo mismo judíos que griegos. Un Mesías que es portento de Dios y *saber de Dios*» (1 Co 1,24).

La petición a Dios nos dará clara esta fe en Cristo por quien estimaremos todo basura, venderemos lo que tenemos y lo daremos a los pobres para tener un tesoro en el cielo (Flp 3,8; Mt 19, 21).

¡Cuántas obras de Dios languidecen por falta de medios materiales. Si nuestros cristianos fuesen tales y leyesen el Evangelio para llevarlo en sus vidas! ¡Cuánto ayudarían a los que lo han dejado todo por Cristo y no pueden extender más su mensaje por no tener los suficientes medios!

¿Creemos o no en la eternidad? ¿Vamos a ser menos sagaces que los hijos de las tinieblas que bien saben escoger los medios y allegar recursos para extender el mal y el pecado?

¡Qué difícil va a ser a los ricos entrar en el Reino de Dios! (Mt 19, 23). Pero a continuación da la solución: «*da a los pobres, y Dios será tu riqueza*» (Mc 10, 17-31).

11. Por la contemplación de los misterios de Cristo a la fe

San Pablo en su carta a los Hebreos (5,7), nos traslada a los días de la vida mortal de Cristo. Mucha pedagogía envuelven esas palabras que quieren encararnos con la dimensión humana de Cristo a fin de que le miremos larga, pacientemente, como los israelitas a la serpiente de bronce enarbolada en el desierto (Nm 21, 8). Si la mirada a la serpiente de bronce produce la curación ¿qué no hará la mirada a la realidad de ese símbolo, a Jesús clavado en Cruz?

Aquí veo yo el misterio de la potencia de la mirada, de la fuerza del ejemplo, de la eficacia de la contemplación.

Robert Powell, intérprete de Jesús en la película *Jesús de Nazaret* de Franco Zeffirelli, de treinta y un años, y no católico, ha dicho que su vida ha cambiado desde que hizo de Jesús, «el hombre que nos dio la mayor lección de amor y humanidad de toda la historia del mundo. y que lo que importa es seguir los Mandamientos». Ha contado que durante el rodaje ocurrieron cosas emocionantes, conversiones incluidas. Tanto yo -ha dicho - como los demás intérpretes de *Jesús de Nazaret*, sufrimos una gran crisis religiosa y que muchos se transformaron por su trabajo en la película.

Mirar a Cristo es recibir empuje. Como lo recibieron aquellos cristianos japoneses condenados al martirio que miraban los brazos de su sacerdote a quien habían cortado uno a uno los dedos de su mano, y él, para animarles al sacrificio, les enseñaba, brazos en alto, sus manos mutiladas y sangrantes.

Cristo es modelo, a quien hemos de imitar, como san Pablo, en toda su vida mortal.

Y tenemos modelo para todas las edades, acontecimientos, circunstancias.

Desde el Niño de Belén hasta el Redentor de la cruz que tan varonilmente levantaba Juan Pablo II al final de la misa del inicio de su pontificado.

Jesús, Modelo. Jesús, Maestro. Maestro de niños en el espíritu en Belén; maestro de marginados y de despreciados desde antes de nacer.

Maestro de emigrantes y de injustamente perseguidos en su huida a Egipto.

Algún sacerdote me ha contado su odisea de emigración en completo abandono, zozobra, desamparo. La Iglesia, que quiere hoy compartir los problemas de los emigrantes, no tuvo sensibilidad para compartir y suavizar su dolor y angustia sangrante. Pero Jesús peregrino que, en brazos de María, pone un pie sin saber dónde pondrá el otro, estaba allí para decirle: «como yo, no te desanimes, sé fuerte, es mi mismo camino...»

El destierro de Nazaret... Nazaret hoy es una ciudad de 10.000 habitantes. En tiempos de Jesús no pasaría de los 300. ¡Que la personalidad divina del Verbo Encarnado quede allí oscurecida en aquella soledad de gente humilde, pendenciera, inculta, sin pedirle al Padre nunca, nunca, un traslado, un ascenso!... Misterio... y ejemplo! Hoy nos dicen que en las tareas pequeñas, humildes, incoloras, no se realizan...

¿Quién sabe permanecer al pie del cañón en el destino vulgar, duro, ¡santificador! de Nazaret? El que mira día a día al adolescente gallardo, al joven sabio, al hombre maduro de Dios, Jesús de Nazaret. *¿De Nazaret puede salir algo bueno?* (Jn 1, 46). ¡Qué necios son los hombres, que miden con metros tan cortos y cuentan con sistemas decimales tan desiguales!

En ese trabajo anónimo, pobre, deslucido, sin brillo, monótono, ordenado, sufrido, glorificas a Dios, construyes mundos.

Como Jesús tienes que poner el mismo coraje en él, que Él puso en la creación de los mundos, de las hogueras de los astros, de la inmensidad de los océanos.

Y la obediencia. ¡Qué misterio que en Nazaret obedezca Dios a dos criaturas, todo lo santas que queráis, pero criaturas! Más, donde llegamos al vértigo, es en su obediencia a sus jefes injustos.

Su espíritu de oración es también un acicate para nuestra rutina y nuestra mudez con Dios que está esperando anhelante el diálogo filial de sus criaturas humanas pues desde su mismo nacimiento, el hombre es invitado al diálogo con Dios (bis GS, 19).

Fijémonos de un modo especial en la separación de su madre. Ella era el jardín que el Padre le había preparado a su Hijo, para su recreo y descanso. Corazones gemelos, que se entendían sin palabras. Desahogo del Corazón de Cristo en el pecho

amante de María. Largas conversaciones de vida eterna, de Redención... *Todo* quedaba ahora truncado por la separación exigida por el anuncio del Reino. «¿Quién es mi madre y mis hermanos?. El que hace la voluntad de mi Padre ése es mi madre y mis hermanos...» (Mt 12, 48-50). La ampliación de la familia de Dios tiene que pagar un precio: el alejamiento de la Madre... y la necesita como hombre. Por eso el Padre no lo dejará sin ella en el Calvario. Allí, en el más humillante fracaso, estará Ella, su Madre, para darle ánimo, para consolarle, decirle que cree en Él, que le ama, que sufre con Él.

Otra de las facetas modélicas del Redentor: su vida pública: el trato con la gente. Soportar las impertinencias de la convivencia. ¡Cómo come la multitud!

El Papa Wojtyla recibiendo tres audiencias agotadoras en un día, es una reproducción de Jesús comido por la muchedumbre. ¡Y qué decir de sus agotadores viajes pastorales! "Nunca un hombre nos ha hablado como éste» (Jn 7,46). El Papa de la *Redemptor hominis*. Esa Encíclica que en frase de Guiton «es una catedral de ideas», «un tratado monumental, la síntesis de toda una vida llena de experiencias, el anuncio de un pontificado histórico, un inmenso fresco más que un cuadro, una catedral de ideas construidas a base de bloques diferentes, como se procede en arquitectura. He pensado en seguida en la famosa Epístola de san Pablo a los Romanos, tan diferente de otras Epístolas por su estructura y su densidad y que constituía la teología del Apóstol».

Y en su Vida pública, la lucha por la Verdad y la justicia, su Pasión, la traición, la Muerte cuya vista arranca de su alma la protesta del hombre y el sometimiento de Dios. «A gritos y con lágrimas presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte» (Hb 5,7). «Padre, líbrame de esta hora. Pero si para esto he venido, para esta hora» (Jn 12).

Toda la ejemplaridad de Jesús que apasionadamente pone de relieve Juan Pablo II en su Encíclica *Redemptor hominis*, acto de fe, confianza, esperanza en la Redención de Cristo, dimensión nueva de la recreación, con resonancias del cristocentrismo sanjuanista que trasluce el Papa Wojtyla.

12. El influjo intrínseco de la Gracia

Pero esa misma ejemplaridad quedaría mutilada sin su influjo intrínseco, sin la acción interior de la Gracia. Para que la obra sea completa y la acción de Dios eficaz, Él ha prometido: «Meteré mi Ley en su pecho, la escribiré en sus corazones". (Jr 31). Lo que falló en la Antigua Ley no ha fallado en la Nueva por la fuerza de la Sangre de Cristo. Ahí está la eficacia de los Sacramentos, portadores de vida divina que engendra dioses en los hombre!": Bautismo. Eucaristía, Penitencia... Penitencia también individual: Derecho del hombre de encontrarse personalmente con Cristo. Derecho absoluto de encontrarse Cristo personalmente con el. hombre, invocado paladinamente por el Papa en la *Redemptor hominis* (ter Ib. 20).

Acción de Dios desde lo hondo de la conciencia. Transformación paulatina y creciente del hombre en Dios, alentada, preparada, propiciada por ese clima de diálogo con Él, de oración contemplativa, de mirar a Cristo paciente. doloroso, amante, enarbolado por el amor y la exigencia de la justicia del Padre, que no encontró obstáculo en su camino de misericordia. No hay vida que ante un Cristo y con un Cristo no

encuentre ejemplo, y fuerza para remontar el dolor, la enfermedad, la prueba, la monotonía, los fracasos...

Nadie puede con verdad decir en ningún momento: No tengo modelo. No tengo fuerza. Sino todo lo contrario: *«Todo lo puedo en el que me da fuerza»* (Flp 4,13).

Y mirando a Cristo, y dejándonos elaborar por Cristo nos convertiremos en fermento que transformará la masa, en sal que preservará de la corrupción, y saboreará de Dios la sociedad, el ambiente en luz que encenderá otras y otras luces...

Porque lo malo no es ser minoría. Lo malo de verdad.

Es no ser fermento. Sí, pienso que en esta crisis de la Iglesia los que más sufren y se desesperan y viven desangelados, son los hombres de formación cristiana fofa, sin arraigo fuerte y probado de fe. Es la hora de los hombres de temple, de los que han padecido... Los que vivieron la vida cristiana, sacerdotal, religiosa, en tono de color de novela rosa, éstos. Con toda evidencia, son los primeros en claudicar. Quienes tienen una visión clara de Dios y han profundizado en la historia de la salvación, se crecen en los peligros, y se agigantan en las pruebas. Es la fe de Abraham la que necesitamos. Con ella no «nos ahogaremos en un vaso de agua». Esperemos la salvación del Dios fiel a sus promesas.

13. La fe por el oído. Nínive

«Vino de nuevo la Palabra del Señor a Jonás: Levántate y vete a Nínive» (Jon 3, 1-2).

El Señor se vale de cualquiera para que hable en su nombre. Pero lo que sí es un hecho en toda la historia de la salvación es que nunca habla Él directamente al pueblo. Quiere que ejercite la fe escuchando su mensaje que le transmite el Profeta. Sólo en Cristo hablará directamente Dios y, aun entonces, a través de su humanidad.

Al pueblo cristiano reunido en la Plaza de San Pedro no le habla Dios directamente. Se abre un gran balcón y aparece allá arriba un hombre vestido de blanco. Y él transmite el mensaje de Dios.

«Dentro de cuarenta días Nínive será arrasada» (Jon 3,4).

Nínive es la capital de Asiria, para el pueblo de Israel es la personificación del mal.

Para ese pueblo llega el castigo. Justamente el Profeta, en nombre de Dios, amenaza con el castigo.

Todo el mal que haga el hombre será castigado.

En Nínive cometen el mal desde el grande hasta el pequeño. Mal en la familia, mal en la economía, sobornos, robos, mentiras, calumnias, inmoralidad, idolatría, egoísmo, pereza, odios, rencores, impiedad...

El mensaje de Dios es de castigo. Pero con finalidad salvadora. ¡A ver si se convierten! ¡A ver si dicen basta! ¡A ver si dan un giro de 180 grados en su ciudad!

«Los ninivitas creyeron en Dios» (Jon 3, 5).

Dios no se ha engañado. Sus entrañas de misericordia han salido triunfadoras. Lo que menos quería Él era cumplir el castigo. «No quiere la muerte del pecador sino que se convierta y viva» (Ez 33, 11).

Está dispuesto siempre a perdonar, a olvidar, a cancelar el pecado.

Los ninivitas creyeron en Dios. Fue su creer un creer eficaz, consecuente. Cambiaron de vida de forma que sus obras lo manifestaron.

La enseñanza es enormemente ecuménica, universal. El perdón no cuajará sólo en Israel. Dios es el Creador y el Padre del mundo. Fieles e infieles, judíos y gentiles son amados por Dios.

Dios es todo menos racista. *En Él no hay acepción de personas.*

Dios es amor para todos. Y ese Amor le lleva a querer que todos los hombres se salven. y si elige a Israel no es para que se convierta en un ghetto, en un bunker, sino para que sea fermento de salvación universal.

En las comunidades existen a veces ghettos, predilectos, grupos... Normalmente son los que nunca pecan, los favoritos, los que pueden contar después con las mejores prebendas. Se da esto en toda sociedad humana. y naturalmente después llegan los fracasos, porque el más favorecido no suele ser el más fiel, por la misma equivocada educación de los mismos.

Son los más duramente tratados, los peor considerados, los que, de ordinario, por ese mismo trato de legionarios, los que, prometiendo menos, dieron más.

«Los publicanos y las prostitutas os preceden en el Reino de Dios» (Mt 21,31).

«Cuando vio Dios sus obras y cómo se convertían de su mala vida...» (Jon 3, 10).

Ver Dios que su obra predilecta, el hombre, sigue el camino de sus preceptos le llena de gozo. *Hay más alegría en el cielo por la conversión de un pecador que por la perseverancia de noventa y nueve justos que no necesitan penitencia* (Lc 15, 7).

Gozo de Dios los esposos santos. Alegría inmensa de Dios los jóvenes valientes en medio del zarandeo del oleaje, afectivo y pasional.

Y tuvo piedad de su pueblo. No era, Nínive, Israel histórico, pueblo elegido, pero Nínive, ciudad gentil, entra, por la fe y las buenas obras, a formar parte del Israel teológico, pueblo del espíritu, pueblo de reyes, asamblea santa, pueblo sacerdotal, pueblo de Dios.

Colaboremos valerosamente a que Nínive, España, Europa, América... el mundo entre en el redil del Buen Pastor. «Hay otras ovejas que no son de este aprisco y es necesario que entren para que se forme un solo rebaño y un solo Pastor» (Jn 10, 16).

14. La sordera es la falta de fe

« Y le presentaron un sordo que, además, apenas podía hablar» (Mc 7, 32).

Hemos de vernos como ese sordo que, porque lo es, no puede apenas hablar. Sordo a la palabra de Dios que nos exige más y más purificación.

Sordo que no puede hablar a Dios correctamente y con fluidez porque su amor propio no quiere dejarse sanar.

El amor propio desordenado, el orgullo, la apetencia de predilección, el deseo de un mayor relieve social, el agradecimiento de las criaturas, el ansia de sacudirnos las tareas sin brillo o humillantes... todo eso puede ser causa de sordera que nos impida oír clara y límpida la palabra de Dios que, aunque viene a exigir, es para dar, y aunque hiera es para curar y no para matar.

La Iglesia hace con nosotros lo que aquellos que presentaron a Jesús al sordo: Nos presenta a Jesús. Nos expone su Evangelio y nos lo da en los Sacramentos. Hemos de dejarnos conducir por la Iglesia que es sacramento universal de salvación» (quater GS, 45).

Oigamos a la Iglesia cuando nos enseña; obedezcamos a la Iglesia cuando nos manda o nos exhorta; dejémonos santificar por la Iglesia que nos administra los Sacramentos, cuando nos lava en la piscina de la reconciliación, cuando nos alimenta con el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Y esto con la fe renovada de este pobre sordo. Sin rutina, puntualmente, sin desmayo...

Hay quien sufrirá la tentación de seguir arrastrando su sordera porque la palabra de Dios le saca a la luz sus rincones escondidos. y le duele. Éstos son los topos que rehuyen la luz del sol que les causa dolor. Y ellos mismos se aturden, y esconden bajo el ala su cabeza de avestruces inconscientes, que creen que desaparece su mal por el simple hecho de esconderlo.

Hay otra clase de sordos. Son los que no se sienten denunciados por la palabra que claramente les señala. Y, en cambio, sienten en su corazón cierta satisfacción al poder reconocer en la palabra, alusión a la paja en el ojo del prójimo. Éstos no verán así jamás la viga que llevan atravesada en el suyo (Mt 7, 1-5) porque les domina la hipocresía y les falta sencillez y humildad.

Otros serán sordos desalentados. Empezaron muchas veces y no continuaron. Les faltó constancia y perseverancia en la angustia monótona de volver a empezar; de levantarse con decisión después de otra caída.

¿Para qué volver a oír de nuevo, si todo es inútil? ¿Si ya lo he probado tantas veces y he comprobado que no tengo madera de santo?

Sordos habrá que llamarán al Profeta exagerado: siempre les predice males y castigos. No quieren que les anuncie calamidades y disgustos de Dios.

Sordos que escucharían a gusto las voces de sirena que halagaran sus pasiones, aunque les dejaran más sordos, y mudos para siempre.

Desterremos ya nuestra actitud de alejamiento de Dios o de disipación y tibieza, que nos impide su intimidad.

Escuchemos la verdad, aunque nos duela, y dejémonos tocar por la gracia que curará nuestra sordera y nos hará hablar con Dios sin dificultades. y nos dará facilidad para hablar de Dios cual conviene y cual necesita el mundo.

El mundo necesita que se le anuncie el Evangelio íntegro sin excluir la abnegación y la cruz, y no que se le enseñe una doctrina humanista sociopolítica de justicias terrenales, como Evangelio.

El mundo necesita que se le hable de Dios y de su gracia, del pecado y de sus consecuencias, de la virtud y del heroísmo, de la penitencia, de la santidad y del amor teologal. Y si no es así se le defrauda.

Necesitamos todos dejarnos clavar en la cruz que Dios quiera, o permita, y no en la que hayamos elegido de antemano: así de alta, así de pulimentada, así de suave...

Es necesario que nos dejemos clavar con los clavos que Él quiera y no con los que satisfagan nuestro gusto, o nuestro deseo, aparentemente buenos, pero clavos, en fin, de imitación e inauténticos porque llevan el *tutti-frutti* de nuestras imperfectas voluntades en las que se camufla nuestra cruz, en la que soñamos que está nuestra santidad. y cierto, será la nuestra, pero no la de Dios y, por tanto, seudosantidad será.

Necesitamos, en fin, dejarnos clavar aquí y ahora, que es lo que está en nuestra mano; no mañana o el año que viene que no sabemos si llegará.

Y necesitamos permanecer hoy y mañana, sin cansarse, sin forcejeos para desclavarnos que desgarrarían más nuestro ser, quitándonos todo mérito, aun el ya adquirido.

Pero hemos de reconocer que para hablar así, que es hablar correctamente, antes hay que oír también correctamente. En una palabra: hay que dejar de ser sordos para empezar a no ser mudos.

15. La renovación de la fe

La renovación de la Iglesia pide la renovación de la fe de cada cristiano.

Para renovar esta fe el cristiano ha de comprender a Jesús y no escandalizarse de su cruz, de su humildad, de su obediencia, de su mansedumbre.

El camino de la renovación es el camino de fe, con su oscura seguridad y con sus limitaciones.

Las relaciones del cristiano con Cristo han de ser unas relaciones personales, que incluyen el ser humano en lo que de intelectual tiene y volitivo. Estas mismas relaciones se han de dar no con un mensaje, doctrina o mito, sino con un Jesús persona que incluye, antes que sus enseñanzas y su obra, su propio ser, su conciencia, su Corazón y su misión de Redentor.

Las relaciones con Cristo persona se llaman oración personal que, si falla, se esfuma y se impersonaliza la relación del hombre con Dios.

El cristiano debe aspirar a hacer todo por Cristo, todo para Cristo, todo en Cristo (Confer, 1 Cor 10, 31).

El cristiano no debe contentarse por lo que hace por Cristo por mucho que sea o por grande que le parezca.

El cristiano que ama a Jesús le parece poco todo cuanto hace por Jesús y trabaja con esfuerzo para aumentar su unión con Él.

Si Cristo actúa en su Iglesia ¿qué va a temer la Iglesia? Hombres de poca fe, ¿por qué dudáis? (Mt 8, 16).

El poder salvador y vivificador de Cristo es la garantía del optimismo y esperanza de la Iglesia. Si Él vive y la Iglesia es su Cuerpo, Él como Cabeza no puede dejar de enviarles vida a los miembros, pero a condición de que ellos estén unidos a la Cabeza, como los sarmientos a la vid (Jn 15,5). Nada hay que pueda dar tanta fuerza como la más estrecha unión con Cristo nuestra Cabeza.

16. Las dificultades de la fe en Naamán, son paradigma de dificultades

El 2º. Libro de los Reyes (5, 1-27) nos relata cómo Naamán el sirio es curado de la lepra por la obediencia a la palabra de Eliseo. Pero esta obediencia no fue rápida. Pasó sus dificultades. Se preguntaba Naamán, decepcionado, pues esperaba un milagro espectacular: ¿por qué se ha de empeñar ese profeta en que mi curación se obre en un baño septenario, en un río extranjero? He ahí la primera dificultad que choca con el humano orgullo y con el nacionalismo. De no darse una fe ciega en lo que Eliseo exige no se obra la curación. Ya punto estuvo el sirio de quedarse con su lepra empeorando hasta la total destrucción de su organismo. Afortunadamente se impuso el buen sentido y un consejo sabio, oportunamente proporcionado, le llevó a aceptar las raras e inexplicables, caprichosas acaso, condiciones del Profeta.

No debemos pedir explicaciones a Dios de sus acciones en la historia o en nuestro íntimo ser.

El que somete el juicio cuando tiene sabidas todas las explicaciones, ¿qué compromete?

Sin darse cuenta la sociedad religiosa de hoy está desmedulando lo que es sustancial en la obediencia: la confianza. Por una parte se descarta la posibilidad de que Dios pueda obrar por cauces inadecuados, lo que atenta contra la Omnipotencia; por

otro se queda el hombre entero en su voluntad, que precisa maceración y no hay nada que tanto madure para la transformación en Dios como el someterse a unos cauces humanos, sean superiores, sean circunstancias, en definitiva, manejados por Dios. Es natural que cuando falta el sentido divino de la Providencia que mueve los hilos de la historia universal o individual, se resienta también la obediencia, que tiene su raíz en la fe.

Sería muy provechoso reflexionar en determinados hechos, sin rebuscar más allá de los más conocidos y trascendentales: Unos negativos, de signo positivo otros. Pensemos qué hubiera sido de la humanidad si Adán y Eva hubieran puesto su confianza en la palabra de Dios: Ni pecado, ni muerte, ni guerras, ni trabajo duro y difícil, ni posible condenación.

¿Y si Abraham hubiera escuchado en vano la orden de Dios de salir de su tierra, oponiendo las razones, muy humanas, muy razones... mi tierra, mi porvenir, mis vínculos familiares, mi temperamento, aquí ya estoy instalado y no sé dónde me lleva esa voz, esa orden exigente ? ...Reconozcamos que todas las razones son válidas a la luz de este hemisferio, todas lícitas y honestas, pero... alicortas.

Abraham no sería el padre de los creyentes. ¿Y si María no hubiera aceptado la Palabra y se hubiera hecho esclava de la misma, fidelísima sierva de lo que le iba a exigir su divina maternidad?

El mundo habría quedado en tinieblas de muerte. ¿Y Cristo en su agonía, no experimenta igualmente el dogal de una fuerza que le aplasta hasta llegar a oponer, condicionalmente, al Padre sus reparos?

¡Pobres de nosotros si Cristo, ante la injusticia, humanamente incomprensible, de un trato de malhechor, se hubiera negado a aceptar la voluntad del Padre!

Descendamos en la cronología: Si Teresa de Jesús, contenta en su celda, hubiera dado de lado a aquella palabra que le pedía más y más. ..

Y si Juan de la Cruz hubiera cedido a las seducciones del Priorato ya la liberación de su cárcel. ..Pero él no veía nada. Nada comprendía: Él llegaba a dudar de si estaba en el camino de la verdad...Pero seguía, porque continuaba azuzando la exigencia de la divina Palabra.

Hasta llegar a nuestros días- A mi historia -piense cada uno -, a mi historia personal:

Te han llamado. Te han escogido. Te han corregido. Te han impuesto unas leyes. Te han situado en un lugar.

No busques razones humanas. Es que no las encontrarás. Hallarás todo lo contrario, razones que, o bien a la luz de la razón, o bien a la voz de tu egoísmo, conveniencia de naturaleza caída sin embargo, te persuadirán a no someterte, a no aceptar las condiciones. Las hallaron Adán y Eva, Abraham, Naamán, Jesús, María, Teresa de Jesús, Juan de la Cruz...

¿Por qué en el Jordán y no en el Abana y en el Farfar? ¿No son estos ríos de Damasco mejores que todas las aguas de Israel?

¿No estoy bien en mi celda? ¿No tengo yo un porvenir menos incierto, y más brillante... y... seamos claros, más cómodo?

No cabe duda. Se me pide fe pura. Que dé mi voto de confianza. Que espere contra toda esperanza. Que abandone mis cuidados entre las azucenas. Que pase por el tubo. Que Jesús juegue con su pelotita lo que quiera, y la arrincone, si lo prefiere.

Es una condición: es una prueba. Tras ella, y superada con signo positivo, la lepra caerá y se alcanzará la salud. La paz de Cristo, la multiplicación de tus actividades, el entrojar muchas mieses, rebañito blanco de mansísimas reses.

El mejor servicio a la Iglesia, nuestra Madre, a las almas, a quienes hemos de engendrar, en quienes hemos de formar el Cristo vivo.

El enriquecimiento de la Iglesia con un nuevo modo adaptado a los tiempos, con trascendencias inmortales y gloriosas...

¿Cuál es nuestra respuesta? Quiera Dios que a la hora de la duda y de la indecisión y la determinación encontremos un consejero como el que dijo, con tanta sensatez, a Naamán porque le quería bien: «*Si el Profeta te hubiera pedido algo muy difícil, ¿no lo hubieras hecho? ¿Cuánto más habiéndote dicho: Lávate y quedarás limpio?*» (2 R 5, 13).

Por fin Naamán el sirio aceptó las buenas razones de la israelita que le aconsejaba visitar al Profeta.

Pero iba cara a él con prejuicios: el gesto hierático, las palabras grandilocuentes, el acento enigmático. Todo le falló. Se encontró con la sencillez de un hombre que estaba seguro del poder que Dios le había concedido. y en su nombre, instrumento vivo de Dios, transmisor de su palabra, ejecutor de su poder, Eliseo manda y manda algo que exige fe. Bañarse en el río Jordán y siete veces. Que por otra parte, está conteniendo el misterio del Bautismo que nos quita la lepra del pecado y el de los siete Sacramentos.

Para Naamán una prueba dura. Es la purificación de la fe. Al final triunfa la gracia. ..y se obra el milagro. Doble milagro: curación de cuerpo y de alma. Liberación de lepra física y moral...

La fe le lleva a la fe. La fe en las palabras del Profeta le conduce a la fe en el Dios de Israel: «*Reconozcamos que no hay Dios en toda la tierra más que el de Israel*» (2 R 5, 15).

Parece que no nos acabamos de fiar de la palabra de Dios. Pídemelo y te daré. Quiero, sé limpio. Id a presentaros a los sacerdotes... y digo que parece que no nos acabamos de fiar porque si no, no nos quedaríamos tan indolentes y tan pasivos en la petición y tan inconstantes en la llamada, y tan mezquinos en la Confianza.

Siempre Dios, o por Eliseo, o por Jesús, nos pide un acto de fe. Es gran amigo Dios de probar la fe. Le gusta comprobar los grados de confianza que en Él depositamos. y entonces es seguro que se cumple la segunda parte:

«Bajó él entonces y se bañó siete veces en el Jordán según la orden del hombre de Dios; y su carne quedó como la de un niño, quedó limpio» (2 R S, 13-14).

Y Jesús no se queda corto en la alabanza de la fe, o en la manifestación de la admiración por la fe. *«¡Mujer, grande es tu fe!»* (Mt 15,28). *«¡Tu fe te ha salvado!»* (Mc S, 34). *«En todo Israel no he visto fe igual»* (Lc 7, 9).

¿Qué esperamos a pedir que noS aumente esa fe que tanto le agrada, que tanto Dios admira y que tan excelsamente le glorifica?

17. Aceptar la palabra de Cristo, único camino de salvación

Los que aceptan la palabra de Cristo se levantarán de la ruina, se levantarán y prosperarán espiritualmente. Quienes la rechacen sucumbirán, chocarán contra esta piedra angular. *«Él es la piedra rechazada por Vosotros loS constructores, que ha venido a ser piedra angular»* (Hch 4, II). NoS hemos de persuadir bien de que si no edificamos sobre Cristo, fracasaremos. Y, al revés: de que si edificamos sobre Cristo, Seremos salvos, nos veremos libres de intranquilidades.

Todo el que lleva el espíritu de Jesús, donde esté, será piedra angular; no por lo que de él tiene, sino por el espíritu que le anima, del cual está profetizado ser la piedra angular. Esto comporta árduas exigencias: estar y vivir escondidos: *«Pues habéis muerto y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios»* (Col 3, 3). Comporta estar enterrados: morir: *«Os doy mi palabra: si el grano de trigo que cae en tierra no muere, queda solo, pero si muere da mucho fruto»* (Jn 12,24).

La piedra angular tiene que soportar todo el peso del edificio, Con la preocupación por todos: *«...y aparte de lo demás, mi cuidado de todos los días, mi preocupación por todas las iglesias»* (2 Co 11,28). ¿Quién podrá calcular las preocupaciones que dominan al Apóstol, los sinsabores de su laboreo, la desazón de fraguar planes de pastoral en plena creatividad, las pesadas cargas de las responsabilidades de la dirección, la esclavitud del que no se pertenece?

La piedra angular no recibe nunca el beso del sol; otras piedras en lugares más visibles lo recibirán y de ellas arrancará el astro rey destellos deslumbrantes. y esto halaga a la naturaleza.

Arduo destino, pero quien se ofrece a desempeñarlo recibe de Cristo, cuyo espíritu le mueve y cuya caridad le apremia (2 Co 5, 14), la fortaleza y el tesón. Es su Mano no empequeñecida, la que nos sostendrá, aunque a veces nos deje en apariencia para probar nuestra confianza o para abatir nuestra soberbia. *«Habrás acertado mi brazo para salvar, o no tendré ya fuerza para liberar?»* (Is 50, 2).

Creemos, Dios nuestro, que tu Mano, que tu Brazo, no se ha acertado para salvar. Creemos, pero ayuda Tú nuestra fe. Seas, Tú, Jesús, levantamiento para muchos. *«Puesto está para caída y levantamiento de muchos en Israel...»* (Lc 2, 34). Almas que

se eleven a gran santidad, vocaciones generosas de consagrados. Despierta en muchas almas la llama apostólica que las mueva a dejarlo todo por el amor de tu Reino y para difundirlo en otras almas.

Pero la santidad es obra de la confianza más que de nuestro esfuerzo. El esfuerzo para orar y para confiar y todo se nos dará hecho. «Buscad y hallaréis» (Lc II, 9). Buscad la paz y la hallaréis; buscad el director, el Amor, acierto, la prudencia... y los hallaréis. Todo está, por lo tanto, a nuestro alcance, en nuestra mano, según nos ha prometido el Señor si oramos. «*Llamad y os abrirán. Porque todo el que pide, recibe, y el que busca, encuentra, y al que llama, le abren*» (Mt 7,7-8). «*Y todas las cosas que pidáis con fe en la oración, las obtendréis*» (Mt 21, 22). Lo ha prometido Jesús, que no habla en balde, que hace lo que dice, que es fiel cumplidor de su palabra. «*Pasarán el cielo y la tierra pero mis palabras no pasarán*» (Mt 13, 31). Con Cristo todo lo puedo. «*Todo lo puedo en Aquel que me da fuerza*» (Flp 4, 13). Tanto si se trata de transformar el carácter como de la adquisición de la virtud que nos falta, virtud de humildad, de desprendimiento de las criaturas, de saber soportar las críticas, de tragarnos la muerte si Él quiere. Apoyémonos en Él, que es nuestra Roca, por la oración, y se nos dará fe y paciencia soberana para superar todo cuanto se interponga en nuestro camino.

18. Lección de fe histórica

Dios gobierna la historia y se llevó al Papa Luciani. De él aún podían decir que era viejo, que no tenía ideas, que era un incapaz... como lo han dicho.

Y nos dejó a Wojtyla. De él no van a poder decir que es viejo, ni que no tiene ideas ¡vaya que las tiene! ¡el gran intelectual!

Ni que es incapaz el gran políglota! Ni que desconoce el marxismo. Lo sabe por la punta de los dedos. Y lo sabe todo de él. Porque lo ha vivido y lo ha padecido. Sabe muy bien que para el marxismo la religión es el opio del pueblo, -pero que no le interesa hacer mártires - dentro de lo posible. De esta suerte el programa de la época es la persecución; pero aparentemente tal persecución no existe, sino que hay plena libertad religiosa- Es más, semejante programa ha sido capaz de crear en muchos la impresión de que ellos están al lado de Lázaro, el de la parábola, y en contra del Rico Epulón y, por consiguiente, de que están junto a Cristo, siendo así de que están, sobre todo, contra Él. ¿Podemos decir en verdad que .sobre todo.? Quisiéramos poder afirmar lo contrario, pero por desgracia los hechos prueban claramente que existe la lucha religiosa y que tal lucha religiosa sigue siendo un dogma intocable en el programa- Hasta llegar a parecer que el medio más necesario para la realización de ese «paraíso en la tierra. Consiste en privar al hombre de la fuerza que le viene de Cristo. En efecto, esta fuerza ha sido taxativamente condenada como debilidad indigna del hombre. Indigna Y. sobre todo, incómoda. El hombre que es fuerte con la fuerza que le otorga la fe no tolera fácilmente que se le empuje hacia el anonimato de la colectividad».

Estas palabras las predijó Wojtyla a Pablo VI en sus Ejercicios del año 1976 y están en su libro *Signo de contradicción* (Edición italiana. pág 218. Española-BAC, págs. 255-256).

Procede el nuevo Papa de un ambiente sano, austero, modesto, sin alardes de consumismo, un ambiente de lucha que es donde se forjan los grandes caracteres.

De Polonia. Con su amor entrañable, tierno, sencillo y popular (que algunos llamarán fanatismo, folklore, rutina, infantilismo) a María, con sus seminarios repletos, con su jerarquía *unida* -ya en el balcón de San Pedro vimos a Wyszynski junto a Wojtyla- y en la obediencia de los Cardenales, vimos al Papa levantarse al llegar el Primado, abrazarle y besarle la mano humildemente.

Después nos ha dicho la prensa el gran abrazo, largo abrazo que se dieron llorando en el Cónclave los dos al ser proclamado Wojtyla...

Donde hay vida cristiana, fe, oración intensa -(¡el Papa orante parece Wojtyla!) en su capilla de Cracovia, olvidando la comida; en Montarella, en el sepulcro de Juan Pablo I... -brotan vocaciones y Papas (¡Polonia, el primero de su historia!) aun en medio de la persecución y privación de libertad.

Juan Pablo I un catequista popular. Juan Pablo II un catequista a alto nivel. Ya ha dicho que el celibato sacerdotal es un signo de consagración total a Dios.

No es lo eterno e inmutable lo que hay que cambiar para ser hombres de hoy.

¿Hay algo más antiguo que el sol? ¿Más que la lluvia? ¿Más antiguo que la tierra? ¿Hay algo más antiguo que la savia de los árboles? No declaremos la guerra a la savia, a la tierra, al agua, al sol, porque nos condenamos a muerte.

¡Qué falta de vista en tantos revisionismos! ¡Qué poca teología! Y ¿quién será capaz de reparar los estragos irreversibles? Los médicos incompetentes llevan los cuerpos al cementerio. Los guías espirituales ciegos llevan las almas al abismo. Lo hicieron sin saber. ..Hay una ignorancia que es locura: la del que tiene obligación de saber.

A este propósito dice Julián Marías: «Vivimos en un mundo que ya no es cristiano, pero que lo ha sido y acaso ha dejado de serlo porque el cristianismo se hizo «mundo» más de lo que debía, porque se abandonó demasiado a que las «estructuras» fuesen cristianas, descuidando que lo fueran las personas. La reacción frente a esto entre católicos -y sobre todo entre eclesiásticos - es tan pueril y elemental, que se regocijan ante toda «estructura» *anticristiana*, como si esto fuera una «depuración» del cristianismo, sin ver que es igualmente una contaminación social, negativa por añadidura: Hay eclesiásticos y aun prelados que se extasían beatamente ante cualquier *negación social* de los principios cristianos que eran socialmente vigentes, que gustan de poner trabas a la realización normal de la vida cristiana, que «disuaden» a los fieles de que lo sean. Son reacciones poco inteligentes -más que malintencionadas- a las dificultades reales de una vida religiosa acosada por innumerables cuestiones *fronterizas*, que reclaman fe viva y cabeza clara. Santo Tomás de Aquino que tenía una cabeza formidable, ya dijo en ocasiones *stultitia est peccatum*. Hay, sin duda, una necedad pecaminosa» («La Vanguardia», Barcelona, 26 octubre 1978; «Problemas del cristianismo», BAC, pág. 36).

Y, por lo demás, no está reñida la firmeza en lo tradicional con el amplio conocimiento del contexto moderno. Más. Es necesario. Ahí está el Papa Wojtyla, íntimo de Dios y hombre de los hombres, Pastor a la medida de la Iglesia de hoy y de

los hombres, hombre de hoy, pero anclado en el ayer, hoy, mañana, de la eternidad. «Jesucristo, ayer, hoy, el mismo por los siglos de los siglos» (Hb 13, 8).

19. Es la fe del leproso la que nos hace falta

Él era un hombre desgraciado en todo orden: enfermedad que corroe la integridad física, incurable y proscrito de la sociedad. El Levítico determina que el leproso es impuro y que andará harapiento y despeinado, con la barba rapada y gritando a todos su impureza para que no se produzca el contagio. Vivirá solo y desterrado (Lv 13,45-46).

Pero como el leproso es símbolo del pecador a quien Cristo viene a liberar veamos cómo Cristo lo trata.

El leproso de que nos habla san Marcos prescinde de la Ley en un arranque que confirma que la letra mata y el Espíritu da vida, y se acerca a Jesús. De rodillas le suplica: «Si quieres puedes limpiarme». (Mc 1,40). Es un reconocimiento implícito de un poder supremo en Jesús. El leproso tendría familiares: esposa quizás, hijos, hermanos. Todos ellos querían curarle. Pero querer no significa poder. y queriendo con todas sus fuerzas no habían podido curarle.

El leproso, lleno de fe, suplica a Cristo: «Si quieres, puedes limpiarme». Es un reconocimiento de la bondad de Jesús y del poder de Jesús. Un poder infinito.

Extendió la mano y lo tocó. He ahí un medio desproporcionado. No hay médico que cure sin medicinas. Jesús no va a usar medicamento alguno, lo tocó y le dice: «Quiero, queda limpio» (Mc 1, 41). Quiero = Bondad de Jesús. Queda limpio = poder de Jesús.

La lepra se le quitó inmediatamente y quedó limpio. Nos hemos de ver ante Dios llenos de lepra. Pero nos hemos de presentar a Él con la fe y actitud del leproso. Repetirle mil veces: «Si quieres, puedes curarme». Y, si lo hacemos dos horas cada día en la oración -bueno sería este modo de orar- no dudemos de que Cristo nos diga como al leproso: quiero, queda limpio. Y nos convirtamos en hombres nuevos, llenos de belleza moral y de gracia sobrenatural.

20. La fe ve en el grano de mostaza figura del Reino

«Es parecido el Reino de los Cielos a un grano de mostaza que un hombre tomó para sembrar en su campo; y, aun siendo la más pequeña de todas las semillas, cuando crece es mayor que todas las plantas del huerto, y se hace un árbol, a donde vienen los pájaros del cielo a cobijarse en sus ramas" (Mt 13, 31-32).

Lo que establece el parecido entre el Reino y el grano de mostaza es la antítesis entre su pequeñez y la grandeza del Reino.

Existe un árbol de mostaza en Betania, cerca de la tumba de Lázaro, cuyas semillas son en verdad pequeñas, increíblemente pequeñas. ¿Cómo se podría pensar que en una semilla tan insignificante haya programado un árbol?

Jesús escogió la semilla de mostaza justamente por acentuar esa inmensa diferencia entre los comienzos y el término; entre los medios y el fin.

La reflexión sobre la parábola de la mostaza nos resulta muy consoladora. Ver las obras de Dios en sus comienzos con tan enorme pobreza de medios y con instrumentos humanos tan débiles, hace necesaria la afirmación de Jesús para seguir creyendo que en esa pequeñez está la futura grandeza. Más todavía, que esa insignificancia es condición para el extraordinario desarrollo. Ésta es una de las desconcertantes leyes que rigen el Reino de los Cielos y que repugna a nuestras categorías mentales.

San Pablo se creía fuerte cuando experimentaba su debilidad (2 Co 12, 10).

Dios quiere toda la gloria para Él y brilla más su poder en instrumentos desproporcionados. «Dios puede escribir con la pata de una mesa».

Si utilizara medios adecuados sentirían los medios la tentación de creerse causa y no instrumentos.

El Cura de Ars fue un sacerdote inculto, nervioso, irascible de joven, pero con docilidad total a las manos de Dios hizo milagros.

Santa Teresa, siempre enferma, en manos de Dios fundó 18 conventos.

San Ignacio, vanidoso, crea la Compañía de Jesús. San Francisco de Sales, iracundo, convierte herejes a miles y funda la Visitación.

¡Oh grano de mostaza! Estoy enamorado de tu pequeñez. Me admira tu fuerza interior. Tu árbol está en ti, tan chiquito, que nos hace remontarnos al Creador que puso en ti tanta fuerza. Me entran ganas de ser grano de mostaza y, como el Reino de los Cielos, enterrarme, ocultarme, para que un día germine y sea un árbol donde aniden muchos, muchos pájaros, que encuentren en él, casa, nido, comida, albergue, sombra y columpio para volar a Dios.

21. La confianza en Dios hija de la fe. Infancia espiritual

«y la confianza que tenemos en Él (el Hijo de Dios) es que, si le pedimos alguna cosa conforme con su voluntad, Él nos oye. y si sabemos que nos oye en cuanto le pedimos, sabemos que obtenemos las peticiones que le hemos hecho» (1 Jn 5, 14-15).

La confianza hija de la fe exige también en el cristiano una gran acción del don de piedad. Pero la piedad, en estos tiempos es cosa menospreciada. Tiempos de humanismo larvado tan semejantes a los del período de transición de la Edad Media a la Moderna que se llama Renacimiento, en que la cultura repristinó en la literatura y en el arte las costumbres del paganismo. Si acaso hay una diferencia del renacimiento a nuestros días es en favor del mayor libertinaje y de más altiva soberbia.

Y el don de piedad no puede florecer en medio de tan crudo paisaje. Este don necesita un clima cálido de amor divino, unas personas vacías de sí mismas, por la auténtica humildad. Favorece poco a su desarrollo la autosuficiencia, la independencia, el juicio despreciativo de todo lo que no sea cultural, promoción humana, realización de la propia personalidad...

Pero el don de piedad infunde en el cristiano niñez de corazón, eso que hace tan amable a un ser humano. Un niño: ¡qué encantador en la confianza en su papá en cuyos brazos está! Para él no hay problemas. Ríe sin pizca de malicia, con una sonrisa limpia y fresca como un racimo de copos de nieve.

Si se le quiere asustar esconde su cabecita en el pecho fuerte de su papá.

Cuando tiene hambre pide sin complicaciones a su mamá...

Es débil pero en su debilidad está su fuerza, porque así cuenta con la de sus papás.

No se puede valer por sí solo y esto le hace dependiente de todos, lo llevan en brazos, le dan la comida, lo lavan, lo visten... y si se pone enfermito le atienden y se desvelan ante su cuna.

«Si no os hicieréis como niños... no entraréis en el Reino de Dios» (Mt 18, 3).

Hacerse como niños: empequeñecerse; gozar con cualquier cosa...

Esto hace amable al niño. Esto hace grato a Dios Padre al hombre que tiene el Espíritu que por el don de piedad pone en sus labios las palabras: «Papá mío».

Si le pedimos algo según su voluntad nos lo concede: Su Voluntad es nuestra santificación. ¿Cómo no nos escuchará si le pedimos santidad, humildad, espíritu de niñez, saborear lo recto a sus ojos?

¡Qué confianza estar en los brazos de tal Padre! Mi padre es el capitán del barco, decía con serena confianza el niño ante la perspectiva de un naufragio. ¿Cómo va a permitir mi papá que yo me hunda?, pensaría el niño. y allí podía fallar, no su confianza, sino el poder de su padre, que no está por encima de las tormentas, pero aquí, en brazos del Padre Dios, no falla su poder que lo tiene total e infinito. Ni puede fallar su Bondad, que tampoco tiene límites.

Como los niños: esperarlo todo, pedirlo todo, no ser autosuficientes...

El que tenga más cultura que se humille más y que la ponga al servicio de sus hermanos que quizá tienen más virtud, que vale mucho más, y que si hubieran tenido medios, habrían sido capaces de superarnos...

Ése es el hombre amable a los ojos de Dios ya los ojos de los hombres. El sencillo, humilde, que escucha a todos y de todos aprende, porque el Espíritu se complace a veces en dar su luz a los más pequeños para confundir y humillar a los que se creen sabios.

Los aristócratas cultural, social, económicamente de solera, suelen ser sencillos y luchan por no jactarse de lo que quizá, sin esfuerzo, se encontraron al llegar a la vida.

Los nuevos ricos, los que nunca se lo vieron, se manifiestan pagados de sí mismos y como perdonadores de los otros... parias..

Así se hacen odiosos. Al revés de los niños que se hacen amables. Porque la virtud atrae y se hace amable. El vicio repugna y se hace odioso.

Si alguna vez te encuentras en la vida con la luz de alguna riqueza ¡Por Dios! que te perdonen los pobres tu riqueza. ¡No blasones! que si alardeas... conocerán de qué flaqueas!

22. Dios sabe lo que hace mejor que el hombre

A veces, en nuestra ignorancia se nos ocurre pensar más o menos así: «*Señor, yo habría arreglado el mundo de una manera distinta a como Tú lo has arreglado*». Así quizá me comporto, aunque no llegaría a formularlo con palabras. «Hay todo un mundo de circunstancias y actividades, de personas y situaciones que yo habría ordenado de otra manera, distinta o contraria... y, sin duda, a mi ver, más eficaz... ¡Cuántas cosas se habrían realizado ya si yo las hubiera podido ordenar!...»

Me cuesta plegarme á la fe de que Tú sabes mejor lo que haces, de que Tú quieres el triunfo con más eficacia que yo, de que Tú tienes más interés que yo de que todo se realice y siga el camino mejor. Por eso haces todo; permites lo que permites y dejas libres a los hombres... En el mismo ejercicio de su libertad no podrán dejar de hacer tu Voluntad. Sobre tu Voluntad no puede prevalecer nadie, ningún hombre. No eres Tú un Dios que tenga que decir: yo quería, pero tú no quisiste... ¿Dónde estaría tu Omnipotencia salvadora?

Quieres salvar a todos los hombres. Si quieres salvar y se condenan ¿dónde está tu Voluntad infinita?

«*Moriréis en vuestro pecado*» (Jn 8, 2124). -¿Dónde está la voluntad salvífica? Una voluntad de Dios que se estrella contra el dique de una libertad humana.

¿Ya no tiene Dios otra salida? ¿No tiene en su poder el uso de más resortes para que se conviertan? ¿No puede dar más luz para que vean mejor el camino y no se estrellen? Parece ser -y alguien lo ha escrito- que al dar más luz el hombre perdería libertad... ¿por qué? La libertad no consiste en la facultad de poder hacer el bien o elegir el mal, sino en poder hacer el bien porque quiero. Cuanto más claro vea mejor iré por la senda de Dios pero libremente, sin que Él ni nadie me coaccionen. Antes al contrario, somos más coaccionados por el mal que nos nace de dentro y que nos fascina de fuera. Y cuando nos lanzamos al mal no estamos en situación de indiferencia.

Casi nunca el hombre es él solo a la hora de decidir su voluntad. Sobre él pesan muchos factores que entraron por todos los sentidos desde su niñez. Ahí en el subconsciente o en la conciencia dejaron su huella. Y no sólo factores de acción suya personal, sino también de sus antepasados, que fueron amansando, con sus costumbres, la manera actual de reaccionar o de vivir .

Pero, ¿dónde está la libertad? ¿Cómo Dios no me salva y me santifica?

«*Qui creavit te sine te, non salvabit te sine te*». *El que te creó sin ti no te salvará sin ti* (San Agustín).

Su Voluntad no puede hacer que nosotros no pongamos impedimentos. Y ¿dónde está su Omnipotencia? ¿Y dónde quedaría mi libertad?

Por eso su Voluntad de salvarme se manifiesta en querer conducirme suavemente por todos estos vericuetos, que ahora no entiendo, pero, que en conjunto, todos me van llevando a la vida.

Es un principio de Teología que Dios mueve las cosas al modo de ellas. Puesto que Dios hace bien todas las cosas, sería absurdo suponer que las violenta tratándolas de forma que no tuviera en cuenta la naturaleza de que las ha dotado. Dios obrará pues ordenada y suavemente en armonía con las mismas condiciones de la naturaleza humana y de las leyes de todo crecimiento, desarrollo o retroceso.

Ni el hombre perderá libertad, ni Dios dejará de querer infinitamente. La armonía de mi libertad con su Voluntad será la realización de sus planes, que yo no comprendo y que he de aceptar, por lo mismo, con total abandono y con ceguera confiada.

En mi mano está siempre pedir más luz. ¿La pido? Si no la pido es porque me falta luz o porque yo voy poniendo obstáculos a esa luz.

¿Es que Dios podría hacer que yo no pusiera obstáculos? Ciertamente que podría, pero, ¿no hay momentos en que viendo claro, me decido por el mal? Si viera más claro -dirás -no obraría el mal. Pero ¿no merecerías el reproche de Cristo: «porque has visto, Tomás, has creído. Bienaventurados los que no vieron y creyeron»? (Jn 20, 29). Si Dios nos hiciera ver todo claro ya no habría prueba. y es tan grande lo que nos prepara, que, quiere que, de alguna manera, nos lo ganemos. Quiere que tengamos fe. Que le demos un voto de confianza. Está su Palabra. Ésa es la luz que nunca nos falla ni nos ha fallado. Su Palabra eterna es Luz y todo Él es Palabra y Luz para los hombres; bien claro nos ha hablado. Sus palabras están bien claras. Falta que les demos crédito. Falta que sean para nosotros palabras de Dios que siempre nos darán vida.

23. Dios obra y gobierna todo suavemente

La fe nos dice que la Providencia de Dios sostiene y gobierna todo cuanto ha creado disponiéndolo todo suave y fuertemente.

Lo alcanza todo, tanto los sucesos físicos como los actos libres. Lo mismo las acciones individuales que los decretos de los reyes y las obras colectivas.

Todo lo mueve y ordena para conseguir fines que Él mismo ha señalado, pero lo mueve *suavemente*. Porque Dios sabe utilizar sus instrumentos acomodándose a la naturaleza de éstos. El buen músico no emplea el violín lo mismo que el piano. y así Dios gobierna a los hombres libremente respetando su libertad.

El nacimiento de Cristo es el centro de los tiempos. Dios supo ordenar todos los siglos de manera que prepararan ese momento.

La historia religiosa de la humanidad se divide en dos períodos: antes de Cristo y después de Cristo. Bien ajenos estaban los habitantes de Belén de que esta noche se

cerraba un libro de la historia y se abría otro, de que era el broche final de una era y el comienzo de otra.

La primera etapa de miles y quizá de millones de años tuvo por objeto preparar la venida de Cristo.

Los once primeros capítulos del Génesis nos muestran la humanidad en sus albores, vigilada por Dios para conservar dentro de ella un pueblo suyo.

Miles de años después se abre la historia de los patriarcas. Aquel puñado de hombres justos, que preocupaban a Dios desde el principio, va a concentrarse en un pueblo, para que el Mesías nazca de él.

Constituido en Estado mediante Moisés, recibe un territorio con Josué, los Jueces y David y es sostenido mediante la predicación de los Profetas.

Leyendo la Biblia se ve cómo toda la historia va siendo aprovechada recia y suavemente para conseguir los fines decididos por Dios para su pueblo.

Hasta que llega el momento final. Es necesario que se cumplan las profecías.

El Reino de Dios no será un pequeño pueblo, sino que la voz de sus predicadores ha de oírse por todo el mundo.

Entonces surge el primer imperio universal: el Imperio Romano.

Éste superará las hasta entonces invencibles barreras de las razas y naciones. Un judío podrá recorrer libremente el mundo entero. Conseguirá la unidad de lengua. Con el griego y el latín podrán hacerse entender por todas partes los predicadores.

Los medios de comunicación cruzarán el mundo conocido.

Ya está todo a punto para que el Reino de Dios tenga la posibilidad de la predicación.

Sólo falta que se cumpla una profecía: « *Y tú Belén de Judá no eres la más pequeña...*» (Mi 5,2; Mt 2,6). César Augusto sin saberlo obedece los planes de Dios dando un decreto de empadronamiento.

La fe nos dice que la Providencia se ha encargado del cumplimiento de las profecías sin forzar a nadie.

El plan actual de la Providencia es extender ese Reino de Jesús.

«*Toda carne verá la salvación de Dios*» (Is 4, 3-5; Lc 3, 6). Sólo Él es el Salvador. Y como Cristo no ha terminado de venir porque su venida salvadora empezó y continúa para culminar al fin de los tiempos, la Salvación ha empezado y se realiza ahora y progresa, pero no es completa. Ahora es una salvación en fe y esperanza de su plenitud futura.

Dejemos que venga el Señor. Viene cada día y cada momento.

Necesitamos al Salvador. Gritémosle que venga: ¡Ven, Salvador! ¡Marana tha! ¡Ven, Señor Jesús! y la Esposa dice: ¡Ven! (Ap 22,20)

Digamos con la Esposa, la Iglesia: ¡Ven, Señor Jesús, sálvanos!

24. La muerte es la gran prueba de la fe

«¡*Muchacho, a ti te digo, levántate!*» (Lc 7, 14). La muerte, ¡he ahí el gran enigma de la condición humana! ¿Para qué vive el hombre? ¿Todo termina en el hombre? ¿Se acaba todo con la muerte? y si toda vida humana es ya de por sí un enigma, alcanza su vértice en presencia de la muerte, en frase del Concilio Vaticano II (bis GS, 18). Tanto más cuanto que todos lo que deseamos es vivir. ¿Qué digo deseamos? Más que desear, es necesitar; aunque si deseamos vivir es porque necesitamos la inmortalidad. Esa chispa de Dios que Él nos ha metido dentro de las entrañas del ser se subleva contra la muerte. Vendrá todo el gigantesco esfuerzo de la técnica moderna a prolongar por unos años esa vida humana... vano intento por alcanzar la inmortalidad, porque al fin... la ciencia se queda sin poder hacer nada cuando llega la hora de la muerte. Como la pobre madre viuda de Naím que va detrás de su hijo llorando, en silencio, pero incapaz de dar de nuevo la vida a ese hijo que empezó a latir en sus entrañas. El hombre es impotente ante la muerte.

Pero Dios es poderoso ante la muerte: «¡*Muchacho, levántate!*» (Lc 7, 14). Sólo Dios tiene palabras ante la muerte. A nosotros se nos acaban pronto los tres o cuatro párrafos que el formulario de la cortesía ha dejado ya manidos: «Le acompaño en el sentimiento», «le doy mi más sentido pésame»... Este silencio en presencia de la muerte se ha generalizado tanto que ha quedado como costumbre social el guardar un minuto de silencio en ciertas funciones públicas para honrar la memoria de un muerto. Más aún, ese silencio ha trascendido al recinto de la palabra. El luto, que todavía se conserva en ciertos ambientes, trata de poner silencio, obliga a permanecer en casa, a cerrar las ventanas, abstenerse de espectáculos... Sólo Dios tiene la palabra definitiva ante la muerte: «*Yo soy la Resurrección y la Vida*» (Jn 11, 25). «*No he de morir, viviré*» (Sal 117, 17).

Eso, pues, dice a cada hombre Cristo: ¡Levántate! ¡Vive! No te quedes postrado en ese ataúd de tu carne corrompida; ¡Levántate ! ¡Anda! Comienza a hablar. Eso ya es la fe. Comenzar a hablar a Dios. Cuando el Arzobispo de Valencia, José María García Lahiguera el día de su toma de posesión le hablaba a la Virgen en conversación amorosa y urgidora, como de dos grandes amigos, como de hijo a Madre, estaba ejercitando la fe y demostrando que él vive, porque todo el que cree en Cristo vive. y estaba, además, engendrando vida en los que presenciaban la emocionante escena, porque estaba despertando la fe quizás en quienes la tenían adormecida y encendiéndola en llama ardiente en quienes la vivían como él.

Vivir es creer; vivir es amar. El muerto ni ve ni ama. De una semejante manera el que está muerto para Dios, a su Vida, ni puede ver ni puede amar. Es lo que hace Cristo al devolver la vida, al resucitar al muerto a la gracia: darle posibilidad de ver por la fe el mundo de las sobrenaturales realidades y de vivir una vida de amor que no tenía. El hijo de la viuda ha comenzado a hablar. Yo veo aquí un doble misterio: Habla agradeciendo a Cristo la vida que ha recibido de su bondad, conmovida por las lágrimas de su madre;

habla para demostrar que la Palabra de Dios en Cristo ha sido eficaz. La única eficaz cuando toda la humanidad tiene que callar ante la muerte, porque es incapaz de decir una palabra de eficacia que salve de la muerte. Y ahora estoy viendo un tercer significado a las palabras del muerto resucitado y hablando: Una vez resucitado ya puede hablar y proclamar la alabanza de Dios que haga bien a los oyentes. En adelante, no sólo las palabras de aquel joven, sino también sus obras y su vida, estarán haciendo apostolado porque estarán recordando a todos: ése es el resucitado por Cristo. Pero sólo serán eficaces sus palabras si su resurrección es de verdad y total, porque si se le quedara un brazo muerto o algún otro miembro, una obra hecha a medias restaría brillo a la obra de Dios.

Si nosotros hemos resucitado de veras, si hemos oído la Palabra de Dios que se conmovió de nuestra muerte espiritual, pero vamos siguiendo a Cristo a medias, paralizadas parte de nuestras espirituales energías, poco podemos hablar en plan de apóstoles porque no llevaremos el poder de Cristo en nuestros miembros vivos y transfigurados. Pero si la resurrección ha sido verdadera, aun sin hablar, predicaremos porque verán que Cristo es poderoso para hacer esos cambios en las almas; de egoístas, abnegados; de terrenos, celestiales; de sensuales, sobrenaturales. La reacción de la gente es natural: todos dan gloria a Dios diciendo que un gran profeta les ha sido enviado, y que Dios ha visitado a su pueblo. Hay que dejarse resucitar del todo por Cristo, porque Él no quiere otra cosa. No es que se haga el remolón para llevarnos a su abrazo inmenso y amoroso, es que las cosas son como son y Él no puede hacer unión de desorden y orden, de santidad y pecado, de amor y egoísmo, de fealdad y belleza. De tal manera que Él está esperando que una persona humana quiera subir los primeros ribazos escarpados del monte Carmelo para en seguida irla introduciendo en la Noche. A la acción del hombre sigue en seguida la acción de Dios, que no otra cosa quiere sino vernos participando de la gloria de su resurrección.

25. La fe en el cielo

Ciudadanos del cielo que viven en el destierro somos los cristianos. Pero el cielo en sentido teológico no tiene el significado que vulgarmente le atribuimos cuando designamos con este vocablo la bóveda celeste, el espacio más allá de las nubes y de las estrellas.

Siendo Dios el Ser, que, según la Sagrada Escritura, está caracterizado por ser diverso del mundo y distinto de todos los demás objetos, no puede ser captado, con los métodos con que lo son las cosas de la tierra.

En primer lugar Dios no está vinculado a un lugar determinado.

Sin duda con una teología de poco calado se piense que al cielo se llega a la manera como se da fin a un viaje que desemboca en una capital inmensa, lejana y famosa. y por el hecho de haber llegado ya se posee el lugar de Dios, a quien se imagina también corpóreo, aunque más corpulento que cualquier hombre.

Aunque la Sagrada Escritura nos dice que Dios está arriba no se puede tomar esta expresión en sentido literal, sino como un símbolo de la majestad de Dios y de su elevación sobre el mundo.

Los ciudadanos del cielo, desterrados en la tierra, Somos repatriados, no por un proceso espacial sino por un llegar a Dios, un vivir en Dios participando de su plenitud de vida y de su virtud absoluta de existencia.

Llegar al cielo es haberse liberado el hombre plenamente de orgullo y egoísmo y engolfarse en Dios.

El cielo ya está incoado en la tierra y se manifestará esplendente en el día último, derrotada por completo la obra de la muerte por la gran victoria de Cristo obrada por el Padre en su Resurrección de la que todos los bautizados por Él estamos llamados a participar para ver, amar, gozar.

VIII -- LA LLAMADA

I. Instrumentos de Dios

Podemos hacer un muestreo de los instrumentos que intervienen como auxiliares de Dios para hacer sentir su llamada.

Dios se sirve de Helí para dirigir al desorientado Samuel que oía por primera vez la voz de Dios y no conocía su acento. Le enseña a ponerse alerta al oír que es llamado por su nombre: «Samuel, *Samuel*» y a responder con plena disponibilidad: «*Habla, Señor, que tu siervo escucha*» (1 S 3, 10).

Se vale Dios de Juan que, inhabitado por el Espíritu, conoce a Jesús y lo presenta a los dos discípulos, Juan y Andrés: «*He ahí el Cordero*»... (Jn 1, 36).

Andrés será otro instrumento de Dios que evangelizará a Simón, su hermano: «*Hemos encontrado al Mesías*» (Jn 1,41).

Dios, pues, que ordinariamente se valdrá de instrumentos para que le oigamos.

Hoy he estado hablando con un joven de 18 años, bueno, pero que no va a misa porque no le gusta. Le he hablado de que le falta eso para ser del todo bueno. Es la acción del instrumento que ayuda al hombre y sirve a Dios.

Hubo un día en nuestra vida en que alguien nos señaló el camino de Dios que es nuestra felicidad. Al oír se nos ponía en el trance de usar nuestra libertad. Podíamos seguir esa orientación o no.

Todavía Dios no nos había hablado. Eran sus instrumentos los que estaban actuando, aunque en realidad, Dios ya nos hablaba por esos instrumentos.

A nuestra pregunta respondía Dios. Y Samuel iba creciendo y Dios crecía con él. Y Andrés y Juan oyeron «*venid y lo veréis*» (Jn 1, 39). San Juan guarda un recuerdo

profundo de esa llamada porque ya viejo, cuando escribe su evangelio, aún recuerda: *eran las cuatro de la tarde* (Jn 1, 39).

Y a Simón le cambia el nombre aludiendo al cambio que se ha de operar en el contacto con Jesús y en el destino para el que lo elige.

Ciertamente Dios nos invita a vivir con Él, a ser un mismo espíritu con Él, de ahí la necesidad de la pureza, porque nuestros miembros son miembros de Cristo, porque *nuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo* (1 Co 6, 19).

Entrar en convivencia con Dios, ¡qué sublime vocación!, y cómo nos va a exigir una dignidad y una elegancia en el trato con Él y con los hermanos. ...

Vivir la misma vida de Dios.

Morir, por tanto, a la nuestra, que es sensual y cicatera, egoísta y blandengue.

Vivir la vida de Dios, será reproducir en nosotros la vida de su Hijo-Hombre, hecho hombre para ser modelo nuestro.

Como Él de vírgenes, como Él de pobres, como Él de mansos y humildes de corazón.

2. La llamada de Jesús Niño

El supremo modelo de vocación lo tenemos en Jesús Niño.

El Padre le pide un sacrificio enorme: separarse de sus cariñosísimos padres, que son su vida, con quienes siempre ha vivido, a quienes nunca dio un disgusto, de quienes no le separa ni un solo momento de aversión por un castigo merecido. Unidísimo a ellos por un infinito amor de caridad palpitante en su corazoncito. No es Jesús un niño insensible, o seco y adusto, algo así como un hombre-niño, que hace cosas raras impropias de su edad. No. Es un niño-niño, normal, que no se ha separado nunca de sus padres y ahora el Padre le pide este tremendo desgarrón. Le llama. Le impone quedarse en el templo. Le hace sentir la vocación. Pero esa vocación tan rara ¿en función de qué? Si la voluntad del Padre era que se manifestara a los maestros para que les intrigara con sus preguntas y respuestas, ¿acaso se hubieran negado José y María a esa voluntad del Padre? ¿No hubieran retrasado gustosísimos el viaje y le hubieran ayudado a cumplirla?

Aquí hay un misterio. Aquí hay una enseñanza. Ahora se abre una ruta nueva a la historia. Abrahám era ya un hombre maduro cuando se le exige la separación de su padre y de su madre. Pero Jesús tiene 12 años... y en esas circunstancias.

Días vendrán en que su ejemplo será necesario. Un niño de 10 años es acompañado por sus padres Y. ya de noche, lo dejan en el Seminario. ¿Qué siente ese niño al cerrarse el portón de hierro que lo separa de sus padres y hermanita por primera vez en su vida? Es una pena muy honda... es una asfixia que no se puede definir. Es un mar de amargas lágrimas. Es el deseo de salir corriendo a gritar que vengan a por él...

Conviene que pensemos todo esto. Porque pasamos superficialmente sobre el Evangelio, que ya nos sabemos de memoria pero sin ahondar en situaciones humanas que tienen su mensaje, y que nos darían una fuerza y una luminosidad que no encontraremos en los libros ni en las conversaciones.

Que lo pensemos nosotros personalmente, porque a esta reflexión amorosa vincula el Espíritu Santo sus luces.

Vendrán días en que necesitarán las almas la luz de la vida de Jesús.

Serán muchos los llamados por el Señor. Y estos llamados no pierden su sensibilidad con la llamada. Y sentirán los deseos de desoír la voz de Dios, de rechazar una vida de sacrificio, de pasar de largo ante el misterio.

Para éstos y para estas horas el Niño Jesús se está convirtiendo en maestro que exige lo que vive, que enseña con su ejemplo.

¡Benditos tres días en Jerusalén, en el templo, que tanto nos enseñan ya tanto nos estimulan!

¿Qué y dónde comería? ¿Cómo y dónde dormiría? Un sinfín de preguntas que se quedan sin respuestas pero que no dejan de acentuar el mensaje: Es necesario que yo sufra. Es necesario que mis padres pasen este calvario, este calificado dolor. Porque es necesaria la cruz para la Redención.

Un capítulo más de cruz. La salvación la exige. El Niño Jesús la acepta. Y yo... he de aprender aunque se me apriete el corazón.

Las vocaciones a la salvación son obra del Señor. ¿Cuánto más lo serán las vocaciones a la perfección?

Bueno será que nosotros echemos la semilla en el surco preparado, pero mejor haremos si, además, encomendamos fervientemente a Dios el desarrollo y granazón de esa semilla.

El hombre puede recibir dos vocaciones: la de la salvación por el Bautismo y la de la perfección que plenifica la gracia del Bautismo. Ninguna de las dos viene de la carne ni de la sangre, sino de Dios que nos ha agregado al grupo de los llamados a la perfección.

Lo nuestro será colaborar con esa gracia que se nos ha dado inmerecidamente a nosotros.

Lo nuestro será invocar a Dios para que a la Iglesia no le falten esas vocaciones que tienen que ser renuevos vivos que germinen en la Sangre de Cristo.

Toda vocación que no brote del Señor, por su acción, no granará, se secará, no llegará a sazón. *Semillas de vocación caerán en tierra pisada, otras sobre piedra, otras en medio de cardos y espinas...* (Mt 13,1-9).

No nos extrañe que no veamos llegar a buen término todas las vocaciones que siguieron la llamada en un momento de fervor. No importa comenzar sólo, sino perseverar cuando lleguen las pruebas.

Hay quien recibe la semilla con alegría pero en llegando la oscuridad de la noche, retrocede. No valen excusas. Todo está previsto y predicado: *«el que perseverare hasta el fin se salvará»* (Mt 10,22).

3. Jesús que llama

*«Convertíos y creed la Buena Noticia. Pasando junto al lago de Galilea vio a Simón ya su hermano Andrés... Jesús les dijo: **Venid conmigo...**»* (Mt 4,18-19; Mc 1,15-17).

Necesita Jesús colaboradores. Necesita Apóstoles, enviados. Sale en su busca. La primera pesca la hace Él lanzando la red de su Palabra al corazón de los dos. Les enganchó. ¡Ojos de Jesús conquistadores, pescadores de hombres! Enseñadnos a mirar de tal modo que hagamos presa en las almas para enamorarlas de Ti.

¡Palabras de Jesús potentes! Poned fuerza en nuestras palabras para que sean tuyas y no nuestras, insustanciales y sin base.

¡Pies de Jesús fatigados de caminar en busca de pescadores! Dadnos la belleza de los pies del mensajero de la paz.

¡Alma de Jesús ardiente de la gloria del Padre! Enciende las brasas mortecinas del carbón de nuestra alma. ¡Danos un alma ardiente como la tuya!

¡Corazón de Jesús, palpitante a la escucha de la respuesta de Simón, de Andrés, de Juan, de Santiago! Haz paciente nuestro corazón en las repulsas, sufrido en los desaires, desprendido en la aceptación de nuestras propuestas de santidad.

*«**Inmediatamente** dejaron las redes y lo siguieron. Dejaron a su padre Zebedeo en la barca con los jornaleros y se marcharon con Él»* (Mc 1 20).

Esta rapidez entusiasma. Este desprendimiento es maravilloso. Algún día recordarán con nostalgia los atardeceres en el lago, la red henchida. ..

Será el momento de decirles: *«Escucha, hija, mira: presta oído, olvida tu pueblo y la casa paterna: prendado está el rey de tu belleza, ríndele homenaje, que él es tu señor... A cambio de tus padres, tendrás hijos, que nombrarás príncipes por toda la tierra»* (Sal 47).

Y por encima de la promesa del Salmo, la amistad de Cristo que se va haciendo cada vez más estrecha. La cercanía de Cristo que tiene palabras de vida eterna.

4. Tras la llamada, la prueba

La historia de la salvación tiene siempre sus mismas constantes. A la fidelidad del pueblo a la Alianza sigue la bendición de Yahvé. A la infidelidad corresponde Yahvé con el dolor purificador. Unas veces es la guerra, otras el hambre, otras la sequía, otras el cautiverio y el destierro. El Salmo 125 nos transporta al final del destierro de Babilonia y la liberación del resto de Israel. El salmista crea un bello poema que refleja la situación espiritual de los desterrados repatriados ya del cautiverio babilónico. No pueden disimular su gozo al ver que al fin se han cumplido los oráculos del Señor: *«El Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres. Cuando el Señor cambió la suerte de Sión, nos parecía soñar: la boca se nos llenaba de risas, la lengua de cantares. Hasta los gentiles decían: " El Señor Da estado grande con ellos".»* Pero al llegar a su patria sufren mucho. Encuentran el Santuario desolado, Jerusalén en ruinas... es mucho lo que han de trabajar; mucho lo que han de esperar hasta que su nación recupere su plena prosperidad política, económica y religiosa.

Es verdad que para los pueblos gentiles fue inesperado el cambio obrado en la nación elegida, defendida y salvada por el brazo poderoso de Yahvé. Parece que no se lo acaban de creer: todo les parecía un sueño. Hasta el salmista se hace eco de esa extrañeza: *«Cuando el Señor cambió la suerte de Sión nos parecía soñar: la boca se nos llenaba de risas, la lengua de cantares».*

Todo crecimiento espiritual o material en la ciudad de Dios, dentro de nosotros o fuera en las almas que amamos, o en la comunidad que deseamos extender, ha de ir precedido de una purificación, de una noche, más o menos intensa, más o menos oscura... en proporción a la extensión del Reino, ya la cercanía de Dios a que se ha de llegar.

En nosotros destruirá Él toda nuestra escoria para convertimos en una ciudad de justicia: *«Volveré mi mano contra ti; te limpiaré de escoria en el crisol, separaré de ti la ganga; te daré jueces como los antiguos, consejeros como los de antaño: entonces te llamarás Ciudad Justa, Villa Fiel. Sión será redimida con el derecho, los repatriados con la justicia. Vendrá la ruina para rebeldes y pecadores juntos, los que abandonan al Señor perecerán»* (Is 1, 25-28).

Cuando el Señor quiera levantarnos a un grado más íntimo de unión con Él nos lo hará pagar caro, que siempre será barato, porque es mucho más lo que nos quiere dar que lo que nos quiere quitar, porque es necesario que nos lo quite, pues con tinieblas no hay luz, y con fealdad no hay hermosura.

Lo admirable es que también puede elegir a quien Él quiere para comprar la luz para otros. **¡Dichosa el alma distinguida por Dios para ejercer, sin ella saberlo, la caridad en tan alto grado!**

Bernanos en sus *«Diálogos de Carmelitas»* nos presenta la muerte de la Priora: una muerte dura, una muerte, casi diré, cruel. En aquella larga agonía, que espanta a los espectadores, brota una frase que es la clave misteriosa de aquella tal muerte en un alma que siempre vivió su fe: *«No es su muerte, es otra muerte la que está muriendo».*

Puede ser que el Señor nos elija en la extensión de su Cuerpo Místico para expiar otros pecados, para Comprar transformaciones de almas (Col 1, 24). ¿Quién puede

descifrar este misterio? Pero lo que sí está en nuestra mano es dejarnos trabajar... dejarnos intervenir según sus planes

Lo penetrando así en la vida misteriosa del Cuerpo Místico Es maravilloso que la luz insignificante de una lamparilla mortecina pueda llegar a encender el estampido de Un cohete, o las velas de toda una comunidad.

Del Beato Enrique de Ossó se dijo: *«Su oración basta para mantener la fidelidad de sus hijas»*.

Lo cierto es que no hay redención sin efusión de sangre (Hb 9, 22). y por la tanto, si queremos ser consecuentes y queremos que la redención llegue a nosotros y alcance a nuestros hermanos, no rehuyamos pagar el precio de la sangre que por ella hay que abonar.

Y el Señor sabe muy bien exigirnos... la que más nos cuesta. El Señor sabe muy bien apretarnos en la parte más sensible. Él sabe muy bien acertar a darnos el golpe en el centro más doloroso de nuestra llaga.

«Que el Señor cambie nuestra suerte, como los torrentes del Negueb» (Sal 125).

Hay que construir a Jerusalén. Por eso con esta expresiva metáfora de los torrentes del Negueb que durante el verano están secos y se inundan de agua al llegar con el otoño las primeras lluvias, expresa el deseo el salmista de que el Señor cambie nuestra suerte. Que la que está destruido, se reconstruya, que la que está yermo, reverdezca, que donde hay tinieblas brille la luz.

5. ¡Hoy, ya! ¡Sal de tu tierra!

El vivir en la voluntad de Dios está reportando verdadera inmolación.

Somos hombres sujetos a una historia, a un temperamento, a unas costumbres.

Todo esto en el complejo psicológico nos condiciona vital y existencialmente.

Pero del fondo de nuestro ser surge la llamada de Dios: **«Sal de tu tierra»** (Gn 12, 1).

Señor, yo ya quiero. Tú la ves. Yo quiero salir de esta tierra de ídolos, de dioses falsos, que no tienen derecho sobre mí y que, además, no me crean, ni me realizan, ni me integran.

Al contrario, me aniquilan, me desintegran, me llevan al caos...

Pero, yo no puedo. Yo solo no puedo.

Hay dentro de mí Una guerra fría que, a veces, se tor. tla caliente.

Vivo en conflicto.

Tú me llamas. Siento tu atractivo. Me persuades. Me decido...

Pero... ahí queda un poso de vida turbia que me tira hacia abajo.

Hay un tira y afloja. Hay un quiero y no quiero. Un quiero y no puedo.

Y sigues con tu voz imperiosa que no me anula, ni me coacciona, pero me interpela, me succiona, me martiriza:

«¡Sal de tu tierra!» (Gn 21, 1).

Sí. He de salir. He de dejar. He de olvidar. He de organizar mi actividad.

He de orar. He de mortificar. Pero, espera un poco... Sí, pero mañana...

Esta vez nada más...

Soy un iluso. Trato de engañarme. Quiero vivir engañado.

Yo sé que mañana diré lo mismo. Como cuando es hora de levantarme y digo: Un minuto más... Después...

Y pasa ese minuto... y estoy más postrado que antes... He de decir ¡Sí! ¡Ahora! ¡Ahora mismo! Salgo de mi tierra. ¡Voy contigo!

Si no tomara la decisión Positiva y permanente, yo tendré que Soportar las consecuencias.

Entre otras endurecer mi relación con Dios. Aislarme. Quedarme progresivamente solo...

Y acrecentamiento de la guerra fría y situación de conflicto y estado de contradicción interior.

Es la existencial llamada: ¡Señor, ábrenos! Y la determinación de dar un portazo. ¡Trágica situación!...

IX LA CRUZ

1. La cruz gloriosa del sacerdocio

La ofrenda de la vida del cristiano es un sacrificio vivo a Dios ofrecido, tal como nos lo dice san Pablo en su carta a los Romanos 12, I: «Por ese cariño os exhorto, hermanos, a que ofrezcáis vuestra propia existencia como sacrificio vivo, consagrado, agradable a Dios, como culto auténtico...»

La ofrenda de la propia vida de Pablo es llamada por él libación: « *Y aunque tuviera que libarme sobre el sacrificio y el servicio de vuestra fe*» (Flp 2, 17).

Pero sobre todo el ejercicio del apostolado desborda la concepción sacrificial. Para san Pablo el anuncio de la buena noticia de Dios le es motivo de usar terminología litúrgica o sacrificial. Saboreemos este texto de su carta a los Romanos: En virtud de la gracia, que por Dios me fue dada, de ser ministro de Jesucristo entre los gentiles, encargado de un ministerio sagrado en el Evangelio de Dios, para procurar que la oblación de los gentiles sea aceptada, santificada por el Espíritu Santo» (Rm 15, 16).

El apostolado culto a Dios... ¡Cómo nos hemos de preparar los sacerdotes para ser los hombres del culto a Dios por nuestro apostolado: con los niños, con los mayores, con los jóvenes, con los religiosos... ofrecer los hombres a Dios! ¡Ministerio sublime! Que Dios le conceda continuadores de este ministerio a la Iglesia. Almas sacerdotales que, sacrificadas en la verdad y llenas de intensa humildad, continúen esta labor.

Sacerdotes, no sé cómo podremos tener tiempo, si amamos nuestra vocación y la queremos eficaz, para dedicarnos a tareas que, por muy nobles que sean, pueden ser realizadas por laicos... *Lo nuestro es la oración y el ministerio de la palabra* (Hch 6,4). Y para que ésta sea sabia y profunda hemos de estudiar y contemplar. Leer mucho. Mucha palabra de Dios. Es lo que nos debe pedir el pueblo, las almas. Tienen derecho. Demos de mano a otros quehaceres, pero equilibremos nuestra actividad, le tenemos cuerpo y espíritu. Y «mens sana in corpore sano».

No olvidemos el Concilio para sentir con la Iglesia. Leamos al Papa. Él actualiza el depósito de la Revelación. Estudiemos también a los Padres de la Iglesia *le*, con agudeza carismática, penetraron el misterio de Cristo.

Hemos de ofrecer nuestro sacrificio con alegría y con elegancia espiritual, *con temor y temblor* ante el misterio de las almas, que nos esperan sedientas de Dios y de eternidad. «*Los niños pedían pan y no había quien se los repartiera...*» (Lm 4,4).

Contemplemos largamente, reposadamente, silenciosa- lente, y hagamos acopio de fuerzas para distribuir las con derroche, porque ése es deseo de Dios.

De nuestra acción apostólica depende la oblación de nuestras almas, el sacrificio espiritual que les ha de llevar vivir su vida en sacrificio derramado en libación en el altar de Dios, mezclando su sudor, lágrimas y sangre con la sangre, sudor y lágrimas de Jesús, el Mesías.

Pidamos al Señor que suscite en la Iglesia sacerdotes así. Sacerdotes Víctimas, ardorosos y confiados, sencillos sabios, humildes y entregados, competentes y discretos, completos en humano saber y en sabiduría celestial, ansiosos por prepararse día a día, sin despreciar ningún valor humano, adhiriéndose a todo bien, abiertos a todo progreso sano, hombres de su tiempo, deseosos de decir su palabra iluminadora y bienhechora, amantes de sus hermanos los hombres, con quienes han de convivir fraternalmente con bondad, concordia, afecto y santa amistad (Confer, Concilio Vaticano II. Decreto de presbíteros, 6).

A lo san Pablo, a lo san Juan de la Cruz.

La Iglesia necesita sacerdotes. De ellos depende su porvenir. Pidámoslos, usando el gran remedio que nos dio Jesús: «*Pedid al Dueño de la mies que envíe trabajadores a su campo*» (Mt 9, 38). Pidamos pastores libres para evangelizar con libertad santa.

2. La cruz de la libertad de evangelizar

Hoy, que se habla mucho de libertad, y se la invoca «pro aris et focis», debe ser comprendida y aceptada la de la Iglesia en exponer con claridad el evangelio con todas sus exigencias.

No es fácil predicar el Evangelio. Primero porque no tan ahina se aceptan sus matices, ya que, cuando la vida no es coherente con él escapan al cuidado muchísimos detalles. Segundo porque no es fácil defraudar a los oyentes que piden halagos y confirmación de su hedonismo y es duro dejarlos amargados con la dura y sanante exigencia.

Aleccionadoras resultan a este respecto las palabras de la Doctora de Ávila: «Hasta los predicadores van ordenando sus sermones para no desconcertar. Buena intención tendrán y la obra lo será; mas así se enmiendan pocos. Mas ¿cómo no son muchos los que por los sermones dejan los vicios públicos? ¿Sabe qué me parece? Porque tienen mucho seso los que los predicán. No están sin él con el gran fuego del amor de Dios, como lo estaban los Apóstoles, y así calienta poco esta llama. No digo yo sea tanta como ellos tenían, mas querría que fuese más de lo que veo. ¿Sabe vuestra merced en qué debe ir mucho? En tener ya aborrecida la vida y en poca estima la honra; que no se les daba más, a trueque de decir una verdad y sustentarla para gloria de Dios, perderlo todo que ganarlo todo; que a quien de veras lo tiene todo arriscado por Dios, igualmente lleva lo uno que lo otro» («[Vida](#)», 16, 7).

No puede la Iglesia, en su función magisterial, seguir el camino de la popularidad, porque para alcanzarla, hay que sacrificar principios y leyes que no están en sus manos, sino que dependen de la Voluntad de Dios.

El aceptar un cargo en la Iglesia lleva consigo el deber de actuar con libertad presionado únicamente por la responsabilidad ante Dios.

Este deber encierra grandes dificultades, como son el riesgo de perder el prestigio o de ser malévolamente encasillados en una determinada corriente, crítica desfavorable de la opinión pública, peligro de interpretaciones torcidas o parciales...

Todos los peligros dichos, y otros que se adivinan, deben ser superados por la libertad de espíritu de quien gobierna y enseña en la Iglesia. Esa misma obligación insobornable de cumplir con su deber, ese mismo afán del bien del pueblo, le hace pisotear los medros humanos y le da fuerza para correr con generosidad todos los riesgos, porque hay que obedecer a Dios antes que a los hombres (Hch 4, 19), aunque los hombres no comprendan.

Los fieles no querrán entender muchas veces el bien que les hacen sus pastores gobernando y enseñando y orientando con libertad de espíritu y con sacrificio de ese afán, no poco femenino, de causar buena impresión, pero no por eso deja de hacerles falta tal modo y algún día agradecerán el que ellos supieran cumplir su deber a sabiendas de que ese cumplimiento entrañaba riesgo, no de perder la vida, pero sí de jugarse la aceptación y las amistades y las alabanzas baratas.

Santa libertad para decir las cosas como son y como Dios las quiere. Una libertad así promueve. Una libertad así pide una recia personalidad como soporte; es incompatible con un carácter desmedulado, sin contenido interior, que tanto le da una postura que otra, no siendo la de que le dejen en paz. Tal libertad pide coherencia interior y fidelidad notable a unos criterios que no son de hombres, sino de Dios.

3. La cruz, nuestra salvación

¿Hay algo más ingrato, hablando humanamente, que una horca? Pues eso es la cruz. Una horca. Un instrumento de dolor y de deshonra. La sencillez de dos maderos para causar un suplicio terrible entre los terribles.

Y ésa es la señal de los cristianos. y nuestro ser humano la rehuye. No la quiere. Pero no podemos salvarnos sin ella, ni mucho menos alcanzar la medida de la plenitud de Cristo, sino clavados en ella.

y Dios en su providencia no nos deja en ningún sitio sin cruz. Porque adonde vayamos allí nos está ya esperando la cruz. Porque la cruz es el sitio del hombre después del pecado y Dios quiere nuestro bien y éste no se logra sino en la cruz.

Donde vayamos tendremos cruz, porque la llevamos con nuestras pasiones que en todas partes hemos de crucificar. Donde está el hombre está la cruz y dichosos de nosotros si la sabemos aprovechar y nos queremos crucificar.

Hacen falta en la Iglesia personas que no huyan de la cruz, que amen la cruz, que busquen la cruz.

Cristianos con capacidad de crucifixión. Sólo éstos son almas maduras en quienes Dios puede confiar.

Anchura de hombros para soportar la cruz: la que sea. Porque somos muy ingenuos y decimos: yo ésa no, aquella sí. Como niños. El temple del cristiano, hombre de la esperanza, que sabe pasará la cruz y salvará su vida, se demuestra en la serenidad ante la cruz, en la disposición de su ser ante el dolor, la prueba, el martirio.

«No es condición humana -dice el Kempis- llevar la cruz, amar la cruz, castigar el cuerpo, ponerle en servidumbre; huir las honras, sufrir de grado las injurias, despreciarse a sí mismo y desear ser despreciado; sufrir toda cosa adversa y dañosa o no desear cosa de prosperidad en este mundo»(«Imitación de Cristo», lib. II, cap. XII, 9).

Pero es la fuerza de Dios la que nos da esta disposición de aceptar, amar, buscar la cruz. La fuerza de Dios que nos viene por la oración-oración, verdadera oración.

¡Capacidad de sufrir!... ¡Almas con capacidad de crucifixión!... Almas capaces de vivir la Pascua cada día...

Y dice nuestra sensibilidad: Si me sucede tal cosa, ¡no podré resistir! Prueba a ver si puedes. «*Sufro por minutos*», decía Teresa de Lisieux («Manuscritos autobiográficos», Archivo Silveriano, Apéndice II, 18, Burgos 1963.). Es que si aquello

sucede, ¡qué tarde voy a pasar!... Pues he de decir: ¡pasaré la tarde como pueda! ¡Pero tendré que llorar mucho! y mi disposición y determinación debe ser: es igual, lloraré. y en eso podéis ver todas las circunstancias, todas las ocasiones, sin excluir las situaciones psicológicas... Porque somos tan listos que leemos esto y decimos, sí, pero esto no es cruz, esto, al contrario, me impide llevar la cruz, porque me quita la paz. ¿Me quita la paz porque machaca mi amor propio? Pues venga la guerra porque aquella paz no puede venir sin la guerra que mate el amor propio.

A veces nos arreglamos nuestra vidita espiritual, tan arregladita, tan cuadriculadita, de aquí no pasaré, por allá tampoco... y Dios tiene sus planes y ¡zás!, golpe por aquí, tabique que se derrumba por allá... nos vamos a quedar sin la casita de papel de nuestra santidad, la que habíamos calculado nosotros para nosotros, porque claro, nosotros, nos conocemos y tenemos nuestro temperamento y «eso no va conmigo, porque mi manera de ser...», y Dios, ¡va y se ríe de nosotros, y sin tener en cuenta nuestro temperamento, nos pega un golpe descomunal y todo el ser se echa a temblar!... No puedo, decimos. No puedo. y Dios se ríe. y sabe que sí puedo, porque Él ha dicho que todo lo puedo con el que me da fuerzas (Flp 4,13).

Si tuviéramos fe le diríamos: Señor, gracias porque me dejas solo en esta circunstancia, porque señal de que quieres calmar la tempestad (Mt 8,23-27). Pero, ¿y si no se calmara la tempestad? Pues al fondo pero con Jesús. No lo pasaríamos mal del todo yendo con Jesús.

En fin que las razones humanas valen muy poco para estos trances de la vida del espíritu.

Capacidad de sufrir sin rasgarnos las vestiduras, sin hacer sentir demasiado a los que nos ven nuestro dolor, confiando siempre y ¡a la Cruz!

Personas capaces de cruz y de cruces, de todos los órdenes, de todas las clases, rojas, blancas, amarillas, negras, como sean, chicas, grandes, regulares.

Personas de temple, para aguantar personas, para sufrir humillaciones, para sentir el aguijón de la carne como Pablo (2 Co 12,7), para convivir en caridad que todo lo soporta (1 Co 13,7), para orar sin ver el resultado, para Soportar ser considerado como un estorbo a medida que voy haciéndome mayor. ..Cruz. Cruz. Cruz. Santidad. Con Él. Por el Amor.

¿Acaso no hemos recibido la vida de Dios? ¿No nos puede Él pedir, por tanto, esa vida, exigir esa sangre, reclamar el ser todo?

Darle la vida toda, gastar en su servicio toda la sangre joven o cansada, consumir el ser totalmente en el altar del sacrificio de una vez ofrecido y día a día vivido, he ahí lo que es vocación del hombre, compromiso del cristiano y meta sublime del Amor.

El ofrecimiento de víctima no saca de órbita al hombre (Rm. 12,1; «Plegaria eucarística», IV.).

Ofrecerle vidas a Dios. Pero no nos ilusionemos vanamente. Las almas sólo se redimen con sangre. Las almas sólo son atraídas de verdad por Dios, su Autor, su

Centro, su Motor y su Vida. Sólo atraeremos almas mereciendo que las atraiga Dios por nuestro sacrificio. Es decir que -- para conseguir víctimas nada suplirá la consecución de nuestra vivencia de víctimas.

Vivir como víctimas es morir al mal, al pecado, a todo pecado, a todo desorden... vivir en acto de sacrificio. La vida de Dios nace y crece y se consume en la muerte del mal. Ése es su subsuelo, ése su ámbito vital. A más muerte más vida; a más víctimas, más víctimas.

Pero que nadie se asuste. Quizá los primeros momentos de lanzamos al agua son momentos de vértigo. Pero después todo se allana y se tiene el gozo del Espíritu de la fecundidad.

El abono mineral se transforma en vegetal. El vegetal comido y digerido se convierte en animal. El animal asimilado en carne humana. El hombre por los sacramentos y la acción de la gracia se transforma en Dios.

El hombre hecho Dios ya es capaz de irradiar y contagiar vida de Dios. ¿Ya qué más puede aspirar el hombre que a ser instrumento de producción de vida de Dios en la tierra?

Transformar almas en víctimas es hacerle a Dios el mejor servicio; damos a nosotros y por nosotros darle a otros muchos. Santificamos nosotros y, por nuestra santificación, que se santifiquen muchos y la santidad vaya iluminando a la Santa Iglesia.

Decisión de inmolarse por todo, de caer bajo la muela de los mandamientos de Dios, de permanecer en el yugo de las determinaciones de quienes tengan autoridad sobre nosotros, de acatar todas las circunstancias adversas o poco gratas... de vivir en el altar, sin cansarse y sin retirar de él nuestro ser, nuestra alma, nuestra vida.

En esta disposición obraremos en colaboración con Dios. Hay enfermedades, en efecto, en nuestro ser que sólo Él puede extirpar. A nosotros se nos pedirá dejarnos intervenir, soportar el dolor.

¿Pensáis que así como así muere el amor propio? Para esa verruga el nitrato de plata lo administra Él. Nosotros taparemos la herida con el esparadrapo y soportaremos el escozor de la quemadura, que no cesará de hacer su operación hasta que llegue a la raíz...

Pero ¡cuidado!, que si te mueves y pataleas con protestas la medicina se convertirá en perjuicio.

Tengamos serenidad y seamos serios, como hombres, y no almas añiñadas que, como niños que no entienden, no se dejan intervenir.

Invoquemos a la Enfermera Santa, la Madre del Cirujano Dios, para que nos asista en la operación o nos anestesia con el amor de su Hijo.

Ella nos ayudará a conseguir que seamos víctimas puras de alabanza (Hb 13, 15). y es así como el hombre se transforma interiormente hasta traslucir su nueva forma al

exterior como Moisés a quien los israelitas no se atrevían a mirar la cara porque le brillaba reluciente por su transformación en el contacto de Dios.

A nosotros nos tiene que brillar el rostro, *«luzca así Vuestra luz para que la vean los hombres y glorifiquen a Vuestro Padre»* (Mt 5, 16).

Vuestra luz será la curiosidad abnegada, los malos juicios tronchados y no manifestados, vuestra caridad de palabras y de obras, sobre todo de obras, exquisita y delicada. La sensatez de nuestros juicios, el peso de nuestro equilibrio, la madurez de nuestra vida, el espíritu de entrega y generosidad, la prudencia con un largo ejercicio de oportuno silencio; y después lejos de todo lo oscuro y cicatero: de toda queja sin fundamento, de toda exageración en nuestras enfermedades, de todo deseo negado de que sea conocido y reconocido nuestro mal estado de salud...

En fin, que es toda una vida la que se hace luminosa en el contacto con Dios. y es la oscuridad en que viene a decaer el que pierde el fulgor de su rostro.

Necesitamos mucho contacto con Dios porque lo que nos pide está muy por sobre las fuerzas humanas. Pero persuadámonos de que amarle es insertarse en el misterio pascual y en él hay muerte. No es el amor del bombón el que nos pide Dios, sino el del crucificado que se desangra enteramente.

El ejercicio consumado de este amor nos convertirá en personas maduras que arrastran por sus cuatro costados y no sólo por el de la lengua que dice «Señor, Señor», pero con la vida divorciada de las palabras. Éstas, más bien repelen y, desde luego, no convencen. Pero cuando el que está más arriba es el que más sirve, entonces se convence de veras.

Santa Teresa estaba harta de las diferencias sociales de su monasterio de la Encarnación, donde había Doñas que hasta tenían criadas, y legas que se morían de hambre. Por eso en su Reforma quiso igualdad de servicios comenzando por la Priora.

Ante las tareas todos deben ser iguales. Ni la edad, ni la responsabilidad, ni la imaginaria enfermedad. Hay unos malecillos de mujeres, dirá Santa Teresa, que no han de ser tenidos en cuenta. Los males fuertes, las enfermedades graves ya ellas mismas se quejan.

Es Santa Teresa también la que dice que cuanto más cuidado tuvo de su salud, menos gozó de la misma, y cuando más se despreocupó se vio más favorecida. El cuidado de estos negros cuerpos ténganlo nuestros Prelados. «Poco va en que me muera; si es descanso, no he de necesitar más descanso, sino cruz.

»Ahora, pues, lo primero que hemos de procurar es quitar de nosotras el amor de este cuerpo; que somos algunas tan regaladas de nuestro natural, que no hay poco que hacer aquí, y tan amigas de nuestra salud, que es cosa para alabar a Dios la guerra que dan, a monjas en especial, y aun a las que no lo son. Mas algunas monjas no parece que venimos a otra cosa al monasterio, sino a procurar no morirnos, cada una lo procura como puede... Determinaos, hermanas, que venís a morir por Cristo, y no a regalaros por Cristo, que esto pone el demonio que es menester para llevar y guardar la Orden; y tanto, enhorabuena, se quiere guardar la Orden con procurar la salud, para guardarla y conservarla, que se muere sin cumplirla enteramente un mes, ni por ventura un día. Pues no sé a qué venimos.

»¿Que por qué da licencia la Piora? Porque la importunáis... y si el demonio nos comienza a amedrentar con que nos faltará la salud, nunca haremos nada. Porque este cuerpo tiene una falta, que mientras más le regalan, más necesidades descubre. Es cosa extraña lo que quiere ser regalado... si no nos determinamos a tragar de una vez la muerte y la falta de salud, nunca haremos nada.

»y no nos ha venido a la imaginación de que nos duele la cabeza, cuando dejamos de ir al coro -que tampoco nos mata- un día porque nos dolió, y otro porque nos ha dolido, y otros tres porque no nos duela» (Santa Teresa, «Camino de perfección», caps. 15-16, E; 10-11 V)

4. La poda

Es Dios quien se encarga de hacerla u ordenarla «porque estas cosas no las hacen los hombres, sino Dios» (San Juan de la Cruz, «Carta a María de la Encarnación», Segovia)

«Todo sarmiento que no dé fruto en mí, mi Padre lo cortará, y todo el que dé fruto, lo podará para que dé más fruto» (Jn 15, 2).

Si Jesús es la Vid, al final de la vida, aquellos sarmientos que estando Unidos a Él por la fe y el bautismo, pero que no han dado los frutos correspondientes a esa naturaleza divina por las obras de caridad, serán cortados y arrojados al fuego.

Los que den frutos serán podados. *«Porque fuiste agradable a Dios fue necesario que fueras probado» (Tob 12, 13).*

Esperemos la purificación. Es palabra de la Verdad. No nos faltarán las contradicciones, las pruebas, para aquilatar más el espíritu, para asegurar más los frutos.

El libro de Job está entrañado en esa frase de Cristo. Se le despojó de todo para que su obrar fuera más puro. Y así Jeremías y Abraham. *«Recordad cómo fueron probados nuestros padres para ver si verdaderamente servían a su Dios. Recordad cómo fue probado Abraham, nuestro padre; y, purificado por muchas tribulaciones, llegó a ser amigo de Dios. Del mismo modo, Isaac, Jacob, Moisés y todos los que agradaron a Dios le permanecieron fieles en medio de muchos padecimientos» (Jdt 8, 21-23).*

No nos asustemos cuando sintamos en nuestras carnes la acción despiadada de la podadera. Es para Un mayor bien.

La poda es la seguridad del fruto actual y la esperanza del fruto futuro.

Aguantemos pacientemente el tijeretazo que nos hace sangrar, el golpe del bisturí que quita el estorbo a la gracia para que suba más abundante y sin tropiezos.

Las tijeras en manos del Padre-Labrador no nos deben asustar, ni hacer desmayar.

Esperar con mayor fe y con más crecida confianza el fruto de mañana, consecuencia de Un tajo a tiempo. No nos dejes caer en la tentación del desaliento ante el dolor.

Clarifica nuestra vista para que vea por adelantado el -- capazo cargado de racimos que serán servidos -espléndidos -en el banquete del Reino.

Dios para humillar permite que el hombre sea como un barco en alta mar azotado por bravías olas y zarandeado por tribulaciones y tempestades mortales. Trabajos, fatigas, dolor, enfermedad, contrariedades, disgustos, adversa fortuna, persecuciones... éstas son las tempestades. Eso es lo propio de la peregrinación.

El hombre verdaderamente sabio es el que sabe ver a Dios agitando esas olas.

Pero ¿no es Dios padre de toda consolación? Sí, y de toda tribulación, ya que las criaturas irracionales, los hombres y el demonio, que nos las causan, son instrumentos de Dios.

Claro que la voluntad del demonio es perversa y la de las personas movidas por él lo son también; pero Dios se sirve de esas voluntades malas como de instrumentos para conseguir sus santísimos fines.

Dijo Jesús en el Huerto a Simón hijo de Juan: *«El cáliz que me dio mi Padre ¿no lo he de beber?»* (Jn 18, 11). y los que le prendían eran Judas, los Príncipes de los Sacerdotes y los Ancianos, movidos todos por el demonio. Pero detrás estaba el Padre.

El Padre Dios que castiga a los que ama. San Agustín dice que «Dios es médico y la tribulación es medicina para sanar y no para condenar». Así dice el libro de los Proverbios 3, 11-12: «No desdeñes, hijo mío, las lecciones de tu Dios, no te enojés porque te *corrija. Porque al que ama le corrige y aflige al hijo que le es más caro.*

«Yo a cuantos amo reprendo y corrijo», dice Dios en el Apocalipsis 3, 19.

Y san Agustín: *«¿No eres del número de los atribulados? Pues no estás en el número de los hijos»*.

Un corro de niños jugando y pegándose. Pasa un hombre. Llama a uno de aquellos niños desentendiéndose de i todos los demás. Le reprende, le castiga y le pega. Se lo lleva de la mano llorando y decimos: Será su padre. Así ¡lo hace Dios con sus hijos más queridos (San Agustín).

Y san Pablo, en su carta a los Hebreos, citando el pasaje anteriormente aludido de los Proverbios: *«Hijo mío, no menosprecies la corrección del Señor y no desmayes reprendido por él. Porque el Señor a quien ama le reprende y azota a todo el que recibe por hijo. Soportad la corrección. Dios se porta con Vosotros como con hijos. Pues ¿qué hijo haya quien su padre no corrija?»* (12, 5-8).

San Juan de la Cruz, destituido de todos sus cargos, sufriendo en su vida las consecuencias de ser sabio y santo, escribe a María de la Encarnación, Priora de Segovia: *«De lo que a mí toca, hija, no le dé pena, que ninguna a mí me da. De lo que la tengo muy grande es de que se eche culpa a quien no la tiene; porque estas cosas no las hacen los hombres sino Dios que sabe lo que nos conviene y las ordena para*

nuestro bien. No piense otra cosa sino que todo lo ordena Dios. Ya donde no hay amor ponga amor y sacará amor», como hemos insinuado al comienzo de este capítulo.

Causa a los buenos asombro ver la prosperidad de los malos. Pero esto es aparte. A los pecadores debe atemorizarles que cuando Dios está muy enojado ya no castiga. Dios deja entregados a los placeres de este mundo a los que tal vez han merecido ya las penas del infierno por sus pecados, según dicen los Santos Padres.

Cierto que llega en la poda un momento en que el hombre alcanza el límite de su poder y se rompe porque no puede más, y queda sin esperanza porque sólo confiaba en sus fuerzas que ya no dan para más y está tentado de cerrarse a Dios para quien no existe el imposible.

Lo que no puede hacer el hombre Dios sí lo puede. El hombre que, en vez de cerrar su horizonte, se abre al poder ya la iniciativa de Dios, verá cosas grandes.

Isabel fue madre siendo estéril y vieja. Lo fue María siendo Virgen.

David fue santo siendo lujurioso y criminal.

Agustín llegó a la santidad por la fuerza de Dios. Todos ellos cocidos a fuego vivo en la prueba del dolor.

¡Te doy gracias Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios ya los entendidos y las has revelado a la gente sencilla y abierta a la Omnipotencia que no encuentra en ellos muralla, sino camino llano y sediento de luz! (Mt 11, 25)

5. El mundo no entiende el dolor

«Quítate allá, satán, pues tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres» (Mc 8, 33).

Primero Pedro ha confesado el mesianismo de Jesús, ha manifestado la fe en su divinidad. Pero ha puesto de relieve la naturaleza divina de Jesús. Jesús, a continuación destacará su condición humana subrayando su humanidad verdadera, con la denominación de «Hijo del hombre». y esa naturaleza humana es profetizada como sufriente; y revelando la necesidad de ese sufrimiento: *«Comenzó a enseñarles cómo era preciso que el Hijo del hombre padeciese mucho...»*. (Mc 8,13). Pedro se rebela. Y, para cumplir mejor sus propósitos de quitarle de la cabeza aquellas ideas, pues de una parte acaba de realzar su mesianismo y, por otra, tendrá más libertad a solas para darle argumentos que le hagan desistir, se lo llevó aparte (Mc 8,32). Jesús lo considera como un tentador y como a tallo rechaza: ¡Quítate allá, Satán! (Mc 8,33). Esta situación será muy corriente en el mundo de las almas. En la oración, en la predicación, en la lectura, en los momentos de soledad, oiremos a Jesús: «es preciso padecer». Es preciso mortificar la vista y el gusto y el tacto y el olfato y el oído. Esto comporta sufrimiento y, a veces, muy grande. *«Es preciso padecer mucho...»* Habrá que atar la imaginación, controlar el pensamiento, moderar las pasiones según la sana razón y los mandatos de la Revelación. Es preciso obedecer, aunque comporte padecer; orar, aunque haya desolación; perdonar, aunque el amor propio esté herido; sonreír cuando se quisiera

lanzar un rayo por los ojos; es preciso ser discreto, no curiosear; ordenar la vida y las cosas y la ropa; trabajar siempre, aunque el cuerpo quisiera otro trabajo, o la presunción rehuyera el humillante... Ésta es la voz del Espíritu de Jesús. Oirán todos también la voz de Pedro, es decir, la del hombre: «*No, no consientas*»; eres libre; tienes una naturaleza exquisita, una cultura superior; tienes una formación moderna;... no; no; no consientas pasar por ahí. Es una aberración. ¿No puedes salvarte igual? El Padre tal dice que. ..y el Padre cual dice que. ..Los que tienen el corazón poco ablandado en Cristo hablarán como carnales. y el mismo hombre oirá dentro de sí la voz de la carne, que es indulgente con toda transgresión, que es muy madrecita de su propio gusto. El esfuerzo se ha de hacer para que nuestros pensamientos no sean «los de los hombres sino los de Dios». (Mc 8,33).

X Testigos activos

1. Jesús Apóstol

En el brocal del pozo de Jacob está Jesucristo, Creador de la gracia. Está fatigado, cansado, sudoroso por el esfuerzo del viaje. Viene en plan de conquista. Los viajes de Jesús no tienen otro objetivo, porque es el Amor y éste no puede estar inactivo. Que la mujer samaritana viniera a mediodía en busca de agua no parece corriente. Que Jesús llegue al pozo y se siente nos dice que la está esperando. Es un viaje previsto, intencionado. La fuente de Jacob será lugar donde brotará otra fuente, de más calidad, de un orden superior.

Pero esa gracia ni manará sin esfuerzo del Apóstol, ni entrará en el corazón del hombre sin el ejercicio previo de determinadas virtudes.

El esfuerzo del Apóstol, en este caso de Cristo, incluirá una serie de incomodidades: desplazamiento, fatiga, humillación -un judío no dirige la palabra a un samaritana- no- ejercicio de estrategia dialéctica, paciencia con los desplantes de la mujer, trato de un hombre puro con una fornicaria, incompreensión de los apóstoles.

El ejercicio de las virtudes en el hombre en quien la gracia va a entrar es previo a la entrada. Serán éstas: humildad, fe, esperanza y caridad apostólica. Algunas son, más que previas, consecuencia ya de la acción de la gracia, como la caridad.

«*¡Si conocieras el don de Dios!*» (Jn 4, 10). La gracia es un don, puro regalo de Dios. Si no podemos añadir un codo a nuestra estatura ¡cuánto menos vamos a poder damos la gracia! Pero ni tampoco la podemos merecer de condigno. ¿La pecadora samaritana había merecido la gracia? Había amontonado pecados en su alma, ofensa tras ofensa, corazón terreno, sensual, repugnante. No merecía. Todo lo contrario: tenía deméritos. Es puro amor de Dios, que llama, que pide, que ofrece. y que, apenas pide, comienza la invasión dominadora e irresistible con su gracia. Ese pedir ya es gracia. Que el hombre en su primera instancia rechaza. «Dame de beber». y la mujer: ¿yo darte de beber? ¿Tú me pides a mí que soy samaritana, tú que eres judío? (Jn 4, 9). Cristo responde al desplante con una nueva embestida. Otra gracia: ilumina con sus palabras, valoriza el don de Dios a los ojos ciegos de la pecadora: ¡Si supieras quién soy! Esto no

sucede todos los días ¡aprovecha la ocasión! Mira que esa agua que bebes no te sacia. Esos goces te embrutece, sólo el agua de vida que yo te ofrezco puede hacerte feliz.

¿Reacción de la mujer? No lo creo, no tienes con qué sacar agua. Si no puedes sacar agua del pozo, menos, mucho menos podrás darme esa agua eterna que me prometes. Ésa es la reacción de la mujer. Pero la gracia sigue embistiendo, y la mujer se rinde. Y le reconoce Profeta. Y deja abandonado el cántaro. Y se va a la ciudad. Y predica a sus paisanos.

Otro acto de humildad que hace la mujer: «trae a tu marido». Reconoce que no tiene marido, que es mala. Que vive amancebada. Humildad. Esta humildad ha venido con la oración: «*Dame de beber*». Oración de petición. ¡Qué fuente de bienes la oración! ¿La valoramos suficientemente? Cuando nos veamos desprovistos de fuerza, hundidos en la cuneta, en la debilidad que experimentamos, acudamos a la oración. El Señor nos concederá la gracia de que reconozcamos nuestra ceguera. Sin desalentarnos. Y sin pretender cambiar de cuajo nuestra vida. Él irá arreglando tantas y tantas cosas... El alma que ha de recibir el don de Dios ha de ser humilde. Ha de pisotear su amor propio, su susceptibilidad. Es condición indispensable. Si la samaritana llega a negar que hay un hombre en su vida que es una barrera para la acción de la gracia, aquella palabra de Cristo se hubiera esterilizado. Su confesión la salva. Fe, esperanza en las palabras de Cristo, en la promesa de un agua viva, en que llega el tiempo mesiánico cuando el Padre se alegrará de los adoradores en espíritu y verdad que espera (Jn 4, 23), engendran caridad apostólica que busca dar a conocer lo que Ella ha visto y ha experimentado: «*Venid y ved*» (Jn 4, 29). Es el Mesías. Por una mujer humilde, una comarca creyente. Por un alma de Dios, una comunidad caminando por vías de santidad. Como la espiga se cimbró porque un grano de trigo se enterró.

Sin cimientos no hay edificio. Pero el Coliseo Romano ¡qué cimientos tan profundos y colosales que han hecho posible el desafío de los siglos!

Las pirámides de Egipto no están edificadas sobre arcilla blanda y endeble. ¿Santidad gigante? Humildad profunda. ¿Apostolado extenso, comarca convertida, almas que crecen mucho en virtud? Imposible sin mucha y profunda humildad.

Así de manera natural, sencilla, sin estridencias ni excentricidades ha de ser implantado el Reino de Dios.

Juan Pablo II es amigo del apostolado silencioso, constante, perseverante, duro, minucioso y poco brillante. Es el más eficaz y el más evangélico. Es verdad que él ha protagonizado espléndidos espectáculos multitudinarios, pero esto es *praeter intentionem*, no buscado; ahí juega mucho su carisma personal, su gran atractivo espiritual y humano. Pero él no busca llamar la atención. No trabaja de cara a la galería. Prueba de ello es que dijo tajantemente en Norteamérica: ¡No al divorcio! ¡No al aborto! ¡No a la actividad homosexual! ¡No al sacerdocio femenino! y él sabía que estas negaciones no eran populares precisamente, y también prueba de que él busca la eficacia apostólica por encima de todo, que aceptará un viaje a Turquía en unas circunstancias históricas y actuales totalmente desfavorables. Ya Inglaterra ya Argentina... y que cada año haya bajado al confesionario a oír confesiones el Viernes Santo.

2. El estilo de Jesús

Jesús va a comenzar su actividad de apóstol y está decidido a actuar con plena normalidad. Después de la preparación remota de largos años de oscuridad, humildad y pobreza, en el ámbito de una familia totalmente normal, la preparación inmediata en el desierto de Judea, a donde se dirige desde el Jordán, quizá desde cerca de Jericó, montaña arriba, escarpada e inhóspita. Me encanta imaginar a Jesús trepando por aquella escarpada ladera con el esfuerzo parecido al que a nosotros nos supondría la subida, y sentir el jadeo de su respiración. Y oír el rodar de las piedras que sus pies arrancan hasta las profundidades de la sima. Una vez en la cumbre la oración intensa, concentrada y silenciosa, la soledad, la penitencia y el ayuno de cuarenta días. y al final, experimentando hambre, la tentación: El diablo se aprovecha de esta circunstancia para tentarle. No era malo que, al tener hambre, Jesús comiera; pero sí hubiera sido malo que Jesús hubiera aceptado la sugerencia del diablo convirtiendo las piedras en pan. Él podía convertir las piedras en pan. Allí no había la posibilidad de adquirir pan. Pero es más propio que bajen los ángeles y le sirvan, dejando las piedras quietas y piedras. Tampoco cuando se compadezca de las gentes a punto de desfallecer de hambre convertirá las piedras en pan. Sería demasiado espectacular. Jesús es más sencillo. Pedir los panes que tienen y multiplicarlos parece más humano y más natural y más valorizador de la aportación humana.

A Jesús le gusta la naturalidad aun en los milagros, agua en vino, pesca en el mar... Cuánto más en su manera de sembrar el Reino.

El Reino de Dios es semejante a un sembrador... Deja caer la semilla en silencio... fecundo, pero que exige espera larga y paciente, de noche monótona y lenta, tejida de interrogantes...

Para amigos elige a unos hombres que nada tienen de aristócratas, ni en el poder, ni en la ciencia, ni en el dinero. Al contrario. Sencillos, gente con poquísimas leos tras y pobres que se ganan la vida con el duro trabajo de la pesca. Un recaudador de tributos hay, pero éste, en contrapartida, desacreditado ante el pueblo.

El Reino tiene que ser implantado en debilidad humana, pero en fuerza de Dios. La dignidad humana radica en la libertad y en la generosidad de la respuesta a la llamada.

Jesús quiere salvar a los hombres. Le agrada aprovecharse de los elementos que tiene a su alcance. Le gusta el progreso, pero sin querer partir siempre de cero. Partirá de cero sólo cuando sea necesario: en la creación. Pero, ya después «*creced y multiplicaos*» (Gén 1,28)... «Seréis pescadores de hombres» (Mt 4, 19)... Él lo puede hacer todo, pero no quiere seres inútiles, pues a todos les ha marcado una función, cuyo ejercicio le glorifica.

Jesús es amigo de tener colaboradores y con ellos cuenta. Con nosotros, con la Iglesia.

Cada uno ha de trabajar a su aire, pero ha de trabajar, ha de dejarse llevar del Espíritu. Pero bien limpia la cisterna de piedras que dejen paso a la invasión de agua de vida eterna.

Quiere mis líneas, aunque mal trazadas, no por desidia, sino porque no las sé trazar mejor. En ellas cabalga su Espíritu. Él es el que dará el nacer y el crecer.

Nosotros instalación eléctrica, Él, alta tensión. Sin olvidar que ésta necesita cables adecuados que la puedan soportar. Pero ¡cuánta instalación con los plomos fundidos! Así no electrocutamos de amor a nadie...

Sembrar... Sembrarse... Penitencia interna, domesticar pasiones, instintos, apetitos... Cuaresma... Desierto... Menos vida de sentidos para vigorizar la del espíritu. *Si mortificáis las obras de la carne viviréis* (Rm 8, 13).

Y las obras del espíritu se harán patentes en Vosotros y, con ello, vuestro apostolado será eficaz.

Juan Pablo II está ya consiguiendo unos frutos que nos llenan de alegría. Se pueden leer hoy y oír palabras que hace unos años ya estaban arrinconadas en el desván... Las palabras oración, pureza, mansedumbre, necesidad de la confesión... van sustituyendo a otras más horizontalistas y humanistas.

Desgraciadamente se ha pagado un gran tributo a la demagogia y a.1 secularismo, al humanismo desvinculado del Creador y al afán de no ser fichados de desfasados, y de no perder el tren.

Enjuiciando el viaje del Papa a Polonia, venía desde allá admirado un sacerdote periodista español. Comentaba: «El Papa decía -"No dejéis de rezar a la Virgen, id a misa, confesaos"- . Y la gente aplaudía... si en España decíamos eso no escuchaban».

¿Quizá por eso no lo decíamos? ¡Qué pena! Ha sido necesario que un Papa vigoroso y deportista, inteligente, intelectual y culto, poeta y dramaturgo, pero hombre de profunda fe y contemplativo, diga claro que hay que rezar, y que los seminarios han de ser formadores de apóstoles, para que muchos tomaran conciencia de su deber de hombres de Dios.

¿Es que se avergonzaban de Dios? O ¿es que no estaban plenamente convencidos? O es que, sí lo estaban, ¿pero lo disimulaban para no ser etiquetados?

No cabe duda. Los apóstoles nos habíamos mundanizado. y sembramos vientos y cosechamos tempestades...

Sigamos vigorosamente a Jesús en el monte de la Cuaresma y decididamente donde haya un cristiano que haya un apóstol eficaz por convencido y enamorado.

Examinemos nuestra acción apostólica. ¿Va ésta dirigida sólo a los poderosos?

¿Sobrevaloramos los accidentes y las circunstancias, más que la sustancia que es el ser humano en su capacidad de decisión? ¿Mejor a los cultos, que a los no cultivados? ¿O a los ricos que a los pobres? ¿O a los influyentes que a los sencillos y sin relieve social?

Si así obráramos no estaríamos en la línea de Jesús, ni sería nuestra actitud de hombres de pura fe, de amor desnudo y de confianza en el Señor. «¡Maldito el hombre que confía en el hombre», es decir, en los medios humanos! (Jr 17,5).

Y si así actuáramos habríamos de rectificar. Y, además, conscientes de que tarde o pronto, ese trabajo será quemado y se vendrá abajo. Jesús quiere salvamos por el escándalo de la Cruz y por la debilidad y necedad de la predicación.

Cuando hablamos de cultura no queremos ignorar el talento natural que es don de Dios y que es necesario para la santidad. Nos referimos al accidente, que ya es humano, de la posibilidad de haber cultivado y adquirido la cultura. Tampoco hemos de cerrarnos a la intelectualidad. Lo que sí hemos de estar en guardia para no afirmamos y cimentamos en las realidades humanas que, si existen, sólo han de ser medios y no fin, accidentes y no sustancia y nunca, nunca, deben ser causas de discriminación, porque Dios no es aceptador de personas (Rm 2, 11).

Siembra, sembrador. Ora, sacerdote de Jesús. Camina, viaja, ayuna, insiste a tiempo y fuera de tiempo, predica a uno, a dos, a tres... escribe una carta a una sola persona, pero dile algo que no quede en «carta te escribo, nada te digo»... ¿Qué utilidad? ¡Qué necedad! Jesús pasará una noche con uno sólo: Nicodemo.

Y caminará y sudará buscando a una sola mujer: la samaritana. y predicará el *unum necessarium* a sola María, aunque aprovechará la ocasión para decirle a Marta lo que le era necesario.

Una a una hay que salvar a las almas. Conviene que no perdamos de vista las actitudes de Jesús para que nuestra fe no se debilite, y conformemos nuestra acción con su talante y seamos más amigos de la humildad en el apostolado que del relumbrón y de, ¿por qué no decirlo?, la vanidad y la ostentación. ¡Qué es muy verdad que muchísimas veces más se hace el bien para quedar bien que por hacer el bien y por el amor del Reino. Y, como el ruido hace poco bien y el bien poco ruido, animémonos a hacer muchísimo bien de puntillas para no hacer ruido y con la vista muy puesta en el Reino de Dios.

Y el enseñante en su colegio, con dulzura y energía, en los mil actos de caridad que tiene que ejercitar, y el comerciante en su objetivo apostólico, o en su tarea doméstica, de elección de género, de contar y hacer números para que alcance a todo el presupuesto, y la llamada telefónica que hay que hacer por quinta vez sin resultados. y la búsqueda de medios, y el tratar de ingeniarse para ver la luz a través de la rendija más insignificante, van preparando los caminos del Señor que no son deslumbrantes, sino de ordinario oscuros y de muy poco relieve.

Es así como Jesús abrió cauces a la Iglesia, y así como los Apóstoles aprendieron a sembrarla a lo ancho de la tierra y no de otra manera nos pide el Señor la colaboración a su obra ya su acción dinámica y ardiente pero muy paciente y sosegada.

No. Satanás no consiguió apartar a Cristo del camino de la fecundidad sencilla y ardorosa, humana y lenta en el crecimiento del Reino, para lanzarlo al torbellino de la acción ostentosa y apoteósica.

Él siguió el camino emprendido en Nazaret a golpes de martillo y derramando gotas de sudor, sembrando el grano para que se pudra en la tierra y resucite hecho espiga, que germina por su propio calor y dinamismo natural, que crece y crece sin prisa y sin pausa hasta que el sol le bese con tantos y tantos besos que la convierta en oro de hombres divinizados.

3. Predicación sustanciosa y esencial

El valor más positivo que encontramos en la espiritualidad contemporánea es la búsqueda de lo esencial y la detestación de perderse en lo periférico. También aquí ha de brillar el misterio de la cruz.

Las diversas devociones que nos han transmitido los siglos pasados no cuentan hoy con el favor de la juventud; los libros de piedad y de novenas y oraciones que antes eran comunes entre los fieles, ya no satisfacen a las nuevas generaciones.

La predicación centrada en devociones e incapaz de descubrir a los fieles el profundo mensaje de la Palabra de Dios, es de tiempos pasados.

El lenguaje vacío, con profusión de palabras o inaccesibles, o sin sentido, o halagadoras y muelles, no dicen hoy nada a los hombres cultos ya los jóvenes educados bajo los signos de los actuales tiempos.

De igual modo ha perdido vigencia la indumentaria que antaño sumía en un mar de delicias sensoriales. Es natural que así suceda en los tiempos del clergyman y cuando hasta el Romano Pontífice se presenta revestido de sencillez evangélica.

En este sentido podemos decir que afortunadamente las generaciones jóvenes piden y exigen una mayor autenticidad.

Gracias a Dios que ahora los fieles que, con tanta facilidad pueden distraerse oyendo hablar bien en la televisión, en la radio o en el cine, vuelven sus ojos al ministro de la Palabra con ansia de Palabras de Dios, sencillas y profundas a la vez, llenas de vida, evangélicas, claras y despertadoras de su conciencia y no fomentadoras de su vanidad, que les remonten hacia lo eterno y no les dejen amodorrados en su vacío, que les orienten para vivir con esperanza y les transmitan alegre fuerza para mantenerse en pie mientras dura la peregrinación.

Claro que las generaciones mayores habrán de hacer un esfuerzo grande de adaptación para sintonizar con los modernos estilos, pero les servirá de gran estímulo para hacerlo la idea de que es de gran utilidad proyectar la espiritualidad hacia el futuro con miras a una mayor eficacia en todas las formas. Pero a estos modernos estilos no se les puede conceder patente de curso para poner en tela de juicio la doctrina fundamental.

«Hoy -decía Pablo VI el 9 de agosto de 1967- se habla mucho y se escribe, incluso fuera de los ambientes eclesiásticos, de temas religiosos, de discusiones teológicas, de movimientos espirituales. Se intenta atribuir al Concilio toda clase de novedades, especialmente en el modo de concebir la fe y de presentarla al mundo contemporáneo, poniendo en tela de juicio doctrinas fundamentales del catolicismo,

declarando opinables verdades definidas por la Iglesia y reivindicando para la libertad de conciencia y para la inspiración del Espíritu Santo el juicio arbitrario y personal sobre principios importantes y, a veces, constitucionales del pensamiento y de la disciplina eclesiástica».

En este sentido no es difícil encontrar esos teólogos improvisados, autodidactas y más o menos aficionados que, sin demasiados escrúpulos, se aventuran por el campo de las ciencias sagradas para terciar en temas, más llamativos que seriamente teológicos, que confunden, cuando no equivocan, a muchas gentes de buena fe que los leen y escuchan como si se tratara de auténticos maestros. El tema religioso, tratado ligeramente en revistas y publicaciones, incluso frívolas, nada gana con ello. Los teólogos improvisados fueron ya desenmascarados por el propio san Pablo y por san Judas Tadeo, que, en su breve epístola católica, los designa como «pastores de sí mismos, nubes sin agua llevadas por los vientos, árboles de otoño desprovistos de fruto» (Jds 1, 12).

«Por ello, renovación sí; teología conforme a libres teorías subjetivas, a menudo tomadas de fuentes adversarias, no» (Pablo VI, «Ecclesia», 25 mayo 1968).

4. Organización en la acción

Es admirable la sabiduría, el orden y el cálculo minucioso que brilla en una colmena habitada por 20.000, 50.000 u 80.000 abejas. Tanto, que esa maestría en el trabajo puede considerarse, en buena dialéctica, como un argumento poderoso de la existencia de Dios Inteligente. ¿De dónde, sino, les viene a las abejas, pobres bestezuelas, inteligencia, arte, estética y ciencia tan maravillosas?

Me gusta comparar cualquier comunidad eclesial a una colmena.

En la colmena todo individuo tiene su oficio y lo desempeña con diligencia habilidosa. Allá las porteras, llenas de responsabilidad, investigan en medio del zumbido del trasiego incesante, desde su puesto de control, las entradas y salidas de todas.

La Reina es el eje de toda la gran familia. Ocupada exclusivamente en su noble tarea maternal, es tratada por todas con un respeto singular y una ternura heroica y sin límites. Saben, sin saberlo, que en ella alienta la llama de la vida.

Hay, además, las proveedoras y las constructoras...

¿Verdad que es provechoso y aleccionador ver en la comunidad cristiana un trasunto de la vida de la colmena?

Se dirá que las abejas no discurren y eso mismo favorece el argumento. Porque es Dios quien ha discurredo por ellas y las ha puesto en marcha y no romperán nunca ese orden.

La comunidad quiere ser una colmena y estamos en la organización de Dios. Cada uno cumpla su oficio y haya un puesto de trabajo para cada persona.

Todos trabajando con orden, disciplina, espíritu cristiano, mentalidad de equipo que pretende el bien común y que sabe sacrificar todo lo que estorbe al mismo o dificulte su consecución.

Todos en actividad incesante. Inasequibles al cansancio, rindiendo al máximo en la Comunidad en que la Providencia nos ha enjambrado para producir la cera del sacrificio y la miel del amor.

Mirando a Dios y deseando ser vistos única y exclusivamente por Él que es Quien nos ha de enjambrar en la suprema colmena del cielo donde comeremos, en pago, la miel que destila su Manso Corazón.

5. La autoridad es necesaria

Si en la colmena hay autoridad también la ha de haber en la comunidad cristiana. Entonces ¿por qué asusta la autoridad?

Pero si en el programa de Dios la autoridad es amorosa solicitud...

Pero si ontológicamente la autoridad no tiene más razón de ser que cargar con la responsabilidad del bien común...

Pero si la autoridad confiada por Dios no es absoluta; está limitada por unas obligaciones morales que moderan su ejercicio.

Pero, si en definitiva, la autoridad es un servicio. Toda autoridad viene de Dios.

Más aún. Toda autoridad tiene un modelo en Dios, cuyo pastoreo en la historia de la salvación no quiere más que el bien de la humanidad.

Pero donde el Pastor de Israel mejor se manifiesta Pastor es en Cristo, cuya prerrogativa principal es la posesión de la autoridad. «*Se me ha dado toda la autoridad en el cielo y en la tierra*» (Mt 28, 18).

En la Iglesia hay un signo que revela la presencia operante y bienhechora de Cristo-Pastor. Papa-Obispo-Párroco y sus Delegados.

No. La Iglesia no puede ser constituida de diverso modo a como la organizó su Fundador. Ella no puede prescindir de la línea orgánica trazada por Jesús, que la quiso como un rebaño de ovejas guiadas por un Pastor.

Ni todos pastores. Ni todos ovejas. Eso sí. Habrá que pedir el carisma del pastoreo, el sano y eficaz y tradicional y moderno y humano y divino ejercicio de la autoridad para quienes llevan sobre sus hombros el peso agridulce de las ovejas.

Habrá que implorar el estilo del Buen Pastor para que los pastores-signos sean, como Él, Buenos Pastores.

La Constitución de Iglesia del Vaticano II señala los recíprocos derechos y deberes de los seglares y de los pastores en sus mutuas relaciones:

«Los seglares, como todos los fieles cristianos, tienen el derecho de recibir con abundancia de los sagrados pastores, de entre los bienes espirituales de la Iglesia, ante todo, los auxilios de la Palabra de Dios y de los sacramentos...

»Procuren los seglares, como los demás fieles, siguiendo el ejemplo de Cristo, que con su obediencia hasta la muerte abrió a todos los hombres el gozoso camino de la libertad de los hijos de Dios, aceptar con prontitud y cristiana obediencia todo lo que los sagrados pastores como representantes de Cristo, establecen en la Iglesia actuando de maestros y de gobernantes. Y no dejen de encomendar en sus oraciones a sus preladados, para que, ya que viven en continua vigilancia, obligados a dar cuenta de nuestras almas, cumplan ésta con gozo y no con angustia» (LG.27).

Es también ésta doctrina de san Pablo, citado por el Concilio: *«Obedeced a vuestros guías y mostradles sumisión, pues ellos se desvelan por el bien de vuestras almas, como quienes han de dar razón, a fin de que hagan eso con alegría y no gimiendo; porque esto a vosotros no os trae cuenta» (Hb 13, 17).*

En la crisis de fe que estamos padeciendo no se escapa sin herida la fe en la autoridad. Puntualiza el Cardenal González Martín: «Si miramos a nuestro alrededor veremos que hoy están en crisis de manera alarmante, dos necesarios pilares de nuestro cristianismo: el de la fe y el de la autoridad. No se tiene fe en la autoridad; no tiene autoridad la fe.

Por otra parte, nunca, como en estos providenciales tiempos de reforma y construcción, estamos necesitados de estas dos ayudas: pues sin la fe nada se puede edificar, y sin la autoridad todo termina por caer.

Y es que no se repara suficientemente en que ha sido el mismo Dios quien ha querido salvar al hombre por la obediencia de la fe en Jesucristo: en sus palabras, en su persona, en su misión. Ni se considera debidamente que es el mismo Jesucristo quien sigue ejerciendo su autoridad por intermedio de aquellos que visiblemente le reo presentan» (Carta pastoral de 24 septiembre 1967).

Cristo está presente entre nosotros de varios modos: en la Eucaristía está sacramentalmente. En su palabra, leída u oída proclamar por sus ministros, está Cristo con una presencia operante. En el ejercicio de la autoridad de los que tienen la misión de apacentar ovejas y corderos, está también Cristo.

Si alguien niega la presencia de Cristo en la Eucaristía es un hereje.

¿Dejará de serlo en la práctica quien no acepte la presencia de Cristo en su palabra y en su Jerarquía.

Pero es más fácil aceptar la presencia real de Cristo en la Eucaristía, que siempre calla, aun ante el sacrilegio, que la de su palabra y jerarquía que tiene el deber de «predicar, instar a tiempo ya destiempo, reprender, exhortar, increpar y no cejar en la enseñanza» (2 Tim 4, 2). No es extraño que el muro que pretende derribar la Palabra se oponga a esa presencia de Cristo, que, calla en la Eucaristía porque ha de hablar en la jerarquía, que precisa la asistencia del Espíritu Santo para mantenernos en la verdad sin

caer en el error, pues si los pueblos más civilizados, como Grecia y Roma, no han sido capaces de conocer perfectamente y conservar sin error aun las más esenciales verdades de la religión natural, ¿qué sería de los más primitivos y rudos?

6. Cimentados en la verdad por el Magisterio

Es un hecho histórico que ni los pueblos pudieron ni los filósofos más geniales han conseguido elaborar una teodicea perfecta.

De este hecho universal y constante se deduce que es un imposible moral que la humanidad conozca por sí misma y conserve sin error las verdades de la religión natural.

Santo Tomás encuentra la razón de esta imposibilidad en una triple dificultad que la masa no puede vencer. De la propia naturaleza de la vida humana se deduce que muchos hombres son incapaces y nunca podrían estudiar y muchos que podrían estudiar no asimilarán. Otros con capacidad se verán impedidos por el trabajo que les reporta la vida familiar y sus negocios y otro sector no estudiará por pereza, enemiga de todo estudio arduo y largo.

Además, las verdades religiosas son profundas, requieren un trabajo muy penoso y exigen muchos conocimientos previos. Y no es pequeña la dificultad de que, siendo la religión un dogma y una moral, los preceptos de ésta se opongan a las humanas pasiones.

¿Quién no tiene experiencia de la debilidad del humano entendimiento que mezcla siempre errores y opiniones? Así Dios no dejará a la humanidad en un estado de duda sin poder llegar a conseguir la certeza necesaria en un asunto tan vital.

Para remediar esta humana necesidad, ha escogido el más sencillo medio de ayudarnos: la revelación oral y escrita. Pero aún esta revelación está sujeta a los mismos peligros mencionados. Porque los hombres desfiguran todo lo que transmiten mezclándolo en sus propias imaginaciones y explicaciones.

También la Sagrada Escritura -revelación escrita -, con requerir un laborioso estudio, sufre el mismo peligro. Ahí están, para demostrarlo, las herejías. Este peligro ha sido remediado por Dios con la institución de un magisterio infalible, que conserve y explique la revelación. «*Id y enseñad*» (Lc 10,3 ss.). Autoridad docente con facultad de imponer sus enseñanzas. Asistencia del Espíritu Santo para preservar del error a los órganos de este Magisterio es la invención divina que tiene como fruto la unidad en la verdad.

Y que pide de los fieles, miembros del pueblo de Dios, sumisión confiada del entendimiento y total obediencia de la voluntad.

7. La santidad exigencia del testimonio

Como miembros del Cuerpo Místico todos debemos contribuir a su desarrollo.

Pero un cuerpo crece desde dentro: atender a la purificación de la sangre, controlar el recto funcionamiento de todos los órganos es medida primera y prudente.

Deduzcamos de ahí que lo que más necesita hoy el Cuerpo de la Iglesia, como siempre, es santidad, por eso el Vaticano II la señala tan firmemente como meta, como veremos después. La santidad, vida de Jesús en los miembros de Jesús. Santidad es transformación en Jesús, santidad es vivencia de virtudes de Jesús. Santidad es fe, es esperanza, es amor, amor sobrenatural a Dios y a sus hijos. Santidad es prudencia, es justicia, es también fortaleza y es templanza. Santidad es humildad y obediencia y pureza de Corazón y sinceridad y sencillez y trabajo incesante y respeto mutuo y todas las virtudes que derivan de la cruz. Porque la cruz es la identificación con Jesús. y la santidad es la reproducción de Jesús.

Si tenemos deber de ser apóstoles -todos los que hemos sido bautizados lo tenemos -, tenemos el deber de vivir crucificados, porque sólo por la cruz irradiaremos la inmensa vida de Dios. Sólo la semilla que se entierra asegura la cosecha.

En una palabra, como apóstoles hemos de sostener una lucha por conquistar la santidad, por lo tanto hay que prepararse para ella. Si los soldados del ejército de tierra se adiestran en el uso de las armas, los del ejército del cielo no podemos entrar en combate sin instrucciones. El Apóstol nos dice que las armas son las de Dios: «Ceñidos vuestros lomos con la *verdad*»; la luz de la verdad nos es necesaria, luz de verdad sobre nuestra vida de Dios, sobre el valor de la oración, vida de sacrificio; luz de verdad que nos actúe firme, clara y constantemente la vida sobrenatural. Con la luz de la verdad tendremos ánimos para caminar por esa senda que es austera y nada grata a la naturaleza inclinada a lo sensible y al placer.

¿Dónde proveerse de este traje de guerra de *verdad*? En la oración, en la reflexión. Ese traje está descrito por san Pablo: «*Estad pues alerta, ceñidos vuestros lomos con la verdad, revestidos de la coraza de la justicia y calzados los pies, prontos para anunciar el evangelio de la paz. Abrazad en todo momento el escudo de la fe con que podréis hacer inútiles los encendidos dardos del enemigo*» (Ef 6, 14).

La segunda arma que menciona el Apóstol es la *coraza de la justicia*. Justicia, que da a cada uno lo suyo. A Dios conocerle, amarle y servirle; a nosotros trabajo, «*con el sudor de tu frente comerás el pan*» (Gn 3,19); penitencia por los pecados, humildad pues somos criaturas, nada de nuestra cosecha, inclinados al pecado, llenos de miserias; tratémonos con justicia, pensemos muchas veces que Dios nos da demasiado, que no merecemos tanto bien... y nos mantendremos en humildad y ¡qué arma ésta más eficaz para vencer al maligno, que pecó y fue condenado por soberbia! Pues nuestra lucha no está entablada sólo contra nuestra carne y sangre, ni siquiera contra los jerifaltes del mundo. La más descomunal hay que reñirla contra los espíritus malos de los aires (Ef 6, 12). Arma eficaz contra ellos la justicia, cuyo concepto afina y perfecciona el cristianismo: «*Justitia non novit patrem, non novit matrem, novit veritatem, Deum imitatur...*» La justicia no conoce padre ni madre, sólo la verdad, como Dios, que por eso no tiene acepción de personas (Rm 2,11).

San Ambrosio analizando la virtud de la justicia que da a cada uno lo suyo, resume con estas pocas palabras: la justicia debe dar lo suyo primero a Dios, luego a la patria, en tercer lugar a los padres y por fin a todos los demás. A los demás debemos

darles lo que es suyo en todos los órdenes: el prestigio que en justa lid se han ganado, la fama que merecen, aún más, el buen renombre de que gozan -quizá por pacífica posesión o prescripción legislativa -, el bienestar, la tranquilidad, el cariño que le han ganado las circunstancias de la vida.

Afinemos en el alma la virtud de la justicia y nos tendremos que arrepentir de pocas cosas.

Necesitamos de la luz constante de Dios para obrar siempre con perfecta justicia, para tratar a los superiores sin servilismo, para no ser aceptadores de personas, para ser agradecidos... Necesitamos de la luz de Dios para saber discernir la justicia, como Salomón, con eximia sabiduría. Sí, porque las armas de Dios las hemos de recibir del mismo Dios.

"Calzados los pies prontos para anunciar el evangelio de la paz» (Ef 6, 15). Aquí parece que san Pablo nos recomienda la virtud de la prudencia que calza los pies para que estén prontos. En efecto, los pies descalzos son más tardos porque tropiezan, se lastiman, han de mirar siempre donde pisan. Debemos calzar nuestros pies para ser rápidos, es decir, debemos aceptar todos los medios modernos de apostolado, cine, radio, televisión, magnetófono, avión, prensa, coche... en una palabra nada ha de sernos ajeno de los inventos modernos. Todo lo hemos de utilizar para el servicio del Evangelio. El Apóstol, por un afán imprudente de pobreza, pudo haber mandado anunciar el Evangelio con los pies descalzos. Con lo cual hubiera sido menos eficaz su difusión. Los pies no hubieran sido prontos. y lo que importa es la rapidez de acción, a la cual se sacrificará la austeridad de instrumentos que, por otra parte, habrá lugar de emplear en el dominio propio, en la mortificación interior...

Prontos para anunciar el Evangelio. Sin pereza, sin perder ocasión, por correspondencia, en el confesionario, y en los círculos, en el catecismo, en las escuelas, bibliotecas circulantes, aprovechando bien el tiempo.

Sigue diciendo el Apóstol: *«Embrazad en todo momento el escudo de la fe con que podéis hacer inútiles los encendidos dardos del maligno»* (Ibid). La fe es el potente telescopio que aumenta increíblemente la potencialidad de la pobre vista humana. Pues la manera de hacer inútiles los encendidos dardos del maligno -no pensemos que nos dispara peladillas, sino encendidos dardos, no le basta con abrir un boquete en nuestro corazón, en nuestra voluntad, quiere encenderla para inutilizarla- es tener en buen uso el telescopio de la fe y usarlo en todo momento, mirar por lo tanto todas las cosas, personas, circunstancias, etc. "sub specie aeternitatis", bajo la luz de la eternidad.

Jesús es maestro en este arte, al enfrentarse con Él el maligno en el desierto; le inutiliza sus propuestas tentadoras con palabras de fe, con visión sobrenatural: *«No de solo pan vive el hombre sino de toda palabra que sale de la boca de Dios»* (Mt 4,4; Dt 8, 3). Jesús pasa del pan material al pan alimento del espíritu, es decir, embraza el escudo de la fe. Hemos de hacer frente al maligno con el poder de la fe. Fe en la omnipotencia de Dios cuando nos quiera acobardar al comprobar nuestra impotencia ante la tarea de nuestra santificación y de nuestra labor pastoral. Fiarse bravamente de Dios. Pero necesitamos recordar muchas verdades de fe que no actuamos, barajar esos billetes de los que somos millonarios, lo que exige oración y reflexión. Vivir en una

atmósfera de fe, que tiene más garantía de certeza que lo que vemos y oímos y tocamos, porque aquí el testimonio es nuestro, allí de Dios.

Esto nos llevará a saber «*discernir lo mejor*» (Flp 1, 10).

Conocer lo mejor y esto en cada asunto y negocio y actuación. Conocer la mejor en el hablar: saber decir la palabra oportuna, callar la intempestiva; aguardar el momento.

Conocer lo mejor en los medios de apostolado, en el método de santificación.

Conocer lo mejor en la doctrina de las almas, en el aconsejar, en el mandar, en la dirección.

Discernir lo mejor en la administración del dinero, en el cargo, en la tarea enviada por Dios por sus causas segundas. Discernir lo mejor... pero con la luz de Dios, a través de la prudencia y del don de consejo. A veces es mejor esperar que actuar, callar que hablar, humillarse que sacar el genio, orar que actuar, sembrar que desesperarse y ponerse de mal humor porque no hay cosecha. Siempre es mejor ser prudentes. Siempre es mejor ser reservados que ser locuaces.

Es mejor esconderse que figurar, obedecer que mandar, dar que recibir -en todos los órdenes -dar consuelo que recibirlo o pretenderlo, dar buenas palabras que recibirlas o pretenderlas o consentir el halago de las mismas, visitar que ser visitado, humillarse que vanagloriarse.

Discernir lo mejor, no para quedarse con la teoría especulativa del discernimiento, sino para llevarlo a la vida práctica. Las recetas no son útiles si no las toma el paciente.

El apóstol ha de pensar las palabras de san Pablo: «*Soportar las fatigas como buen soldado de Cristo Jesús... y quienquiera que compite en el estadio no es coronado si no cumple legítimamente. El labrador ha de fatigarse antes de percibir los frutos*» (2 Tim 2, 3-5-6).

Cuando el Señor empieza a pedir el pobre hombre se ve como un pajarito desplumado que tiritaba bajo el fuerte aguacero que lo chapuza.

He ahí la primera de las fatigas que hemos de soportar. Pero no caigamos en la tentación de creer que hemos de soportarla solos. Algo vale la reflexión, es cierto, en esos momentos, pero, pienso que la sola reflexión, luz de la inteligencia -valiosa, en efecto- es insuficiente para superar estas pruebas. La mayor fortaleza nos llegará del abandono en las manos del Padre, hecho en la intimidad del diálogo, largo y silencioso con Él. Quizá ni nos salen palabras en esos momentos, ni sabríamos pedir algo que fuera síntesis de nuestra necesidad. Por eso, suplir con ese silencio amoroso, confiado, sufriente, el escozor de la herida que el bisturí de la Providencia nos ha deparado.

Si no cesan esos contactos sin palabras con Dios, irá cicatrizando esa herida y nos haremos así hábiles para soportar otras fatigas, ya menos dolorosas.

Puesta la mano en el arado no nos es lícito volver la vista atrás (Lc 9,62), ni sería elegante. Venga lo que venga, y pase lo que pase. En tus Manos, Señor. y danos la virtud de la esperanza, muy acrecentada, para que, fijos los ojos en la meta, trabajemos con alegría, con seguridad en el triunfo, con valentía ante todas las dificultades y sin desengañarnos ni desilusionarnos; recobrando cada mañana nuevas fuerzas, saboreando cada hora la dimensión eterna de nuestros pasos y de nuestros actos de amor, convencidos siempre de que nada escapa a tu mirada y que junto a nuestro pequeño batallar está tu impulso avasallador que nos mueve y nos llena; y que a nuestras pequeñas fatigas corresponderá una bendición de tu corazón que nos quiere ayudar y espera ver nuestra constancia, probada en todas esas pequeñas o grandes vallas que pretenden obstaculizar la marcha del Amor en nosotros y en los que han de venir y crear por nosotros.

8. Existen paralíticos

Pero en el apostolado y en la santidad caben también paralíticos. Unos que no se pueden mover. El apostolado exige sacrificio, hacer lo que no gusta, dejar de ir donde la naturaleza apetezca, atender y soportar las mil impertinencias de las almas.

Otros peores que no dejan que los demás se muevan. Unas veces por celotípicas, otras por acritud de carácter.

¿Qué suerte puede correr el Reino de Dios en manos de paralíticos? ¿Podéis decirme de un ejército qué sería en el campo de batalla con soldados y jefes paralíticos? No sería difícil asegurar de quién será la victoria, porque los soldados enemigos, ¡cómo se regocijan de la inacción de sus contricantes!

y aunque entre los paralíticos militarán algunos activos, su trabajo en el conjunto se perdería en orden a la victoria.

La falta de acción puede ser falta de unidad. La falta de unidad engendrará malestar, quejas, fracasos.

Actividad ordenada y disciplinada. Sabiendo todos a dónde vamos y lo que queremos. Sacrificando iniciativas y sugiriendo iniciativas. No criticando sino disculpando. No ridiculizando sino corrigiendo fraternalmente y con delicadeza. Suavizando sin descanso los roces del trato. y de las aristas de los pareceres con el genuino *atrix* de la caridad de Cristo.

Será menester que descienda el imperio de la palabra de Jesús y cure la parálisis de las almas.

Ésa fue la manifestación de la gran fe del Centurión que pidió la curación de su criado. Una palabra de Cristo todo lo arregla.

«Di, Señor, una palabra y mi siervo será curado» (Mt 8,8).

El Señor quedó asombrado de tanta fe: «En verdad os digo que en nadie de Israel he hallado tanta fe» (Mt 8, 10). y lo manifiesta y lo alaba, y concede lo que con tanto candor, intensidad y sin dudas le ha pedido.

«Quedó curado el siervo» (Mt 8, 13). La obra de la curación es del Señor y también la de la santidad.

Cuando Jacob vio en Betel la escalinata que apoyada en la tierra con la cima tocaba el cielo y mientras los ángeles subían y bajaban por ella el Señor estaba en pie sobre ella, recibía la iluminación de que la santidad viene de Dios que es quien tiene la iniciativa (Gn 28, 12-22).

En otro tiempo quisieron los hombres, después del diluvio, construir una torre que llegara hasta el cielo. Es el deseo de la grandeza suprema que ellos no reconocían como iniciativa de Dios y por eso Dios confundió las lenguas de su soberbia (Gn 11,1-8).

El hombre tiene que reconocer que toda obra de santidad tiene en Dios su principio y es Él quien la inspira.

De ahí a levantarse de madrugada ya comenzar a construir con Dios su pueblo fundado en su promesa y alimentado por su amor.

Desde ahí ya el inicio es válido y la edificación no corre peligro porque es Dios el Arquitecto Sabio que la ha delineado.

Cúmplenos a los hombres madrugar y trabajar para que ese edificio se levante y nos una con la santidad de Dios. Pero sin prisas porque Dios no la conoce...

9. Dios no tiene prisa

No la conoce, vive en calma soberana. Hasta que no llegó la plenitud de los tiempos no envió a su Hijo, nacido de mujer. Llegado Jesús al mundo se encierra toda su vida en Nazareth -200 habitantes- a ejercer un oficio apagado y sin espectacularidad. Sólo tres años dedicará a predicar. y sus seguidores se reducen a un grupito insignificante. Dejará a su Iglesia incoada el trabajo -lento, monótono, constante y sin fosforencias inmediatas - de predicar, salvar, santificar a la humanidad.

La impaciencia humana es muy humana, pero poco divina, no es su estilo. Cuando Francisco Javier se va al Japón, Pemán. En el Divino Impaciente, pone en sus labios estas palabras: «Me voy con mula coja al Japón, para que lo que yo ande de más, ande la mula de menos».

Si Santa Teresa, mujer superdotada en todos los aspectos, no hubiera padecido la contrapartida de sus enfermedades de por vida, hubiera sido inalcanzable, insoportable. Pero Dios, para que llevara su estilo, se las hizo padecer, a fin de equilibrarla.

Al modo de la vida que crece insensiblemente, tiene que crecer la Iglesia.

Conformémonos con esto poquito que vemos y no pretendamos quemar etapas, que siempre esto produce malos resultados.

Para vivir estos designios de Dios ayuda la virtud de la longanimidad -espera a largo plazo.

Ahora estas letras que escribo... insignificantes... después donde la Voluntad de Dios designe. Con desprendimiento y con humildad de medios, pero poniendo los medios por pequeños que sean porque Dios pide nuestra colaboración, nuestro servicio. Decía Juan Pablo II en Fulda a los laicos colaboradores en el ministerio eclesial: «*Todos vosotros debéis estar seguros de mi solidaridad con vuestro servicio. Ayudadme a llevar el mío. Después el Espíritu del Señor a través de nosotros renovará la faz de la Iglesia y del mundo*» (18 noviembre 1980, «*L'Osservatore Romano*», 30 noviembre 1980.).

La confianza en Dios del Papa se ve reflejada en estas palabras. Pero también la responsabilidad de nuestro trabajo, de nuestro servicio esmerado, paciente, constante, lento y sosegado.

El Espíritu puede todo. Él lo puede hacer todo. Pero no quiere hacerlo todo. Quiere servirse de nuestro servicio, humilde, pero necesario. Su acción es definitiva pero presupone nuestra colaboración. Después, seguro, el Señor enviará trabajadores a su mies.

Nuestro servicio fundamental puede ser nuestra oración como dirá al ver «*la mies que es abundante, pero los trabajadores pocos; rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies*» (Mt 9,38).

Nuestra oración. Pero nuestra confianza. El Señor de la mies mandará trabajadores.

Tras nuestro servicio, la renovación de la Iglesia y del mundo.

Fuera el pesimismo y el derrotismo y manos a la obra y rodillas al suelo, o manos en alto, como Moisés.

XI -- LA SANTIDAD EN EL CONCILIO VATICANO II

Sin ánimo de hacer un estudio sobre la santidad que, por otra parte, está ya delineado en todo el contexto del libro, recogemos en este capítulo todos los textos del Vaticano II sobre la santidad, por la importancia que tiene que la Iglesia haya hecho oficialmente esta llamada y por la utilidad que puede reportar el hallar los textos resumidos. La Iglesia extiende a todos el concepto de santidad y el deber de ser santos que parece quedaba para quienes militaban en los estados de consagrados.

1. Llamada universal a la santidad

«Todos los fieles cristianos, de cualquier condición y estado, fortalecidos con tantos y tan poderosos medios de salvación, son llamados por el Señor, cada uno por su camino, a la perfección de aquella santidad con la que es perfecto el mismo Padre» («*Lumen gentium*» 11. c).

«El Divino Maestro y Modelo de toda perfección, el Señor Jesús, predicó a todos ya cada uno de sus discípulos, cualquiera que fuese su condición, la santidad de vida, de la que Él es iniciador y consumidor. «*Sed pues, vosotros perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*» (Mt 5,48. (Ibid. 40, a).

«Si bien en la Iglesia no todos van por el mismo camino, sin embargo todos están llamados a la santidad y **han alcanzado idéntica fe por la justicia de Dios**» (cf 2 Pe 1,1) (Ibid. 32, c).

«(...) en la Iglesia, todos, lo mismo quienes pertenecen a la Jerarquía que los apacentados por ella, están llamados a la santidad, según aquello del Apóstol: "**Porque ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación**" (1 Tes 4,3; cf Ef 1,4» (Ibid. 39).

«Quedan (...) invitados, y aun obligados, todos los fieles cristianos a buscar insistentemente la santidad y la perfección dentro del propio estado» (Ibid. 42, e).

2. La santificación, obra divina

«Cristo, Señor, Hijo de Dios vivo (...) vino a salvar de los pecados a su pueblo ya santificar a todos los hombres...» («Christus Dominus», 1)

«(...) fue enviado el Espíritu Santo el día de Pentecostés a fin de santificar indefinidamente la Iglesia y para que de este modo los fieles tengan acceso al Padre por medio de Cristo en un mismo Espíritu» (cf Ef 2, 18) («Lumen Gentium», 4, a).

«(...) el Espíritu Santo, que obra la santificación del Pueblo de Dios por medio del ministerio y de los sacramentos, da también a los fieles (1 Co 12, 7) dones peculiares» («Apostolicam actuositatem», 3, d.).

«La misión de la Iglesia tiene como fin la salvación de los hombres, la cual hay que conseguir con la fe en Cristo y con su gracia» (Ibid. 41, g.).

3. Naturaleza de la santidad

«... con el ejemplo de los santos aprendemos el camino más seguro por el que, entre las vicisitudes mundanas, podremos llegar a la perfecta unión con Cristo o santidad, según el estado y condición de cada uno» («Lumen gentium», 50, b.).

«... todos los fieles están llamados a la plenitud de la vida cristiana ya la perfección de la caridad y esta santidad suscita un nivel de vida más humano incluso en la sociedad terrena» (Ibid. 40, b.).

«... todos los fieles cristianos, en las condiciones, ocupaciones o circunstancias de su vida ya través de todo eso, se santificarán más cada día si la aceptan todo con fe de la mano del Padre celestial y colaboran con la voluntad divina» (Ibid. 41. g.)

4. La ejemplaridad en orden a la santidad

«Por lo mismo que los bienaventurados están más íntimamente unidos a Cristo, consolidan más eficazmente a toda la Iglesia en la santidad...» (Ibid. 49)

«Los Obispos no teman entregar su vida por las ovejas, y hechos modelos para la grey (cf 1 Pe 5,3), estimulen a la Iglesia, con su ejemplo, a una santidad cada día mayor» (Ibid. 41, b.).

«...los presbíteros abunden en todo bien espiritual y sean para todos un vivo testimonio de Dios, émulos de aquellos sacerdotes que, en el decurso de los siglos, con frecuencia en un servicio humilde y oculto, dejaron un preclaro ejemplo de santidad...» (Ibid. 41. c.)

«Gracias precisamente a los padres, que precederán con el ejemplo y la oración en familia, los hijos y aun los demás que viven en el círculo familiar, encontrarán más fácilmente el camino del sentido humano, de la salvación y de la santidad» («Gaudium et spes». 48).

5. Medios de santificación

«...la caridad, como vínculo de perfección y plenitud de la ley (cf Col 3, 14; Rom 13,10), rige todos los medios de santificación, los reforma y los conduce a su fin» («Lumen gentium». 42, a).

«En ella (la Liturgia) los signos sensibles significan y cada uno a su manera realizan la santificación del hombre...» («Sacrosanctum Concilium», 7 c)

«... bien cumplido, ese ministerio será también para ellos (los Obispos) un magnífico medio de santificación» («Lumen gentium». 41, b.).

«Los presbíteros conseguirán de manera propia la santidad ejerciendo sincera e incansablemente sus ministerios en el Espíritu de Cristo» («Presbyterorum Ordinis». 13 a.).

«...Los presbíteros por las mismas acciones sagradas de cada día, como por todo su ministerio, que ejercen unidos con el Obispo y los presbíteros, ellos mismos se ordenan a la perfección de vida» (Ibid. 12, c.).

«... entre todas las ayudas espirituales descuellan aquellos actos por los que se nutren los fieles de Cristo con la Palabra de Dios en la doble mesa de la Sagrada Escritura y de la Eucaristía; de cuánta importancia sea su frecuencia para la santificación propia de los presbíteros, es cosa que a nadie se le oculta» (Ibid. 18. a.).

«...los presbíteros tengan presente cuánto favorece a su santificación la fiel unión y generosa cooperación con su propio Obispo» (Lumen gentium», 41, c.).

6. Santificación del hombre y del mundo

«... en el mundo, los seglares están llamados por Dios para que, desempeñando su propia perfección guiados por el espíritu evangélico, contribuyan a la santificación del mundo como desde dentro, a modo de fermento» (Ibid. 31, b.).

«Muchas son las formas de apostolado con que los seglares edifican a la Iglesia y santifican al mundo, animándolo en Cristo» (Apostolicam actuositatem», 16, c.).

«Ejercen los seglares... el apostolado con su trabajo por evangelizar y santificar a los hombres y por perfeccionar y saturar de espíritu evangélico el orden temporal...» (Ibid.. 2, b).

«Con la Liturgia se obtiene con la máxima eficacia aquella santificación de los hombres en Cristo y aquella glorificación de Dios a la cual las demás obras de la Iglesia tienden como a su fin» (Sacrosanctum Concilium», 10, b.).

7. Progreso constante en la santificación

Los bautizados es necesario que con la ayuda de Dios conserven y perfeccionen en su vida la santificación que recibieron» (Lumen gentium», 40, a.).

«...los presbíteros por la santidad de que están enriquecidos en Cristo pueden avanzar hasta el varón perfecto» («Presbyterorum Ordinis», 12, b.).

«Es necesario que los seglares avancen por este camino de la santidad con espíritu decidido y alegre, esforzándose por superar las dificultades con prudente paciencia» («Apostolicam actuositatem», 4, a).

«...los trabajadores, ayudándose unos a otros a llevar sus cargas, asciendan mediante su mismo trabajo diario a una más alta santidad, incluso como proyección apostólica» («Lumen gentium», 41, e.).

XII -- LA HUMILDAD

1. Razón del capítulo

No podía faltar en *Caminos de luz* que, en suma, pretende ser la guía en este difícil peregrinar, hecho a golpes de cruz y que constituye una auténtica aventura, un capítulo sobre la *Humildad*, que es el cimiento de todo el edificio, como escribió santa Teresa en las Moradas Séptimas 4, 9.

2. La corrección fraterna

«*Sed humildes unos con otros*» (1 Pe 5). Excelente manera de practicar la humildad se nos ofrece al tener que recibir la corrección.

Hay que estar abiertos a la corrección fraterna. Que se nos puedan decir nuestras faltas sin que nos enfademos ni nos defendamos, sin que tratemos de justificarnos. Agradeciendo la corrección como una colaboración que nos prestan para mejorarnos.

Quien bien te quiere, llorar te hará.

Pero es más fácil que busquemos la compañía de los que nos adulan con su palabra o con su silencio en el que queremos interpretar su afecto hacia nosotros, su damos la razón y su dejarnos hacer lo que nosotros pretendemos.

Es bueno que nos juntemos con quienes nos puedan enseñar. Será perjudicial que no queramos más que enseñar nosotros. Porque nos cerraríamos y pronto nos quedaríamos pobres, al no ensanchar más los horizontes.

Aprender de todos. y manifestar que estamos aprendiendo. Confesar que aquello no lo habíamos entendido hasta hoy. Aceptar nuestra limitación no nos humilla sino que nos ennoblece. Pocas veces se está dispuesto a querer aparecer como ignorante en una materia. y es propio de almas no maduras querer dar la impresión de que se lo saben todo, y de que aquello ellos ya lo sabían.

«Llaneza, muchacho, que toda afectación es mala», dice don Quijote a Sancho.

Sencillez en el hablar, sencillez en el escribir, naturalidad en el trato, como en familia, como entre hermanos educados y amantes.

Pero la humildad va más allá de las palabras. No consiste ciertamente en hacer profesión de nuestra inutilidad, quedándonos por dentro la conciencia engañada por un deseo de no vernos tal y como realmente somos.

Humildad ante Dios es un reconocimiento de la realidad de nuestro ser, de nuestra vida y de nuestros actos.

Pero le cuesta a la naturaleza aceptarse tal cual es ansiosa, como está, de ser más de lo que se es.

Para ello y precisamente para ello, hay que empezar partiendo de ese ser y de ese carácter y de esa condición.

Todo lo que no sea descender hasta ese bajo fondo, será poner parches y no llegar nunca a la eficacia de la evolución del carácter.

Pero para las personas orgullosas por pasión dominante, es extremadamente difícil la corrección. Razón de más para que acepten la humillación.

3. Reparar

Carácter altivo, genio fuerte, temperamento violento. Fallan. Caen. Se dan cuenta, cuando se dan, según la conciencia más o menos afinada, según el talento con exigencia de matizar y delicadeza.

Quieren arreglarlo. Se lo pide su conciencia. y no viven en paz, ni pueden llevar presencia de Dios, ni pueden hacer oración.

Y llega el momento de la gracia. Y desean de veras arreglarlo. Pero desean arreglarlo, es decir, deshacer el entuerto, con el mínimo esfuerzo. Pondrán una sonrisa. Dirigirán la palabra suavizada. Dirán algo que pueda poner vaselina al chirriante arranque de genio...

Pero no les vale. Porque se puede tratar de su formación. Y eso no sería formación, porque dejaría el mismo mal, pero encubierto.

Podría servir para una política de convivencia fría y aparentemente pacífica. Pero no sirve para la virtud.

Para la virtud, para adquirir la verdadera humildad, es necesaria una reparación clara. Una confesión sincera.

Un reconocimiento de ese carácter. Mira, perdona, yo soy el primero en lamentarlo. Y no quiero ser así. Pero no puedo. Has de ayudarme.

Un reconocimiento sencillo y humilde glorifica más a Dios y restablece la armonía social, y la eleva a mayor altura que la que tenía antes del destemplado arranque de genio. A eso hay que llegar.

No debe el hombre creer fácilmente que es mejor de lo que es.

Ni debe tener miedo de reconocer su limitación: A veces es sólo eso lo que hace falta.

Que él lo vea. Y lo manifieste con llaneza. Ganará más puntos. Y se hará amable a Dios ya los hombres.

4. El desapego del yo en base al crecimiento en la oración

Y ese desapego es necesario para que se desarrolle la vida de oración.

Porque cuando se oye hablar de apegos y de desapegos inmediatamente las personas piensan en apegos a algo que está fuera de sí.

No. El apego mayor, el que tarda más en desaparecer, es el apego a] yo inferior. Más. Los apegos a lo exterior tienen su raíz en quien goza, o teme, que es el yo inferior.

Ese desapego del yo ha de venir como fruto de una sincera y desnuda oración. A la vez que potenciará la misma oración.

Porque el desapego es limpieza y son los limpios de corazón los que ven a Dios (Mt 5, 8).

Además, por ser la humildad e] fundamento de todas las virtudes, y porque sin ella no puede darse verdadera vida cristiana, ha de ser deseada por todo discípulo de Cristo que quiera imitar las virtudes de su Maestro y dar al mundo un testimonio de vida convincente.

5. Conocimiento propio

Para conseguir esta virtud, tan rara en el mundo, donde abunda la soberbia de la vida, es indispensable que se reflexione a menudo en lo que somos en el orden natural y en el sobrenatural. En aquél, miseria, ceniza, nada. En éste, pecadores e inclinados al mal y merecedores del eterno castigo.

Frecuentemente nos manda la Iglesia recitar: «Humillémonos ante el Señor». «Reconozcamos nuestros pecados». Si pensamos en nuestros pecados nos humillaremos de verdad.

Esta humildad transformará nuestras relaciones sociales al hacemos más comprensivos con los defectos de nuestro prójimo si pensamos que Dios nos ha perdonado tanto a nosotros (Mt 18,21-34).

Esta humildad no nos dejará ver la paja en el ojo ajeno sino que nos centrará en la viga que tenemos atravesada en el nuestro (Mt 7,3).

El reconocimiento verdaderísimo de nuestra vida conseguirá que nos veamos despreciables y viles a nuestros propios ojos. Esto nos llevará a confiar en Dios ya orar siempre para que fortalezca nuestra debilidad.

6. La humildad es también para hoy

Pero hoy ocurre que se da la impresión de que la virtud de la humildad ya no es de este tiempo. La Iglesia antigua enseñó y vivió equivocadamente la virtud de la humildad. Pero en la Iglesia moderna ya no hay por qué ni enseñar ni vivir la humildad.

En nombre de un respeto sagrado a la personalidad, de un arrumbamiento fatal de todo lo que sea respeto, reverencia, sumisión..., se ataca desfavorablemente de palabra y de obra la virtud cristianísima de la humildad. ¡Cuántas asambleas, reuniones, conciliábulos, convocados, por otra parte, en el nombre de Cristo, han fallado por su base y han hecho daño y lo siguen haciendo, por la falta de humildad!...

Pero el Concilio no ha dicho eso. Ni siquiera ha soslayado el tema, como no queriendo tomar cartas en el asunto. Ha afirmado categóricamente la necesidad de que los cristianos vivan en humildad a ejemplo de Cristo. Oigamos lo que nos dice en la Constitución Dogmática sobre la Iglesia: «La Iglesia, enriquecida con los dones de su Fundador, observando sus preceptos de caridad, de *humildad* y de abnegación, recibe la misión de anunciar el Reino de Cristo y de Dios, de establecerlo en medio de todas las gentes, y constituye en la tierra el germen y el principio de este Reino» (bis Ibid. 5.)

Observando fielmente sus preceptos de humildad... Toda la Iglesia ha recibido de Cristo mandato de practicar la humildad y esto, como espontáneamente, como floración nueva de su Reino. No se puede construir la Iglesia sin humildad, porque sin humildad no hay espíritu " de Cristo, y los que no tienen el Espíritu de Cristo no son suyos (Rm 8,9). Su labor en la Iglesia será siempre infecunda. Un poco de movimiento exterior, un mucho parecer que hacen y acontecen, pero en realidad, no hacen nada. O hacen algo peor que nada, que es creer que hacen y que su acción es imprescindible. San Pablo tenía UD miedo horroroso a los tales y así amonesta severamente a Timoteo que no elija a nadie para gobernar la Iglesia que sea neófito: «*No neófito, no sea que, hinchado, venga a incurrir en el juicio del diablo*» (1Tim 3,6). Es fácil y corriente que la inexperiencia, y la larga práctica de la virtud de que carece el recién converso, le ensoberbezca, le hipersensibilicen a cualquier aire de contradicción y tenga que sufrir por ello, él primero, y la Iglesia después, unas consecuencias que no se dieran de no haberle dado el espaldarazo del primer plano.

Sigue el Concilio diciéndonos en qué estima tiene la virtud insigne de la humildad: «La Iglesia considera también la amonestación del Apóstol, quien, animando a los fieles a la práctica de la caridad, les exhorta a que sientan en sí lo que se debe sentir en Cristo Jesús, que se anonadó a sí mismo tomando la forma de esclavo..., hecho obediente hasta la muerte y por nosotros se hizo pobre, siendo rico. y como este

testimonio e imitación de la caridad y *humildad* de Cristo habrá siempre discípulos dispuestos a darlo, se alegra la Madre Iglesia de encontrar en su seno a muchos, hombres y mujeres, que sigan más de cerca el anonadamiento del Salvador y la pongan en más clara evidencia, aceptando la pobreza con la libertad de los hijos de Dios y renunciando a su propia voluntad; pues esos se someten al hombre por Dios en materia de perfección, más allá de lo que están obligados por el precepto, para asemejarse más a Cristo obediente (Ibid. 42).

Unida a la humildad nace la pobreza y la obediencia en las orientaciones conciliares.

7. Necesidad de la humildad

Y sin humildad, desengañémonos, no haremos nada. Grabemos bien esta convicción en nuestro espíritu para vivirla como necesidad vital de crecimiento en el mundo del espíritu, pues, según Lacordaire, es imposible llegar a nada en el cielo ni en la tierra sin la humillación y el dolor. De él declara Monseñor Bougaud que cuando él era joven sacerdote y el P. Lacordaire estaba en el apogeo de su gloria, me pidió que lo confesara. Ésta es la relación bajo juramento de Mons. Bougaud: «Voy, me dijo, a Tolouse con esperanza de fundar allí una casa de la Orden, Mil obstáculos se oponen, y será milagro que no fracase, Pero tengo un medio que ya me ha dado buenos resultados, y es inclinar al cielo humillándome. Por eso vengo a rogarle se digne oír, no ya mi confesión semanal (me confesé hace ocho días), sino la confesión de todos los pecados de mi vida desde la primera infancia». Comenzó y no faltará al sigilo diciendo que me hizo relación de toda su existencia, declaración de todas sus culpas de niño, adolescente, sacerdote, religioso, con humildad arrepentimiento y fervor enteramente extraordinarios... Terminada la confesión, sin pedirme permiso, el Padre se postró a mis pies y los besó repetidas veces, llamándose miserable y declarándose merecedor de todo vituperio...

Sacó unas disciplinas de fuertes correas y me pidió le diese cien golpes de disciplina. Ante mi resistencia, ¿me lo niega, Padre, hijo mío?» Aquella mirada, el acento puesto en las palabras nunca se me borrarán de la memoria.

Tomé pues las disciplinas ya ello ¿por qué no?" ¿Porqué impedir a aquel grande hombre ser aún más grande, humillándose voluntariamente?

El P. Lacordaire era muy nervioso y muy sensible a los quince o veinte golpes, comenzó a exhalar un gemido profundo y dulce que duró hasta el fin...

Acabado este sangriento ministerio, se levantó, se echa mi cuello, me cubrió de caricias y de abrazos y, el seguida, desligando mis labios del sagrado sigilo de 1 confesión, me autorizó para recordarle sus culpas, decirlas a quien quisiere; y especialmente, cuando le encontrase, para echárselas en cara y tratarle cual merecí esto es con la disciplina, declarándome que me daba absoluto derecho de humillarle y castigarle siempre que yo quisiera» (Lacordaire, P. Chocarne, Ed. Difusión, Tucumán - Buenos Aires).

El edificio de la vida espiritual todo ha de ir fundado en humildad. Por eso mientras más cercanos a Dios por la oración, más perfecta ha de ser esta virtud, y si no, va todo perdido.

Todo el cimiento de la oración va fundado en humildad, y mientras más se abaja un alma y se empequeñece en la oración, más la ensalza Dios (Santa Teresa, «Moradas Séptimas», 4, 9.).

Dios abate a los soberbios y exalta a los humildes. Si las almas no se determinan bien de veras a adquirir la virtud de la humildad, no hayan miedo que aprovechen mucho. Dios no las subirá mucho porque sabe que no hay cimientos, y exaltadas, la caída sería más ruidosa (Ibid).

Y con ser tan necesaria esta virtud es la más difícil de alcanzar y la que más brilla por su ausencia incluso entre las gentes piadosas. ¡Cuesta tanto el desprendimiento de lo que más amamos, de nuestra voluntad, de los puntos de vista o criterios propios...!

¡Es tan arduo morir en nuestra más secreta intimidad! Aparecer ante los demás como humildes es relativamente fácil. Serlo de veras, matar el amor propio, enterrarlo bien enterrado muchos metros bajo la tierra, sobrepuja las humanas posibilidades. «Non oritur in terra nostra». La humildad no crece en nuestra tierra -dijo san Juan Berckmans.

8. Pedir la humildad

Es necesario que pidamos a Dios este don tan principal, esta tan sublime gracia de la virtud egregia de la humildad.

De Él viene todo lo bueno, y de Él nos ha de venir la humildad, y Él la concede a los que se la piden humilde y confiadamente.

Dom Columba Marmión solía pedirla rezando estas preces humildes y que tanta paz dejan al que piadosamente las saborea:

- Jesús, dulce y humilde de corazón, óyenos.
- Jesús, dulce y humilde de corazón, escúchanos. Del deseo de ser estimados, líbranos, Jesús. Del deseo de ser amados, líbranos, Jesús.
- Del deseo de ser buscados, líbranos, Jesús. Del deseo de ser alabados, líbranos, Jesús. Del deseo de ser honrados, líbranos, Jesús.
- Del deseo de ser preferidos, líbranos, Jesús.
- Del deseo de ser consultados, líbranos, Jesús. Del deseo de ser aprobados, líbranos, Jesús. Del deseo de ser halagados, líbranos, Jesús.
- Del temor de ser humillados, líbranos, Jesús.
- Del temor de ser despreciados, líbranos, Jesús. Del temor de ser rechazados, líbranos, Jesús.
- Del temor de ser calumniados, líbranos, Jesús. Del temor de ser olvidados, líbranos, Jesús.
- Del temor de ser ridiculizados, líbranos, Jesús. Del temor de ser burlados, líbranos, Jesús.
- Del temor de ser injuriados, líbranos, Jesús.
- Oh María, Madre de los humildes, rogad por nosotros. San José, protector de las almas humildes, rogad por nosotros.

- San Miguel, que fuiste el primero en abatir el orgullo, rogad por nosotros.
- Todos los justos, santificados por la humildad, rogad por nosotros.
- ¡Oh Jesús!, cuya primera enseñanza ha sido ésta: «Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón, enseñadnos a ser humildes de corazón como Vos.

9. Cristo humilde

Fortalecerá el deseo de ser humildes la amorosa Contemplación de Cristo humilde antes de nacer, en su nacimiento, en su vida oculta de Nazaret.

Él es un pobre aldeano, un obrero manual, sin estudios en Academias ni Universidades, sin dejar traslucir un solo rayo de su divinidad.

La humildad de Jesús en su vida pública. Escoge sus discípulos entre los más ignorantes y rudos; pescadores y un publicano.

Busca y prefiere a los pobres, a los pecadores, a los afligidos, a los niños...

Vive pobremente, predica con sencillez, enseña con ejemplos populares al alcance de la inteligencia del pue «*Cristo no hizo alarde de su categoría de Dios. Tomó condición de esclavo pasando por uno de tantos*» (Flp 2, 7). ¡Qué ridículos los pobrecitos hombres! Las condecoraciones, los halagos. Y, ¡pobre del que venga a quitárnoslo! Hemos de meditar mucho en la actitud de Cristo humillado. ¿Un Cristo escupido y tú te exaltas? Eso un contrasentido. La religión es humildad, amor, serio de los hombres hasta la cruz.

También María, nos ayudará con su ejemplo y con su plegaria de Madre a conseguir la perfección de esta joya la humildad.

XIII -- CUALIDADES HUMANAS

1. La perseverancia

Para evangelizar, el instrumento se ha de capacitar con virtudes humanas. Su conjunto forja el carácter.

Continua gota horada la piedra. Así dice el refrán popular, ya fe que encierra sabiduría y realismo.

Yo lo traigo a colación de cara a la vida de apostolado y de formación cristiana.

Creo firmemente que el rendimiento formativo está en proporción directa de la tenaz perseverancia en las mismas obras.

Es de muchos comenzar. Empezar, empieza cualquiera. No es tan corriente perseverar. Y tengamos por cierto que sin perseverancia, ni ciencia, ni virtud, ni amistad, ni nada de nada se solidifica.

Cuando sobreviene la tentación y hay dificultades por dentro o por fuera para seguir en lo comenzado, hace crisis la voluntad.

Sólo la voluntad, sin embargo, que se manifieste firme y, con tenacidad persevera en lo que un día determinó, llegará a la meta que se propuso.

Los obstáculos que se encuentran en el camino de la virtud y perfección son, a veces, difíciles de vencer y se renuevan sin cesar. El enemigo por todas partes nos cerca y encuentra aliados en el interior de nuestro propio alcázar.

Un gran enemigo es el tiempo. Enemigo solapado. Ni grita ni mueve estruendo de guerra. Él, callado; como si fuera neutral e insensible; como si no tomara parte en la batalla. Pero es terriblemente eficaz porque desgasta planes ambiciosos, quiebra propósitos de altura, aja ideales de heroísmo.

Él se encarga de cansar la voluntad, de debilitar la memoria, de oscurecer la inteligencia. Produce anemia, y ¡qué peligrosa!

Contra tal enemigo no hay otro remedio que el ataque sin ruido de la perseverancia, virtud humana que, potenciada por la gracia, logra el triunfo en todos los terrenos.

Pues ¿quién puede dudar de que la vida cristiana está erizada de dificultades? ¿No son los obstáculos ambiente de toda empresa, de cualquier acción, por pequeña que sea? Si esperáramos a emprender algo cuando el cielo de los problemas estuviera sereno, nos moriríamos sin haber empezado nada.

Pero el problema no parece que sea de empezar, sino de continuar. Para empezar no hace falta tanta fuerza como para proseguir. Sencillamente porque al empezar no aparecen las hierbas amargas de la lucha, que brotarán más tarde, en plena actividad.

Nos gustaría una religión que nos asegurara una vida sin reveses (le pedimos a Dios que nos dé salud, que no haya contratiempos, que vayan bien las cosas). Esa religión ¡qué interesante! ¿No hay Compañías de Seguros de vida, de accidentes, de incendios? Se vive prácticamente la religión en esa línea. Cuando fallan los cálculos, falla también la fidelidad.

Pero Dios quiere salvarnos, y para ese fin esta vida es la prueba que hay que superar. Perseverancia en acoger la semilla para que rinda fruto de buenas obras.

La vida cristiana se reduce a dejarse trabajar el corazón por Dios, para que, convertido en tierra buena, sea capaz de recibir la semilla de su Palabra, semilla viva y poderosa; para que una vez la semilla en el surco vaya transformando la vida antigua hasta que llegue la sementera de frutos espléndidos de una sobrenaturaleza no viciada ni bastardeada. ¡Pero cuánto esfuerzo es preciso para soportar los aguaceros, y las escarchas, el calcinador sol de fuego y la humillación suprema del grano que se pudre sin quejas! Es más fácil chillar, pero es más eficaz perseverar. Es más cómodo tirarse en el surco que enterrarse en él. Pero sólo dan fruto los que perseveran en medio de las tormentas, en el fragor de las persecuciones.

2. El carácter

Con esa perseverancia se labra el carácter. Y con un gran carácter se potencia el apostolado.

Son admirables los grandes personajes. Un gran caudillo, un sabio célebre, un gran santo... Napoleón, Menéndez Pelayo, san Juan de la Cruz. Quisiéramos emular sus hazañas... y nos decimos: ¡Quién pudiera ser como ellos!... Pero ¿es que los podemos imitar?

Todos los grandes caracteres son imitables, si no hasta el punto de conseguir una fama universal, sí con una vida fecunda y noble ante Dios y ante nuestra conciencia.

El carácter es la índole moral o marca que distingue a un hombre. Viene a ser la fisonomía del alma y como el resultado de las tendencias íntimas de la persona, ya viciosas ya nobles, ya generosas ya egoístas. Y todo determinado por la voluntad. Con la fuerza del carácter el hombre graba con rasgos definidos en su espíritu una personalidad vigorosa. y deja una huella permanente en sus obras a la vez que influye en los demás a los que atrae, alienta, dirige...

Una persona dura, exigente, altanera sólo es soportada por los suyos pero sin contribuir a la felicidad de su hogar ya la prosperidad de su familia. No engendrará un hogar acogedor.

Por supuesto que sus subordinados no le prestarán una colaboración eficaz en las empresas políticas, sociales o comerciales. Le dejarán solo. Tampoco sus superiores buscarán su colaboración.

Cada día tendrá que soportarse a sí mismo: y esto le producirá disgusto y amargura íntima.

y la causa de todo, aunque crea que es otra cosa, es la falta de carácter. Se deja arrastrar por las pasiones que le dominan sin que él pueda resistirlas.

Si es tímido, susceptible, rencoroso o resentido, fracasará, porque le dominarán las circunstancias y el ambiente. Será esclavo de su impotencia. Se vengará inútilmente fomentando en su corazón sentimientos mezquinos e innobles.

Si es indolente, perezoso y tornadizo comenzará muchas cosas pero no llevará a cabo ninguna. No se le podrá confiar ninguna empresa. Él dice que hace siempre lo que quiere. La verdad es que no ha querido nunca nada.

En vez de protestar de su mala suerte y de quejarse de que no le tratan bien, mejor será que se aplique reo sueltamente a cambiar de conducta y adquirir un buen carácter. En sí mismo está la causa de su fracaso.

El hombre de carácter es afable, complaciente, se domina a sí mismo, muestra en todos sus actos la nobleza de su corazón.

Y es feliz. Goza con la compañía de sí mismo. Reina la paz en su conciencia. Los hombres le son benévolos y favorables. Influye en los demás. Atrae y domina a los hombres, a los que ha conquistado el corazón. Arrastra tras sí gran número de voluntades indecisas que buscan un jefe enérgico, resuelto, atractivo.

El carácter está condicionado por el temperamento natural, el ambiente, los amigos, los educadores y nuestra propia voluntad.

El ideal del hombre que quiere ser apóstol eficaz es cultivar con la gracia las cualidades humanas: Corazón noble, ser humano, compasivo y generoso. Tener una conciencia recta, una actitud social impecable y una voluntad inflexible, decidida, firme y perseverante.

Si somos hombres de convicciones profundas, seguras y fundadas en razón o en fe, conseguiremos esa reciedumbre de carácter que no cambia por circunstancias o porque el viento sopla en otra dirección.

Nos convenga o no, nos resulte simpático o no, las cosas son como son y las hemos de mantener por encima de todo. .

La verdad es la verdad. y hemos de profesar un culto ferventísimo a la verdad, salvada siempre la prudencia y la caridad. Pues no se debe decir la verdad aunque se hunda la caridad.

Lo que no está bien hecho no está bien hecho aunque lo haga el más amigo que yo tenga, pero manteniendo la cordialidad y dulzura.

Ser hombres de convicciones en medio de una generación de camaleones que adoptan el color que les conviene o se arriman al sol que más calienta.

Que predomine siempre la razón sobre el corazón. Así diremos las palabras convenientes y no las que halaguen o para que nos halaguen.

Hay personas tan deseosas de causar buena impresión, de que se los tenga en mayor estima que aun sin darse cuenta, callan lo que deben decir o no hablan lo que deberían.

Importa mucho que por nuestra acción todos sean más santos, todos vivan más plenamente la fe y practiquen más las virtudes.

Que por nosotros nadie descienda en la humildad. Que ayudemos con nuestros consejos y con nuestra entereza a que los nuestros vivan mejor la caridad, la mortificación, la vocación, la obediencia, la vida cristiana.

Obrar guiándose por la razón, no por el corazón; por la fe, no por el amor de la carne y de la sangre.

Aunque quien pague las consecuencias sea tu padre o tu madre, tus propios familiares... o tú mismo.

3. La prudencia

Nunca puede faltar a un buen carácter la virtud de la prudencia que es un arma de combate indispensable. Muchos planes quedan en planes sin llegar nunca a ser realidades por falta de prudencia.

Prudencia en las obras. Prudencia en las palabras. Éstas salen sin darse cuenta. Cuando te has descuidado, ya te has comprometido. y después será difícil reparar los daños.

No des tu parecer nunca si no tienes obligación o si no te lo piden.

No corrijas sin ton ni son a ningún mayor: ellos ya tienen su conciencia y tú no tienes deber que te lo imponga. Sigue tu camino que puede ser más eficaz.

Aunque el diálogo noble siempre enriquece, las discusiones siempre son peligrosas, por eso no las aceptes en ningún terreno: ni moral, ni dogmático, ni de crítica. No los has de convencer y perderás el tiempo y la paz. Y, a lo mejor, dices cosas que no debes.

Cuidado con los líos: que éste me dijo, que el otro le contó, que dijeron ayer... Hay que huir de eso, como de la culebra. Hay que huir del enredo, del chisme, de la soplonería; ¡cuántos malos ratos se pasan en el mundo por esta causa!

Cuando sea necesario advertir algo, hay que encomendarlo a Dios y buscar el momento oportuno.

4. La sensibilidad

Pero no sólo hay que cultivar la voluntad y la inteligencia. También hay que mimar la sensibilidad de la cual nace la elegancia.

Hay una elegancia física y hay una elegancia espiritual, moral.

La elegancia espiritual, delicadeza de alma, es enemiga de lo grosero y bajo, de lo que degrada el pensamiento, la imaginación, la memoria, los sentidos, el corazón.

La elegancia espiritual nada huye tanto como lo vulgar; en el lenguaje, en las maneras, en las acciones.

Esta elegancia espiritual se confunde con el señorío moral, la aristocracia interior y la delicadeza de alma. Puede hallarse entre los pobres y entre los ricos. Como también entre unos y otros puede ser cultivada su contraria.

La manifestación del alma en su faceta más sonriente tanto tiene lugar en privado como en público. San Francisco de Sales, el dulce Obispo de Ginebra, en la soledad de su aposento edificaba por la realeza de su porte, ¡Y estaba solo! Lo dice quien lo espío.

¿No será un bello sueño ser un alma delicada? ¿De las que aman apasionadamente todo lo que es bello Y noble Y grande Y generoso?

Esa alma distinguida sabe adivinar las llagas más secretas, los secretos más amargos. Pero les lleva consuelo; sobre esos corazones en otoño, o en crudo invierno, destila bálsamo reconfortante.

¿Quién, si no el alma aristócrata, sabe intuir que tal palabra producirá pena y la callará Y que esa frase dará consuelo y la dirá?

Almas delicadas, creced Y multiplicaos, llenad la tierra, para que cese la noche de la vulgaridad y amanezca la primavera de la bondad.

XIV – María

Al hombre de fe y al apóstol no le puede faltar el amor a María, por eso le dedicamos en este libro este capítulo.

1. Parangón entre Ana y María

Samuel es el fruto de largas oraciones, de lágrimas amargas de su madre. Como Cristo es fruto de una larga y confiada esperanza del mundo que se cumplió en María.

Cuando Ana oraba (1 Sam 1, 10 ss.), el Señor la escuchaba. Pero si ella oraba es porque el Señor la movía a orar. Él quería conceder aquel hijo a la estéril y sugería e impulsaba la colaboración única que en este caso puede prestar una mujer estéril: la oración, las lágrimas, los gemidos.

«No se puede perder hijo de tantas lágrimas, -dijo un obispo africano a Mónica - .No puede dejar de nacer un Samuel a una mujer estéril que suplica. El que resucitó al hijo de la viuda de Naím, compadecido de sus lágrimas, hace fecundo un seno muerto. La Iglesia llora y ora por sus hijos muertos y por los que le han de nacer.

Si la Iglesia llorara más y suplicara más, más hijos le nacerían y más muertos por el pecado resucitarían.

Tú y yo somos esa Iglesia que llora. No dejemos de orar para que nazcan más hijos. No dejemos de llorar y de sacrificarnos para que esos hijos sean más hijos, es decir, más perfectos y humildes, más santos e incontaminados.

No cabe duda de que el Señor nos mueve a orar ya llorar.

No cabe duda de que estas líneas las sugiere Él poro que quiere que sean semilla de vida y de vocaciones, de perseverancia y de santidad.

Después de las lágrimas vendrá el magnificat de Ana (1 Sam 2, 1-10) precursor del Magnificat de María.

Ana estéril tiene un hijo de oración (1 Sam 1,20). Como María Virgen tiene un hijo del Espíritu Santo. Para Dios no hay imposibles.

He aquí el canto de Ana cuando entrega su hijo en el templo de Silo al sumo sacerdote Elí, que no fue perspicaz para comprender el misterio. Comparadlo con el de María y veréis las constantes de la historia de la salvación y la grandeza de Yahvé con su pueblo:

«Mi corazón se regocija por el Señor, mi poder se exalta por Dios, mi boca se ríe de mis enemigos, porque celebro tu salvación. No hay santo como el Señor, no hay roca como nuestro Dios. No multipliquéis discursos altivos, no echéis por la boca arrogancias, porque el Señor es un Dios que sabe, él es quien pesa las acciones. Se rompen los arcos de los valientes, mientras los cobardes se ciñen de valor; los hartos se contratan por el pan, mientras los hambrientos engordan; la mujer estéril da a luz siete hijos, mientras la madre de muchos queda baldía. El Señor da la muerte y la vida, hunde en el abismo y levanta; da la pobreza y la riqueza, el Señor humilla y enaltece. Él levanta del polvo al desvalido, alza de la basura al pobre, para hacer que se siente entre príncipes y que herede un trono glorioso, pues del Señor son los pilares de la tierra y sobre ellos afianzó el orbe. Él guarda los pasos de sus amigos mientras los malvados perecen en las tinieblas -porque el hombre no triunfa por su fuerza -.El Señor desbarata a sus contrarios, el Altísimo truena desde el cielo, el Señor juzga hasta el confín de la tierra. Él da fuerza a su rey, exalta el poder de su Ungido» (1 Sam 2, 1-10).

A María le eran familiares estas ideas, pues las repite en el Magnificat.

2. La salvación no se obrará nunca sin María

María se puso en camino y fue aprisa a la montaña. Llena de Dios es empujada por Él. Un alma llena de Dios no puede estar inactiva. Es Él quien empuja, quien guía, quien orienta, quien dirige, quien aparta obstáculos.

Dios te pondrá la pluma en la mano; Dios te hará comprar el billete de avión. Dios te empujará a una empresa superior a tus fuerzas. Dios que salva.

Porque lo que Dios va a hacer en casa de Isabel es salvar. Aplicar los frutos de la Redención prematuramente a una criatura humana a quien va a liberar de la atadura del pecado.

Pero lo hace Dios *junto con su Madre*. María es la portadora de Dios. *La salvación no se obrará nunca sin María.*

Dejémonos llenar de Dios por Dios y seremos portadores de salvación a las familias.

Puedes ser portador de Dios en tus cartas, en tus palabras, en tus convivencias, en tu trato, en tus visitas. Darás a Dios. Comunicarás su salvación. Participarás su perdón, su paz, su gozo. Contagiarás el espíritu de entrega.

Nuestras visitas han de ser como la de María. Que santifiquen y que se vean los frutos.

¡Cuántas visitas habría recibido Isabel desde que estaba en aquel lugar, máxime en las circunstancias tan extrañas en que se había presentado su tardía maternidad! Pero ninguna, como la de María, ha dejado tan honda huella en aquella anciana mujer. Se llenó Isabel del Espíritu Santo y dijo a voz en grito: *«Bendita tú entre las mujeres y*

bendito el fruto de tu seno»... (Lc 1, 42). Así actúa Dios. Eso es hacer apostolado de veras; eso es entregarse a los hombres. Eso es hacer bien a los hermanos. Hacer sentir la experiencia de Dios.

Pero para hacer esas obras, has de contemplar antes de actuar. Dice el Concilio que es *característico de la Iglesia estar entregada a la acción y dada a la contemplación, pero estando la acción ordenada y subordinada a la contemplación* («Sobre la Sagrada Liturgia», 2).

Primero es la santidad de María, la humildad de María, la disponibilidad de María. Después su entrega a visitar a los necesitados, a los hermanos. Después que Dios la ha llenado, como la ha saludado el Ángel, ya puede dar a Dios. Puede lanzarse porque ya será Dios quien actúe y quien santifique.

¡Pobres de nosotros si nos lanzamos al campo del apostolado llenos de nosotros!... ¿qué cosecharemos? Espiritualmente aridez. Personalmente quizá descalabros.

¿Cuándo nos convenceremos de veras y hondamente de que nuestra vida interior tiene más valor que la exterior?

3. El Papa Wojtyła, «Totus tuus»

Todos sentimos la sacudida de la emoción ante las primeras palabras al pueblo de Dios de Juan Pablo II aquel 16 de octubre de 1978. Dos veces ha nombrado a la Virgen, el que ha mamado la devoción a la *Madonna* en su tierra de amor a María.

Él que en el escudo de su Episcopado quiso que campeara su entrega total en manos de María con la leyenda «*Totus tuus*» -Todo tuyo.

Vino el Papa Wojtyła de las manos de María. Es su Corazón el que se nos abrió para regalarnos un Papa polaco que nos habló en seguida de María, a una Iglesia que, en parte, se sentía incómoda de tener madre.

¡Cuántos sacerdotes no han secado el manantial de la vida cristiana de las gentes sencillas porque juzgaban, desde la altura de su *supuesta cultura, situación de madurez*, etc., infantiles y balbucientes, o rutinarias y desencarnadas, las prácticas de devoción a la Virgen!

Desde el balcón de San Pedro, Juan Pablo II nos habló de lo que llevaba en su corazón, de lo que sabe ha de ser el más fino y seguro manantial de su vida de Pastor de la Iglesia: de María.

El Papa nos ha dicho que él reza el rosario, que es su devoción favorita y acostumbrada.

El Papa de María es también el Cardenal de largas horas de prostración en su capilla de Cracovia. Hombre de larga oración, fogueado por san Juan de la Cruz y la fe mariana de Polonia.

4. La Madre del cielo

A veces he pensado lo terriblemente desamparado que me sentiré cuando mi madre de la tierra me deje solo. Es un pensamiento tan abrumador que lo he tenido que desterrar de inmediato porque me estaba dejando deshecho.

Y sin embargo, tengo la seguridad de que la Madre del cielo no me va a dejar solo jamás.

Es santa Teresa la que nos cuenta en SU Vida que al morir su madre, cuando ella tenía 15 años, corrió a la imagen de María a decirle que fuese su madre, ya que le faltaba la de la tierra: *«Como yo comencé a entender lo que había perdido, afligida fuíme a una imagen de Nuestra Señora y supliquéla fuese mi madre, con muchas lágrimas. Parece que aunque se hizo con simpleza, que me ha valido»* («Vida» 17)

Pongamos toda nuestra vida en manos de María. Una manera de actuar la presencia de María es vestir el escapulario del Carmen.

En mis primeros años de sacerdocio fue el escapulario un arma sagrada con que intenté recristianizar las parroquias.

La Virgen se llevó al cielo a mi padre un sábado por la mañana como yo había presentado al imponerle el escapulario.

Hemos de estar convencidos del amor de María-Madre. Le he oído decir mil veces a mi madre: «Habríais de ser primero madres, antes de ser hijos». Ella lo dice porque sería la única manera de conocer el amor, la preocupación, el sufrimiento de una madre por sus hijos.

En mi madre he tenido escuela de amor materno. Pero confieso que aún no he llegado a *sentir* lo que ese amor comporta, por la sencilla razón de que no soy madre y no lo he experimentado.

Algo rastreo por el amor a las almas, que es más maternal que paternal.

Pero lo que ciertamente no puedo comprender es el amor que María nos tiene.

Ese amor debe incluir preocupación, interés, agilidad, providencia, preparación de medios, consuelos, reprensiones, auxilios, luces a su tiempo, abrazos, palabras, miradas, extrañas penetraciones de su ser en el de sus hijos, todo un mundo de secretísimas experiencias.

María en el cielo no está ausente de nuestra vida, de nuestros problemas. «Es cosa dura de admitir que nuestra Madre del cielo no tenga en nosotros otra acción que la de la plegaria... Ello no es así (Padre Colomer, *«La Virgen María»*, Barcelona 1935, páginas 211-212).

María tiene un interés cuasi infinito en la Redención de los hombres, en su santificación.

Atenta a nuestros progresos, ya nuestros retrocesos. Aquellos le han hecho sufrir. Estos la alegran. y va preparando el camino a Jesús en nosotros. Dejémosla actuar. Fiémonos de Ella. No demos lugar al desaliento.

A veces molesta el afán del número en el apostolado. Es la mentalidad occidental del número y de la eficacia. Nos domina. Es todo un sistema mental que hay que derribar. Doce ¡sólo doce! fueron los evangelizadores del mundo. Pero estaba la Madre con ellos y el Paráclito al que fueron dóciles. ¿De qué serviría un batallón de cobardes? ¿Cuántos sois? Si a la primera emboscada vais a escapar... ¿Muchos mediocres? ¿Para qué? ¿Pocos y santos? ¡Muy bien! ¿Muchos y santos? ¡Formidable!

Pero *santos* antes que *muchos*. y esto, con María la Madre de Jesús, como en el Cenáculo.

5. Las Bienaventuranzas de María

María es la única criatura humana que está en la Verdad y que siempre estuvo en la Verdad. Que vio siempre claro el camino sin perder nunca el fulgor que iluminaba su ruta de fe. Por eso le sonrió a la pobreza de la Cueva de Belén y de Nazaret. A cambio de su pobreza de espíritu ha sido proclamada Reina del mundo.

Y fue mansa con Jesús, Cordero manso en el degolladero. En recompensa ahora posee la tierra.

El foco potente de la Verdad pacificó su corazón cuando sus ojos se arrasaban en lágrimas mientras Jesús sudaba sangre en el Huerto y pendía desgarrado en la cruz. ¡Dichosas lágrimas y suspiros que le han merecido ser nuestro consuelo!

Hambreó a Dios. Tuvo hambre y sed de santidad y justicia y ha sido proclamada mediadora y distribuidora de todas las gracias.

Porque fue misericordiosa, Dios la ha hecho nuestra Madre.

Su limpieza de corazón atrajo a sus entrañas como un imán poderoso al Cuerpo y Sangre y alma y Divinidad del Verbo.

La llena de paz dio la paz al género humano y siembra en cada una de nuestras almas gérmenes de paz.

Porque fue perseguida por el Rey Herodes y con su Hijo a él asociada en su vida pública y dolorosa, ahora suyo es el Reino de los cielos.

Ver la Verdad no es fácil. Sin Dios es imposible. Hay que estar muy en la manera de pensar de Dios. Verdad sobre la pobreza y mansedumbre y limpieza de corazón y sobre el hambre de justicia y la misericordia.

Esa verdad puede verse como un relámpago alguna que otra vez. Ver siempre, habitualmente, indefectiblemente, la luz de la Verdad es imposible a nuestra naturaleza, enturbiada por la mancha del pecado.

Sólo en María, preservada inmune de esa mancha, se proyecta como en un lago de tranquilas y purísimas aguas, la luz perenne de Dios.

Acudamos a Ella: Haznos entrar en esa zona de luz en que tú vives, María luminosa, Criatura excepcional, honor de nuestro pueblo, Estrella de la Mañana, Sol de nuestra vida.

6. María Medianera de todas las Gracias

Le cabe a Valencia el honor de ir en cabeza del movimiento mediacionista, pues el Colegio de Abogados de aquella Ciudad impetró la definición del Dogma de la Mediación de Nuestra Madre y Señora el día 31 de enero de 1934.

Igualmente en Valencia en el III Congreso de Abogados de España, D. Antonio Iturmendi, Ministro de Justicia, pronunció, en nombre de los abogados, de la Magistratura de la Nación y Cuerpos Letrados del Ministerio, el voto mediacionista: «Hacemos, dijo, profesión de fe en esta doctrina mediacionista de la Siempre Virgen María, prometiendo defenderla firmemente, suplicando filial y reverentemente al Vicario de Cristo, se digne sancionarla con definición dogmática».

En Valencia también el 9 de octubre de 1954 tuvo lugar una concentración de municipios y corporaciones presidida por el Arzobispo Mons. Olaechea para formular solemnemente el voto de defender la doctrina de la mediación Universal de la Virgen en el mundo de las gracias y pedir sea declarada dogma.

7. La verdadera devoción a la Virgen

Nos dice el Concilio Vaticano II: «El Sacrosanto Sínodo» enseña en particular y exhorta al mismo tiempo a todos los hijos de la Iglesia a que cultiven generosamente el culto, sobre todo litúrgico, hacia la Bienaventurada Virgen como también estimen las prácticas y ejercicios de piedad hacia ella... Asimismo exhorta encarecidamente a los teólogos ya los predicadores que se abstengan con todo cuidado tanto de toda falsa exageración, como de una excesiva estrechez de espíritu, al considerar la singular dignidad de la Madre de Dios. Cultivando el estudio de la Sagrada Escritura, de los Padres y Doctores de la Iglesia, bajo la dirección del Magisterio, ilustren rectamente los dones y privilegios de la Bienaventurada Virgen, que siempre están referidos a Cristo, origen de toda verdad, santidad y piedad... Recuerden, pues, los fieles, que la verdadera devoción no consiste ni en afecto estéril y transitorio, ni en vana credulidad, sino que procede de la fe verdadera, por la que somos conducidos a conocer la excelencia de la Madre de Dios y somos excitados a un amor filial hacia nuestra Madre ya la imitación de sus virtudes» ([Lumen gentium](#)», 67).

8. La Madre del Cristo total

Cristo y nosotros somos Uno, un solo Ser, un Cuerpo Místico. María es la Madre de ese Cuerpo Místico. La Iglesia está en el seno de María. María es la Madre de la Iglesia. La segunda etapa del Vaticano II fue borrascosa. En la sesión de clausura el 4 de diciembre de 1963 Pablo VI dijo en su discurso, dirimiendo la lid: «De igual manera esperamos en este Concilio la mejor y más conveniente solución a la cuestión relativa al esquema de la Bienaventurada Virgen María; el reconocimiento unánime y devotísimo

del puesto enteramente privilegiado que la Madre de Dios ocupa en la Santa Iglesia, sobre la cual trata principalmente el Concilio: Después de Cristo el más alto ya nosotros el más cercano, de forma que en el título *Mater Ecclesiae* podremos venerarla para gloria suya y consuelo nuestro». Cuenta un padre conciliar que, al oírlo, como movidos por el Espíritu Santo todos los Obispos, puestos en pie, aplaudieron enfervorizados.

9. La Madre de la Iglesia

Haciendo caso omiso como en su tiempo Pío IX, de los pesimistas, Pablo VI el 21 de noviembre de 1964 en el discurso de clausura de la tercera etapa conciliar, dijo: «Así pues, para gloria de la Virgen y consuelo nuestro, Nos proclamamos a María Santísima *Madre de la Iglesia*, es decir, Madre de todo el pueblo de Dios, tanto de los fieles como de los pastores, que la llaman Madre amorosa y queremos que de ahora en adelante sea honrada e invocada por todo el pueblo cristiano con este gratísimo título». Porque María es Madre del Cristo total, por eso es Madre de la Iglesia, que es el Cuerpo Místico. O lo que es lo mismo por ser Madre de Dios, Cristo Cabeza, es Madre también de los miembros, que no pueden vivir independientes. Esta unión de Cristo Cabeza y miembros tiene un puente innegable y preeminente de inserción que san Bernardino de Sena expresa con estas palabras: «María es el *cuello* de nuestro Jefe por el cual comunica éste a su Cuerpo Místico todos los dones espirituales». No puede decirse de manera más gráfica, siguiendo el paralelismo de Cuerpo, que *María es Medianera*, por estar unida a la Cabeza, Cristo, desde donde, por el Cuello, desciende a los miembros todo el influjo vital. San Bernardo lo expresó así: «María es el Acueducto por donde nos llegan las gracias que nacen de la fuente divina que es Cristo. Tal es la voluntad del que ha querido que todo lo tuviéramos por María».

Pero yo quisiera concretar más la naturaleza de la mediación. Yo diría que su mediación es maternal. Hemos dicho que la Iglesia está en el seno de María. Sigamos la audaz afirmación que después hemos de ver con raíces en la Revelación y en los Padres. El niño en el seno de su madre recibe todo su influjo vital de ella, a través de la placenta. Así la Iglesia recibe toda ella la Vida de Dios, promoción suprema y absoluta de la humanidad, a través de María. Dice el Vaticano II: «*Y esta maternidad de María perdura sin cesar en la economía de la gracia, desde el momento en que prestó fiel asentimiento a la anunciación y lo mantuvo sin vacilación al pie de la Cruz, hasta la consumación perfecta de todos los elegidos. Pues, una vez recibida en los cielos, no dejó su oficio salvador sino que continúa alcanzándonos por su múltiple intercesión los dones de la eterna salvación. Por su amor materno cuida de los hermanos de su Hijo que peregrinan y se debaten entre peligros y angustias y luchan contra el pecado hasta que sean llevados a la patria feliz. Por eso la Virgen en la Iglesia es invocada con los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora*» (bis Ibid. 62).

10. La Mediadora no resta gloria al Mediador

San Pablo escribe en 1 Tim 2, 5: «*Porque uno es Dios, uno también el Mediador de Dios y de los hombres, un hombre, Cristo Jesús*».

Pero puntualiza el Concilio Vaticano II: «Es Mediadora, lo cual, sin embargo, se entiende de manera que nada quite ni agregue a la dignidad y eficacia de Cristo, único mediador. Porque ninguna criatura puede compararse jamás con el Verbo encarnado,

nuestro Redentor, pero así como el sacerdocio de Cristo, es participado de varias maneras, tanto por los ministros como por el pueblo fiel, y así como la única bondad de Dios se difunde realmente en formas distintas en las criaturas, así también, la única mediación del Redentor, no excluye sino que suscita en sus criaturas una múltiple cooperación que participa de la fuente única. La Iglesia no duda en atribuir a María un tal oficio subordinado, la experimenta continuamente y lo recomienda al corazón de los fieles para que apoyados en esta protección maternal, se unan más íntimamente al Mediador y Salvador» (ter Ibid. 62).

«En verdad la realidad de la Iglesia no se agota en su estructura jerárquica, en su liturgia, en sus sacramentos» Di en sus ordenanzas jurídicas. Su esencia íntima, la principal fuente de su eficacia santificadora ha de buscarse en su unión con Cristo; unión que no podemos pensarla separada de aquella que es la Madre del Verbo encarnado y que Cristo mismo quiso tan íntimamente unida a sí para nuestra salvación. Así ha de encuadrarse en la visión de la Iglesia la contemplación amorosa de las maravillas que Dios ha obrado en su Santa Madre. Y el conocimiento de la verdadera doctrina católica *sobre María será siempre la llave de la exacta comprensión del misterio de Cristo y de la Iglesia*» (Pablo VI, Discurso de clausura de la tercera etapa conciliar, 21 noviembre 1964).

11. La Mujer del Apocalipsis

Escribe san Juan en el Apocalipsis 2, 1-2, 4-5: «Una gran señal apareció en el cielo: una mujer vestida de sol, con la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas sobre su cabeza, *está encinta* y grita con los dolores del *parto* y con el tormento de *dar a luz*... La serpiente se detuvo delante de la mujer que iba a dar a luz, para devorar a su hijo en cuanto le diera a luz. La mujer *dio a luz un Hijo varón*, el que ha de regir a todas las naciones con cetro de hierro y su Hijo fue arrebatado hacia Dios y hacia su trono». Esa mujer es la del Génesis, la de las Bodas de Caná y la de la Cruz. Juan ve en esta visión a María glorificada y, sin embargo está encinta, y da a luz un hijo varón, el Cristo Místico. María, en el cielo, sigue siendo Madre.

María en el momento mismo de la Encarnación concibe a la Cabeza ya los Miembros. Todos nos hallamos de un modo inexplicable, místico, en el seno de María.

María da a luz a la Cabeza, sin dolor en Belén. María da a luz con agudo dolor, a los Miembros en Jerusalén, en el Calvario. Pues la Iglesia nace del costado de Cristo muerto, como Eva de Adán dormido, en admirable réplica.

Esta Maternidad de María empieza en cada hombre con la aplicación de la Redención, personalmente asimilada, y en ese momento queda injertado en Cristo y recluido, protegido y maternalmente acogido en el seno de María.

En el alma se ha repetido místicamente la Encarnación, y los artífices, como en Nazaret, son el Espíritu Santo y María.

12. Comentario de los Padres a la frase

«el que hace la voluntad de mi Padre ése es mi madre»

«Como el niño formado en el seno así me parece el Verbo de Dios en las entrañas del alma que ha recibido la gracia del Bautismo. El Señor abre el seno maternal del alma para que sea engendrado el Logos de Dios y así el alma se hace madre de Cristo» (Orígenes).

«Cada alma lleva en sí como en un seno materno a Cristo. Si ella no se transforma por una santa vida no puede llamarse Madre de Cristo» (San Gregorio Nacianceno).

«Lo que en otro tiempo sucedió corporalmente en la Virgen María cuando la plenitud de la Divinidad de Cristo comenzó a irradiar a través de la Virgen, se cumple también en cada alma que, sintiendo como el Logos, lleva una vida pura. El párvulo nacido en nosotros es el mismo Jesús el cual en los que le reciben, crece de diversas maneras en sabiduría, edad y gracia. Porque no es igual en cada uno. Conforme a la medida de la gracia de aquel en quien Él recibe la forma, y conforme a la capacidad del que la recibe aparece Él como niño, adolescente o varón perfecto» (San Gregorio Niseno).

«Cuando esta alma comienza a convertirse a Cristo es llamada María, o sea, recibe el nombre de la mujer que en otro tiempo llevó a Cristo en el seno: se ha transformado en un alma que engendra a Cristo de una manera espiritual. No todos llegan a dar a luz, no todos son ya perfectos, no todos son Marías, los que ciertamente han recibido del Espíritu Santo a Cristo, pero no le han engendrado. Hay hombres que arrojan de nuevo al Verbo de Dios, como un aborto. Haz pues la voluntad del Padre para que puedas ser Madre de Cristo» (San Ambrosio).

«Por esto sois también Madre de Cristo, porque cumplís la voluntad del Padre. Conceived también vosotros a Cristo por la fe, dadle a luz por vuestras buenas obras. Cumpla vuestro corazón en la ley de Cristo lo que en otro tiempo cumplió el seno de María en la carne de Cristo» (San Agustín).

«Madre de Cristo se hace ante todo el que anuncia la verdad; porque al Señor engendra el que lo introduce en el corazón de los oyentes. Madre de Cristo se hace el que con su palabra engendra en el espíritu el amor al Señor» (San Gregorio Magno).

Estos textos de los Padres indican que en todas partes en los primeros siglos - escriben en sitios muy lejanos unos de otros -era familiar que los cristianos debían ser María, Madre de Cristo, que debían engendrar a Cristo en el fondo del alma.

Pero la Maternidad de María no acaba su ciclo hasta que nos traspasa al seno del Padre, al término de nuestra vida o de nuestra purgación. Es entonces cuando nos da a luz, el verdadero *dies natalis*.

13. La mujer encinta de la visión de San Juan expresa la advocación de María Medianera de todas las Gracias

María Medianera, es decir, intermediaria entre Cristo y los hombres. «Tú, María, eres la Medianera entre Dios y el hombre, Tú eres la que distribuyes las gracias» (San Buenaventura).

De todas las gracias. Aquí tenemos todo un mundo inconmensurable que abarca todos los dones de la Redención y que, pagado sobreabundantemente por la Sangre de Cristo, Dios nos da gratuitamente. Decir María Medianera es decir que todo ese mundo de gracia pasa por María. Todas las gracias son servidas por unas manos maternas, las de María. La imagen de María ofreciendo a su Hijo, niño, al mundo, sería la traducción más adecuada de la Mediación. No se queda Ella con su Hijo. Nos lo da. Nos lo da para nuestra salvación. San Pío X afirmaría: «María mereció ser reparadora de la humanidad caída, y por lo tanto, la dispensadora de todas las gracias que Jesús nos ganó con su muerte y con su Sangre» (Encíclica «Ad diem illurn».).

Benedicto XV el que aprobó el 12 de enero de 1921 la Misa y Oficio de María Medianera, y señaló su fiesta para el 31 de mayo: «En todos los prodigios se ha de ver la mediación de María, por la cual, según la voluntad divina, nos llega toda gracia y todo beneficio».

De todas las Gracias. Sigamos analizando y nos encontramos con gracias habituales y actuales. Dicho de otra manera: gracias estables y pasajeras. Las estables, que van al fondo del alma son susceptibles de crecimiento continuo, son vida y dan la vida. Las actuales previenen la acción humana y no se puede hacer nada sin ellas, ni para hacer el bien ni para evitar el mal. Vienen a ser una especie de impulsos indeliberados hacia el bien, en forma de luz, que nos hace ver las razones de las obras buenas; otras veces llegan ungiendo de suavidad y facilidad la virtud. Otras, en fin, nos revisten de una especial fuerza desconocida por la que podemos obrar sin mayores complicaciones. Estas chispas de luz, de suavidad o empujes de fuerza nos llegan por la influencia de María. Y ¡cuántos recibimos en el transcurso de nuestros días y de nuestra vida! ...y para desgracia o mérito nuestro podemos aprovecharlos o rechazarlos...

En los Sacramentos recibimos los dones permanentes: Por el Bautismo, servido por María, en el momento que mayor influjo ejerce en nuestra alma, se engendra a Cristo, y trae consigo al Padre y al Espíritu, para hacer con nosotros su morada. y como regalos nos dan la gracia habitual, las virtudes infusas teologales y las morales, más los dones del Espíritu Santo.

Los otros Sacramentos aumentan o restituyen la grada. Donde hay aumento o recuperación de gracias hay presencia dinámica de María, porque ésa es la naturaleza de su influencia maternal.

La Madre está presente en el momento de alimentar a sus hijos con el Cuerpo de su Hijo. Pues es oficio de la Madre dar la comida a sus hijos.

Es la Madre quien lava a los hijos, sobre todo si son pequeños, y el Sacramento de la Penitencia es un baño que llega hasta el fondo del ser.

La Confirmación es nuestro Pentecostés personal. Y en Pentecostés actuó María eficazísimamente, y Ella asistió también al nuestro.

El Orden, que configura al hombre de una manera única con María, dándole poder sobre el cuerpo físico de Jesús y participándole su maternal cuidado en el engendrar y acrecentar a ese Jesús Místico, también nos llega por María.

Entre las manos de los esposos que se unen se enlazan las dos manos purísimas de María.

Y en la Unción de los enfermos las manos de María acarician y fortalecen al hijo que va a pasar ya al seno del Padre.

La gracia o la caridad se acrecientan por los sacramentos y también por la práctica de las buenas obras. Cuando se resiste al mal, o cuando se practica algún acto de virtud. Por tanto la presencia de María es también en estos momentos necesaria, porque también aquí obra la gracia. y donde está la gracia está María. y está presente María si el mal se reprime en el interior o en actos externos contra la voluntad de Dios que se sofocan. Igualmente está presente para obrar el bien por dentro o por fuera.

Si pudiésemos captar en su conjunto cuánto actúa María en nosotros constataríamos que toda nuestra vida divina está influida continua e incesantemente por Ella, es decir, veríamos que la visión de san Juan con todo el Cuerpo Místico de María en su seno recibiendo de Ella un influjo vital constante y necesario es una realidad, pues no podemos vivir la Vida de Cristo sino por Ella.

Por eso exclama san Germán de Constantinopla: «¡Oh Madre de Dios! ¡Nadie se salva sino por Ti, nadie es redimido sino por Ti». Y León XIII que hace suyas las del mismo santo: «Nadie queda lleno del conocimiento de Dios sino por Ti, nadie obtiene un favor de la misericordia divina sino por Ti» (Encíclica «Adiutricem»).

Hemos hablado de gracias, de obras buenas, pero ¿queda fuera de la órbita de la intervención de María el orden natural? Porque ¿es o no es verdad lo que dijo san Efrén: «Medianera de todo el mundo»? Por un lado el orden natural está estrechamente unido al sobrenatural y existen muchos dones que no son sobrenaturales que Dios nos concede con miras al orden sobrenatural para preparar el camino de la gracia. Por otro lado la Redención ha invadido a todo el universo. Cristo se dilata, en cuanto Dios, a todo el mundo, a todo el cosmos... María debe alcanzar con su protección maternal todo el ámbito de la Redención. Todo el de la providencia. No puede Ella defraudar las plegarias de los fieles que acuden también a Ella cargados con el peso de las necesidades naturales y humanas. Porque Dios al hacerla nuestra Madre la ha hecho a la medida de nuestras exigencias y necesidades, que son divinas, pero al mismo tiempo, humanas.

14. María Mediadora de los apóstoles

Es su Maestra, su Reina, su Modelo. Dice el Vaticano II: «Por eso la Iglesia en su labor apostólica se fija con razón en aquella que engendró a Cristo concebido del Espíritu Santo para que también nazca y crezca por medio de la Iglesia en las almas de los fieles. La Virgen fue en su vida ejemplo de aquel amor maternal con que es necesario estén animados todos aque. llos que en la misión apostólica de la Iglesia cooperan a la regeneración de los hombres» (L. G. VIII, 65)

Ya los seculares en el Decreto de apostolado de los ricos exhorta: «Encomienden su vida y su apostolado su solicitud de Madre» (Ibid.4.) ¿y cómo no tenerla por Madre de los Apóstoles, si está como la nueva Eva unida al nuevo Adán, aunque dependiente de El, luchando con Él contra el enemigo infernal y obteniendo plenísima victoria del

pecado y de la muerte ¿Si María está con su alma inmaculada y su cuerpo virginal a la derecha del Hijo de Dios como nuestra Mediadora por excelencia?» (Pío XII, «Munificentissimus Deus»1950) y exclama la poesía:

Toda tú como rayo de sol clara vidriera
donde reverbera la luz de Jesús.

Toda tú nieve límpida,
intocado tu ser celestial, ¡cuánta luz refluye
del hontanar de tu pecho, Madre Santa,
Mujer endiosada,
Madre y fuente de la luz divinal!

Subes y subes arriba rosa, fuego, llama, vida,
embriagada de vida rebosante de vida,
derrochando la vida, contagiando la vida,
que en tu vientre nació.

Madre!!! Los pecadores te gritan,
envuélvenos en la ola
de tu vida,
mar de vida,
Mar de amor,
¡Fanal de Cristo!
¡Medianera! ¡Has triunfado! Victoria definitiva, éxito colosal.
¡María ha resucitado!

¡La Madre ha subido al cielo! Si la Madre en el cielo,
¿qué hacemos en la tierra los polluelos ?
Si la Madre en la gloria, poderosa en su Hijo,
¿qué tememos los polluelos al gavilán?

No triunfará la serpiente. Es María la que triunfa. Triunfaremos con Ella, por Ella,
ayudándonos Ella,
que será el cinco por ciento nosotros y María con Jesús
el noventa y cinco que resta (Jesús Martí Ballester -Oblación carmesí -Barcelona
1979, págs. 22-23).

Bellamente escribió san Efrén: *«El Señor os ha hecho Señora. El Espíritu Santo
Consoladora -El Mediador, Mediadora de todo el mundo».*

15. Bella oración de Pablo VI

«Virgen María, Madre de la Iglesia, te recomendamos toda la Iglesia. Socorro de los Obispos, protege y asiste a los Obispos en su misión apostólica ya todos aquellos, sacerdotes, religiosos y seglares que con ellos colaboran en su arduo trabajo. Tú que por tu mismo divino Hijo, en el momento de su muerte redentora fuiste presentada como Madre del discípulo predilecto, acuérdate del pueblo cristiano que en ti confía. Acuérdate de todos tus hijos; avala sus preces ante Dios; conserva sólida su fe; fortifica su esperanza, aumenta su caridad. Acuérdate de aquellos que viven en la tribulación, en

las necesidades, en los peligros. Templo de luz sin sombra y sin mancha, intercede ante tu Hijo Unigénito, Mediador de nuestra reconciliación con el Padre para que sea misericordioso con nuestras faltas y aleje de nosotros la desidia, dando a nuestros ánimos la alegría de amar. Encomendamos a tu Corazón Inmaculado a todo el género humano: condúcelo al conocimiento del único y verdadero Salvador, Cristo, aleja de él el flagelo del pecado, concede a todo el mundo paz en la verdad, en la justicia, en la libertad y en el amor» (Pablo VI, Discurso en la sesión de-clausura de la tercera etapa conciliar, 21 noviembre 1964.).

16. Síntesis y comentario de la exhortación apostólica: «*Marialis Cultus*» de Pablo VI

Se lamentaba el Papa Pío IX hablando con el Cardenal Lambruschini de los adversos tiempos que tenía que vivir la Iglesia: maquinaciones de la masonería y de las sectas, hDeralismo y modernismo, etc. El Cardenal le insinuó como remedio a tantos males la declaración del Dogma de la Inmaculada. Parece que Pablo VI siguió el mismo consejo y escribió el más importante documento sobre la Virgen de su Pontificado: La *Marialis cultus*. Pocos años después moriría invocando a Santa María.

El objetivo del documento es señalar el puesto que ocupa la Virgen en el culto de la Iglesia para disipar dudas y, sobre todo, para favorecer el desarrollo de aquella devoción a la Virgen que en la Iglesia ahonda sus motivaciones en la Palabra de Dios y se practica en el Espíritu de Cristo.

El origen de este objetivo es el enorme valor de eficacia pastoral que el culto a la Virgen tiene para reformar las costumbres. En efecto, la reforma de costumbres incluye: vencer el pecado; el crecimiento en la gracia; el progreso en la virtud; y conformarse a la imagen del Hijo. Todos estos efectos están subordinados a la práctica de un generoso culto a la Virgen.

Descenso en la devoción y culto a María. Desde la publicación del documento Mariano conciliar (21 nov. 1964) ha podido constatarse un hecho extraño: mientras se tenía ya en la Iglesia un documento mariano extraordinario se iba notando un descenso en la devoción y culto a María. A esta situación anómala ha querido poner fin la exhortación apostólica sobre el culto mariano. Por eso, si el Vaticano II había exhortado a promover generosamente el culto mariano, el Papa desea que esta exhortación conciliar sea acogida sin reservas en todas partes y puesta en práctica celosamente.

Esquema del documento

Introducción: Ocasión, finalidad y división del documento. Parte I. El culto a la Virgen en la Liturgia.

Sección I.. La Virgen en la Liturgia Romana restaurada.

Sección 2.ª La Virgen modelo de la Iglesia en el ejercicio del culto.

Parte II. Por una renovación de la piedad mariana. Sección I. Nota trinitaria, cristológica y eclesial en el culto de la Virgen.

Sección 2.^a Cuatro orientaciones para el culto a la Virgen: Bíblica, Litúrgica, Ecu­ménica, Antropológica.

Conclusión: Valor teológico y pastoral del culto a la Virgen.

Ocasión y finalidad del documento

El culto sagrado constituye un deber primario del Pueblo de Dios. Pero como el culto mariano encaja como parte nobilísima en el contexto del culto sagrado donde confluyen el culmen de la sabiduría y el vértice de la religión, dice el Papa que ha puesto constante cuidado en incrementar el culto mariano desde que fue elegido a la Cátedra de Pedro (aparte su deseo de interpretar el sentir de la Iglesia y su propio impulso personal).

*La gran obra de la reforma litúrgica. Pensando precisamente en este deber primario Nos hemos favorecido y alentado la gran obra de la reforma litúrgica promovida por el Vaticano II; que aprobó como primer documento la Constitución *Sacrosanctum Concilium*, sobre la Sagrada Liturgia.*

Vigilante actitud del Papa en restaurar el culto. «Nuestra vigilante actitud se dirige sin cesar a todo aquello que puede dar ordenado cumplimiento a la restauración del culto con que la Iglesia, en espíritu de verdad, adora al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, venera con especial amor a María Santísima Madre de Dios...»

La Virgen María, Madre de Cristo y Madre de la Iglesia, raíz del Misterio de Cristo y coronación de la naturaleza de la Iglesia. «La reflexión de la Iglesia contemporánea sobre el misterio de Cristo y sobre su propia naturaleza le ha llevado a encontrar como raíz del primero y como coronación de la segunda, la misma figura de mujer: La Virgen María Madre de Cristo y de la Iglesia...»

Un mejor conocimiento de la misión de María se ha transformado en gozosa veneración hacia Ella y en adorante respeto hacia el sabio designio de Dios que ha colocado en su Familia -la Iglesia -, como en todo hogar doméstico, la figura de una mujer que, calladamente y en espíritu de servicio, vela por ella y protege benignamente u camino hacia la Patria, hasta que llegue el día glorioso del Señor».

Parte I

El culto a la Virgen en la Liturgia

Puesto que ocupa la Virgen en la Liturgia. «La reforma de la liturgia Romana presuponia una atenta revisión le su Calendario General, que ha incluido de manera más orgánica y con más estrecha cohesión la memoria de la ladre dentro del ciclo anual de los misterios del Hijo».

Adviento. 8 diciembre: se celebran conjuntamente la Inmaculada, la preparación radical a la venida del Salvador y el exordio de la Iglesia sin mancha ni arruga.

Del 17 al 24 de diciembre y domingo anterior a Navidad resuenan antiguas voces proféticas sobre la Virgen ladre y el Mesías. De este modo los fieles que viven con la

Liturgia el espíritu de Adviento, al considerar el inefable amor con que la Virgen esperó al Hijo, se sentirán animados a tomarla como modelo ya prepararse vigilantes en la oración y jubilosos en la alabanza para salir al encuentro del Salvador que viene. Resulta así que este período debe ser considerado como un tiempo particularmente apto para el culto a la Madre del Señor».

Navidad. Constituye una prolongada memoria de la maternidad divina. En la Natividad la Iglesia al adorar al Salvador venera a María. *Epifanía.* María ofrece a la adoración al Redentor. *Sagrada Familia.* La Iglesia escudriña venerante la vida santa que llevan en Nazaret Jesús, José y María. *Maternidad de María* ocasión para adorar al recién nacido Príncipe de la Paz, para implorar de Dios por mediación de la Reina de la Paz, el don supremo e la paz.

25 de marzo. Anunciación del Señor, fiesta conjunta de Cristo y de la Virgen.

15 de agosto; fiesta de su destino de plenitud y bienaventuranza; de su perfecta configuración con Cristo resucitado; una fiesta que propone a la Iglesia ya la humanidad la imagen y la consoladora prenda del cumplimiento de la esperanza final.

Realeza de María, sentada junto al Rey de los siglos, resplandece como Reina. *Celebraciones que conmemoran hechos salváticos* en los que la Virgen estuvo estrechamente vinculada al Hijo: Natividad de María (8 sep.) Visitación (31 mayo) Virgen Dolorosa (15 sep.) Presentación del Señor (2 febrero).

Fiestas vinculadas a motivos de tipo local pero que han adquirido un interés más amplio: Virgen de Lourdes, Basílica de Santa María la Mayor.

De determinadas familias religiosas, que, por la difusión alcanzada son eclesiales: La Virgen del Carmen y la Virgen del Rosario.

Venerables tradiciones 21 noviembre. Presentación de María.

Piedad contemporánea: Corazón de María. *Santa María en sábado.* Facilidad de su uso. *Preces eucarísticas.* «Así lo hace el antiguo Canon Romano: " En comunión con toda la Iglesia, veneramos la memoria, ante todo de la gloriosa siempre Virgen María, Madre de Jesucristo, Nuestro Dios y Señor". y el reciente Canon III: "*Que Él nos transforme en ofrenda permanente, para que gocemos de tu heredad junto con tus elegidos: con María, la Virgen* "».

En el *leccionario* existe un número mayor de lecturas vetero y neotestamentarias relativas a la Virgen. No están exclusivamente limitadas a las fiestas de la Virgen sino que son proclamadas en otras muchas ocasiones.

Liturgia de las Horas. Los Himnos, las Antífonas que cierran el oficio cada día y las Intercesiones en Laudes y Vísperas, nombran a la Virgen.

La Iglesia invoca a la Virgen: Como Madre de la Gracia: antes de la inmersión de los candidatos en las aguas del *Bautismo.*

Implora su intercesión sobre *las madres* que, agradecidas por el don de la maternidad, se presentan en el templo.

La ofrece como ejemplo a sus miembros que abrazan la *vida religiosa*; o reciben la *consagración virginal y pide* para ellos su maternal ayuda.

En la Unción de los enfermos: dirige súplicas insistentes a favor de los hijos que han llegado a la hora del tránsito.

En las *misas de los difuntos*; pide su intercesión por los que se han presentado delante de Cristo e invoca el *consuelo para los que lloran con fe la separación* de los seres queridos.

La Virgen es Modelo de la Iglesia en el ejercicio del culto. Siguiendo algunas orientaciones de la doctrina conciliar sobre María y la Iglesia quiere la Exhortación profundizar un aspecto particular de las relaciones entre María y la Iglesia, es decir, María como ejemplo de la actitud espiritual con que la Iglesia celebra y vive los divinos misterios. La ejemplaridad de la Virgen en este campo dimana del hecho de que María es reconocida como modelo extraordinario de la Iglesia en el orden de la fe, de la caridad y de la perfecta unión con Cristo, o sea de aquella disposición interior con que la Iglesia, Esposa amadísima, estrechamente asociada a su Señor, lo invoca y por su medio rinde culto al Padre.

María es la Virgen oyente... que acoge con fe la Palabra de Dios. *Esto mismo hace la Iglesia*, la cual, sobre todo en la Liturgia, escucha con fe, acoge, proclama, venera la Palabra de Dios, la distribuye a los fieles como pan de vida y escudriña a su luz los signos de los tiempos, interpreta y vive los acontecimientos de la historia.

María es la Virgen orante: En el Magnificat, en las Bodas de Caná, en el último trazo biográfico del Cenáculo se nos la describe en oración: presencia orante de María en la Iglesia naciente y en la de todo tiempo, porque, asunta al cielo, no ha abandonado su misión de intercesión y salvación.

Virgen orante es también la Iglesia que cada día presenta al Padre las necesidades de sus hijos, alaba incesantemente al Señor e intercede por la salvación del mundo.

María es la Virgen Madre, prodigiosa maternidad constituida por Dios como *tipo y ejemplar de la maternidad de la Iglesia*, la cual se convierte en madre porque con la predicación y el bautismo engendra a una vida nueva e inmortal a sus hijos.

María es la Virgen oferente: en el Templo y en el Calvario.

Y para perpetuar en los siglos el sacrificio de la Cruz el Salvador instituyó el *Sacrificio Eucarístico*, Memorial de su Muerte y Resurrección y lo confió a la Iglesia, su Esposa, que lo ofrece como María.

María es Maestra espiritual para cada uno de los cristianos: san Ambrosio llega a decir: «*Que el alma de María esté en cada uno de para alabar al Señor; que su espíritu esté en cada uno para que se alegre en Dios*». Pero María es modelo de aquel culto que consiste en hacer de la propia vida una ofrenda a Dios. El Sí de María es para todos los

cristianos una lección y un ejemplo para convertir la obediencia a la voluntad del Padre en camino y en medio de santificación propia.

Es importante observar cómo traduce la Iglesia las múltiples relaciones que la unen a María en *distintas y eficaces actitudes culturales*: Siente *veneración* profunda cuando reflexiona sobre la singular dignidad de la Virgen; *amor* ardiente cuando considera la Maternidad espiritual de María para con todos los miembros del Cuerpo Místico; *confiada invocación* cuando experimenta la intercesión de su Abogada y auxiliadora; *servicio de amor* cuando descubre en la humilde sierva del Señor a la Reina de misericordia ya la Madre de la gracia; *conmovido* estupor cuando contempla, en Ella como en una imagen purísima, todo lo que ella desea y espera ser; *atento estudio* cuando reconoce en la cooperadora del Redentor, ya plenamente partícipe de los frutos del Misterio Pascual, el cumplimiento profético de su mismo futuro hasta el día en que, purificada de toda arruga y de toda mancha, se convierta en una esposa ataviada para su Esposo Jesucristo.

Parte II Cuatro orientaciones para el culto a la Virgen: Bíblica, Litúrgica, Ecu­ménica, Antropológica.

Orientación Bíblica. La necesidad de una impronta bíblica en toda forma de culto es sentida hoy día como un postulado general de la piedad cristiana. El progreso de los estudios bíblicos, la creciente difusión de la Sagrada Escritura y, sobre todo, el ejemplo de la Tradición y la moción íntima del Espíritu, orientan a los cristianos de nuestro tiempo a servirse cada vez más de la Biblia como libro fundamental de oración ya buscar en ella inspiración genuina y modelo insuperable. El culto a la Virgen no puede quedar fuera de esta dirección tomada por la piedad cristiana. La Biblia al proponer de modo admirable el designio de Dios para la salvación de los hombres está toda ella impregnada del misterio del Salvador y contiene además, desde el Génesis hasta el Apocalipsis, referencias indudables a aquella que fue Madre Asociada del Salvador. Dice el Papa «*que de la Biblia tomen sus términos y su inspiración las fórmulas de oración y las composiciones destinadas al canto; que el culto la Virgen esté impregnado de los grandes temas del mensaje cristiano, a fin de que al mismo tiempo que los les veneran la Sede de la Sabiduría, sean también iluminados por la luz de la palabra divina e inducidos a obrar según los dictados de la Sabiduría encarnada*».

Orientación Litúrgica. «A este respecto queremos aludir a dos actitudes que podrían hacer vana la norma del Concilio: en primer lugar la actitud de algunos que tienen cura de almas y que, despreciando a priori los ejercicios piadosos, que en las formas debidas son recomendados ir el Magisterio, los abandonan y crean un vacío que o devén colmar; olvidan que el Concilio ha dicho que hay que armonizar los ejercicios piadosos con la Liturgia; no suprimirlos. En segundo lugar la actitud de otros que len al mismo tiempo ejercicios litúrgicos y actos piadosos en celebraciones híbridas».

Orientación Ecu­ménica. En nuestros días destaca el helo por el restablecimiento de la unidad de los cristianos. La piedad hacia la Madre del Señor se hace sensible a las inquietudes ya las finalidades del movimiento ecuménico: los católicos se unen a los *ortodoxos* con una vocación impregnada de lirismo a la Theotocos; a los *anglicanos* cuyos teólogos clásicos pusieron ya de relieve sólida base escriturística del culto a la Madre de Nuestro Señor, y cuyos teólogos contemporáneos subrayan la importancia del puesto que ocupa María en la vida crisma, a los *Reformados* dentro de cuyas Iglesias

florece vigorosamente el *amor por las Sagradas Escrituras* gloriando a Dios con las mismas palabras que la Virgen.

La piedad hacia la Madre de Cristo y de los cristianos para los católicos ocasión para pedirle por la unión de todos los bautizados en un solo Pueblo de Dios. Somos conscientes de que existen no leves discordias. Sin embargo, como el mismo Poder del Altísimo que cubrió con su sombra a la Virgen de Nazaret actúa en el actual movimiento ecuménico y lo fecunda, deseamos expresar nuestra confianza en que la veneración a la Virgen, la que el Omnipotente obró maravillas, será, aunque lentamente, no obstáculo, sino medio y punto de encuentro para la unión de todos los creyentes en Cristo. Así como en Caná, puede hacer llegar la hora en que los discípulos vuelvan a encontrar la unidad en la fe. León XIII dijo: **«La causa de la unión de los cristianos pertenece específicamente al oficio de la maternidad espiritual de María».**

Orientación Antropológica. Se pueden oponer dificultades al culto de la Virgen a causa de la diversidad entre algunas cosas del contenido de su culto y las actuales concepciones antropológicas y la realidad sicosociológica en que viven y actúan los hombres de nuestro tiempo. La Virgen ha sido propuesta a la imitación de los fieles, *no por el tipo de vida que llevó y menos por el ambiente sociocultural en que se desarrolló, hoy día superado en casi todas partes, sino porque, en sus condiciones concretas de vida, ella se adhirió total y responsablemente a la Voluntad de Dios;* porque acogió la Palabra y la puso en práctica; porque su acción estuvo animada por la caridad y por el espíritu de servicio; porque es la primera y la más perfecta discípula de Cristo: lo cual tiene valor universal y permanente.

Además es la Mujer nueva y perfecta cristiana que resume en sí misma las situaciones más características de la vida femenina porque es virgen, esposa, madre. Por eso ha sido considerada como modelo eximio de la condición femenina.

De este modo la mujer contemporánea, deseosa de participar con poder de decisión en las elecciones de la comunidad, contemplará con íntima alegría a María, que, *puesta a diálogo con Dios,* da su consentimiento activo y responsable, no a la solución de un problema contingente, sino a la obra de los siglos, la Encarnación del Verbo; se dará cuenta de que en la opción del estado virginal por parte de María, que en designio de Dios la disponía al Misterio de la Encarnación, no fue un acto de cerrarse a algunos de los valores del estado matrimonial, sino que constituyó una opción valiente, llevada a cabo para consagrarse totalmente al amor de Dios; comprobará cómo María fue algo del todo distinto de una mujer *pasivamente remisa o de religiosidad alienante,* **pues no dudó en proclamar que Dios es vindicador de los oprimidos y derriba de sus tronos a los poderosos del mundo;** reconocerá en María, que sobresale entre los humildes y los pobres del Señor: una mujer *fuerte que conoció la pobreza y el sufrimiento, la huida y el exilio; y no verá a una madre celosamente reflejada sobre su propio Hijo,* sino como mujer que con su acción favoreció la fe de la comunidad apostólica en Cristo y cuya función maternal se dilató asumiendo en el Calvario dimensiones universales. Son ejemplos. Sin embargo, aparece claro en ellos cómo la figura de la Virgen no defrauda esperanza alguna profunda de los hombres de nuestro tiempo y les ofrece modelo perfecto del discípulo del Señor: *Artífice de la ciudad terrena y temporal, pero peregrino diligente hacia a celeste y eterna; promotor de la justicia que libera al oprimido y de la caridad que socorre al necesitado, pero sobre todo, testigo activo del amor que edifica a Cristo en los corazones.*

El Concilio ha denunciado algunas devociones culturales: la *vana credulidad* que sustituye el empeño serio con la fácil aplicación a prácticas externas solamente; el estéril y pasajero movimiento del *sentimiento* tan ajeno al estilo del Evangelio que exige obras perseverantes y activas. La defensa perseverante contra estos errores y desviaciones hará más vigoroso y genuino el culto a la Virgen: sólido en su fundamento, por lo cual el estudio de las fuentes reveladas y la atención a los documentos del Magisterio prevalecerán sobre la desmedida búsqueda de novedades o de hechos extraordinarios; por lo cual deberá ir eliminado todo aquello que es manifiestamente *legendario o falso*. Se tendrá cuidadosamente lejos del santuario todo mezquino interés.

La finalidad última del culto a la Virgen es glorificar Dios y empeñar a [los cristianos en una vida absoluta. ente conforme a su voluntad. «Dichosos más bien los le escuchan la palabra de Dios y la cumplen». Esto oyen los hijos de la Iglesia cuando, con la mujer anónima del Evangelio, glorifican a la Madre de Jesús. Y suena para nosotros como una admonición a vivir según los mandamientos de Dios y es como un eco de otras llamadas del vino Maestro: «No todo el que dice Señor, Señor, entrará en el Reino de los Cielos; sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los Cielos». «Vosotros sois amigos si hacéis cuanto os mando».

Parte III

El Ángelus. «Nuestra palabra quiere ser solamente simple pero viva exhortación a mantener su rezo acostumbrado. No tiene necesidad de restauración: su estructura es sencilla, su carácter es bíblico, su ritmo casi litúrgico que santifica momentos diversos de la jornada se abre hacia el Misterio Pascual».

El Rosario. Los predecesores de Pablo VI le han dedicado atención: «Nos -dice el Papa-, desde la primera audiencia general de nuestro Pontificado, 13 julio 1962 hemos manifestado nuestro interés por el Rosario; en I; Encíclica "Christi Matri ", 15 sep. 1966- en la Exhortación Apostólica: "Recurrrens mensis october" 7 oct. 1969, en la que conmemorábamos el cuarto centenario de la Carta Apostólica " Consueverunt Romani Pontífices ", de san Pío V que en cierto modo definió la forma tradicional de Rosario».

En los convenios e investigaciones se ha puesto en más clara luz la índole evangélica del Rosario en cuanto saca del Evangelio el enunciado de los misterios y las fórmulas las principales.

Se ha observado que la triple división de los Misterios: no sólo se adapta al orden cronológico de los hechos, sino que refleja el primitivo anuncio de la fe y proponen el misterio de Cristo como fue visto por san Pablo en la carta a los Filipenses: humillación, muerte, exaltación.

El Rosario es oración de orientación cristológica. El *Ave María* se convierte en alabanza constante a Cristo, término último de la Anunciación del Ángel y del saludo de la madre del Bautista: «*Bendito el fruto de tu vientre.*»

La contemplación. Sin ésta, el Rosario es un cuerpo sin alma y su rezo corre el peligro de convertirse en mecánica repetición de fórmulas.

Exige un ritmo tranquilo y reflexivo remanso.

El Rosario es el Salterio de la Virgen. Es un piadoso ejercicio que se armoniza con la Liturgia: como ella tiene una índole comunitaria que se nutre de la Escritura ~ gravita en torno al misterio de Cristo. Aunque sea en planos de realidad esencialmente diversos, *anámnesis* en la Liturgia y *memoria contemplativa* en el Rosario, tiene por objeto los mismos acontecimientos salvíficos llevado a cabo por Cristo. La primera hace presentes bajo el velo de los signos y operantes de modo misterioso los Misterios de la Redención; la segunda, con el piadoso afecto de la contemplación, vuelve a evocar los mismos en la mente de quien ora y estimula su voluntad a sacar de ellos normas de vida.

Rosario en familia, santuario doméstico de la Iglesia, Iglesia doméstica. Después de la Liturgia de las Horas, el Rosario. No pocas circunstancias hacen difícil convertir el tiempo de familia en tiempo de orar. Difícil, pero hay que superar la dificultad en consideración a los bienes que produce. En China continental parece que la gran parte de las familias católicas continúan perseverando en la fe gracias al Rosario.

Eficacia pastoral de la piedad a la Virgen. La *lex credendi* de la Iglesia requiere que por todas partes florezca lozana su *lex orandi* en relación con la Madre de Cristo. La Iglesia, guiada por el Espíritu Santo, o amaestrada por una experiencia secular, reconoce que la piedad a la Virgen, subordinada a la piedad del Salvador y en conexión con ella, tiene una gran eficacia pastoral y *constituye una fuerza renovadora de la vida cristiana. En efecto, la misión de María es reproducir en los hijos los rasgos espirituales del Hijo Primogénito. Por eso su misión maternal empuja al Pueblo de Dios a dirigirse con filial confianza a Aquella que está siempre dispuesta a acogerlo con afecto de Madre y con eficaz ayuda de Auxiliadora; por eso el Pueblo de Dios la invoca como Consuelo de los afligidos, Salud de los enfermos, Refugio de los pecadores, para obtener consuelo en la tribulación, alivio en las enfermedades, fuerza liberadora en el pecado; porque Ella, la libre de todo pecado, conduce a sus hijos a vencer con enérgica determinación el pecado. Y dicha liberación del pecado es la condición necesaria para toda la renovación de las costumbres cristianas.*

María, modelo de virtudes, llenará de virtudes a sus hijos. La santidad ejemplar de la Virgen mueve a los fieles a levantar los ojos a María, la cual brilla *como modelo de virtud* ante toda la comunidad de los elegidos. Sus virtudes son sólidas, evangélicas: la fe y la dócil aceptación de la Palabra de Dios, la obediencia generosa, la humildad sencilla, la caridad solícita, la sabiduría reflexivas, la piedad hacia Dios, pronta al cumplimiento de los deberes religiosos, agradecida con los bienes recibidos, que ofrece en el templo, que ora en la comunidad apostólica, la fortaleza en el destierro, en el dolor, la pobreza llevada con docilidad y confianza en el Señor, el vigilante cuidado de su Hijo desde la humildad de la cuna hasta la ignominia de la Cruz; la delicadeza provisora, la pureza virginal, el fuerte y casto amor esponsal. De estas virtudes de la Madre se adornarán los hijos que con tenaz propósito contemplan sus ejemplos para reproducirlos en su propia vida. y tal progreso en la virtud aparecerá como consecuencia y fruto maduro de aquella fuerza pastoral que brota del culto tributado a la Virgen.

Crecimiento en la Gracia Divina. La piedad hacia la Madre del Señor se convierte para el fiel en ocasión de crecimiento en la gracia divina, que es la *finalidad última de toda acción pastoral.* Porque es imposible honrar a la Llena de Gracia sin honrar en sí mismo el estado de gracia, la amistad con Dios, la comunicación con Él, la inhabitación

del Espíritu. Esta gracia divina alcanza a todo hombre y lo hace conforme a la imagen del Hijo.

Conquista de la plenitud del hombre. La Iglesia reconoce en la devoción a la Virgen una poderosa ayuda para el hombre hacia la conquista de su plenitud. Ella, la Mujer nueva, está junto a Cristo, el Hombre nuevo, en cuyo misterio solamente encuentra verdadera luz el misterio del hombre, como prenda y garantía de que en una simple criatura, en Ella, se ha realizado ya el proyecto de Dios en Cristo para la salvación de todo hombre.

Solución para todas las dificultades del hombre cono temporáneo. A éste, frecuentemente atormentado entre la *angustia* y la *esperanza*, postrado por la sensación de su *limitación*, y asaltado por *aspiraciones sin confín*, turbado en el ánimo y *dividido en el corazón*, la mente suspendida por el enigma de la *muerte*, oprimido por la *soledad* mientras tiende a la comunión, presa de sentimientos de *náusea* y *hastío*, la Virgen, contemplada en su vicisitud evangélica y en la realidad ya conseguida en la ciudad de Dios, ofrece una visión serena y una palabra tranquilizadora: la victoria de la esperanza sobre la angustia, de la comunión sobre la soledad, de la paz sobre la turbación, de la alegría y de la belleza sobre el tedio y la náusea, de las perspectivas eternas sobre las temporales, de la vida sobre la muerte.

Pablo VI quiere que el sello de su Exhortación y una ulterior prueba del valor pastoral de la devoción a la Virgen para conducir los hombres a Cristo sean las mismas palabras que Ella dirigió a los siervos de las Bodas de Caná: «*Haced lo que Él os diga*»; palabras que en apariencia se limitan al deseo de poner remedio a la incómoda situación de un banquete, pero que, en las perspectiva del cuarto Evangelio, son una voz que parece como la resonancia de la fórmula usada por el Pueblo de Israel para ratificar la Alianza del Sinaí y son una voz le concuerda con la del Padre en la Teofanía del Tabor: «escuchadle».

Resta ahora poner manos a la obra y escuchar la voz del Papa y ponerla en práctica. Pronto llegará la primavera, si así lo hacemos, con presagio de futuras cosechas para la Iglesia.

XV Liturgia y tiempos litúrgicos

1. La Sagrada Liturgia es la parte más excelsa de la actividad de la Iglesia

Impone a los pastores de almas el Sagrado Concilio, como un deber de los principales, el de formar a los fieles litúrgicamente.

Ya fue muy significativo que, entre tantos problemas como la Iglesia se había planteado a la hora del Concilio, abordara, el primero de todos, el de la Sagrada liturgia.

No consideraba la Iglesia cuestión baladí el estudio y la reforma de la Liturgia, cuando afirmando el Concilio desde el principio, que se propone acrecentar de día en día entre los fieles la vida cristiana, promover todo cuanto pueda contribuir a la unión de cuantos creen en Jesucristo y fortalecer cuanto sirve para invitar a todos los hombres al seno de la Iglesia, para conseguir la ardua empresa, estudia, discute y promulga el primer documento de todos, la *Constitución sobre la Sagrada Liturgia*.

Y sigue la Iglesia obrando en consecuencia cuando Pablo VI, por medio de la Carta Apostólica «*Sacram Liturgiam*», dada para poner en práctica la referida Constitución, nombra una comisión que, ayudada por la Sagrada Congregación de Ritos, lleve a cabo fielmente las normas de la Constitución y de la citada Carta Apostólica.

De esta Constitución emanan unas Instrucciones para aplicar rectamente la Constitución sobre la Sagrada Liturgia fechada en Roma el 26 de septiembre de 1964 y firmadas por el Cardenal Lercaro, Arzobispo de Bolonia y Presidente de la Comisión para poner en práctica la Constitución de la Sagrada Liturgia, y por el Cardenal Larraona, Prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos.

Estas Instrucciones declaran que la Sagrada liturgia es la parte más excelsa de la actividad de la Iglesia. Y que tantos más abundantes frutos producirá la Constitución cuanto más profundamente penetren en su genuino espíritu los pastores de las almas y los fieles.

Es algo serio la liturgia. En su doble aspecto, externo e interno.

Persuadámonos pues de que vivir la liturgia no es un juego de niños, un piadoso pasatiempo, o un afán de novedad. Algo, en fin, que no merece nuestra atención y estudio.

Pensemos, acordes con la Iglesia, con el Concilio, que es la última palabra de la Esposa de Cristo, que entender vivir la Liturgia es una tarea fundamental, importante, nobilísima que, bien estudiada, comprendida y practicada, dará sazonados frutos de vida cristiana.

La Liturgia es el canto de amor que, organizadamente, levanta a Dios las criaturas, sea en el cielo, sea en la tierra.

Cristo, enviado por el Padre, para eso nos ha hecho sacerdotes, ya que sólo el hombre con rango sacerdotal, está capacitado para glorificar a Dios.

Nuestra más excelsa misión en la tierra como hombres, se ha de condensar en ofrecer a Dios el culto que Él merece, uniendo nuestras voces con la de los moradores celestiales.

Aquí, peregrinos, diríamos que afinamos nuestros cantos e himnos que saldrán perfectos y armoniosos en la Patria celeste.

Más no estamos solos ejercitando la Liturgia. En esta hora tan grande, por la que Dios es perfectamente glorificado y los hombres santificados, Cristo está con nosotros.

Es Él quien quiere asociar a su Esposa amadísima para amar a su Señor. Ella, la Iglesia, tributa por Cristo Padre Amadísimo, culto perenne.

Es por eso la liturgia el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo.

Cristo, que está siempre presente en su Iglesia, lo está sobre todo en la acción litúrgica.

Está presente en el sacrificio de la Misa, en la persona del ministro y, sobre todo, en las especies eucarísticas. Está presente con su fuerza en los Sacramentos.

Lo está con su palabra, pues cuando se lee la Sagrada Escritura es Cristo quien habla.

Está presente cuando la Iglesia suplica y canta salmos, que Él prometió: «*Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos*» (Mt 18, 20). ¿Cómo no ha de ser la Liturgia la cumbre a la cual debe tender la actividad toda de la Iglesia?

¿Puede dejar de ser la Liturgia la fuente de donde mana la fuerza toda de la Iglesia?

2. Grandeza de la Liturgia

Los documentos de la Iglesia nos urgen con frecuencia a que los pastores enseñemos al pueblo y le animemos a la participación activa en los sagrados misterios. Esta participación activa supone la participación consciente y fructuosa, como pide el Concilio Vaticano II en su Constitución sobre la Liturgia:

«La Liturgia es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza. Pues los trabajos apostólicos se ordenan a que, una vez hechos hijos de Dios por la fe y el bautismo, todos se reúnan, alaben a Dios en medio de la Iglesia, participen en el sacrificio y coman la cena del Señor» ([Constitución sobre la Liturgia nº 10](#)).

Parece que en épocas pasadas la Liturgia ha sido infravalorada. Hoy no se puede preciar de posconciliar el católico que no se atenga a estos deseos de la Iglesia manifestados con tanta urgencia. La Iglesia no tiene un que- hacer más perentorio, ni más culminante que la Liturgia, hacer el culto. y la Iglesia no desarrolla otras actividades, sino con este fin, de que una vez hechos los hombres hijos de Dios, se reúnan para alabar, cantar y aclamar al Padre en su Casa, unidos con los hermanos, a quienes hay que contagiar por la común actitud filial y amante; y para participar en el sacrificio, ofreciendo los dones, que han de nutrir la materia del sacrificio y han de atender a las necesidades del Cuerpo Místico; y para comer la cena del Señor inmolados con Él en el mismo Sacrificio.

3. La Liturgia funeral

Si tratamos de la liturgia funeral distinguimos en ella dos fines: la celebración de la muerte del cristiano absorbida en la muerte de Cristo, con su triunfo por la resurrección y el sufragio por el alma del difunto a quien queremos aplicar los méritos infinitos de la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo.

Este acto de culto será tanto más valioso y completo cuanto más intervengan en el mismo las humanas voluntades aunadas en el acto de glorificar a Cristo por su victoria. Así pues, engrandecen dicha celebración los cantos, la participación del órgano, la de los acólitos y fieles que, acordes, cantan, participan, dialogan y rezan.

Asimismo dan más peso de sufragio a la acción litúrgica todo lo anteriormente dicho y la ofrenda en el sacrificio que, siendo limosna, perdona parte de la pena temporal que pueden merecer nuestros hermanos difuntos por sus pecados, como nos dice la Escritura: «*El agua apaga el fuego llameante, la limosna perdona los pecados*» (Eclo 3, 30).

Vista con ojos bíblicos la limosna es un sacrificio, un homenaje hecho a Dios. Así lo testimonia también el libro del Eclesiástico 35, 2-10: «*Hacer limosna es hacer sacrificios de alabanza. No te presentes ante el Señor con las manos vacías. La ofrenda del justo unge el altar, su buen olor sube ante el Altísimo... Con ojo generoso glorifica al Señor, y no escatimes las primicias de tus manos. En todos tus dones pon tu rostro alegre, con contento consagra los diezmos. Da al Altísimo como Él te ha dado a ti, con o generoso con arreglo a tus medios. Porque el Señor te pagará y te devolverá siete veces más*».

Más grata aún a Dios la limosna cuando, como en la Liturgia funeral, tiene, además, el matiz de la caridad fraterna, que alcanza al difunto, no en su materialidad, sino su intencionalidad.

Iluminada con verdades reveladas como las que acabamos de leer la ofrenda a Dios pierde el carácter de inoportunidad a que es reducida por una mentalidad materialista que no quiere emplear el dinero más que en aquello que puede constituir negocio, o redundar en un bienestar reportar un placer .

Y adquiere, bajo el fulgor de las mismas, un valor de eternidad que no se puede valorar con medidas humanas.

Aquí canjeamos material por espiritual, temporal por eterno, corruptible por incorruptible.

El avisado mercader no dudó en vender todo cuanto tenía por adquirir una piedra preciosa (Mt 13, 45-46). El cristiano consciente adquiere la piedra de la remisión de pecados con el sacrificio de unos dones materiales.

El objetivo a conseguir es celebrar unas exequias cristianas de participación en la fe y en la caridad donde toda la comunidad ore, cante a Dios, y se desprenda de sí misma para sufragar a los hermanos que durmieron en la fe y en la esperanza de la resurrección dándose en el Sacrificio.

4. Participación en la Eucaristía

Antes del Concilio había misas sin la comunión de los fieles. Para que la hubiera se había de organizar una comunión general. Después del Concilio no sólo en todas las misas hay comunión de los fieles, sino que todos los fieles han de ser exhortados a comer la cena del Señor.

Afortunadamente va comulgando mucha más gente en todas las misas. Lo que antes parecía privilegio de unos cuantos iniciados, va siendo considerado como derecho y deber de todo fiel bautizado que ha recibido el sacerdocio de Cristo, para ejercitarlo, sobre todo en la participación del Cuerpo del Señor. Pero habremos de seguir

mentalizándonos a fin de que para todo cristiano sea lo mismo ir a misa que ir a comulgar.

El Concilio «recomienda especialmente la participación más perfecta en la Misa, la cual, consiste en que los fieles, después de la comunión del sacerdote, reciban del mismo sacrificio el Cuerpo del Señor» (Ibid. nº. 55).

La Misa es un sacrificio y un banquete pero con relación de causalidad del uno y del otro. Es decir, la Misa es sacrificio para ser banquete. Cristo se inmola para ser comido. Jesús dijo: «*Tomad y comed*» (Mt 26, 26).

Y es que, así como la comida nos pone en contacto más íntimo con el alimento hasta convertirlo en sustancia nuestra, así la carne de Cristo logra divinizarlos mediante la comunión en la que el alimento eucarístico es de tal vitalidad que transforma al que lo come en lo que él es, haciéndolos partícipes de la Pascua del Señor.

El significado de la comunión es éste, en breves palabras: Cristo en la cruz ha satisfecho por los pecados de los hombres, nos ha congraciado con Dios y nos ha regalado la filiación divina. Al recibir la comunión el cristiano se alimenta de esta misma Víctima que ahora mismo le ha consagrado con Dios. Con ello queda divinizado unido a la Víctima Sagrada que ha comido, con la cual ha muerto y resucitado.

Dios mira complacido a su Amado Hijo pendiente de la cruz.

Dios mira con semejante complacencia al hombre que, divinizado por la comida del banquete celestial, queda transformado en Cristo, resucitado y glorioso.

5. Tiempo de Adviento

El tiempo de *Adviento* es doblemente amable: nos 'aramos para recordar y revivir de modo místico la primera venida del Señor y esto nos llena de gratitud y acrecienta el deseo de vivir las adorables virtudes del Hijo de Dios que vino Niño a esta tierra; al mismo tiempo alentamos la esperanza en su segunda venida clamando con el Apocalipsis: «*¡ Ven, Señor Jesús!!*» (Ap 22,20).

Esta esperanza se hace gozo «*porque nuestra salvación más cerca que cuando empezamos a creer*» (Rm 13. Día a día se va acercando nuestra salvación, que es Jesús Redentor y Libertador que nos salvará de *este* cuerpo de muerte. «*Hermanos: Se nos echa encima el día: dejemos las actividades de las tinieblas*» (Rm 13,11-13): tira, egoísmo, soberbia, lujuria, envidia, avaricia, ira y pereza. Rompamos todas estas esclavitudes.

En realidad no nos hacen felices. Nosotros sólo nos podemos realizar en Dios por Cristo. Dejemos las obras as tinieblas que engendran malestar, celos, rencores, obras todas de la carne corrompida, alentadas por el espíritu de las tinieblas.

«*Pertrechémonos con las armas de la luz*» (Rm 13,13): la gracia santificante, acrecida en los sacramentos, las gracias actuales, alcanzadas en la oración y en el sacrificio. Armas de la luz nos ha dejado el Señor en su Iglesia y debemos utilizar para vencer las obras del mal.

San Pablo contrapone las tinieblas a la luz, las contrapone también Jesús. En las tinieblas hay desorden, soledad y angustia. En la luz hay orden y belleza y paz.

Pero el Reino de Dios es luz. El Reino del Maligno está puesto en las tinieblas y en la turbación.

¡Ea!, conduzcámonos ya como en pleno día, con dignidad. A pleno día no se cometen indignidades porque la vergüenza lo impide. En la oscuridad se comete el crimen porque el pecado odia la luz, pues la luz lo denuncia.

Ya está cerca el día del Señor: vencamos el mal Con el espíritu de Cristo.

6. Lecciones del Adviento

En el Adviento esperamos a Jesús. Históricamente ya llegó. Después de miles de años en que la humanidad le ha esperado, cuando llegó la plenitud de los tiempos, el Hijo de Dios se hace hombre en las entrañas de una mujer. Y de ella nace. Esto sucedió ya hace casi 2.000 años. Pero lo vamos a revivir con gozo. Jesús llega. Y viene como Salvador, como hermanito indefenso que va a cargar Con el peso de nuestras culpas. ¡Cómo debe dolernos esto! Que seamos la causa de la venida de Jesús. De su desnudez, de su oscuro nacimiento, de su humillación, al mismo tiempo que nos alegra la llegada del Redentor del hombre.

Nuestra esperanza está en acción. Esta primera venida estará compensada por la segunda en que vendrá Con gran poder y gloria (Mt 25,31).

La humillación da un fruto: la glorificación. El que se humilla será enaltecido. Si se dieran cuenta los que quieren vivir la vida de Cristo de que sin humildad... nada de virtud! ¡Y que sin la humillación no hay humildad! Quisieran muchos que el crecimiento en la santidad pudiera hacerse por otro camino. Es el que más le cuesta tener que recorrer a la naturaleza caída. ¡La humildad! El apóstol nos dice que Dios le da tanta importancia que a él, arrebatado al tercer cielo, le dejó el estímulo de su carne. Y una, otra y otra vez pidió verse libre de él, a lo que le contestó el Señor que no se lo quitaría. Que le bastaba la gracia. Porque la virtud se robustece en la humillación. Y él mismo apostilla que esto le sucedió para que no se llenara de soberbia por las muchas y excelsas gracias recibidas (2 Co 12, 1-10).

Aprendan los que quieren ser santos pero sin derribar el ídolo de su *yo* tan entronizado en su corazón. Los que quieren vivir una vida de oración ya la vez quieren acaparar todas las miradas, seducir todos los corazones; ser santos pero ¡cuidado con que nadie les haga un desaire! Ser santos pero conservando todos sus cariños, y anhelando otros cariños, y recordando los que pudieron tener, y rabiando por los que renunciaron. Después se quejarán de que Dios no les da sus consuelos. Quieren ellos vivir al aire de su egoísmo y que Dios se les dé a manos llenas... Esto es pedir lo imposible. Lo más que puede Dios, misericordioso, con esas almas a las que ha llamado para santidad es... que en eso que buscan, o en lo que se complacen y que lloran al recordarlo... encuentren su propia cruz, para su purificación. A todas estas almas, verdugos de sí mismas, las quiere llenar de *esperanza* el Adviento. Renuncia como Cristo en su primera venida y cosecharás, como Cristo, la gloria en la segunda venida. Confiesa humildemente tu debilidad y tu orgullo y el Señor te dará consuelo y te llenará

de paz. Eres pecador. As de lo que crees y más de lo que los demás ven en ti tú quisieras que no vieran. Por eso todo tu esfuerzo: concentra en disimular y ¡ay del pobre que un día vea tus llagas y se atreva a tocarlas! No le perdonarás lo que tú crees que es una traición cuando es todo lo contrario, un principio de curación. A la mujer fea que no sufre el espejo porque refleja su imagen desgraciada, le dice el poeta: «arrojar la cara importa, que el espejo no hay por qué».

Considera como colaboradores buenos a los que te advierten tus defectos. Acepta agradecido la corrección fraterna. Aunque te duela. Y te dolerá más si estás muy acostumbrado a recibir halagos. Aquel rey de Francia, que aceptaba más que palabras acarameladas y adulaciones, se volvió airado cuando su predicador se atrevió a decir desde el púlpito: «Todos mueren, Majestad...» Fue tal el impacto que produjo el gesto amenazador del Rey, que el predicador acobardado, se corrigió... «Casi todos, Majestad».

¿Nadie te ha dicho nunca lo que te dice ese hombre? Pues, ¡cuántas mentiras te han dicho hasta hoy! O ¡qué te has sabido disimular -hipocresía, al fin -que no te han visto las jorobas! Pero éste ya es el segundo mensaje del Adviento: *levantaos, alza la cabeza*». Se acerca vuestra liberación. *Alegría*. Los frutos del Espíritu son vida, gozo y paz Ga15, 22).

Necesitamos la alegría. Ya hemos dicho que la alegría no es compatible con el orgullo. Es patrimonio de la humildad.

Sin alegría no se puede perseverar en el camino de la santidad. Por eso el demonio ataca de firme para que las almas no la tengan. Es enemigo de la alegría. Causa la turbación, la intranquilidad, la inquietud.

Sólo la humildad puede destruir la concentración en sí mismo que hace imposible el gozo.

Nada ni nadie puede quitar la alegría al alma humilde. Jesús dice: «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón y encontraréis paz y descanso para vuestras almas» (Mt 11, 29).

María canta en el «Magnificat» que es bienaventurada porque el Señor la ha visto humilde. Sin alegría no se puede perseverar. Sin alegría no se puede arrastrar tras sí a las almas... Se equivocan de medio a medio quienes creen que las transigencias harán avanzar a las almas o atraerán a las almas. Lo que atrae a las almas es la auténtica alegría: «Seamos como él ya que es tan feliz», dirán, como decían del Cura de Ars.

No podemos menos de ser alegres si pensamos en el Padre que nos cobija bajo sus alas y nos lleva de su gran mano.

No podemos más que ser alegres si pensamos que tenemos una Madre que todo nos lo arregla.

Y si pensamos que los frutos de la alegría son tan rentables nos lanzaremos a conseguirla a costa de las humillaciones.

Cuanto más te entregues a Dios más alegría tendrás, porque *Él no se deja vencer en generosidad. Ama al que le da y se da con alegría* (2 Co 9,7).

Cuanto más pierdas el miedo a la cruz y al dolor, más feliz serás.

Los más alegres son los santos y son los que más han sacrificado. El sacrificio causa alegría y ésta facilita el sacrificio. Pero no podemos tener alegría, de la buena, si no nos viene de Dios. Por eso la tercera consigna del Adviento: *«Estad siempre despiertos pidiendo fuerza...» Es decir, orad.* Pero, como esta consigna de la oración nos es tan conocida, no voy a hablar de ella. Sólo os diré que el día que la dejéis ese día no necesitaréis demonio que os tiente.

Y terminaré con lo que decía Litz el gran virtuoso del piano. «Cuando estoy un día sin tocar lo noto yo; si estoy dos días, lo nota mi mujer. Si tres lo nota el público...»

Cómo se nota cuando un alma hace oración... de verdad y profunda!... No hay ninguna dificultad que se le ponga por delante que no sea capaz de arrollar.

Los médicos hoy, todos, sea la enfermedad que sea la que se les presente... lo primero que piden es análisis de sangre. Vista la oración ya sé cómo funcionará todo lo demás... y, al revés, viendo cómo funciona una vida deduzco cómo va su oración...

7. Varios advientos

«Tened cuidado: no se os embote la mente con el vicio i bebida y la preocupación del dinero, y se os eche encima de repente aquel día. Estad siempre despiertos para escapar de todo lo que está por venir, y manteneos en pie ante el Hijo del Hombre» (Lc 21,34-36).

El Adviento compendia un relieve tridimensional: Conmemoración de la venida en Belén. Esperanza de la venida última del Hijo del Hombre. Agudeza de fe para ver la llegada actual, incesante y múltiple de Jesús: en la Eucaristía, en su Palabra, en su Iglesia, en sus pobres.

La venida de Belén nos trae también a su Madre. He ahí la gran Mujer, la primera cristiana, la Hija de Sión, la humilde, la pobre Madre de Dios. Una muchacha de pueblo, sin alhajas, llena de bondad, de gran corazón, de aguda inteligencia, de humildad suprema, que la hace reconocerse esclava del Señor, y de una pobreza tal que orlo lo espera de Dios y en todo, aun en lo más mínimo, ve la mano de la Providencia.

María, esperando a Jesús, con una esperanza trepidante pero sosegada, ha de ser nuestro modelo en todo: en la adversidad, en la prosperidad, en las pruebas y tristezas, en las alegrías y en las penas.

Como María hemos de ser humildes y como María hemos de confiar en Dios viviendo la pobreza que nos hace esperar todo de Él.

En Adviento esperamos a Jesús, a quien no vemos. Sólo en su Madre le vemos porque Él la informa, Él la ilumina, Él la gobierna, Él irradia en Ella. Ver a María es ver a Jesús. Oír a María es oír a Jesús, que aún no puede hablar.

Agudeza de fe para ver a Jesús aquí, ahora, en cada momento de la vida y en cada circunstancia, feliz o triste, próspera o adversa.

Ver a Jesús que está aquí en la Iglesia, en el Papa, en los Obispos, en la Eucaristía, en su Palabra, en esa carta que acabas de recibir, en la humillación de ayer, y en el éxito de hoy, en el frío y en el calor, en la sed y, también, en esa letra que no puedes pagar, en la zozobra del mañana, y en el temor de la vejez que te paraliza.

Vigilancia para esperarle el último día, cuando venga a juzgarme, a pedirme la cuenta de mi administración. ¡Pobre Sha de Persia! Palacio en Acapulco, palacio en Nueva York, millones de millones en alhajas, en trajes...

¡Pobre doctor con su sastre en Japón, donde se viste, y su zapatería en Italia, donde se calza, y sus bodegas en Capri, donde se abastece!

Dame cuenta... (Lc 16,2). Mientras tú derrochabas... millones de niños morían famélicos, centenares de Sagrarios en suma pobreza, jóvenes religiosos enfermos por carecer de espacio vital.

Me pedirán cuenta. Lo que tengo no es mío. Lo que tengo no es para mí, es para la humanidad, es para la Iglesia, es para Dios.

Debe serlo.

Y la sentencia: Tú, con tus manos vacías ante el Juez. Tú, que no puedes resistir la mirada del Hijo del Hombre, en pie. Tú, que como los hermanos de José al reconocerle en Egipto (Gn 45,3) te tambaleas de temor ante el que te va a juzgar –

Pecados, infidelidades, omisiones. El mal que has hecho. El bien que has dejado de hacer.

La vocación. La que seguiste con tibieza. O la que dejaste de seguir por cobardía...
¡Id, malditos, al fuego eterno. Tuve hambre y sed y no me disteis de comer ni de beber! (Mt 25, 41-46).

Venid, benditos de mi Padre. Alégrate, siervo bueno y fiel... Entra en el gozo de tu Señor (Mt 25,34; Mt 25, 23).

¡Qué lecciones golpea el Adviento! ¡Ojalá las sepa entender y aprovechar!

8. El Libertador llega

Hace más de veinte siglos el pueblo de Israel esperaba un libertador. Sometidos en masa a la esclavitud aquellos hombres lo deseaban y lo llamaban a gritos hasta erigir su enardecida espera en pasión nacional. ¡La libertad!

Dios rompió su esclavitud. Los sacó de Egipto y los metió en el desierto. Allí tomó conciencia aquel pueblo de otra esclavitud, más radical y más profunda: el mal.

Dios alienta aquel descubrimiento para despertar en corazón de sus hombres una esperanza nueva: la libertad interior, la paz, la salvación total. y por medio de sus profetas les anunciaba: «*Os salvaré*».

Ellos invocaban a Dios: «*Socórrenos*». Y le llamaban gran libertador. Pero se empeñaban en limitar su esperanza a una libertad material, al triunfo nacionalista, a prosperidad terrestre. Y soñaban su libertador como un poder magnífico que les conduciría a la reivindicación de raza y al paraíso de un bienestar material, temporal. Se engañaban.

De cada desengaño Dios los sacaba purificados, más forma para la esperanza que no falla. Hasta revelarles claramente la figura del Libertador auténtico, el Salvador, Mesías, el Redentor. y aquel pueblo en marcha, desierto adentro, lo esperaba y lo buscaba al ritmo de sus cantos: «*Derramad, cielos, vuestro rocío: ábrase la tierra y germine al Salvador*» (Is 45,8).

Todavía hoy los hombres esperan la libertad. Hay mil cosas en la vida que no van. En el mundo, en el país, en trabajo, en casa. Y dentro de uno mismo. Todo está lleno de esas mil esclavitudes que nos ahogan la vida.

Y nada nos llena. Nada ni nadie. Ni una persona ama- ni dos ni tres. Hay un fondo en el hombre que nadie este mundo puede llenar.

No nos engañemos. Nuestra esclavitud es más profunda de lo que parece. Más honda, más íntima, más radical. ¿Quién nos libertará? ¿Eres tú el que ha de venir o esperamos a otro?

La humanidad está en Adviento perenne.

Cristo es el que ha de venir. Él que viene. Él que ha nido ya. Él solo puede librarnos definitivamente. Sólo puede curarnos, consolarnos, comprendernos, amarnos, desatarnos, romper nuestras cadenas.

Por eso con la Liturgia diga cada hombre, grite cada corazón: «¡Cielos, lloved vuestro rocío! ¡Ábrete, tierra, haz germinar al Salvador! ¡Ven, Emmanuel, Dios con nosotros! ¡Ven, deseado de las naciones! ¡Esperanza de s pueblos, Pastor de la Casa de Israel, que conduces a pueblo; ven pronto, Señor, ven Salvador! ¡Oh Sabiduría salida de la boca del Padre, ven a libertarnos, Señor, no tardes ya! »

¡Es tan urgente su venida! ¡Estamos tan necesitados: su justicia y de su paz!

Unidos, entrañados en Cristo los hombres nacidos de ese germen, que es el que origina el resto de Israel, el de los llamados a la vida, trocarán las armas por el trabajo y la consecuencia será el progreso humano y divino, nacido en el clima de la paz.

Lobos y corderos, vacas y osos, novillos y leones en medio de las plazas de Yahvé, en la cumbre del monte de Sión, que atraerá todas las miradas y guiará todos los pasos de todos los hombres de la paz, los llamados santos que formarán la unidad con el Padre y su Santo Hijo por el Espíritu (Is 11,6).

El Señor tenderá su mano piadosa y su misericordia rescatará el resto de su pueblo.

No temas pueblo, Yahvé es tu Dios y tu Salvador.

9. Navidad, el día más grande de la historia

En la noche del martes 6 de junio de 1944, 2.727 barcos, en ellos casi tres millones de hombres y, sobre ellos, 11.000 aviones atravesaban las tinieblas del Canal de la Mancha: era el histórico día D y hora H del asalto aliado a las seis playas de Normandía y la invasión de Europa.

Los 2.727 barcos, formados de 10 en fondo, ocupaban un frente de 30 kilómetros de ancho sobre el Canal y transportaban cañones, tanques, tractores, soldados, lanchas, municiones...

Sobre los 2.727 barcos, 11.000 aviones de guerra tronaban hinchados de soldados, metralla y muerte.

Ante el mayor ejército de la historia, el General Eisenhower, con las manos en los bolsillos, se sintió, más que nunca, mando supremo de aquellos 2.727 barcos, del bramar de los 11.000 aviones sobre su cabeza y de los casi tres millones de hombres cara a la muerte..., y se le llenaron los ojos de lágrimas. Alguien le dijo al lado de aquella noche trágica y decisiva: «Mi General, hoy es el día más grande de la historia». Pero el General rectificó: «El día más grande de la historia fue el 25 de diciembre...

Sí. El día más grande de la historia. El día D y la hora H que rige para siempre la vida de los hombres.

Por un niño que nace. Pero, cosa importante: que nace para todos.

Otra circunstancia Importante y sustancial: el nacimiento de ese Niño tiene un enorme y total sentido religioso.

En efecto nace un niño, descendiente de David e Hijo de María, es decir, que es un hombre.

Pero es también Salvador, Mesías y Señor, es decir, es Dios.

Es heredero de la realeza de David, pero también de la realeza Divina.

Es el Ungido de Dios, el Mesías, el Salvador. Se le va a dar el Nombre de Jesús, que significa «*Dios Salva*».

Decir Jesús es afirmar que «*Dios nos salva*». Afirmarlo con fe es aceptarlo y entrar en su acción salvadora.

Es el Mesías: El Ungido de Dios. El que Dios consagra con el Amor del Espíritu y lo envía a fundar su Reino. En Él la naturaleza humana queda ungida, consagrada por la unión con el Verbo. y toda la humanidad se siente en Él salvada, consagrada, unida a Dios, amada por Él, hecha su Reino, su Dominio de Amor, familia de hijos de Dios.

Día grande el de Navidad. A los pies del Niño de Belén:

Reafirmemos nuestra fe en Cristo, Niño, Jesús, Mesías, Salvador y Redentor.

- Creemos que vienes a salvarnos.
- Creemos que sólo en Ti está la salvación.
- Creemos que sólo Tú das sentido a la historia y al dolor y al trabajo ya la muerte.
- Creemos que nos amas y por eso vienes a salvarnos, a redimirnos.
- Creemos que tu salvación es la destrucción del imperio del pecado.

Y queremos entrar en la órbita de tu amor y arrastrar a todos los hombres a tus pies para que te conviertas en el centro de todos y recapitules en Ti todas las cosas.

¡Sí, Cristo! ¡Sí, Jesús! ¡Sí, Salvador! ¡Sí, Niño Dios!

10. El Nacimiento

«Estando allí se cumplieron los días de su parto y dio I luz a su hijo primogénito y lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre por no haber sitio para ellos en el mesón» (Lc 2,6).

Paciencia admirable la de la Madre de Dios al no encontrar sitio en el mesón. No pierde la paz, no se impacienta echando las culpas ni a san José ni a nadie. Cuantos nos salen mallas cuentas suele pagarlo quien está a nuestro lado. Aprender de María la paciencia. Aprender a sufrir mereciendo, sin quejamos. Es Dios quien así lo dispone para aquilatar más nuestra virtud. No perdamos la ocasión de merecer.

Y llegan a la cueva. El Hijo de Dios no recibe ningún agasajo de los hombres a quienes venía a redimir.

En el seno de María se da cuenta de todo. Para que aprendamos a aceptar las humillaciones. No había sitio para ellos en el mesón. No hay sitio para ti... ¡Cuántos pasan delante! Arrieros... a veces gente maleante, gente tibia, floja, cómoda. Que el ejemplo de Jesús, José y María, buscando la cueva, viéndose despreciados, se grabe en el alma. Para que no vea en los desprecios un castigo, sino una prueba de amor, un crisol a que Él me somete; quiere que siga su camino, y su camino es éste. No hay sitio para ti... No hay sitio para ti... ¡A la cueva! ¡A la cueva de Belén! Cueva de Belén sucia. Cueva de Belén fría. Frío espiritual y material por Cristo hemos pasado. Un pesebre. Pero allí se alza aquella grandiosa Catedral que contiene la Custodia viva, mejor mil veces que la de Arfe de Toledo, que lleva a Dios. Una Iglesia chiquita y pobre puede albergar almas tan grandes que la conviertan en catedral mayor que San Pedro de Roma. Todo el cielo estaba pendiente de aquel pesebre en aquella noche. Ni los grandes palacios, ni las fiestas más brillantes, ni las recepciones encopetadas. Todo es nada. En Navidad, ante Dios, ni los cines más modernos, ni las iluminaciones más fantásticas, ni los bailes más enloquecedores, complacen a Dios. Una pobre Iglesia. y en ella unas almitas sencillas pero llenas de Dios, pobres pero con amor intenso y con fe viva; un sacerdote despreciado; un pobre hombre que no ha hecho carrera... ¡Pero con el corazón calcado en el de Cristo! ¡Cuánta gloria a Dios! Ni la recepción del Romano Pontífice a los Cardenales, ni las felicitaciones protocolarias en las Nunciaturas y en loS Palacios Episcopales atraen las miradas de Dios como un gemido de amor que se escapa de un corazón que suspira por su Dios. Eso. Eso es lo grande. Lo otro... no lo quiso el Señor ni

para su Hijo. Poco valor real tendrá su posesión y mucho valor real su privación. Alegrarse de verse humillados. Que cuando te veas humillado tengas fe para verte engrandecido a los ojos de Dios. Gustar los consuelos sobrehumanos de la humildad y de la humillación. Conocer el mérito ante Dios de las humillaciones.

Humillación que puede venirnos: por los cargos, por las reprensiones, por las críticas merecidas, por las críticas injustas, por las calumnias, por los fracasos de planes humanos, por los fracasos de planes pastorales, por los odios, por los desprecios. En todas estas circunstancias encontrará el cristiano en el Evangelio quién le adelanta.

Ahora en Belén, Jesús y su Madre se ven despreciados; aprender a verse despreciado sin perder la paz, ni la alegría por ello. Al contrario, alegrarse de verse despreciado. Tener sed de desprecios. La misma que la naturaleza tiene de alabanzas.

11. Jesús recién nacido en brazos de María

«Dio a luz a su Hijo Primogénito». ¡Quién pudiera asolarse a contemplar tan divina escena! María sentada sobre la paja orando ardientemente... ¡Enseñanos a orar! ¡Con qué gemidos inenarrables el Espíritu Santo te haría suspirar por la llegada a la luz de la Luz...! Nueve meses llevaste en tus entrañas, ¡quién pudiera vivir la presencia de Jesús como tú la viviste en aquellos meses!... prender a llevar presencia de Dios. Siempre la Virgen recogida, siempre modesta, siempre prudente, «Virgen Santísima, Virgen prudentísima».

El amor de la Virgen a su Hijo, ¿quién podría medirlo? ¡Y nosotros, qué fríos estamos! Si la gracia falla, adiós nuestro corazón que ya no es capaz de latir por Él. Dígnate entonar nuestro espíritu a fin de que, en esta noche bendita, mientras el mundo duerme, seamos capaces de glorificar al Padre que nos dio tan rico tesoro.

¿Cómo agradeció el mundo aquel regalo? No se enteró. *Vino a los suyos pero los suyos no la recibieron*» (Jn 11). ¿Nos extrañaremos nosotros de que no acepten a sus sacerdotes, a sus profetas, cuando ni al Rey quisieron recibir? Él nos dijo en los Apóstoles: *«El que creyere y bautizare se salvará y el que no, se condenará»* (Mc 16, 16). Luego daba el Maestro por descontado que no todos admitirían su Evangelio. Mas a cuantos le recibieron dióles poder ser hijos de Dios, a aquellos que creen en su Nombre (Jn 1, 12).

Amor de Dios que nos ama, gracias infinitas porque nos has dado el poder ser hijos tuyos. Que te tratemos como hijos dóciles, obedientes, buenos, amantes. Enseñanos a tratarte en la oración. Concédenos el poder abrasar en tu amor a cuantos corazones se relacionen con nosotros.

Jesús, que acertemos a descifrar los sentimientos de tu Corazón (Sal 32,11). *«Yo he venido para que tengan vida, y la tengan abundante»* (Jn 10, 10). Y cuando para nosotros te pedimos la Vida, tu Vida, ¿no nos vas a oír, si entra en tus designios eternos el satisfacer nuestra hambre insaciable de Vida? ¿y qué más dentro del plan de tu venida, que pedirte almas consagradas a Ti? Tú mismo lo has mandado: *«Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies»* (Mt 9, 38). Envía a los que has de enviar.

Jesús Divino, Reflejo del Padre, que has querido humillarte y llorar, nutrirte al pecho de la Virgen, dormir aún aquella noche, hasta que el charloteo de los pastores te despertó... ¡qué misterio encierra esta noche de amor...!

Corazoncito Niño de Jesús, déjanos que nos acerquemos al pesebre y que respetuosamente te tomemos en brazos y que te estrechemos contra nuestro corazón.

12. Cuaresma

La Iglesia quiere actualizar la actitud de los antiguos catecúmenos y de los penitentes públicos. Tomemos del catecúmeno su afán de instruirse en la doctrina, su deseo de preparación para recibir la gracia salvadora del bautismo.

El catecúmeno estaba durante mucho tiempo -sobre todo en la Cuaresma- entrenándose para ser buen cristiano. La Cuaresma era un cursillo de formación hasta alcanzar el título de bautizado.

Los penitentes públicos vinieron después. Cualquiera que hubiera sido su delito -generalmente regreso al paganismo -su recuperación, tan dura y costosa, nos asombra: «Me confieso a Dios Todopoderoso», confesaban sinceramente sus pecados en público.

Hemos heredado de los antiguos algunas costumbres: el ayuno, la confesión, la renovación de las promesas del bautismo...

Pero «la penitencia del tiempo cuaresmal no debe ser sólo interna e individual, sino también externa y social...

Proyectar por tanto nuestra conversión al orden externo: obligaciones profesionales, trato social, relaciones de convivencia.

Puede ser la Cuaresma una llamada a hacer alegre la vida de nuestros hermanos. Descargar trabajos, ser amables y afables con ellos.

Una parcela de conversión será la veracidad, el no engañar ni engañarnos; el cumplimiento de la palabra dada, la puntualidad, la fidelidad en la administración, el orden en las actividades y en las cosas.

Honradez en los juicios. ¿Quién eres tú para atreverte a juzgar actuaciones del prójimo o intenciones del mismo?

Justicia en las palabras. No atreverse a hablar mal de nadie. Con santa Teresa todos tenían las espaldas bien guardadas (bis «Vida», 6,3.). Ésta es la exigencia de nuestra conversión en la Cuaresma.

Estar muy convencidos de que necesitamos conversión y penitencia.

Oír más asiduamente la palabra de Dios en este tiempo de gracia.

Prescindir de las miras humanas y trabajar y luchar a pesar de las contradicciones y no por querer quedar bien ante los demás sino por agradar a nuestro Padre del cielo.

Callemos nuestra virtud. Hagamos ocultamente el bien. Mortifiquemos la vanidad y la vanagloria de nuestros actos o de nuestra piedad.

«¿Qué tienes que no lo hayas recibido y, si lo has recibido, por qué alardeas como si fuera tuyo. (1 Co 4,7).

Ser humildes. Muy humildes. Interiormente ante nuestras ojos y en nuestra mente. y externamente ante nuestras hermanos. Ser humildes para que Dios nos recompense y nos exalte.

Colaborar con Dios para destruir ese amor propio que nos está impidiendo la invasión del Amor en nosotros.

Amor propio tan sutil, tan en nosotros, tan común, tan feo y pernicioso, que nos hace tan infelices y nos impide llegar a la participación en el Espíritu Santo.

Comencemos por poco. Sigamos adelante. Acotemos el terreno. A negarnos gustos. A negarnos en la voluntad, en el deseo de independencia, de lo mejor para mí. del afecto, de acaparar la atención.

Líbranos, Señor, del gran mal del amor propio. Ahí tenemos un programa para la Cuaresma.

13. Oír la voz de Dios

Cuando la Iglesia nos introduce en la Cuaresma quiere nuestro mayor bien. Quiere que oigamos la voz de Dios, que muchas veces dejamos de oír. No porque ella no suene. Diríamos como si los oídos se nos llenan de cera- men, o el tímpano se endurece-

Somos como un metal que tenía que vibrar y se ha dilatado.

Somos como una puerta que no se puede abrir por fuertes golpes que se den.

Ahí nos de barro de tierra ¿cómo vamos a oír la voz suavísima de Dios?

Hay que comenzar por hacer un poco de silencio a lo exterior para poder oír las voces de dentro.

Pensar que Cristo nos ha redimido. Su sangre se nos ha vertido en el Bautismo. Pero hemos vuelto a pecar. Entonces su Sangre nos regenera de nuevo por otro Sacramento: La Penitencia. Para que ese Sacramento produzca sus efectos con abundancia hay que preparar el alma. Él es el Sacramento de la Penitencia. Y la penitencia es el conjunto de actos internos, sobre todo, y manifestados por los externos, por los cuales el pecador rechaza y detesta sus pecados, se dispone a enderezar su vida. Quiere voluntariamente reparar; está dispuesto a afligirse por lo que indebidamente, y violando el orden divino, se satisfizo.

La Penitencia tendrá un cariz, ante todo, de mayor fidelidad en nuestras cotidianas obligaciones. Una penitencia así, uniendo su dolor al dolor redentor de Cristo, es claro que tiene un predominante sentido social.

¿Quién duda de los efectos saludables en la sociedad de una puntualidad en el trabajo, de una sinceridad en las relaciones, de una mayor austeridad en las costumbres? Si el pecado tiene una dimensión eclesial, la tiene también la penitencia.

Hay que revivir la Cuaresma con el espíritu con que Jesús la vivió al comenzar su vida apostólica para influir decisivamente en la instauración de su Reino.

14. La Cuaresma con Jesús, no con Israel

El pueblo de Israel sucumbe a la prueba a que Dios lo somete para que aprenda que no sólo de pan vive el hombre, sino de todo lo que sale de la boca de Yahvé, al desconfiar de la Providencia de Dios que está a su lado, quejarse de Él y protestar y murmurar de Moisés y recabar de Aarón, que le haga un dios, en la desesperanza de que Moisés vuelva a ellos, mientras habla con Dios el Sinaí (Éx 32, 1 ss.)

La postura de Jesús en el desierto es una réplica a la actitud de derrota del pueblo de Israel. Jesús sí que supera la prueba del hambre y la del espectáculo y triunfalismo y la desconfianza del Señor, con recurso inmediato a Palabra de Dios (Lc 4, 2 ss.) y con la obediencia y confianza en su Padre en medio del sufrimiento. Ha trazado con este hecho Jesús la línea que debe seguir la Iglesia, e va a nacer de su Palabra y de su Sangre y que va a ser alimentada con el nuevo maná de la Eucaristía.

Estamos viviendo, en la plenitud de los tiempos, la 'cera etapa de peregrinaje: La Iglesia hoy. Nosotros, pueblo de Dios, hoy. Las pruebas de esta vida, éstas son estos desiertos y nuestra noche.

Revisemos en la Cuaresma nuestro modo de caminar como cristianos: ¿es de sumisión a Dios ya su ley o de rebeldía y debilidad ante las tentaciones? ¿Es el amor el motor de nuestro vivir, o es el egoísmo lo que nos mueve trabajar?, ¿es Dios la esperanza de nuestra vida, o es el dinero y los cargos y el lugar de privilegio?

¿Nos desesperamos ante la enfermedad, o sabemos ver ella, y en el fracaso, la prueba de Dios, que nos corrige, no un hombre corrige a su hijo, para que salga purificado y fortalecido del crisol?

Tras la prueba, superada, el servicio de los ángeles que ran las heridas, calman el hambre, sacian el corazón visión de amor y de paz.

Cristo nos invita a subir con Él a Jerusalén, a la Pasión.

Desengañémonos, que no podemos resucitar sin morir. I podemos ser felices si antes no subimos a la cruz. Pero la cruz no es un final, una meta. Es un camino, pasadizo, un túnel.

La Iglesia siempre preparó la Pascua con una adecuada penitencia. También en el siglo XX hace falta penitencia ¿quién lo duda?

Comencemos nosotros la Cuaresma con esas pequeñas mortificaciones que mantienen el alma en tensión y la preparan para vuelos mayores.

Pero cuidémonos ya de antemano contra los peligros de una Pascua sin resurrección. De una Pascua en que la única resurrección sería la de la carne, y no en el sentido escatológico.

Evidente es que sin Cuaresma mortificada desembocamos en Pascua pagana.

Un alerta a la juventud a las puertas de la Cuaresma puede ser para algunos la ocasión de la salvación ante un naufragio seguro.

Para otros será sin duda una voz que clama en el desierto.

Que la voz resuene eficaz tarea es que compete a toda la Iglesia.

15. Semana Santa

Cada año se repite este impacto de dolor en el corazón bueno del pueblo de Dios.

Al llegar la primavera sembrando de flores los amaneceres bellos de abril, todos los años clava siete puñales en el blando corazón de María y nos inquieta el dolor de nuestras culpas, que sabemos son causa de la sangrienta Pasión.

¡Si al menos estos días todos los hijos de Dios pensásemos lo que le ha costado a su Hijo -Hermano nuestro en la carne -comprar nuestra filiación!

Días son éstos de pensar. Para recogerse. Para orar largamente. Ante nuestro Cristo, en nuestras silenciosas y religiosas procesiones, en nuestros Monumentos condensados de amor.

Días para pensar que somos hermanos y para vivir decididamente nuestra fraternidad cristiana en un clima de perdón, comprensión y paz.

En la Semana Santa la vida de la Iglesia se centra en el recuerdo, en la misteriosa presencia y en el retorno esperado de su Señor y Salvador, Jesús.

La Iglesia, peregrina, va adaptando la mente de sus hijos a la de su Esposo y trata de concordar los estados de alma de ellos con los de Él. Pero no le basta esto. Tiene que tomar parte en sus actos y sufrimientos, revivir con propia responsabilidad, cada una de las fases de su misión en este mundo. En la Semana Santa llega a la cumbre la adecuación de la vida de la Iglesia con la de Cristo. Siguiendo los pasos de Jesús durante el año litúrgico, llega ahora con Él, a la entrada triunfal de Ramos, con Él reproduce la Cena, con Él es condenado por Pilato, Él sube al Calvario y con Él se desangra en la Cruz. Con Él se sepulta y con Él, al tercer día, resucita.

Poner a tono nuestro corazón con el corazón de la Iglesia es ser Iglesia. Poner a su nivel el de nuestra vida aprovechar la Redención.

Por eso el día del Jueves Santo, tras haber limpiado en el baño de la penitencia nuestras almas, nos sentamos la Mesa con el Señor para participar de su Cena.

No termina ahí el Misterio. Sigue el Viernes Santo el dolor con Cristo Crucificado. Morir con Cristo en la Iglesia, su Esposa. Morir el viernes para resucitar el domingo. Morir a ese hombre pecador que somos y resucitar por la penitencia Pascual al hombre nuevo a Imagen de Cristo resucitado de entre los muertos. En la Vigilia Pascual velemos amorosamente ante su sepulcro rememorando ¡páginas de la historia de la liberación de Israel, impregnándonos del suave perfume que irradia la luz de Cristo, esperando ver con el ansia que hierve en el corazón, el rosicler de su gloria Resucitado.

Para cantar con voces unisonas un *Aleluya* que no acabe nunca. Esto es todo lo que quiere la Iglesia. Es que lleva entre manos y le hemos de ayudar a lograr estos días

en que hasta el cielo, el aire, la ciudad, tiene un tinte nuevo de recogimiento, de fervor, de piedad.

XVI -- LA FAMILIA

I. La familia en la actualidad

Existe hoy en el mundo una sensibilidad especial sobre los problemas relativos a la familia.

Sensibilidad superior a la que existía en el pasado. Prueba de ello es que por todas partes se habla de la familia. Se ha estudiado la historia de la familia; se ha creado una filosofía sobre la familia; se han analizado los fenómenos demográficos de la familia; se han lanzado teorías sobre su naturaleza y fecundidad; ha habido discusiones en el terreno jurídico y se ha desarrollado una vastísima literatura en torno a la familia.

También en el campo religioso se observan señales evidentes de interés por la familia: la asistencia caritativa y social empieza a ocuparse de la familia en cuanto tal; el Sacramento del Matrimonio se estudia hoy más que nunca; se va ya trazando una pastoral propia de la familia; la espiritualidad de la familia tiene también sus teólogos y maestros. y el mismo Sínodo de los Obispos ha estudiado el tema de la familia, y Juan Pablo II ha hecho público un documento, la «Familiaris Consortio», sobre la familia (22-Nov.-81).

Esta sensibilidad creciente se debe al hecho de que las costumbres familiares están en plena evolución y en principio de deterioro.

La autoridad paterna, que era antiguamente el elemento aglutinante de la familia, ha disminuido y sigue disminuyendo considerablemente.

La progresiva promoción de la mujer la saca del hogar, quizá más de lo conveniente.

El desarrollo de las profesiones que se ejercen fuera del ámbito familiar, la avalancha del turismo, la facilidad para toda suerte de diversiones, influye en el hecho de que la familia sufra transformaciones profundas e inevitables.

En la familia el primer deber de los padres es amar a sus hijos.

Amar a los hijos es respetarlos. Lo primero que deben respetar los padres es la originalidad de cada niño. Como el escultor se adapta a la materia que moldea, así los padres, en calidad de educadores, han de adaptarse al temperamento de sus hijos. Dios no hace criaturas en serie. Nunca hay dos niños iguales con exactitud. Querer tratar por igual a todos, pretender educar a todos uniformemente, lleva al fracaso.

Se impone el respeto, sobre todo, cuando se trata del porvenir. Muchos padres querrían ver que sus hijos siguiesen su camino y les sucediesen. Pero este proyecto no siempre responde a la realidad de la capacidad o deseo del joven.

También se muestra el respeto al niño en los pormenores de la vida diaria. Desde la más tierna edad deben los padres permitirle al niño sus juegos y trabajos preferidos; no le deben molestar continuamente cuando está ocupado.

Deben también aceptar sus ideas, cuando revelan una sana curiosidad, y sus iniciativas, incluso torpes, cuando las inspira la buena voluntad.

Pero sobre todo, el respeto hay que tenerlo con los secretos del niño.

Es injusto creer que las madres tienen derecho a que sus hijos se lo cuenten todo; no se puede forzar la confianza de los hijos. Incluso a veces se verán los padres obligados a explicarles que no conviene decirlo todo y que no se deben comunicar los secretos ajenos.

Los diarios personales de los adolescentes son incomunicables y sólo una razón grave autorizará a los padres el poderlos leer. Llegado este caso no pueden divulgar las confidencias descubiertas, aunque podrán servirse de ellas con habilidad y comprensión para el gobierno de los chicos.

2. La «*Humanae vitae*»

En el marco de la familia cristiana tuvo una resonancia profética la Encíclica del Papa Pablo VI, que ha sido muy contestada y reportó al Papa muchos disgustos, hasta el punto de que el Pontífice, tras estos avatares, perdió gran parte de su ilusión y creatividad.

Es verdad que la Encíclica *Humanae Vitae* no es una definición papal *ex cathedra* de la norma moral que el Papa determina acerca de la ilicitud de una exclusión artificiosa de la capacidad procreadora de cada acto conyugal.

Pero esto no quiere decir que por eso el católico pueda hacer caso omiso de la doctrina de la Encíclica.

Todo católico está obligado a tomarla en serio. Es la palabra de un Papa, que tiene potestad de Magisterio conferida por Cristo, que no va a ejercerla siempre infaliblemente, aunque siempre con una asistencia ordinaria del Espíritu.

En el orden humano aceptamos diariamente los diagnósticos del médico, los veredictos del juez, las soluciones de técnicos y peritos. Ellos son los especialistas en su materia respectiva y sus decisiones no son infalibles.

No puede la Iglesia permitir que en su doctrina y en su praxis la coloquen ante el dilema de hablar *ex cathedra* o callar dejando la iniciativa a la irresponsable opinión del individuo. Lo que la Iglesia por su órgano Magisterial nos ha dicho sobre la vida humana tiene obligatoriedad y quien piensa que tiene mejor visión del asunto que el Papa pregúntese ante Dios y su propia conciencia, con espíritu sobrio de autocrítica, si tiene la especialización teológica necesaria, amplia y profunda que le permita, en su teoría privada y en su praxis, disentir de la actual doctrina del Magisterio Eclesiástico. y sepa que debe asumir toda su responsabilidad ante el juicio de Dios.

3. Educar

El Papa Pío XII pedía en su Encíclica *Fulgens Corona*: «Que el hogar doméstico florezca con una descendencia santa y rectamente educada». Aquel Papa, intensamente preocupado por reconstruir nuestro mundo de cuajo, en el Año Mariano, que él mismo anunció con la citada Encíclica, buscaba el remedio en la raíz, pues si las familias educan rectamente, la sociedad está salvada.

Deliberaban algunos sabios acerca del modo de remediar los males que causaba en su patria la corrupción de costumbres. Después de indicar varios medios sin que se presentase el eficaz, uno de ellos tiró en el suelo una manzana podrida y preguntó a sus compañeros: ¿Qué solución tenéis para volver buena esta manzana? Ninguna – respondieron todos –. Pues yo tengo un secreto infalible: Sacad la semilla, sembradla y cultivad la Con cuidado. Dentro de poco tendréis árboles buenos que darán manzanas exquisitas. He ahí el secreto para reformar el mundo: Educar recta y santamente a los niños.

La Encíclica *Divini illius Magistri*, de Pío XI, define así la educación: «La educación esencialmente consiste en la formación del hombre, tal cual debe ser y como debe portarse en esta vida terrena para conseguir el fin sublime para el cual fue creado. Consiguientemente no puede haber educación verdadera que no esté totalmente ordenada al fin último. Y siendo Cristo, Camino, Verdad y Vida, no puede existir educación completa y perfecta si la educación no es cristiana».

El Vaticano II no ha variado la orientación ni un ápice. En el Decreto sobre la educación cristiana nos dice: «La educación cristiana busca, sobre todo, que los cristianos se hagan conscientes cada día del don recibido de la fe, mientras se inician gradualmente en el conocimiento del misterio de la salvación; aprendan a adorar a Dios Padre en espíritu y en verdad, ante todo en la acción litúrgica, formándose para vivir según el hombre nuevo en justicia y santidad de verdad, y así lleguen al hombre perfecto, en la edad de la plenitud de Cristo y contribuyan al crecimiento del Cuerpo Místico» (Declaración sobre educación cristiana, 2).

Cumple a los padres un gran papel en la consecución de ese ideal. Así lo puntualiza el mismo Decreto: «Es deber de los padres crear un ambiente de familia animado por el amor, por la piedad hacia Dios y hacia los hombres, que favorezca la educación íntegra, personal y social de los hijos» (bis Ibid. 3).

¡Cómo habrán de esforzarse los padres por adquirir una recta formación; cuál habrá de ser la sana preocupación de los novios por hacerse ya desde ahora, desde el tiempo del noviazgo, esas personas capaces de despertar en los corazones de sus hijos el ideal de realizar en sus vidas la de Cristo en su plenitud! No podrán conformarse en dejar todo el trabajo de la educación a la escuela. Ella tiene su misión que cumplir, de suplencia accidental, diría yo, pero nunca de suplencia total de lo que en ningún sentido haga la familia.

Los pobres no han terminado su misión poniendo hombres nuevos en la tierra. Esos seres han de ser educados en primera instancia por sus padres. El bloque de mármol de Carrara en manos de Miguel Ángel se convierte en un bello ángel. Los niños en manos de sus primeros educadores, los padres, se han de convertir en Cristo, es decir,

que su vida ha de ir encarnando las virtudes del Maestro, Modelo universal y accesible a todas las condiciones de la vida humana y también de la juventud. Cristo escondido en su vida nazaretana, laborioso, obediente y en resumen, adornado de todas las virtudes individuales, familiares y sociales, ha de ser copiado rasgo a rasgo, matiz a matiz por cada uno de los hijos.

Porque los hijos son seres en formación, criaturas inacabadas, obras a medio hacer. Pero quizá más hoy que nunca, los padres se ven preocupados por la realidad de sus hijos. Observan sus personas, estudian sus reacciones y se encuentran con una serie de defectos crónicos y habituales, casi ambientales, en ellos, que no saben cómo corregir.

Niños caprichosos, que acaparan los mimos de sus padres, abuelos y familiares todos. Niños entronizados como reyes, si no actúan como déspotas, que tiranizan a sus mismos padres. Niños que exigen los juguetes más caros, aunque no haya posibilidad en casa para ellos. Niños superseleccionadores de la comida que después echarán a perder. Niños que codiciarán vestidos porque los han visto a sus compañeros. Furibundo pataleo será la respuesta si papá les negó el permiso para ir al cine o si no se le ha permitido tomar parte en la excursión. Tirarán el almuerzo con rabia si no es de su agrado o chafarán la propina del domingo si les parece pequeña.

Niños desobedientes. Pequeños rebeldes que se oponen a las órdenes de sus padres. ¡He dicho que no! No con tanto descaro, pero con no menos cara harán frente a las órdenes de sus superiores. Obedecerán sólo cuando les guste lo que se les ha mandado y se las ingeniarán para que se les mande a tu talante. ¿No es de cada día la canción de moda que escuchan los padres a sus hijos: ¡No me da la gana!?

Niños mentirosos. Mienten para excusarse, mienten para que no se les castigue; para conseguir un dinero para sus caprichos: dirán que les han pedido en el colegio para la Campaña del Hambre o que necesitan otra libreta.

¿Qué hacer ante el problema que se les presenta a los padres de estos niños así tarados? ¿Pueden los padres justificarse con unos cuantos lamentos? ¿Les es lícito dejar que sigan las cosas así? ¿No hay solución, en lo humano, para corregir la situación que es de hoy Con mayor virulencia, pero que ha sido de todos los tiempos?

Claro que hay solución y es necesario que todos esos defectos encuentren corrección, ya que son susceptibles de remedio.

No olviden los padres que sus hijos son criaturas en boceto, cera blanda en que se pueden acuñar las virtudes contrarias a esos vicios.

Pero los padres no pueden cumplir con esa delicada misión de educar sin una formación previa suya. «Educar para educar», sería la consigna que daríamos a los padres ya los futuros padres. A éstos para que no les suceda lo que aconteció a aquellos que, con demasiada frecuencia, han llegado al matrimonio sin una ligera noción de lo que les incumbía como deber de estado a la hora de educar a sus hijos. Llegaron los hijos y muchos papás se encontraron -jóvenes e inexpertos -carentes del más indispensable conocimiento de por dónde había que empezar. «Es en verdad cosa extraña -dijo Pío XII en un discurso a las Mujeres de Acción Católica- de la que ya se lamentaba Pío XI, que mientras a nadie se le ocurre hacerse de repente, sin aprendizaje ni preparación, obrero, mecánico o ingeniero, médico o abogado, todos los días no

pocos jóvenes y doncellas se desposan y se unen sin haber pensado ni un instante en prepararse para los arduos deberes que les aguardan en la educación de los hijos».

4. Educar en la oración

Importa destacar el papel que ha de desempeñar el hogar, la familia, en orden a educar en la oración. Cuando hablamos de oración nos imaginamos en seguida las oraciones vocales que aprendimos de niños y corremos el peligro de pensar al hablar del papel de la familia en la educación en la oración, que termina ahí el deber de la madre cuando ha enseñado a sus hijos pequeños las oraciones del catecismo. No se trata de aprender o hacer, aprender unas determinadas oraciones para que los niños las recen de memoria y como pequeños bonzos mecánicos. Es algo más serio lo que pretendemos: Hay que conseguir iniciar al niño en el trato sencillo, personal, amistoso y asiduo, con un interlocutor invisible, pero real, amable, amigo y Padre. Está claro que aquí el papel de la madre es imprescindible. En las escuelas de párvulos y maternales las maestras se habrán de esforzar por sustituir, muchas veces, el fallo de la madre, con un tanto por ciento muy deficitario de eficacia comparado con la madre. Pero algo ya pueden hacer. Ésta es una de esas actividades que no se aprecian porque no son brillantes y por eso fácilmente se descuidan con grave perjuicio.

La época materialista en que vivimos inculca sus doctrinas en todos los campos y también en el pastoral que es, por definición, espiritual, y lo materializa en lo que puede, con preeminencias de atención a campos visibles, zonas agradables a la inclinación natural, aspecto positivista y de buen rendimiento o de lucimiento, y excluye la atención a actividades que pueden ser consideradas de menos relieve, como es la atención a la infancia, o a la escuela, o a la labor personal lenta, ardua, de resultados muy a largo plazo.

Los padres no deben sucumbir a esa tentación moderna. Las madres cristianas midan la trascendencia eterna de las horas quemadas en la formación de sus niños. A este respecto, una madre no puede quedar satisfecha mientras no tenga la certeza de que sus niños saben hablar con Dios como hablan con sus hermanos o sus compañeros, Esfuércense las madres por crear en sus hijos pequeños la necesidad de contarle a Dios, a Jesús, todos sus problemitas infantiles: que mamá me ha pegado, que mamá y papá se han peleado, al estilo de aquel niño que ora por la noche, después de haber presenciado una desagradable escena protagonizada por sus padres: «Del Espíritu Santo. Amén. Amado Dios. Ayuda a papá, mamá descarada. Del Espíritu Santo. Amén» (Gräf, «El poder de la oración», San Sebastián 1958, página 82).

Si el corazón de los padres salta de júbilo al oír los primeros balbuceos de su hijo y contemplar los primeros pasos, ¡cómo no va a gozar Dios al ver las primeras tentativas de oración de la pequeña flor humana!

5. Educar la conciencia

Es un quehacer básico, atender, de una manera preferente a la educación de las conciencias. No es sencillo. Hay que comenzar desde muy lejos. Desde muchos años antes de nacer el hombre se está educando, o deseducando Y. por lo tanto, influyendo favorable o desfavorablemente en la recta formación de su conciencia.

Los padres tienen un deber **meludible** e insustituible. Las conciencias de los hombres están en manos de sus padres. Padres, sociedad civil, sociedad eclesial. Están creando una conciencia en los hombres de mañana, en las mujeres del futuro. Quizá sientan la tentación de pensar: aún son pequeños, cuando sean mayores, no se dan cuenta. ..Si sucumben ante tal sofisma, se pierde un tiempo y una oportunidad irrepetible. Es mucho más difícil reformar la conciencia de un hombre, que formar la de un niño. El hombre llega con una cantidad de prejuicios, de malos hábitos, de criterios superficiales, de los que con gran dificultad se despoja porque son muy suyos, muy carne de su carne. y como su segunda naturaleza. Habrá que armarse de mucha energía para sembrar una semilla, no sólo nueva, sino contraria a la que ya está dando malas cosechas.

Por eso lo más fácil en el camino de la renovación son los niños. Éstos están en manos de sus educadores. Pero no olvidando que la conciencia no se forma sólo por lo que oye, sino también, **y más, por lo que ve**. Por lo cual no se puede abandonar la reforma de los adultos que, con sus modos de vivir y de obrar y de pensar y manifestarse, pueden estar ofreciendo un clima no propicio al desarrollo normal de la conciencia cristiana de los niños.

No es fácil. Pero es eficaz. El ideal del cristiano no puede ser nunca lo fácil por fácil, sino el deber, porque es la voluntad de Dios, aunque cueste. Las fatigas y sinsabores. ¡Somos los cristianos los hombres de la esperanza! Tendrán su límite definitivo. Pensemos en la eficacia y huiremos de la facilidad y del halago. Y si pensamos en la Iglesia y no en nosotros sólo en la eficacia podremos pensar.

XVII -- La Alegría

I. El cristiano es un hombre alegre

No hay mayor enemigo del cristiano que la tristeza. Creo que un cristiano es un hombre que tiene la dicha de la alegría. Creo que nadie como el cristiano debe vivir alegre. ¿Por qué? ¿Por simple convicción, por forzada actitud, por imposición de la voluntad? Sencillamente porque fluye de su naturaleza de cristiano. El cristiano es el hombre de Dios, es el hombre que, por el Bautismo, ha sido unido a la divina naturaleza por gracia y participa de las cualidades de Dios, gradualmente, claro. Entonces si Dios es Ser Perfectísimo y la Alegría es una perfección, Dios la tiene, y además, como tiene Él las perfecciones, en grado sumo, en modo infinito. Dios es infinitamente alegre. La alegría de Dios no tiene nubes.

El cristiano es un hombre alegre. Un hombre que tiene sustancialmente la alegría... El Evangelio ya es, etimológicamente, una alegre nueva. "Os anuncio un gozo para todo el pueblo: os ha nacido un salvador» (Lc 2, 10).

Cuando Cristo ha nacido en un hombre, está el gozo con él. Aunque haya circunstancias que no sean, terrenalmente hablando, causa de alegría.

En uno de mis viajes en avión, a seis mil metros de altura, se me ofreció a la vista un espectáculo que ahora viene bien para iluminar esta situación del cristiano viviendo en gozo y sumido entre nubes densas. El avión llevaba su marcha de diez kilómetros por minuto, seiscientos kilómetros a la hora. A su paso ni una nube le detenía. Sólo atravesó nubes para remontarse, cuando lo hizo. Después cielo limpio, claro, sereno. Debajo del avión flotaba un mar de algodón. Desde la tierra aquel algodón sería estopa negra y

mugrienta, pero desde el avión las nubes eran blancas y claras, aunque densísimas y sin aperturas; pero es que estaba el sol arriba...

¿Comprendo ahora algo de lo que es la alegría del cristiano que está sumido en tinieblas, como las de san Pablo perseguido, azotado, encarcelado, traicionado, incomprendido, objeto de celotipias..., que no le impiden sentir y decir que sobreabunda de gozo en toda tribulación? (2 Cor 7,4).

¿Comprendo a san Esteban resplandeciente su rostro por el sol de la divina Luz indeficiente, mientras las tinieblas sumergen su ser terreno en densos nubarrones de persecución, odio y martirio? «*Mas como estuviese lleno del Espíritu Santo, clavando los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios ya Jesús de pie a la diestra de Dios y dijo: He aquí que contemplo los cielos abiertos y al Hijo del Hombre de pie a la diestra de Dios*» (Hch 7,56).

Cuando en el hombre se va ahondando la intimidad de la vida de Dios crece en él simultáneamente el gozo. Unión íntima con Dios es igual a gozo íntimo de Dios. Más unión con Dios es lo mismo que más alegría de Dios y así hasta no terminar y rebosar...

Ya lo sabemos, pues, si en nuestra vida no hay alegría es que en nuestro ser no ha caído aún la gota del Espíritu que trae al alma gozo y paz (Gal 5, 22).

2. La oración, fuente de alegría

Pero, por otra parte, aunque está en manos de Dios que tengamos su gozo, que participemos de Él, porque es un don suyo sobrenatural, está también -y aquí no nos debemos desalentar- en nuestras manos hacer algo por recibirlo. Santa Teresa nos lo aclarará. Sostiene ella que la oración es fuente de alegría y consuelo, el necesario para llevar y suavizar las cruces inherentes a la práctica de la abnegación. Pero los que se empeñan en no hacer oración, van solos y ellos tienen que pagar los gastos, y así chirría su carro porque no han querido lubricar los ejes. Mas a los que se dan a la oración Dios les hace las costas. Oigamos las graciosas palabras de la donosa Doctora: «Cierto, los he lástima, que a su costa sirven a Dios, porque a los que tratan la oración el mismo Señor les hace las costas, pues un poco de trabajo da gusto para que con él se pasen los trabajos» («Vida», 8, 8).

Vemos un poco de trabajo, no hay que negarlo, pero con una enorme recompensa. Un capital que rinde muy elevadas rentas.

¿Han pensado bien los que, por las razones que sean, omitieron, ya hace tiempo, la oración? ¿Leyeron, siquiera, las palabras de la Santa? Pero ¡cómo sufren, en la prácticas consecuencias de no tratar oración!...

Defecciones sacerdotales -plaga de nuestros días -; abandonos de la vida religiosa, escasa actividad apostólica verdadera, paciente, perseverante, en medio de las más adversas circunstancias; poco o ningún arrastre de los cristianos, de los consagrados hacia el ideal..., no tienen otra explicación que la falta de gozo y de alegría en Dios. Y la privación de esta gracia tiene su raíz en la escasa o nula unión con Cristo que suavizaría todos los sinsabores y alegraría todas las penas y haría resplandecer los rostros a los cristianos, religiosos, sacerdotes, y les conferiría gancho y fuerza de arrastre.

Decían los feligreses del Cura de Ars: «pero él es feliz en su género de vida, pues imitémosle». Dirían de los cristianos lo mismo si, como el Cura de Ars, oraran de verdad.

Santa Teresa no es amiga de santos encapitados. Éstos no lo serán nunca. Porque Dios los hará vibrar de santo júbilo como lo hace con los que ya exultan embriagados en sus deleites sabrosos y sutiles.

3. La alegría atrae

Recuerdo una anécdota: un niño va a la catequesis varios días. La catequista se da cuenta de que no es del centro y le pregunta que cómo es que viene si es de otro...: «es que aquí están más alegres», fue la respuesta.

Claro que la gracia de Dios es la que atrae las almas, pero se vale de los instrumentos, que son los hombres, sus cualidades, sus dotes, y la alegría verdadera, no la afectada o fingida, y ésta se distingue perfectamente. La alegría, el gozo que como una fuente entre peñascos, burbujea solitaria y silenciosa, recogida y vital, arrastra irresistiblemente.

Procurar ser fuente de alegría para los demás como enseña santa Teresa: *«Así que, hermanas, todo lo que pudiereis sin ofensa de Dios, procurad ser afables y entender de manera con todas las personas que os trataren, que amen vuestra conversación y deseen vuestra manera de vivir y tratar y no se atemoricen y amedrenten de la virtud. A religiosas importa mucho esto: mientras más santas más conversables con sus hermanas y que aunque sintáis mucha pena, si no van sus pláticas todas como vos las querríais hablar, nunca os extrañe de ellas, si queréis aprovechar, que es lo que muchos hemos de procurar ser afables y agradar y contentar a las personas que tratamos, en especial a nuestras hermanas»* (Camino», 41, 7).

Esto tiene gran trascendencia apostólica: No seremos conquistadores de almas si no somos hombres y mujeres llenos de alegría.

Y la alegría debe trascender, debe verse y se ve, sin necesidad de esfuerzos. La alegría va acompañada de paz y brilla en los ojos y en la serenidad del rostro.

La alegría nos hace apóstoles y nuestra entrega apostólica es fuente de alegría. Cuanto más entregados más alegres. y cuanto más obedientes. Y cuanto más humildes y pobres y sencillos. Y en la renuncia mayor, mayor el gozo.

4. La alegría de Nazaret

¿Quién hubiera podido pensar viendo a María ya José. Pobres peregrinos que buscan posada, desprovistos de todo medio material, que llevaban con ellos la fuente de la alegría para todo el pueblo, como lo cantarían en seguida los ángeles en Belén?

En efecto, Jesús viene a saciar la inmensa sed de felicidad que hay en todos los hombres, en cada hombre. Y la viene a saciar precisamente con Él mismo, con la participación de su vida misma, la que Él recibe del Padre y que Él comunica a cada hombre que la quiere recibir.

De ahí que en la misma medida en que participamos de la vida de Cristo, participamos de su propia alegría, la alegría santa del Dios todo-dichoso que se nos infunde con su vida.

Por eso esa sed de felicidad que llevamos todos tan entrañablemente arraigada, porque Dios nos creó para ser felices, nadie como los santos. Que son quienes más participaron de la vida de Cristo, la llegaron a saciar. y cuanto más santos más alegres.

El primero y más alegre de todos, Jesús, el Hijo de Dios. Después María y con Ella san José.

Ningún dato nos ha llegado de la alegría del hogar dulce de Nazaret. Pero lo podemos deducir. ¡Sí! Debió ser impresionante aquel gozo silencioso, soberano y sencillo diario y constante de aquella familia de santos. De criaturas humanas que viven el ideal de la humanidad y anticipan la Pascua del cielo. y no es que en Nazaret, como antes en Belén, hayan faltado estrecheces, problemas, zozobras, inquietudes, dolores, angustias. Al contrario, allí hubo dolores de san José, dolores de María y trágico dolores de Jesús.

Todos los sinsabores inherentes a la vida humana ellos los experimentaron: la persecución sangrienta y la huida al exilio y la pobreza, la separación y la soledad, la muerte y el odio, la convivencia difícil y desigual, la traición y el vendaval del fracaso.

Pero era tan fuerte el amor que todo lo superó, y siempre, en medio de las tempestades y sin extinguirlas, brilló el sol del gozo del espíritu.

En Nazaret hubo alegría; y se conmueve nuestro corazón rastreando aquellos primeros pasos de Jesús que María y José contemplan encantados y felices; aquellos balbuceos de Jesús que dice las primeras palabras que aprende de María y de José; aquellos abrazos y caricias tan limpias y regocijantes, tan sinceras y llenas de cariño.

Hogar de Nazaret en que se cumplen todas las bienaventuranzas: Bienaventurados los pobres, los mansos, los que tienen hambre y sed de santidad, los misericordiosos los perseguidos, los limpios de corazón, porque ellos lo fueron todo (Mt 5, 3 ss.).

Hogar de Nazaret donde va despertando al amor aquel corazón de Niño en que crece así tan equilibrado y sereno el amor humano de Jesús, fraguado por aquellos padres santos, en conformidad total con el designio del Padre que desde siempre ama al Hijo y en Él se complace por el Espíritu, como en el Hijo muy amado.

Así veremos en Jesús hombre aquellas expresiones de sencillo lirismo ante los lirios del campo y las aves de cielo. Contemplaremos en Él un corazón tierno y sensible capaz de captar la alegría del hombre que recobra la oveja perdida (Lc 15,6), de la mujer que encuentra la dracma (Lc 15, 9), o la del padre del hijo pródigo que goza alborozado su retorno al hogar (Lc 15, 32). O la observación de la alegría de la madre que da a luz un hijo (Jn 16, 21), y el gozo de los invitados al banquete (Lc 14, 7 s.) y la alegría de las bodas (Lc 5, 34), y la del sembrador y del segador (Jn 4, 36) y la del hombre que halla un tesoro escondido (Mt 13,44).

La humanidad de Cristo no es insensible a las pequeñas alegrías de que la vida humana está llena.

Y tampoco María cierra su corazón a las alegrías humanas y es consciente de que ella puede y debe encender una luminaria de alegría allí donde la imprevisión de los esposos está abocada al bochorno de la falta de vino (*Jn 2, 1-11*).

Ella se siente revestida de joyas de novia engalanada para su boda (*Is 61, 10*) y se alegra y superalegra en el Señor su Salvador, envuelta en suavidad de gozo, pero esto no seca en Ella la fuente de las pequeñas y sencillas alegrías que envuelven la existencia humana.

Nuestra vida es Cristo, vivámosla. Quien vive la vida de Cristo, dejando el pecado y apartándose eficazmente, firmemente, de las ocasiones del mismo y se agarra fuertemente a la cruz, indefectiblemente tendrá alegría. Gozará y retozará en su Dios Salvador, en el Hijo Amado, infinitamente Amado por el Padre.

Si san Pablo encadenado sobreabunda de gozo (*2 Co 7, 4*) no podemos nosotros dudar de que en cualquier situación que vivamos, por dolorosa que sea, pueda faltarnos el gozo del Espíritu.

5. Alegrarse en la prueba y gozar con la naturaleza

Santa Teresa del Niño Jesús cuando se ve como un pajarillo con las plumas mojadas en el chaparrón de la tormenta, y mira al cielo y lo ve cerrado y encapotado, ve que ha sonado la hora de la alegría, porque es el momento de su mayor prueba y porque la cruz engendra, por la pura fe y la confianza, la alegría y el gozo de Dios.

Bebamos a chorro las alegrías del trabajo realizado, aunque penosamente, con esmero. Gocemos nuestra alegría de sentirnos integrados en la magnificencia de la creación.

Sorbamos la alegría del cascabeleo de la primavera que ríe y canta y estalla en fulgor de flores.

Gocemos la mañana luminosa y el ocaso lánguido y romántico, y la mañana lluviosa y nostálgica, y las risas de los niños.

6. La alegría de la esperanza

Pero sobre todas estas bellezas de la naturaleza, gocemos en nuestra vida divina, superior a todas las bellezas creadas; gocémonos en las dificultades de la siembra y de la poda y en la gran esperanza de la vida celeste, de la armonía de aquella ciudad a que caminamos, cuyos ciudadanos nos esperan y nos alientan y nos ayudan. La esperanza de las Bodas eternas, del diálogo con Jesucristo, y con su Madre y de la compañía de todos los felicísimos partícipes de la visión beatífica.

Gocémonos en aquellas alegrías que no tendrán fin y serán tan hondas, y tan variadas, sin monotonía ni cansancio porque siempre veremos facetas nuevas en Dios y nunca le agotaremos, nunca nos cansaremos de ver, oír, cantar, amar, gozar.

Éstas son las alegrías que han de azucarar nuestras penas y trabajos temporales de aquí y de ahora.

Ésa es la esperanza que le falta al mundo y urge que se la devolvamos o que se la demos por primera vez. y lo haremos cuando nos vean tan felices que no tenga sentido nuestra dicha sin esa esperanza.

7. Alegría en la muerte

Dijo Jesús unas palabras que, escuchadas contemplativamente pacifican nuestros corazones angustiados y tienen poder para convertir en sumas alegrías las que el mundo juzga supremas tristezas.

Le dice a Marta: -«Yo soy la resurrección y la vida; el que tiene fe en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que está vivo y tiene fe en mí, no morirá nunca» (Jn 11, 25-26).

Ésta es una revelación formidable. Teniendo fe en Jesús tenemos asegurado el no morir nunca.

Aunque muramos, en realidad no moriremos. La muerte será un episodio, un paso, una transformación. Claro que habrá dolores, pues el grano de trigo no muere sin destrucción; este despojo que obra la muerte en el hombre para pasar a nueva vida, se obra con dolor y quebranto. Lo que ocurre es que nos fijamos casi exclusivamente en esa destrucción y olvidamos sus consecuencias en el más allá.

Al nacer nos ha ocurrido algo semejante. Hemos dejado un medio de vida cerrado, para abrirnos a la luz de este mundo. Si nos hubieran visto padecer para nacer abrían dicho que moríamos, cuando la realidad era que comenzábamos una nueva etapa de vivir más pleno.

Por eso Jesús dice que no moriremos, porque en realidad comenzaremos a vivir en Dios, un vivir infinitamente más pleno que el que gozamos acá.

Si tuviéramos más fe no temeríamos la muerte sino que la deseáramos para alcanzar la plenitud. Y la garantía de conseguir esa plenitud la tenemos en la comida del pan de la vida: *«Os aseguro que si no coméis la carne y no bebéis la sangre de este Hombre no tendréis vida en vosotros. Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré el último día, porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida... quien me come vivirá gracias a mí... quien coma de éste vivirá para siempre»* (Jn 6, 54-58).

¡En verdad somos afortunados los llamados al banquete de la vida que no se acabará nunca! Al comer ese pan y al beber ese vino hagámonos conscientes del insigne don, del magnífico regalo de la inmortalidad que nos espera.

a) En la muerte de mi hermana

Estamos aquí reunidos en la caridad de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, para celebrar el acontecimiento más trascendente de la vida de nuestra hermana, su participación real en la Pascua del Señor, su comunión en la muerte y Resurrección de Cristo. Yo quiero agradecer a todos vuestra presencia que deseo sea profundamente

cristiana y religiosa, vitalizada por la fe operante en la caridad, para glorificar a Dios más ardiente y eficazmente por el misterio admirable que ha realizado entre nosotros.

Nuestra hermana ha sido misteriosamente elegida por Dios para prolongar la Pasión y la Muerte de Cristo y esto a constituye en punto focal de irradiación y de salvación, quizás el mayor hoy de toda Valencia. Porque la salvación a obra Dios, no por medio de los ídolos humanos que arrastran multitudes, sino a través de estas almas escondidas y pequeñas dolientes con Cristo doliente, que con Él quitan los pecados del mundo y atraen torrentes de gracia como Imán Omnipotente de Dios. Las razones de su elección son un misterio para nosotros. Los elige porque quiere y punto.

Por mi deseo esas campanas que suenan ahora no tocarían a muerto, sino que repicarían a gloria. Cómo he querido que las flores festivas y la presencia de Cristo Resucitado simbolizado en el Cirio Pascual pongan una nota clara de gozo santo en el Señor, porque éste es el *dies natalis*, el día del nacimiento de nuestra hermana para el cielo.

Si el día de su nacimiento a esta vida terrena yo gritaba por las calles, cogido de la mano de mi padre, con cuatro añitos aún no cumplidos, «ma mare ha comprat una xiqueta», con cuánta alegría debo anunciaros a vosotros hoy, en este solemne acto, ¡mi hermana ha nacido para Dios! Porque en realidad aquel nacimiento le abría las puertas de un mundo hermoso, mas Sometido al pecado y al dolor, pero éste le abre las puertas de la Jerusalén celestial, donde no hay «*muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor. Porque el primer mundo ha pasado*» (Apoc 21,1). No es un castigo morir joven, queridos hermanos, sino todo lo contrario. Dios elige a los que más quiere para llevarlos a su Ciudad Santa, porque los ama más y no quiere que «*la malicia pervierta su conciencia ni que la perfidia seduzca su alma*» (Sab 4, 7), como hemos leído en el libro de la Sabiduría. Enseña san Juan de la Cruz «*que es condición de Dios llevar antes de tiempo consigo las almas que mucho ama, perfeccionando en ellas en breve tiempo por medio de aquel amor lo que en todo suceso por su paso ordinario pudieran ir ganando. Porque esto es lo que dijo el Sabio: «El que agrada a Dios es hecho amado; y, viviendo entre pecadores, fue trasladado, arrebatado fue porque la malicia no mudara su entendimiento o la afición no engañara su alma. Consumido en breve cumplió muchos tiempos. Porque era su alma agradable a Dios, por tanto se apresuró a sacarla de en medio. En el apresurarse se da a entender la prisa con que Dios hizo perfeccionar en breve el amor del justo y en el arrebatarse se da a entender llevarle antes de su tiempo natural. Por eso es gran negocio para el alma ejercitar en esta vida los actos de amor, porque, consumándose en breve, no se detenga mucho acá o allá sin ver a Dios» («Llama», c. 1, 34.)*

Yo estoy seguro, mis queridos hermanos, de que al Señor no han pasado inadvertidos los actos de generosidad de esta hermana nuestra que ha acudido a la cita de Dios. Desde que, adolescente, considerándose como azucena predestinada por el Padre para el servicio de la Iglesia de Cristo, fue presa del deseo de entregarse por su hermano sacerdote, ¿quién podrá medir los grados de generosidad de esta niña, adolescente, joven, cuando dejó el mundo y se consagró con fidelidad y amor a su escondida vocación? Todos permanecen escritos en el libro de la Vida y ésta es la hora de recibir la recompensa.

Con su hermano compartió la vida, los trabajos, las zozobras y soledades del sacerdocio. Cristo será ahora su seguridad y descanso y su compañía dulcísima.

Y se multiplicó para simultáneamente atender a sus padres a quienes ha cuidado con mimo y abnegación heroicas que la constituyen en mártir de su amor familiar, filial y fraternal. Por eso, *«siervo bueno y fiel, entra a gozar del gozo de tu Señor»*. (Mt 25,21).

Días antes de morir me ha dicho: «Tengo miedo de presentarme con las manos vacías». Era un sentimiento de humildad. Es bueno, excelente, sentirse pobre delante de Dios ante la hora suprema del encuentro con Él. Ésa es la verdadera humildad que agrada a Dios de quien procede en todo bien. Ésa es la misma humildad que le hacía exclamar a san Juan de la Cruz, moribundo, cuando el P. Antonio de Jesús, su Provincial ahora y su compañero mador, le recordaba para alentarle: «Padre fray Juan, anímese mucho, tenga confianza en Dios y acuérdesse de las obras que hicimos y trabajos que padecimos en los principios de esta Religión. «¡No me diga eso, padre! -atajó clamorosamente el enfermo-. ¡No me diga eso, Padre! Dígame mis pecados». Pero a continuación preguntará: «¿Qué hora es?» Le dicen que aún no son las doce. A esa hora estaré yo delante de Dios Nuestro Señor diciendo maitines». Y cuando suenen las doce en el reloj de la Iglesia al oír las campanas vuelve a preguntar: «¿A qué tañen?» Cuando le dicen que a maitines, como si le hubieran dado la señal de la partida, exclama gozoso: Gloria a Dios, que al cielo los iré a decir» (bis P. Crisógono, «Vida», BAC, 10.. ed., págs. 326-328.).

Sí, querida, entrañablemente amada hermana, la mitad de mi vida, espero que a estas horas estés ya diciendo maitines ante Dios. Si es así, hazte sentir a todos nosotros mis vivos sentimientos de fe y amor. Pero, si algo falta a espera, ahora vamos a ofrecer este Santo Sacrificio de la Muerte y Resurrección de Jesús por tu alma. Es una más de las 500 misas que te he ofrecido desde que comenzó tu enfermedad que con fuerte amor has sufrido. El Señor siente ternura por ti, como un Padre inmenso de corazón multioceánico. Él oyó tus gemidos. Vio tus lágrimas y, ahora *«¡bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados!»* (Mt 5, 5) se dispone a enjugar esas lágrimas y llenarte de caricias con María, con san Juan de la Cruz, Santa Teresa, santa Teresita del Niño Jesús, nuestro padre, la tía Dolorettes y todos nuestros familiares que salen a tu encuentro, llenos de júbilo poro que ya has nacido, para llevarte al abrazo de Dios. Esa esperanza nos ha hecho cantar con el salmo 121: *«¡Qué alegría cuando me dijeron: Vamos a la casa del Señor. Ya están pisando nuestros pies tus umbrales, Jerusalén!». Tú ya has visto el esplendor de esa Ciudad Santa a la cual todos estamos llamados. Tú nos has precedido, y te tenemos envidia santa, los que todavía nos quedamos peregrinos aquí, gimiendo y llorando en este valle de lágrimas. Se nos escapan las lágrimas y los gemidos porque tenemos corazón y el dolor de la separación visible nos traiciona, que también Jesús lloró ante la tumba del amigo Lázaro y los judíos exclamaron: «¡Mirad cuánto lo amaba!»* (Jn 11, 36).

Jesús que quiso morir la muerte de cruz y sentir el abandono de Dios, como nos ha dicho el Evangelio, poro que «terriblemente trata Dios a sus amigos» en frase de santa Teresa, nos ayude a comprender el misterio de la Cruz. Nos dé claridad de fe para valorar lo verdadero y pisotear lo que se acaba y así comprender las palabras de la Santísima Virgen dichas a santa Bernardeta en Lourdes: *«Te haré feliz, muy feliz, pero no en la tierra, sino en el cielo»* (ter Lourdes-Gerard Ausina -André Doucet. Editions

André Doucet -Lourdes 1981, pág. 4.). El sentido de las Bienaventuranzas es una locura para el mundo. Ésta llama dichosos a los ricos, a los que ríen y disfrutan, triunfan y dominan. Jesús proclama dichosos a los pobres, a los que sufren y lloran ya los limpios de corazón (Mt 5, 3-8). Es necesario que el grano de trigo caiga en la tierra y muera para que dé fruto. Si no cae y muere no fructifica, pero si muere y es enterrado da muchas espigas (Jn 12, 24). Para que nazca el cristiano a la luz de Dios, es necesario que pase por los valles de tinieblas de la muerte (Sal 22, 4). Para que nazca la mariposa ha de morir el gusano de seda (quater Santa Teresa, 5 Moradas, 2, 2-3), para que nazca un hombre es preciso que deje el caliente seno de la madre. Pero creemos firmemente que el cambio vale la pena y que no se puede comparar el amor, la paz y las alegrías del cielo, con el peso del dolor y de la tristeza de la muerte (Rm 8,18). Que vivamos todos de tal manera que podamos escuchar a la hora de nuestra muerte las palabras de Jesús al buen ladrón, que hemos proclamado en el Evangelio: «*Hoy estarás conmigo en el Paraíso*» (Lc 23,43). Amén.

b) *Nuestros difuntos viven con Cristo*

Estas palabras, pronunciadas por Juan Pablo II en el cementerio de la Almudena de Madrid (2 noviembre 1982), consuelan nuestro corazón y le capacitan para entonar el Aleluya en el reo cuerdo de nuestros seres queridos que ya han visto plenificada su vida. En realidad en este mundo somos seres inacabados, imágenes a medio hacer, perfume en elaboración. Dios nos ha destinado a ser como Él, porque nos ha hecho a imagen y semejanza suya, y por tanto, también eternos, a parte post, es decir, en el futuro. No podemos ser eternos en el mismo sentido en que lo es Él que no tiene principio; pero cuando decidió que comenzara nuestro existir lo quiso como el suyo, a su imagen y semejanza, por tanto inacabables, esto es, eternos. «*El que come mi carne y bebe mi sangre no morirá nunca*» (Jn 6, 56).

Es verdad que cuando vemos morir al hombre presenciamos angustia, dolor, destrucción. Pero eso nos acaece desde este lado de la frontera. Lo que ocurre al otro no lo vemos, pero podemos pensar que los ciudadanos del Reino celeste no viven indiferentes ante el anuncio de la llegada de un nuevo ciudadano, sino que con expectación, cariño y ayuda, aguardan con ilusión que nazca el nuevo hermano, de los santos y ángeles y de Jesús y el nuevo hijo, ya realizado, o en disposición de su perfección, del Padre Celeste con el Espíritu y de María. Así lo cree la Iglesia que en el rito de la ofrenda del alma del moribundo a Dios invoca a todos los Santos y Ángeles para que vengan en ayuda de este hijo de Dios. ¿Pueden desoir esas :>raiones y súplicas, sin atentar contra su ardiente caridad participada del mismo Amor en el que viven?

Es lógico que dirijan sus oraciones de una manera especial en favor de aquel a quien Dios quiere salvar –y *Dios quiere salvar a todos*» (1 Tim 2, 4) -con un inmenso cariño, de una manera semejante a como esperan los hermanos mayores aquí en la tierra el nacimiento de un hermanito- y cuando el bebé recién nacido, llorando porque ha tenido que sufrir mucho para *pasar a mejor vida*, llega al mundo, todos se alegran y hacen fiesta. ¡Qué alegría, pues, en el cielo por el nacimiento de un nuevo hermano que, era necesario que sufriera y llorara para pasar también a su nueva vida, mejor y ya perfecta! ¿No sabíais que era necesario que Cristo padeciera para entrar en su gloria? (Lc 24, 26).

Mientras vivimos aquí, después de haber sido bautizados y por tanto, de haber recibido la semilla de Dios, nos vamos asemejando a Cristo que nos va transformando en Él por el ejercicio de la fe, la esperanza, el amor y por el Sacramento de su Cuerpo y de su Sangre. Toda la vida del hombre regenerado está en Cristo, en Él vive y de Él vive. «*Vivirá por mí*» (Jn 6, 57). Hasta el punto de que cuando el Padre mira al cristiano descubre en él un reflejo del Hijo. La adopción de hijo se perfecciona cada día más y el hombre va conquistando la herencia que el Padre le ha preparado antes de la creación del mundo (Hb 9, 15). Sólo resta poseerla, pero para esto es necesario que la imagen de Cristo soporte una última pincelada, un matiz final.

Si toda la vida del cristiano consiste en reproducir la vida de Cristo en sí mismo por la imitación, sólo llega a culminar, cuando, como Cristo, absorbe la muerte que Él sufrió por amor al Padre ya los hermanos. Por eso, para que el cristiano consiga tomar posesión de su herencia debe sufrir la muerte, no sólo místicamente como en el Bautismo, sino también físicamente como Él en el Calvario (Lc 24, 26).

Es entonces cuando, los que vivimos desterrados del Señor, terminamos nuestra peregrinación y destierro y llegamos a la patria definitiva y perfecta. Así nos lo dice san Pablo: «Mientras sea el cuerpo nuestro domicilio, estamos desterrados del Señor, porque nos guía la fe, no la vista. A pesar de todo estamos animosos, aunque preferiríamos el destierro lejos del cuerpo y vivir con el Señor (2 Co 5, 8-9). Ya esa meta quería llegar el Apóstol con ansia como escribe en Filipenses: «*Para mí vivir es Cristo y morir ganancia... Deseo morir y estar con Cristo*» 1,22-23).

Cierto. Nos espera la herencia del cielo y es muy provechoso para alentar nuestra esperanza en el destierro pensarlo y reflexionarlo y contemplarlo. Es lo que nos dice Santa Teresa, superfavorecida por Dios en esta vida: «Me aprovechó mucho para conocer nuestra verdadera tierra y ver que somos acá peregrinos, y es gran cosa ver lo que hay allá y saber dónde hemos de ir. Porque si uno ha de ir a vivir de asiento a una tierra, es de gran ayuda para pasar el trabajo del camino haber visto que es tierra adonde ha de estar muy a su descanso... y acaéceme algunas veces ser los que acompañan y con los que me consuelo los que sé que allá viven y parecerme verdaderamente los vivos y los que acá viven, tan muertos que todo el mundo me parece no me hace compañía"... (bis «Vida», 38.6).

Por esto en las Exclamaciones (13) dirigiéndose a estas almas les dirá: «¡Oh almas que ya gozáis sin temor de vuestro gozo y estáis siempre embebidas en alabanzas de mi Dios! Venturosa fue vuestra suerte... y qué envidia 's tiene mi alma..."

Y después a Dios: «Dadnos, Dios mío, Vos a entender qué es lo que se da a los que pelean varonilmente en este sueño de esta miserable vida... ¡Oh desventurados de nosotros, Señor mío!, que bien lo sabemos y creemos, sino que con la costumbre tan grande de no considerar estas verdades, son tan extrañas ya de las almas, que ni las conocen ni las quieren conocer".

Y termina el párrafo apostrofando otra vez a los Santos: «¡Oh ánimas bienaventuradas, que tan bien os supisteis aprovechar y comprar heredad tan deleitosa y permanente con este precioso precio!, decidnos: ¿cómo granjeabais con el Bien tan sin fin? Ayudadnos pues estáis tan cerca de la fuente, coged agua para los que acá perecemos de sed".

XVIII La Institución «AMOR y CRUZ»

1. Parábola del agricultor

Un agricultor está atareado en trasplantar naranjos. Tenía un huerto precioso hace unos años, pero de poco acá empezaron a languidecer; unos estaban amarillentos, otros con la raíz dañada, con hojas caídas otros y ninguno daba cosecha con plenitud: el que más daba unas naranjitas tan pequeñas que no eran comerciales ni llegaban a madurar...

Pero el agricultor quiere frutos. Más ¿de qué especie? Allí podría poner melocotones, o ciruelos, o perales, o transformar la tierra en huerta: coles, lechugas, patatas... Está dudando sobre la especie. y no llega a decidirse.

Un día decide: No me importa la especie de los árboles. Lo que quiero es cosecha. Además, como mi especialidad ya la tengo probada en el cultivo de naranjos, ¿por qué no voy a poner naranjos? Además, de la misma clase de los dañados. Arrancaré los malos y plantaré árboles jóvenes no maleados. Aquellos eran «navelinas», pues con las «navelinas» ahora...

Ya está decidido. Y comienza a trasplantar y reflexiona: ¿No habrá más diferencia entre un naranjo que no da fruto y otro que lo da lozano, que entre un naranjo y un peral los dos en plena producción?

¿Te parece poca la diferencia entre el no ser y el ser, entre el acto y la potencia?

Cuando Cristo habla de su Iglesia la llama viña. Y la diferencia que encuentra en su viña es que hay sarmientos que dan fruto y otros no porque están separados de la cepa (*Jn 15,5*).

2. ¿Diferencia específica o vida?

Si nos ponemos a buscar variedades, diferencias específicas en las familias religiosas, pronto nos topamos con la unidad de la cepa. A menos que nos limitemos a examinar las diferentes actividades. y entonces ya nos estamos activizando, que es dejarnos llevar del espíritu de la época -del que no es fácil liberarse -de materializar, analizar, clasificar...

Cuando una familia nueva en la Iglesia surge por el vigor del Espíritu, pienso que no tendrá necesidad de montar un tinglado nuevo que la haga un ser raro en la Iglesia. Corremos el peligro de convertir a la Iglesia en museo, o en granja, o en escaparate o en parque zoológico.

Esta necesidad no estaba atendida... aquí se ve la necesidad... niños, guarderías, colegios, hospitales, subnormales, ancianos, chicas desgraciadas, enfermos a domicilio, misiones, predicación...

¿Sabéis lo difícil que resulta encontrar una actividad nueva?

Pero ¿no nos estamos rigiendo por las leyes de la materia al pensar así?

Y me encuentro comunidades de todo tipo pero con escasa vida, con un ideal más bien bajo... árboles gastados... El agricultor no se empeñó en que habían de ser de otra

especie los árboles, ni tampoco fue terco en dejar en su huerto los árboles improductivos como hitos de épocas históricas: como metas, en fin; y los árboles no son metas, son medios, caminos... lo importante y necesario son los frutos.

A tiempos nuevos, medios nuevos, aunque el fin será el mismo: el Reino; su crecimiento; la levadura que fermenta (Mt 13,33; Lc 13,21); la sal que sale (Mt 5,13; Lc 14,34).

3. Ser corazón en la Iglesia

Si en la Iglesia hemos de ser corazón, ¡qué difícil le resultará a éste encontrar explicaciones de cara al anatomista, nuevas, de su función o de su elemento por él impelido, la sangre!

La vida contemplativa es el corazón que vivifica a la Iglesia con su sangre. Lo que importa es que funcione el corazón y que haga circular sangre viva por todo el Cuerpo Místico.

Aunque nos quedaría otra ocupación para los que tienen sed de clasificaciones, aunque mueran de inanición archivando datos, números, variedades. Analizar los grupos sanguíneos... Bien, con tal que la sangre sea viva, no me molesta saber a qué tipo pertenece...

Cuando contemplativos de hoy están exclamando desde su desierto que la crisis de la Iglesia, es crisis de oración, de contemplación. Cuando están protestando de tantas palabras y viajes y reuniones; cuando llegan hasta a poder escribir: ¡si los obispos rezaran!, ¡si los sacerdotes rezaran!

¿Os parece poca diferencia específica la que hay entre un ser vivo y un cadáver?

¿Os parece que podemos perder el tiempo en inventar nuevas especialidades no realizadas aún en la Iglesia, cubrir nuevos puestos desatendidos hasta el presente, añadir nuevos miembros al Cuerpo Místico para que después se corrompan por falta de circulación de sangre?

A mí me llena la vida conseguir engendrar la vida.

A mí me hace mucho efecto pensar que si la crisis de hoy es de contemplación, voy a poner la contemplación al día.

Y ésa será nuestra especialidad y nuestra específica diferencia: conseguir una familia de almas que hagan oración, que se dedique a Dios en el corazón de las masas.

Planear una forma de vida muy de hoy, y no del siglo XVI, en que la ocupación principal y la tarea cumbre sea contemplar. Contemplar, no llevar tal hábito; contemplar, no tras las rejas de hierro, sino en las rejas del dominio de los instintos; contemplar, no sobre paja, sino sobre colchón «flex», si a mano viene... Pero contemplar. Vivir en Dios, amar a Dios, hacer del Amor el dogal del alma.

4. La Institución será comprendida por quienes detectan la llaga moderna más perniciosa

No poner la contemplación en lo accidental y cambiante... Ésa es la especialidad que se propone la Obra *Amor y Cruz*.

Difícil de hacer comprender a ciertos espíritus... pero fácil a los que vivirán o viven en primera línea de lucha y sienten las necesidades de la Iglesia y detectan la llaga moderna más perniciosa.

La descomposición del catolicismo viene aceleradamente y se carga a todas las instituciones por muy originales que sean, o hayan sido, menos aquellas que estén ancladas en la sangre de Cristo que fluye y refluye de la oración.

Difícil hacer comprender, porque la vida no se encasilla, ni menos la vida trinitaria que invade al contemplativo.

Por lo demás, toda familia contemplativa tendrá su silueta propia, su estilo personal, su aire familiar.

En las familias humanas todos comen, duermen, hablan, trabajan, caminan, en esto no se diferencian, pero cada familia tiene su aire peculiar, que la distingue, en lo común, de las otras.

¿No podría ser ésta la nota específica que tendremos aún sin pretenderlo? Porque me da miedo proponerme tener tal aire; no me saldría natural y siempre sería una imitación y como todas, mala. ..«Bienaventurados nuestros imitadores porque de ellos serán nuestros defectos...»

Vida contemplativa, según la doctrina de los grandes maestros reconocidos por la Iglesia, pero vivida a nuestro aire de los años 80.

5. La originalidad está en la profundidad

Pero es más. Creo que hay más originalidad en la misma realidad más profundizada que en dos distintas realidades menos hondas. Pongamos por ejemplo la diferencia que hay entre un Cristo ordinario y el Cristo de Velázquez y la que existe entre un Cristo ordinario y un san Juan también corriente. Sobre la figura de Cristo el genio de Velázquez ha derramado tanta luz que la diferencia notablemente de la misma figura del artista vulgar.

Cuando santa Teresa quiso ayudar en serio a la Iglesia «venida a saber los daños de Francia de estos luteranos *V* cuánto iba en crecimiento esta desventurada secta («Camino», 1, 2), nada específicamente distinto pensó en fundar. Ni siquiera su obra gigantesca se llamará fundación, que está indicando novedad, sino reforma que habla de orden, forjada con siglos de tradición pero que su diferencia específica va a consistir en vivir lo que no se vivía. La antigua regla carmelitana había sido mitigada por la autoridad competente y, en el orden jurídico, por tanto, no estaba al margen de la ley. Veis aquí una diferencia específica del orden de la profundidad aunque no van a cambiar ni el nombre, ni el hábito (unas alpargatas por zapatos, tela de jerga por paño)...

Ya las Carmelitas les añadirá, al simple nombre de carmelitas, el calificativo de descalzas que a las primeras forzarán a llamarlas calzadas.

6. La originalidad de Santa Teresa está en el ser

Toda la originalidad de santa Teresa, *Mater spiritualium*, como la llaman en la Basílica de San Pedro junto a las otras imágenes de los Santos fundadores, estribará en diferencias esenciales -ser -: «y como me vi mujer y ruín e imposibilitada de aprovechar en nada en el servicio del Señor, que toda mi ansia era, y aun es que, pues tiene tantos enemigos y tan pocos amigos, que éstos fuesen buenos» (Ibid. 1, 2). Fuesen buenos; ser buenos amigos del Señor le pareció al Espíritu Santo que merecía la pena para inaugurar una reforma cuyo objetivo principal será: «hacer ese poquito que yo puedo y es en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese y procurar estas poquitas aquí hiciesen lo mismo...» (Ibid).

La ínclita orden carmelitana estaba mitigada por el Derecho y también por el abuso a que los exponía la pobreza que padecían, en gran parte, por su poca fidelidad al Señor.

La mitigación de la práctica de los consejos evangélicos, de los mandamientos, hoy no viene legalmente, ya que el Papa y el Concilio han proclamado y proclaman que es la vida de la Iglesia.

La mitigación viene por la misma degeneración de la vida, por el hedonismo que se nos infiltra a todos... Crisis de contemplación. Crisis de amor teologal.

7. La Iglesia sufre la influencia ambiental

Vivimos inmersos en un mundo y la Iglesia en ninguna época pudo liberarse de su ambiental influencia: la del medievo fue feudal, la del tiempo de Constantino fue triunfalista, y cuando predominó la burguesía los cristianos no se liberaron del espíritu burgués, ni del colonialista de su tiempo.

Hoy también corremos el peligro de confundir el espíritu de las bienaventuranzas con el sistema de los ficheros y de las cantidades, y de las clasificaciones basadas en la actividad, que es lo visible, pues no en balde vivimos en la edad de las especialidades. ¡Qué diferencia desde la época del «trivium» y «cuadrivium» a la de hoy con facultades de económicas, políticas, y de la información y el periodismo, y especialidades en todos los campos de la medicina...!

No confundamos el ser con el producir una acción. No es lo mismo producir una acción que realizar un acto. Un cerebro electrónico puede darnos acciones cuantas queramos, pero está radicalmente incapacitado para realizar un acto, actos internos, esfuerzos de dependencia, actos de amor, que es «la ley y los Profetas» (Mt 7, 12; 22, 40), que es lo único que Dios pide al hombre.

Puedo enseñar, predicar, hablar lenguas de ángeles, dar mis bienes en limosna, entregar mi cuerpo a las llamas; pero todo esto es nada sin amor (I Co 13).

«Mi vocación es amar» (Santa Teresa del Niño Jesús).

«Ya sólo en amar es mi ejercicio» (San Juan de la Cruz, «Cántico espiritual», 19).
¿Falta hoy amor en la Iglesia o sobra? Pero no faltan hospitales y guarderías y sínodos y nuevas estructuras, y confederaciones y consejos de Presbiterio, y divisiones, y subdivisiones y nuevos trajes, y congregaciones para todo (una de las dificultades que se ven más abrumadoras para las nuevas obras del Espíritu es la superpoblación de la Iglesia, la acumulación de familias que con los Siglos es lógico)...

Pero ¿me queréis decir por qué Con tantas atenciones atendidas y Con tantos números y clasificaciones no abunda más la vida del espíritu y el mundo galopa al ateísmo?

¿No estaremos todos confundiendo el ser Con el hacer, o el parecer que se hace?
¿No estaremos o habremos estado influenciados por la época del papel haciendo de la Iglesia obra de burocracia en vez de hacer obra de Amor?

8. Dificultades que encontró santa Teresa

A santa Teresa le costó muchas lágrimas y fatigas el refrendo de la Jerarquía a su Obra que no tenía más ideal que Dios y ayudarle a Dios. Parece que lo que más detenía a los Obispos era la abundancia de Ordenes y el temor de que, siendo pobre, no pudieran ser suficientes las limosnas para que todas viviesen. Eran tiempos de bajo nivel económico y se comprende sin una notable fe en el que alimenta a los pájaros y viste a los lirios... (Mt 6, 26-29).

Me pregunto si hoy, con más abundancia de medios materiales, santa Teresa no encontraría dificultades. Pienso que no las mismas pero sí brotadas de la misma raíz: falta de fe y de amor verdadero a Dios; excesiva confianza en lo humano, temor a correr el ridículo, a ser tildados de imprudentes, poco cautos...; poca confianza en quien puede hacer de las piedras hijos de Abraham (Mt 3, 9), y en que el Espíritu sopla donde quiere (Jn 3, 8) y que busca lo pobre y el estiércol para confundir a los fuertes... (1 Co 1, 27).

Falta de fe y de verdadero amor de Dios... que nos obligaría -el verdadero amor de Dios- a dejar la puerta abierta, con peligro de que se nos cuele algún intruso, por miedo de que se nos escapara algún pequeño portador de una chispa de amor de Dios.

9. Son más sagaces los hijos de las tinieblas (Lc 16, 8)

Por mucho que me esfuerzo no puedo concebir una empresa de intereses económicos que, ante el ofrecimiento de unos trabajadores que se brindan a trabajar gratis y poniendo ellos todos los instrumentos y manteniéndose ellos... con la sola condición de ser reconocidos como trabajadores por el Jefe de la Empresa, no acepte el ofrecimiento y, si lo acepta, lo haga como un trato de favor.

Pero lo que no se da en las empresas humanas ocurre en la Empresa que almacena para el cielo, entre otras muchas razones, para que se cumpla la palabra de Cristo: «que son más sagaces los hijos de las tinieblas que los hijos de la luz» (Lc 16, 8).

El mismo Jesús que le decía: «Ahora, Teresa, ten fuerte». «El demonio quiere estorbar esta fundación porque va a hacer mucho bien»... (bis «Fundaciones», 31, 11), ante la terca negativa del Arzobispo de Burgos, D. Cristóbal Vela, es el Jesús positivo

del «id y predicad» (Lc 10, 3; Mc 16, 15), del «levántate y anda» (Lc 5, 23), del «echad las redes para pescar» (Lc 5, 4), «os envío para que vayáis y deis fruto» (Jn 15, 16), el que los envía de dos en dos (Mc 6,7); el Jesús del «buscad y hallaréis» (Lc 11, 9), «llamad y se os abrirá» (Lc 11,9)...

El mismo «demonio que ponía todas sus fuerzas para impedir aquella fundación» es el que hoy y ayer dijo "no». «No vayáis». «No prediquéis». «No andéis», «espera». «No lances las redes, no es prudente, «no hay posibilidades naturales de pescar».

Os confieso que me sobrecoje el temor de estar influenciado por el espíritu del no y del detente o basta.

Y deseo que todos en la Iglesia caminemos con esa segura esperanza del que se sabe dominado por el soplo del Espíritu que hace brotar rosaledas en el estiércol.

10. Sintonía de «Amor y Cruz» con el Papa Juan Pablo II

La espiritualidad de *Amor y Cruz* sintoniza con la de Juan Pablo II, afortunadamente formado en la escuela mística española. Su Encíclica *Dives in Misericordia*, segunda de su Pontificado, tiene como trasfondo a san Juan de la Cruz. Quiere reconstruir el verdadero rostro de Dios que es Amor y Misericordia y quiere recuperar el Dios de Jesucristo que un tinte jansenista había desfigurado en estos tres últimos siglos, viéndolo con el rigor de la justicia, más que bajo el prisma del Amor.

La doctrina jansenista que tenía una concepción rigorista de la gracia y de la justificación, fue condenada por el Papa Inocencio X en la Bula *Cum occasione* y la Constitución *Regiminis apostolici*. Clemente XI exigió adhesión total a su Constitución *Vineam Domini* y por fin excomulgó a quienes no aceptaron la *Unigenitus*.

Pero, a pesar de todos estos cortes de la Iglesia al jansenismo, influyó notablemente en la concepción de la vida cristiana e incluso algunos santos canonizados llevan el sello de esta herejía. No escaparon los Seminarios y Noviciados que con ocasión del Vaticano II, han dado el bandazo opuesto, por la lógica ley pendular.

Contribuyó a la penetración del rigorismo la prohibición de los libros sagrados para reprimir la Reforma protestante, con el consiguiente falseamiento de la mentalidad cristiana.

Aquellos santos y maestros, como san Juan de la Cruz y santa Teresa, que se nutrieron abundantemente de la Escritura, han vivido y presentado la presencia de un Dios Amor, que ahora nos retorna Juan Pablo II en su reciente encíclica, que está llamada, junto con la renovación de los estudios bíblicos, a conferir un sello de confianza positivo de alegría y gozo, en la Iglesia futura.

Santa Teresa no fue comprendida en su tiempo. San Juan de la Cruz perseguido, encarcelado. Pues ambos han influenciado benéficamente a un gran Papa que reconoce lo que les debe a los dos. En su tiempo se temió su empresa. Hoy son gloria de la Iglesia.

Pidamos a Dios que por el temor de que sean falsos no vayamos tirando los billetes verdes o morados que vengan a nuestras manos. Alguno habrá falso. Pero ¿nos

puede cegar tanto ese temor que tire por la ventana todo el montón de billetes porque los hay falsos?

Santa Teresa sufrió mucho y dolorosamente porque desarrolló su vida mística singular en una época de alumbrados. Sus últimas palabras son como un suspiro que nos revela el temor de aquella gran alma: «al fin muero hija de la Iglesia».

Y a veces me pregunto si la canonización de los santos no es una obra de justicia reparadora que Dios fuerza a hacer a su Iglesia con sus santos. Primero los lleva a la hoguera, al tribunal... después a la gloria de Bernini.

Recemos por una Iglesia que no tema a los que abren caminos nuevos sino que los empuje y proteja. Que defienda a los santos en vida en vez de ensalzarlos después de su muerte.

11. La gestación de un ideal

Hace algunos años, un párroco joven, captó intensamente y con grandes deseos de extenderlo a los demás, el gran valor de la oración y el sacrificio en orden a un apostolado fecundo ya la eficaz transformación de los hombres.

Después de varios años de sufrimiento y de duda escribió unos Estatutos, hoy ampliados y editados, y los presentó el Arzobispo de Valencia, Dr. Olaechea, que los aprobó. Se congregó entonces un grupo de jóvenes, que ayudaron a crear una parroquia nueva en un suburbio de Valencia: La Parroquia de la Preciosísima Sangre.

El 15 de enero de 1962 autorizaba el Sr. Arzobispo de Valencia el comienzo de la fundación, y el 27 del mismo mes surgió la incipiente Institución: habían de ser religiosos y religiosas de nuestro tiempo, muy entregados a la vida de oración, pero con una forma y género de vida que no incluyera rejas, clausura, vivir en grandes edificios, hábitos, etc. Tal vez esto le vino al fundador de las personas a las que contagió la idea en la primera hora: capaces de dedicar dos horas diarias a la oración ya una vivencia profunda de fe, pero no de la vida en clausura ni otras modalidades accidentales.

¿Razón de ser de esta Institución? Que no falte la contemplación en la Iglesia por el mero obstáculo de esos «modos» accidentales. Llevar una vida de mucha hondura sobrenatural en un edificio actual, en un piso como cualquier vivienda, y dar allí el testimonio de una vida religiosa ordenada, orante, humilde, obediente. Vivir entregados a la Iglesia apareciendo externamente como los hombres de su edad y condición, haciéndose asequibles a quienes los necesiten, sin perder su intimidad. Los acueductos romanos prestaron un servicio en su tiempo; ahora hay pantanos y tuberías modernas. Lo necesario es que el agua llegue y no falte, porque si llegase a faltar, el mundo moriría de sed.

Aunque la Obra se estuvo gestando en el silencio, la oración y el dolor, unos cuatro o cinco años, prácticamente es contemporánea del Concilio Vaticano II, y esto no es un dato circunstancial. Ya en 1964 se abrió en Teruel la segunda casa, con autorización del Sr. Obispo, Fr. León Villuendas.

Hasta entonces la Institución funcionaba sólo en su rama de mujeres, pero el fundador la había pensado de forma muy amplia, para que pudiera albergar a todos los estamentos sociales. Cuatro ramas: una de religiosos, otra de religiosas, y dos Institutos Seculares, masculino y femenino. Y además un grupo de hombres y mujeres que vivan más ampliamente, casados o célibes, el espíritu de la Obra.

A partir de 1966 comenzaron a funcionar las ramas de los hombres, y los dos Institutos Seculares. Cinco años después (1971) se abrió casa en Barcelona.

Aunque la Institución da importancia principal a la vida contemplativa, también ejerce algún apostolado: en Teruel funciona una residencia de estudiantes. En todas las casas se dedica tiempo a propagar las buenas lecturas, y cada miembro de *Amor y Cruz* ejerce la profesión para la que está capacitado.

La espiritualidad con la que se nutren es la de san Juan de la Cruz y santa Teresa de Jesús, junto con la de santa Teresita, de la que recogen su ofrenda de víctima al Amor. Aparte, naturalmente, de la Sagrada Escritura, Doctores de la Iglesia, Magisterio eclesiástico, etc. Con estas ayudas, *Amor y Cruz* viene a frenar la alerta roja de oración, a alzar la bandera de la oración como fuente de energía, manantial de alegría, causa integradora del hombre, solución de todos los problemas, porque los enfrenta desde el Corazón Omnipotente de Dios.

La Obra está abierta a todas las corrientes que aporten vida, belleza, progreso, cultura; trabaja y considera buenas todas las actividades para santificarse y ayudar a la sociedad, aprovechando instituciones ya existentes, practicando la pobreza de no ser empresa en ningún ramo, ejercitando el apostolado con la pluma, el libro, la propaganda, sin preocuparse de ningún problema humano.

¿Qué hace falta para pertenecer a la Institución *Amor y Cruz*? Buena voluntad, y sintonizar con su ideal. No se precisan estudios ni hay límites de edad o de condición. Los domicilios de los Institutos Religiosos a donde puede pedirse mayor información son:

Sanjuanistas de «Amor y Cruz»: Ronda San Antonio, 28-30,5.0 2.-
Barcelona-I. Teléfono (93) 3299205.

Teresianas de «Amor y Cruz»: Ronda San Antonio, 28- 30,6.0 2.-
Barcelona-I. Teléfono (93) 3299204.

C/Castellón, 1, 2.. -Teruel. Teléfono (974) 602980.

Avda. Lisboa, 14, 6.. C dcha. -Alcorcón (Madrid). Telé- fono (91)
6197222.

C/ Ramón Gordillo, 3, 18.. -Valencia-10. Teléfono (96) 3699507.

Amor y Cruz quiere responder a la llamada a la santidad, lanzada por el Vaticano II (ter «Lumen gentium», 5) a todos los cristianos, con un ideal altamente contemplativo, en un trabajo ordinario y común en medio del mundo.

La Institución ha sido bendecida y aprobada por el Cardenal Arzobispo de Toledo, por el Cardenal Arzobispo de Madrid, por el Cardenal Arzobispo de Barcelona, por el Arzobispo de Valencia y por el Sr. Obispo de Teruel. –

12. Entrevista en el Diario «Lucha» de Teruel y en Radio Teruel (26 enero 1976)

*Si el Señor no edifica la casa se cae estrepitosamente el edificio.
La aportación de Amor y Cruz a la Iglesia actual y futura está en que no
falte la contemplación por el obstáculo de modos accidentales.
Declaraciones de su fundador, padre Jesús Martí Ballester.*

«Nos don Damián Iguacén Borau, por la Gracia de Dios y de la Sede Apostólica obispo de Teruel y Administrador Apostólico de Albarracín, considerada atentamente la instancia presentada por el reverendo don Jesús Martí Ballester, por la que solicita la aprobación y erección canónica en nuestra diócesis de la institución *Amor y Cruz* en Pía Unión, teniendo en cuenta las razones alegadas y que en la prolongada residencia en la ciudad de Teruel de miembros de dicha institución, hemos podido experimentar el espíritu laudable que les anima, su acendrada piedad, espíritu de oración e influjo pastoral beneficioso para las almas, que nos movió a concederles el privilegio de oratorio semipúblico en favor de la rama femenina en nuestra ciudad, causas éstas que fueron atentamente estudiadas con anterioridad en la archidiócesis de Barcelona, donde fue aprobada y canónicamente erigida la Pía Unión *Amor y Cruz*, por el eminentísimo señor Cardenal-Arzobispo de aquella archidiócesis, examinados diligentemente los estatutos que nos fueron propuestos y que han merecido el dictamen favorable del fiscal diocesano por hallarlos en todo conformes con las normas canónicas, por el presente, oído el voto de nuestro Visitador episcopal de religiosas, licenciado don Tomás Guillén Pastor, aprobamos y erigimos canónicamente en nuestra diócesis de Teruel y Albarracín la Pía Unión Amor y Cruz, con sus dos ramas, masculina y femenina, que se regirá por los Estatutos propuestos que asimismo aprobamos y mandamos observar fielmente. »En virtud de esta nuestra erección canónica, la Pía Unión de Amor y Cruz, a tenor de los cánones 687 y 691 del Código de Derecho Canónico, gozará en nuestra diócesis de propia personalidad jurídica y de capacidad para adquirir, poseer y administrar bienes temporales, conforme a las prescripciones canónicas.

»Esperamos que esta nuestra aprobación y erección, estimule a los miembros de la Pía Unión en nuestra diócesis, a seguir trabajando para su propio perfeccionamiento espiritual y por los demás laudables fines que la institución se propone.

»Dado en Teruel, a 11 de diciembre de 1975».

Con este documento, cuya copia textual acabamos de ofrecer al lector, monseñor Iguacén Borau aprobó y decretó la erección canónica de la Obra en Teruel.

Hoy, para hablar de ella, traemos a nuestras páginas a su fundador, el reverendo don Jesús Martí Ballester, un sacerdote que no sabría decir a ciencia cierta qué es, pero que tiene algo poco corriente que mueve en seguida al diálogo abierto.

-¿Teresianas de Amor y Cruz son una Congregación o una Orden?

-Ni lo uno ni lo otro. Son una Pía Unión, porque en el actual Derecho Canónico así comienzan todos los institutos religiosos.

-¿Dónde, cómo y cuándo nació esta Pía Unión? -Siendo yo muy joven sacerdote y párroco, capté muy intensamente y con grandes deseos de propagar- lo, el gran valor de la oración y el sacrificio en orden a un apostolado fecundo y eficaz transformación de los hombres. La predicación no surte efecto por lo que se dice sino por lo que se es, por

la fuerza del espíritu porque va ungida. San Pedro, el día de Pentecostés, con un sermón convirtió a 3.000 personas, cuando nosotros, con 3.000 sermones no convertimos a una sola. Entonces vinieron unos años de sufrimiento y de duda, porque yo veía algo; pero ni acababa de ver qué era, ni cómo había de darle forma.

-¿Cuándo llegó usted a ver claro? -Por fin escribí unos breves estatutos y los presenté, con sumo temor, al señor Arzobispo de Valencia, doctor Oleachea, que los aprobó, con gran alegría de mi parte, pues el mío era un sueño erizado de espinas y difícil de realizar. En seguida reuní a un equipo de jóvenes que me ayudaron titánicamente en la creación de una nueva parroquia en un suburbio de Valencia, la Malvarrosa, parroquia de La Preciosísima Sangre. Exactamente estos días se han cumplido los 14 años.

El 15 de enero de 1962, autorizaba don Marcelino Olaechea el comienzo de la fundación, y el 27 de enero vio la primera luz en Valencia la incipiente institución.

-¿Qué finalidad y modalidad nueva aportan a la Iglesia ya la sociedad?

-Deseaba yo que fueran unos religiosos y religiosas de nuestro tiempo. Muy entregados a la vida de oración, pero sin desentonar con la forma moderna. «*Vino nuevo en odres nuevos*» (Mt 9,17). Estaba yo muy preocupado por crear una forma, un género de vida que no sólo no ahuyentara de la oración a las generaciones jóvenes, sino que la hicieran posible y atractiva.

Serían unas religiosas y religiosos de mucha vida interior, pero sin necesidad de rejas, ni de grandes caserones lóbregos, ni de hábitos, ni de otras formas producto de pasadas épocas.

Quizás esto me vino de las personas a quienes logré contagiar la idea en la primera hora: eran ellas capaces de dedicar dos horas diarias a la oración ya una vida cristiana profunda, pero no hubieran resistido ni los hábitos, ni la clausura, ni otras modalidades accidentales que, a fin de cuentas son eso, accidentales.

Se me planteaba entonces el problema: ¿Lo accidental será obstáculo para lo esencial? Ésta es la razón de ser de la Institución. Que no falte la contemplación en la Iglesia por el obstáculo de los modos accidentales. *Ahí creo que está la aportación de Amor y Cruz a la Iglesia actual ya la futura, y en definitiva a toda la sociedad, porque si el Señor no edifica la casa, se cae estrepitosamente el edificio.*

Una forma de vida acorde con los tiempos, vivida con mucha sencillez y una profunda hondura sobrenatural. «*Vino nuevo en odres nuevos*», repito. Lo que viene a ser el Evangelio respecto a la Ley antigua.

Poder situar en el centro de un edificio actual una vida comunitaria en un piso, igual que vive cualquier familia, y dar el testimonio de una vida religiosa, ordenada, orante, humilde, obediente en medio de la masa. Poder estar entregados a la Iglesia vestidos como los de su género, edad y condición. Teniendo acceso a ellos sin dificultades cualquier persona. Haciéndose asequibles a quienes los necesiten sin perder su intimidad. Los acueductos romanos prestaron un servicio en su tiempo, éste ya pasó.

Ahora hay pantanos y tuberías modernas. Lo necesario es que el agua llegue y no falte, porque si llega a faltar, el mundo se moriría de sed.

-Nos lo ha dicho claro. Padre, ¿no cree que se adelantó al Concilio Vaticano II?

Así es, sin duda. Amor y Cruz nació en 1962, y el Concilio en 1964. Aparte de que antes de aparecer la Obra a la luz, estuvo gestándose bastantes años en silencio, la oración y el dolor, lo menos durante cinco años. Pero en realidad va con el Concilio y con él se desarrolla.

-¿Desde cuándo están ustedes en Teruel? -El 5 de noviembre de 1964 ya estábamos en Teruel con autorización del obispo fray León Villuendas. Estamos aquí, por tanto, once años y tres meses.

-¿Sólo mujeres en la Institución? -Hasta el año 1966, sólo está integrada la Institución por mujeres en comunidad; pero yo concebí la Institución como algo muy amplio: deseaba que pudiera albergar a todos los estamentos sociales. Cuatro ramas: una de religiosos, de religiosas otra, y dos Institutos Seculares, masculino y femenino. Los sacerdotes podrían ser o bien religiosos, o del Instituto Secular. y aparte de las cuatro ramas, un grupo de hombres y mujeres que vivan más ampliamente en sus casas, casados o célibes, el espíritu de la Obra.

Al ser trasladado yo a Carcagente de párroco, se me abrió un horizonte para conseguir el objetivo. En efecto, allí nacieron los chicos, los hombres y las mujeres.

-Me parece que tienen ustedes casas en Barcelona, ¿es así?

-Hablé en Roma, en la embajada de España, con don Marcelo González, actual cardenal primado y entonces arzobispo de Barcelona. Le confié mis intenciones y de inmediato inauguramos en aquella diócesis la primera comunidad de los jóvenes y abrimos otra casa para las jóvenes. El Señor nos bendice con algunas vocaciones y conseguimos muy pronto la aprobación y erección canónica. Uegamos el 7 de agosto de 1971 y la aprobación se dio el 12 de agosto de 1972. Al mes de la aprobación, se nos fue al cielo la primera teresiana de Amor y Cruz. Esta muerte nos apabulló y al mismo tiempo nos llenó de esperanza. Dios probaba la Institución apenas nacida. El grano de trigo dará su cosecha.

-¿y en Teruel, durante este tiempo, cómo va la Institución?

-Va abriéndose camino en medio de dificultades. -¿Desarrollan ustedes algún apostolado?

-Sí, en efecto. La Institución aunque va a dar una importancia principal a la oración, diríamos a la vida contemplativa, quiere también ejercer algún apostolado. En Teruel se optó por montar una pequeña residencia de estudiantes. Se empezó en la calle de los Mártires, y se trasladó la Comunidad y residencia a la calle de Castellón, donde actualmente viven. Se les procura a las residentes un clima de hogar y creo que se les hace un bien. Hasta el presente habrán pasado por la residencia un centenar largo de jóvenes.

-Los que no tienen residencia, ¿a qué se dedican? -De momento a sus propias profesiones. Los que son maestros, ejercen el magisterio; algunos son administrativos, otros hacen labores manuales en casa o trabajan en clínicas.

-En Teruel, ¿tienen ustedes oratorio? -Monseñor Iguacén Borau, que ama de veras la Institución, le concedió el privilegio de oratorio semipúblico el 14 de febrero de 1975, y el 7 de mayo se celebró la primera misa en él por el vicario general, el rector del Seminario, el párroco de San Andrés, el de Villastar y el fundador. y por último el 11 de diciembre del año pasado, el mismo prelado aprobó y decretó la erección canónica.

Tan fundamental acontecimiento, había que celebrarlo. Así se hizo el día 19 con una concelebración que presidió el señor Obispo y en la que tomaron parte el señor vicario general, el visitador de religiosas, don Pedro Piquer; don Alejandro Burzuri y el fundador. El señor obispo, en su sentida y bellísima homilía, nos dijo que había aprobado muy gozoso esta obra que venía a ser un testimonio de la importancia de la vida interior, en medio de la algarabía actual, y un aldabonazo a la diócesis que si quería hacer pastoral tenía que vivir antes la vida interior, y deseó y pidió a Dios que dé crecimiento a estos principios humildes.

-Si yo estuviera interesado en ingresar en la Pía Unión Amor y Cruz, ¿qué condiciones tendría que reunir, qué me exigirían?

-Simplemente el deseo y la sincera voluntad de darse a Dios en este ideal.

-¿Quiere añadir alguna cosa más? -Réstame dar las gracias a todos cuantos han colaborado. De una manera especial al señor obispo ya su vicario general. Deseo solicitar la colaboración de todas las almas buenas que buscan sinceramente la verdad, para que nos ayuden a consolidar esta Institución que, como un recién nacido, necesita más cuidados, alientos, estímulos y ayuda. Creo que cuando el Espíritu Santo envía una chispa a su Iglesia, es deber de todo cristiano no sólo no apagarla (esto sería tentar a Dios), sino soplar para que crezca el fuego porque Él lo da para bien de su Iglesia y del mundo.

-Padre Jesús Martí, muchas gracias. -*Jenaro Lahuerta*

13. La revisión

Hemos creado una Obra por una necesidad de expansión espiritual; la hemos pensado con una gran vida interior; con un extraordinario fervor de oración y con una austeridad humana y atrayente.

La Obra funciona y va dando unos pasos bastante seguros y dentro de poco tomará un rumbo por el que se le abrirán caminos de difusión.

Pero nos preocupa la vida interior de cada hijo y queremos que todos se den cuenta de lo que importa la revisión que cada uno ha de hacer de la suya. En un coche al emprender un largo viaje revisamos sus puntos clave: motor, ruedas, aceite, carburador. En la persona humana, después de un cierto período de rodaje, hay que revisar también: oración ¿cómo va la oración?; mortificación; corazón; amor propio... distintas virtudes...

El perfecto funcionamiento de cada elemento vital da una armonía a la Obra. Le da garantía de crecimiento y de influencia en el ambiente. Tiene mucho atractivo ver a todos los miembros de la Obra viviendo con sencillez y constancia y alegría su profesión y su entrega. Así se expresa el autor de la Imitación: «Cuán alegre y dulce cosa es ver los fervorosos y devotos hermanos con santas costumbres y en observante disciplina». Pero también se lamenta él mismo de la nota discordante de los que no viven como profesaron: «¡Cuán triste y penoso es verlos andar desordenados y que no hacen aquello a que son llamados por su vocación!»

No deja de ser difícil hoy guardar todo lo que el Señor nos ha ido inspirando como líneas constitutivas de la Obra. Pero si no se guardan ellas, no tiene nada que hacer y no es necesario que luchemos para institucionalizar algo que no nace con la seguridad de aportar a la Iglesia lo que está haciendo falta y es para lo que el Señor nos llama.

Cuando más abiertamente vemos el desprestigio de la vida de oración, de entrega virginal a Dios ya la Iglesia, y más en quiebra vemos la obediencia y postergado, olvidado y ridiculizado lo sobrenatural, más nos confirmamos en la divina elección de nuestro pequeño rebaño para testimoniar a un mundo hostil ya una Iglesia en crisis los valores verdaderos, perennes y únicos que han de rejuvenecer a la Esposa de Cristo.

Verlo así es acrecentar nuestro ideal y centrar más nuestras energías en el claro testimonio que queremos ser y que se nos ofrece oportunidad actualísima de dar.

14. Al despedirme de Sinarcas, donde se incubó la Obra (6 de agosto de 1961)

Mis últimas palabras de hoy, al despedirme de vosotros, quisieran resumir el inmenso caudal de las que os he dirigido en el transcurrir intenso de estos años en que os he dirigido. No podría lograrlo porque en las horas del corazón pierde firmeza la cabeza y, a su pesar, es arrastrada por el empuje de los sentimientos. ¿Y no es la despedida la hora singular del corazón? Por eso, siendo preciso hablar, a fuer de cortesía, recapitularé mi vivencia entre vosotros en cuatro densos apartados, que no quieren agotar la materia sino sólo esbozarla y sugerir Ideas.

He trabajado. -He sufrido. -He gozado. -He faltado.

He trabajado. Con cabeza, con corazón, hasta con pasión, con obediencia, con perseverancia, sin desfallecimientos, pese a las dificultades, venciendo innumerables obstáculos, en soledad.

He sufrido. Mucho. No se puede medir. Dios lo sabe. Por Él ha sido. Me han hecho sufrir las circunstancias, los enemigos, los amigos, todos. Unos de una forma, otros de otra.

He gozado. También he tenido alegrías. Algunas intensísimas. Alegrías en el confesonario, en el despacho, alegrías viendo crecer el grano sembrado con llanto y regado con sudores.

He faltado. No quiero afirmar que he hecho todo lo que debía. Ni que no he hecho lo que no debía. No. Tengo conciencia de muchas flaquezas. Todas las detesto. A la

misericordia de Dios las confío ya la indulgencia de quienes se hayan molestado por ellas o de quienes hayan recibido escándalo, aunque sea *pusillorum*, de los débiles.

Han sido años intensos. Para muchos de vosotros decisivos. Para mí -los más floridos de mi vida -muy ricos.

A todos soy deudor. A quienes me han amado y me han hecho bien. Y más a los que me han odiado y me han hecho mal. Sin ellos pensarlo me han enriquecido.

Me voy de Sinarcas más rico en el alma que vine. Y esa riqueza me la dio Dios en contacto con vosotros ya cambio de vuestros desdenes. ¡Cómo no os voy a amar! ¡Cómo os voy a poder olvidar! Vuestra vida está inevitablemente entrelazada con la mía! Todos lleváis algo mío. Yo llevo en mí algo de todos: méritos de desdén, gracias de vuestra oración y entrega generosa. Unas relaciones invisibles, pero reales, hay entre nosotros y durarán toda la eternidad. Esto es maravilloso.

Me voy, pero me quedo. La orientación que he dado a la Parroquia queda constante en libros, en instituciones, en costumbres nuevas. Espero seguir estando con vosotros a través de mis ideas que tenéis -aunque no queráis -en vuestra alma sembradas. Y regadas con mis lágrimas. ¡Oh el poder fenomenal de las lágrimas! A las almas sólo con lágrimas y gemidos se las puede engendrar, reconquistar, santificar. El auténtico padre ha de llorar mucho y muchas veces la muerte de sus hijos, como lloró la viuda de Naím la del suyo, hasta que con sus lágrimas conmovió el corazón de Dios para restituírle la vida (Lc 7,13).

Lágrimas y suspiros de mi altar y de mi despacho. ¡Altar y despacho! ¡Oh si al menos en esta hora oceánica de la despedida pudieseis hablar! -¡Oh si tuvierais conciencia del valor de estas lágrimas!, os juro que no han sido efecto de enfermedad, ni de causa natural, sino don de Dios inmerecido -lloraríais vosotros hasta lograr detenerme! Tengo un escrito muy íntimo que os voy a leer: «¿Viste llorar a tu Padre y pensaste que aquello no tiene importancia? Sí, tú sentías una emoción que no puedes definir... Pero en tu vida no influían aquellas lágrimas después. Te sentías igual de cobarde y sufrías las mismas caídas...

Pues yo te aseguro que esas lágrimas serán fecundas. Ellas son semillas depositadas en tu alma. Pasarán unos años... yo no lo veré todo en la tierra. Pero; verás ¿qué cosecha a costa de la vida de tu Padre...!

¡Qué feliz soy sabiendo que sembrando mis ideales, que son los de Jesús, con lágrimas, los cosecharé realizados en tu vida, con infinita alegría!

Tengo fe en la fecundidad de las lágrimas de dolor y de amor.

A Dios rogaré por vosotros. Pedid por mí. Me tendréis a mano en Valencia.

Perdonad si fui duro a veces. Me impulsaba el amor. Amor sincero y verdadero. No me he buscado a mí. Siempre vuestro bien me guió. Como Gregorio VII al morir que dijo: «Dilexi iustitiam et odi iniquitatem propterea morior in exilio», amé la justicia y odié la iniquidad por eso muero en el destierro, puedo yo decir que mi corazón vive desterrado por haber amado la justicia y la santidad y haberlas querido para vosotros.

Que vosotros seáis o no agradecidos es cosa que no depende de mi voluntad sino de la calidad de vuestro corazón.

Si hoy comenzara a gobernar la parroquia seguiría el mismo camino que hoy dejo.

Continuaré siendo vuestro padre y vuestro hermano y vuestro amigo cuando me busquéis, si me buscáis.

Obedeced, respetad, amad a mi sucesor. Él ha de recoger mi cosecha. Dios os bendiga.

15. Primeros balbuceos de la Obra.

Visita Pastoral. Memoria de la parroquia
de la Preciosísima Sangre de Valencia (año 1966)

Señor Obispo Auxiliar:

Ha podido comprobar la alegría con que la Parroquia le ha recibido, lo que le da idea de que se le esperaba con ilusión y fe en su visita como representante de Cristo.

Le damos las gracias porque ha pensado en nosotros, recién nacidos, la Parroquia más joven del distrito, porque ha venido a vernos ya impartirnos sobrenaturales regalos. Le rogamos transmita al Sr. Arzobispo nuestra alegría y gratitud.

Y ahora me permito, junto con el informe de la marcha de la catequesis parroquial, recapitular lo más sobresaliente de estos cuatro años de vida de esta parcela de su diócesis, con la mira puesta en llenar este acto que, forzosamente ha de ser breve.

y así, a la vez que el Sr. Obispo, abarcará en visión rápida, el verdear del pequeño sembrado, nos sentiremos, todos, cura y feligreses, estimulados con el hecho, comprometidos con lo empezado, expectantes de la acción de Dios en su viña para acompañar a los suyos nuestros pasos, y el alto en el camino de la Visita Pastoral, el refrendo jerárquico de lo bien caminado, o la corrección sobre lo menos acertado, la idea nueva o el mejor enfoque, será punto de partida de una mayor generosidad en el *ora et labora* de todos en nuestra conjunta acción parroquial.

Aunque la fecha de nombramiento del primer Cura fue el 8 de julio de 1961 no se puso en marcha la Parroquia hasta el 3 de octubre.

El Sr. Arzobispo, a ruegos míos, había pedido dos veces por escrito al P. Provincial de S. Juan de Dios su iglesia. Tardaban en responder.

Yo, impaciente, buscaba sitio donde poder comenzar. No había ni una sola planta baja apta, porque todas eran viviendas. Solicité de la Inspectora utilizar un aula del Grupo Escolar; se me informó que era necesaria solicitud al Ministerio de Educación que ella no avalaría.

Entretanto pasa julio, agosto y septiembre... Yo hago repetidas visitas a mi Parroquia, sin poder hacer por ella otra cosa que sufrir.

Día 2 de octubre. Saludo al Dr. Segura, le expongo la situación y le pido comenzar en su Capilla. Gozosísimo me dice que está a mi disposición y me presenta a la Comunidad de Religiosas y se convierte en un feligrés extraordinario.

El día 3 de octubre, dije mi primera Misa en la Parroquia ante dos feligreses. No fue casualidad que se celebrara ese día la fiesta de Santa Teresa del Niño Jesús.

El 8 de noviembre comprendí que no podíamos seguir en la Clínica y estuvimos ocho días sin tener donde reclinar la cabeza. El Sr. Cura de María Inmaculada me ofreció su templo para que celebrara allí los cultos. Así estuvimos noviembre y diciembre.

El 1.º de enero de 1962 comenzamos en S. Juan de Dios.

Hasta ahora, ¿qué labor podía hacer la Parroquia? Sin embargo algo hicimos: Yo llamé a muchas puertas de la ciudad buscando ayuda para la Parroquia desolada. Pedía colaboración apostólica: la pedí a la Parroquia de Santo Tomás, a la de San Agustín. Me decepcionaron. No tenían apóstoles con esa generosidad.

Las únicas que respondieron las Hermanas Nazarenas que se comprometieron a hacerme el fichero. Y martes y viernes por la tarde, algún día lloviendo, no me fallaron. Fueron mi único consuelo por aquellos días tristes. Su labor de fichero es continuada por un grupo de estudiantes de la Escuela de Asistentes Sociales.

El 15 de enero pido al Sr. Arzobispo permiso para que bendiga a unas chicas que están dispuestas a ayudar a la Parroquia viviendo en comunidad con un reglamento. Me autoriza y el 27 de enero llega la primera, y seguirán viniendo hasta ocho, las Teresianas de Amor y Cruz.

Un matrimonio está desde primera hora en apoyo de la Parroquia. Hay alguna otra que le seguirá. Comenzamos a vender lotería ya atender a algunos enfermos: un pobre semiparalítico que vive en una chabola es atendido exquisitamente. Empezamos a hacer beneficencia, aunque no nos podemos hacer cargo de Cáritas por no tener sitio donde distribuir. Van a los Angeles ya Vera, hasta marzo de 1962. A partir de esa fecha en un chalet junto a la playa, fuera del término parroquial, damos la Ayuda Social Americana. Mi gratitud a doña María que, coja y todo, distribuye la leche.

¿Podríamos hacer catecismo? Lo hicimos. El colegio de la Pureza, al que solicité ayuda, me envía seis colegialas.

Se ofrece un Sacerdote Operario para venir con un grupo de Normalistas.

Dos o tres chicas de la Parroquia acompañan a las de la Pureza los primeros meses. Hasta que se cansan y dejan de venir. También se cansan los Normalistas del Operario y los Congregantes del P. Sarrias y los Colegiales de S. José del P. Badell.

Entonces tienen que hacer catequesis las Religiosas. Urge una labor de captación. Van por las calles, cantan y recogen a los niños. En plena calle les hacen el Catecismo y en la huerta, cuando ya terminan llevo yo y resumo. Así una temporada. Los feligreses van viendo con simpatía aquella ilusionada labor. Ya viene un grupo grande.

Unos 80. Los llevan a la iglesia. Ni vacaciones hay. Compramos un proyector y, con ayuda de un tocadiscos, en la Sacristía de S. Juan de Dios hay proyecciones.

La preparación para la Primera Comunión es un capítulo aparte. Inmediatamente después de Pascua sesión diaria hasta Corpus.

La visita a las escuelas. Ahí es donde se hace labor. Todos los viernes visito las clases. Me ayudo últimamente de un magnetofón.

Los primeros viernes. Los jueves primeros de mes confiesan. Los primeros tiempos en el mismo despacho del Director del Centro.

Y todos los años para preparar su cumplimiento Pascual tienen Ejercicios Espirituales.

Los Ejercicios Espirituales a los niños. En sus cuadernos hacen los resúmenes que son premiados.

«Alehuya». Se reparte a domicilio cada domingo. Supone un gran esfuerzo por catequizar y tener constante diálogo con los feligreses. Se han repartido durante cuatro años 212 números, con un total de 148.400 ejemplares.

«P. P. C. Folletos». Se vendían a domicilio 20 al mes durante dos años con un total de 480.

«Familia Cristiana». Cien mensuales durante medio año, con un total de seiscientos números.

Ejercicios Espirituales adultos. Se tienen cada año. *Fiesta de la Titular.* Fue la primera procesión de la Parroquia.

Cáritas. Por la Hoja de la Caridad hemos recibido y distribuido 13.195 pesetas. Mensualmente se reparten los productos de Ayuda Social.

Transformación interior. Es a lo que apuntamos. Hacer una comunidad viva basada en la Eucaristía y expandiéndose en la caridad apostólica. Fundamentamos todo en oración. Las necesidades de la Parroquia son llevadas, antes que ante nadie, ante Dios. Todos los días, en la Bendición Eucarística rezamos por las necesidades de la Parroquia y siempre hacemos lo mismo ante problemas de alguna calidad. Desde que supimos tendríamos Visita Pastoral, por ejemplo, hemos pedido por el éxito de la misma, por eso infaliblemente esperamos abundante fruto de ella. Ofrecemos la misa *pro populo* casi todos los domingos, aun no teniendo obligación, porque juzgamos que la necesidad es mucha en nuestro pueblo. y aun en fiestas y días de precepto suprimidas. 160 llevamos celebradas. Este pormenor no lo omito ya que servirá de consuelo al Sr. Obispo.

Por Navidad. Cada año se les envía a todos los feligreses una estampa de felicitación a domicilio.

Celebramos cada año cursillos para los padres y niños de Primera Comunión, con carta de invitación personal del Párroco.

Celebramos *Bautismos comunitarios* con catequesis. En todos los funerales hay homilía.

Raro es el día que no hay homilía o meditación.

Es de destacar el funeral de Juan XXIII con carta abierta del párroco. Se volcó la feligresía.

Hijas de María. Terminado el fichero las asistentes Sociales recorren las casas donde hay chicas para reclutar Hijas de María.

y comenzaron 16. Con ellas se tiene reuniones semanales de formación.

Conferencias de s. Vicente de Paúl. Comienzan a visitar pobres. Me reúno con ellas semanalmente en las Reo paradoras. Colocan a una ciegucecita, llevan a una familia a Lourdes, etc.

Las Reparadoras me van dando ornamentos.

También las Nazarenas. y la Parroquia de S. Agustín. El banco del Corazón de Jesús del Mensajero nos regala: Cáliz, copón, armonium y casulla.

La comunión de los Primeros Viernes a los enfermos, fue la primera acción parroquial.

El Arzobispado ofrece 10.000 pesetas para adquirir Casa Parroquial.
Se funda una Biblioteca Parroquial.

Y contamos con la valiosa ayuda de las Hermanas en los actos de culto.

Las *suscripciones parroquiales* nos dan al año unas 4.000 pesetas.

Se celebran las *XL Horas* con invitación a los Hermanos de San Juan de Dios ya las Comunidades cercanas.

Cuatro proyectos templo esbozamos.

1.º Patio de la escuela. Se envió a Madrid la solicitud.

2.º D. Luis Ibáñez de Lara, Presidente del Consejo de la Caja de Ahorros me promete sondear construcción de bloque viviendas y Parroquia.

3.º Chalet de D. Víctor González. Primero me pide dos millones, luego dice que no quiere venderlo.

4.º San Juan de Dios.

La Niña de la Malvarrosa organizó *un festival* que produjo 7.000 pesetas.

Para crear *Clavarios* de la fiesta Titular visita el párroco casa por casa.

El 17 de julio de 1963, el Sr. Vicario General bendice la Casa Parroquia!.

Las Hermanas dirigen un *taller de corte, confección y bordado.*

Se establecen turnos de *limpieza templo*. Hay ensayos de cantos litúrgicos en los colegios y en los actos de culto inmediatamente después y antes.

Se ha preparado la *Confirmación de los niños* con veinte catequesis.

Además se les envía a los padres carta y tienen reunión en que se les habla de la importancia del Sacramento de la Confirmación.

Son visitados todos los domingos los feligreses por las religiosas, que tienen enterado al párroco de todo. Pero aparte él va visitando también. Por ejemplo, para invitar a la Visita Pastoral han sido visitadas las familias.

Al rendir término al viaje de nuestro inventario nos sentimos abrumados ante la infinita Providencia de Dios que nos ha utilizado como instrumentos de esta acción suya. A Él la Gloria. Porque ¿no es de Él que hayamos podido hacer esto por Él; y no es misericordia suya que perdone el mal que hemos hecho con el bien y disculpe lo mal que hemos hecho el bien?

16. Bendición del templo de la Preciosísima Sangre de Valencia

El día 8 de julio firmaba el Arzobispo el nombramiento del primer Cura Ecónomo de la Preciosísima Sangre. El día 8 de julio de 1965, cuatro años después, se bendice el primer templo -pequeño y provisional- de la misma.

Estos tres años y nueve meses son una flor para Dios, y una corona de espinas para los hombres.

¿Quién podrá contar las lágrimas y los gemidos, quién podrá medir las oraciones y los sudores? ¿quién podrá valorar el precio de los dolores físicos, de los desamparos, de las agonías, de las ansias que cuesta ya esta Parroquia?

Sólo vemos lo externo, Dios ve el corazón (1 Re 16, 7).

La Parroquia de la Preciosísima Sangre, como toda Parroquia que nace, como toda parroquia de suburbio, no puede ostentar fachada.

En estos tres años y nueve meses, poco exterior podemos enseñar.

En la historia de todas las vidas y de las sociedades hay diferentes etapas. Todas son igualmente importantes y tienen su valor positivo. El embrión humano no puede ser despreciado, porque en él está ya toda la vida futura. En la creación de la Parroquia se dan también etapas. Estamos viviendo la etapa más difícil de ésta nuestra, hogar cristiano que hemos de forjar en lo material y crear como parroquia viviente para hacerla crecer, día a día, caldeándolo con la llama del Espíritu ansiosamente invocado, divinamente movido.

Aquí necesitamos un Moisés colectivo, un Moisés parroquial, que, subido en la cumbre del Horeb, con sus brazos vigorosos asete el cielo de plegaria incesante (Éx 17, 11-12).

Es necesario pagar -y debemos mucho- y es necesario recaudar más para volvernos a empeñar haciendo un templo mayor. Pero es más necesario acercar a Dios a los que de Él están alejados, avivar la llama de la Gracia en todos los cristianos. Encender luz donde reinan las tinieblas, y sembrar la vida donde reinan las sombras de muerte.

No importa que en esta tarea consumamos nuestras energías, e inmolemos nuestra vida. Mejor, ése ha de ser nuestro mayor timbre de gloria.

Hermanos sacerdotes, feligreses todos, redimidos todos en la Preciosísima Sangre de Cristo. Voy a subir al altar de Dios a renovar el Sacrificio donde Cristo va a derramar por nosotros su Sangre.

Ayudadme a darle gracias a Dios por Jesucristo, a pedir más ayuda a Dios por Jesucristo.

Entre nuestras ofensas y la Justicia de Dios se va a interponer la Preciosísima Sangre de Jesucristo Resucitado.

Entre nuestra necesidad e impotencia y la Riqueza infinita de Dios va a mediar la Preciosísima Sangre.

17. Discurso de entrada en Carcagente (13 nov. 1966)

Al conocer la voluntad del Superior me sentí preso de un sobrecogimiento de temor conociendo vuestra tradicional religiosidad, la importancia de la Parroquia de la Asunción, vuestro señorío y vuestra categoría en la Diócesis.

¿Una Parroquia tan famosa, de tan profunda raigambre y de tan depurada solera, gobernada siempre por hombres bien maduros, eximios apóstoles y varones experimentados, la habían de regir ahora unas manos tan inexpertas como las mías?

Cuando empezaron a verme felicitaciones de amigos y de compañeros vi reafirmado mi criterio porque lo vi reflejado en todos: la Parroquia de la Asunción es una parroquia de gran envergadura.

Sin embargo la Voluntad de Dios estaba clara y había que plegarse a sus ocultos designios.

Pero me hablaban de la nobleza de los carcagentinos, de la claridad de su inteligencia, de su carácter sincero y abierto, de su bondad natural y de su comprensión.

Y aquí encontraba un respiro mi angustia.

Y, ¿por qué no decirlo? Uno de los datos más consoladores, que más serenidad depositó en mi espíritu, que tuvo el feliz don de bañar mi alma en desbordante alegría, en medio de aquel oleaje que azotaba mi decisión, fue el saber que erais devotísimos de la Virgen, bajo la tierna advocación de Aguas Vivas, que vibrabais de amor al solo oír pronunciar su Nombre, y pensé que en eso coincidíamos y que ya tenía solución para todo.

Y María realizó el primer milagro: las aguas muertas de mis temores quedaron convertidas en Aguas Vivas de esperanza y de confianza filial y fraternal.

Filial porque María adelantaría la hora de Jesús como en Caná. y o aportaría la pobre agua de mi debilidad y flaqueza, de mi frialdad y pequeñez. Ella lograría la conversión de esa agua en vino bueno que hiciera eficaz y fecundo mi ministerio.

Confianza fraternal porque pensé que cuando os sirva como Párroco el buen vino de la gracia sabréis de dónde viene: de María y por María.

«Qui cerca el bon gra -lo troba en l'espiga; qui vol or del fi -10 cerca en la mina,

qui vol a Jesús -que cerqui a Maria» (Verdaguer. Obres completes -Barcelona 1974, pág. 749). Y si alguna vez mi debilidad desvirtúa ese vino, sabréis comprenderme y dispensarme en atención a mi limitación.

Ahora, pues, permitidme que dé las gracias al Sr. Arzobispo, aquí presente en la persona venerable de su digno Vicario General, que tan amablemente acaba de darme posesión, instrumentos ambos de Dios en este nombramiento. Pondré todo mi empeño en hacer honor a la confianza que en mí han depositado.

No puedo silenciar la presencia de las Ilustres Autoridades de la Ciudad de Carcagente, que enaltecen la solemnidad de este acto.

Tampoco puedo olvidar mis queridos feligreses, hasta hoy, de la Parroquia de la Preciosísima Sangre, ni a mis paisanos de Carpesa que, con sus dignas Autoridades, me han acompañado hasta mi Parroquia nueva.

A los sacerdotes que me honran en esta tarde los abrazo con afecto de hermano en Jesucristo.

Ya todos, hermanos, a todos, las gracias más efusivas. porque habéis hecho posible este acto tan imponente.

Pero, sobre todo, las gracias a mis feligreses. A vosotros en primera línea - dejadme que os lo diga pronto que no me sufre el corazón demora -, para quienes vengo y de quienes, desde hoy, soy deudor.

La Caridad de Dios me da a vosotros por medio del Sr. Arzobispo. Yo ya no me pertenezco. Mi tiempo no es ya mi tiempo, es vuestro. Mi inteligencia no es para mí, es para vosotros. Mi casa es vuestra casa y mi corazón es vuestro. ¿Qué más queréis? Pan comido debe ser el sacerdote. Venid, pues y comed. A la hora que queráis. De día y de noche, sanos y enfermos, alegres y tristes, ricos y pobres, mayores y niños. Quiero que veáis en mí al padre, al hermano, al amigo.

Pero si han de haber preferencias en mi corazón serán para los pobres y tristes, para los enfermos y para los niños. En ellos volcaré todo mi cariño.

Yo no veo en vosotros más que virtudes y cosas buenas. Si algún día hubiera en vosotros algo menos bueno y menos bello, yo cerraría los ojos para no verlo, porque quiero veros siempre con los ojos llenos de ilusión y de amor con que os miro hoy.

Yo sé que sois tan buenos que no voy a tener necesidad de otras armas para gobernaros que el amor y la sonrisa. Sé que a ese amor mío corresponderá ya desde hoy el vuestro. y si nos amamos no habremos de invocar leyes para cumplir nuestro deber, como no hacen falta las leyes y es en una familia porque las suple, con creces, el amor.

Ojalá tenga yo una bondad de corazón tal que me haga ser demasiado bueno. Quiera Dios que mi sinceridad se armonice con mi prudente reserva; que mi alegría comunicativa se trence con la seriedad del hombre responsable. Ayudadme a conseguir una fortaleza de alma a lo san Pablo, una constancia y tesón sin cansancio. Que mi

asidua preocupación por la justicia logre un clima de suave paz. Quiero que mi urbanidad y delicadeza de modales os acerquen a todos a los brazos de Dios.

Para esto, hermanos, orad. Llega la hora de pedir. Eso sí os lo pido y os lo pido con palabras del Espíritu Santo: «*Orad sin interrupción*» (1 Tes 5, 17).

Orad por mí, orad por mi ministerio, orad para que acertemos a situarnos en la línea del Concilio.

Mi deseo más ardoroso ahora aquí solemnemente expresado es que el Espíritu Santo desencadene un huracán de oración en la Parroquia de la Asunción de Carcagente que nos concilie la misericordia del Padre.

Orad para que la predicación del Evangelio, mi principal obligación, sea viva, ardiente, llameante, clara y orientadora, adaptada a las circunstancias actuales, a la vida de hoy. Sea Palabra de Dios, genuina, sin tópicos, ni lugares comunes, sin generalidades, ni formas abstractas.

Rogad para que vivamos la participación en la Eucaristía y en todos los Sacramentos.

Que aprendamos todos a ofrecer al Padre en el Santo Sacrificio la Divina Víctima, Cristo, el tesoro de la Iglesia, Nuestra Pascua y Pan Vivo, cuya Sangre es más elocuente que la Sangre de Abel el Justo. Que aprendamos a ofrecer nuestra vida con Cristo en la Misa al Padre, como hostia viva, grata a Dios.

Rogad para que fundamentemos nuestra comunidad cristiana, esta comunidad de tanta tradición eucarística, en la Sagrada Eucaristía como nos señala el Concilio («*Presbiterorum ordinis*», 6). Para que de esa raíz broten obras de caridad y de ayuda mutua y fraterna, y obras de apostolado y de justicia y de paz. Con esto nuestra Parroquia será una verdadera madre que engendrará perennemente almas para Cristo.

Rogad para que nos lancemos con vigor, pertrechados con todas las actuales industrias, a conseguir una participación en la liturgia procedente de una oración honda y profunda cada vez más perfecta.

Rogad por nuestros sacerdotes, por nuestros religiosos y religiosas, por la Acción Católica y por todas las Asociaciones. Por los Cursillistas de Cristiandad. Rogad por nuestras autoridades y por todo el pueblo santo de Dios que está en Carcagente.

Rogad para que yo escuche con gusto a todos, estudie las iniciativas y las estimule, considere los justos deseos con espíritu abierto a todo progreso moderno ya toda forma actual de vida.

Orad para que armonicemos todas las voluntades para conducir las a la unidad de la caridad.

Rogad para que logremos de nuestra parroquia un corazón y un alma, un gran corazón, como un gran ramo de azahar de sus huertos charolados y lujuriantes, forjado pétalo a pétalo con los corazones de cada uno de los carcagentinos de la Asunción.

Hijos míos, hermanos míos, cuento con vosotros. Con todos. De verdad. La tarea la veo agobiadora. Vuestra cooperación la espero generosa y sin límites.

Espero la cooperación de los sacerdotes de la Parroquia con espíritu de servicio al pueblo santo de Dios.

Ayuda fraterna y ejemplar de los párrocos de la ciudad tan vinculados a su espiritual desarrollo. Colaboración de Religiosos y Religiosas, de Autoridades, de Maestros, de Asociaciones, de todos.

Cuento con la sangre de los mártires de Carcagente, semilla de espíritu y de caridad. Providencialmente tomo posesión el día en que se cumplen 30 años del martirio del Siervo de Dios Juan Gongga, el «Xiquet de la Creu».

Pero, con ser tanto lo que yo espero de vosotros. Con ser tanto lo que yo intuyo que vuestro corazón me está prometiendo en este momento, yo no lo estimo, y casi lo aparto de mi vista, para volver mis ojos, suplicantes y confiados, a la que es Auxilio de los cristianos, y Señora, y Capitana, y Madre de la Iglesia. Para implorar la protección de la Virgen de Aguas Vivas, amor medular de Carcagente, cuyo solo Nombre llena el corazón de fortaleza, de poesía y de ternura. De Ella debemos esperar la ayuda, el auxilio, el triunfo. Podéis dirigir vuestra plegaria conmigo a María, porque Carcagente orando ante el altar de la Virgen de Aguas Vivas es Omnipotente e inmortal.

Nos sonrío dulcemente, Rosa Perfumada, Lirio de los Valles, Alegría de nuestros corazones, nos sonrío cual si quisiera decirnos que nos concede lo que tanto deseamos.

Concedemos, Virgen de Aguas vivas, que veamos el triunfo de tu Hijo, Fruto bendito de tu vientre, en nuestros corazones, en nuestra parroquia de la Asunción. Establece en ellos, oh, Clementísima, oh Piadosa, oh Dulce Virgen María, el Reino de Jesús, de Verdad y de Vida, de Santidad y de Gracia, de Justicia, de Amor y de Paz.

18. Discurso de despedida de Carcagente (22 agosto 1971)

Siempre apena tenerse que despedir. Nuestro corazón y todo nuestro ser va echando raicillas que crecen y al tenerlo que desgajar sufre naturalmente. Van a cumplirse cinco años que soy vuestro párroco. Sabéis todos con cuánta ilusión llegué. Habéis sido testigos de mi trabajo constante. Han sido unos años cruciales por cuanto hemos tenido que adaptar la Parroquia a la renovación conciliar.

Unos años intensos y tensos porque nos encontramos con la perentoria necesidad de crear una comunidad parroquial y frenar la desintegración y sobre todo y por encima de todo: afianzar en los feligreses unos criterios claros, firmes y profundos, que fueran la raíz de una vida cristiana y apostólica.

Es lo que más se ha logrado y de lo que más contento estoy y lo que más satisfecho me deja al marchar.

Criterios claros y firmes y profundos en estos días de confusiónismo y desorientación y superficialidad.

He hecho lo que he podido. Predicación diaria y estas homilías de las tardes de sábado y domingo y las de doce.

No quiero ahora recontar lo que se ha hecho. Está en la mente de todos y, sobre todo, en la de Dios.

Para hacer lo que se ha hecho se ha tenido que sufrir, pero jamás el pensamiento del sufrir me detuvo ante lo que consideré mi deber.

Y pienso que ésa ha sido mi mayor aportación en favor de la Parroquia: el dolor. Sin sangre no hay vida. y la Parroquia difunde la vida de Dios y Dios se clavó en una Cruz y la manchó toda en sangre para redimirnos.

He tenido muchos colaboradores: sacerdotes y seglares. A todos, mi gratitud.

Agradecido estoy tanto a quienes me coronaron de espinas como a los que de rosas. Si me apretáis un poco, más a los primeros que a los segundos, porque me hicieron parecerme más al Maestro.

Yo entro ahora en una etapa nueva para mi vida sacerdotal. Después de 24 años de vida parroquial comienzo una faceta desconocida para mí: el mundo de la juventud universitaria, el de la juventud del Magisterio, que con tanta urgencia está reclamando nuestra atención y nuestra luz. Los maestros del mañana, los intelectuales de hoy y de mañana forjarán la Patria y extenderán o no la luz del Evangelio, según les hayamos o no orientado. Yesto en Barcelona. Los más sagaces de entre vosotros habréis adivinado el cariño que siento por el Arzobispo de Barcelona, la afinidad de mentalidad y criterios entre los dos. En su Diócesis y con la bendición de nuestro Prelado, D. José María, voy a dar mayor y más universal empuje a la Institución Amor y Cruz, aquí desarrollada. Yo me pongo en las manos de Dios y os pido a vosotros que me ayudéis con vuestras oraciones a cumplir esta ardua tarea que se me señala en la Universidad y en la Iglesia.

Habíamos ganado difíciles batallas en Carcagente. Es hermoso que estemos tan desprendidos que podamos partir con esperanza cuando aquí podíamos gozar de una realidad conseguida y aquilatada.

A los cinco años ya todos me conocéis: sabéis que a todos os amo, que a nadie quise ofender, que sólo procuré vuestro bien y que no os olvidaré nunca, porque me habéis escuchado, me habéis obedecido, me habéis amado, me habéis enseñado, corregido y perdonado cuando, sin pretenderlo, alguna vez os he molestado.

Unamos nuestro mutuo sacrificio de la separación al de Cristo que ve nuestra sinceridad y amor, a Él para que nos haga fuertes en la fe y en la vida. Amén.